

COMENTARIO BÍBLICO AL EVANGELIO DE JUAN vol. 2

Por Juan Calvino

Todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, versión
Reina Valera 1960

Traducido y editado por Isaac López
2024

Revisado por Esteban Larson

www.iglesiareformada.com
iglesiareformada@aol.com

P.O. Box 423
Concho, AZ 85924 EE.UU.



Juan Calvino. (Noyon, Francia, 1509 - Ginebra, 1564)
Teólogo y reformador protestante.

El comentario sobre Juan es un comentario impresionante que contiene algunas de las opiniones más importantes de Calvino. Calvino es considerado uno de los mejores intérpretes de las Escrituras durante la Reforma. Con frecuencia ofrece sus propias traducciones de un pasaje, explicando las sutilezas y matices de su traducción. También tiene una inclinación por incorporar una aguda visión pastoral en el texto. Siempre interactúa con otros teólogos, comentaristas y porciones de la Biblia al interpretar un pasaje en particular. El comentario de Calvino sobre Juan no debe ser ignorado por nadie interesado en el libro de Juan o en el propio Calvino.

Se separó de la Iglesia Católica Romana alrededor de 1530. Después de que las tensiones religiosas provocaran un violento levantamiento contra los protestantes en Francia, Calvino huyó a Basilea, Suiza, donde en 1536 publicó la primera edición de su obra “Institución de la Religión Cristiana”.

Fue una figura principal en el desarrollo del sistema de teología cristiana que más tarde se llamó “Calvinismo”.

Contenido

Dedicatoria	5
El Argumento al evangelio de Juan	8
Capítulo 12	10
Juan 12:1-8	11
Juan 12:9-15	16
Juan 12:16-19	23
Juan 12:20-26	25
Juan 12:27-33	30
Juan 12:34-36	35
Juan 12:37-41	37
Juan 12:42-46	41
Juan 12:47-50	46
Capítulo 13	49
Juan 13:1-7	50
Juan 13:8-11	53
Juan 13:12-17	56
Juan 13:18-20	58
Juan 13:21-29	62
Juan 13:30-35	66
Juan 13:36-38	70
Capítulo 14	72
Juan 14:1-7	73
Juan 14:8-14	79
Juan 14:15-18	83
Juan 14:19-20	86
Juan 14:21-24	88

Juan 14:25-28	92
Juan 14:29-31	95
Capítulo 15	98
Juan 15:1-6	99
Juan 15:7-11	103
Juan 15:12-15	107
Juan 15:16-21	110
Juan 15:22-27	116
Capítulo 16	121
Juan 16:1-7	122
Juan 16:8-15	126
Juan 16:16-20	134
Juan 16:21-24	137
Juan 16:25-28	142
Juan 16:29-33	146
Capítulo 17	149
Juan 17:1-5	150
Juan 17:6-11	155
Juan 17:12-13	160
Juan 17:14-19	162
Juan 17:20-23	165
Juan 17:24-26	170
Capítulo 18	173
Juan 18:1-6	174
Juan 18:7-9	177
Juan 18:10-14	179
Juan 18:15-18	182

Juan 18:19-24	184
Juan 18:25-27	187
Juan 18:28-32	188
Juan 18:33-36	191
Juan 18:37-40	194
Capítulo 19	197
Juan 19:1-6	198
Juan 19:7-11	200
Juan 19:12-16	205
Juan 19:17-22	208
Juan 19:23-24	211
Juan 19:25-27	213
Juan 19:28-30	216
Juan 19:31-37	219
Juan 19:38-42	223
Capítulo 20	227
Juan 20:1-9	228
Juan 20:10-15	233
Juan 20:16-18	236
Juan 20:19-23	241
Juan 20:24-29	250
Juan 20:30-31	255
Capítulo 21	258
Juan 21:1-14	259
Juan 21:15-19	263
Juan 21:20-25	270

DEDICATORIA DE LA EPÍSTOLA DEL AUTOR

Para los:

Verdaderamente honorables e ilustres señores, los síndicos y concilio de ginebra, Juan Calvino suplica del Señor el Espíritu de sabiduría y firmeza, y una próspera administración.

Nunca recuerdo aquel dicho de Cristo, en el que valora tanto el deber de recibir a los extraños con bondad como para considerarlo hecho a sí mismo, sin considerar, al mismo tiempo, el extraordinario honor que tiene. tenido el agrado de conferirte, haciendo de tu ciudad el lugar de descanso, no de uno o unos pocos individuos, sino de su Iglesia en general. Entre los países paganos la hospitalidad siempre fue elogiada e incluso considerada una de las principales virtudes; y, en consecuencia, cuando pretendían denunciar a algún pueblo como bárbaro y salvaje del más bajo nivel, lo llamaban ἄξευος, o, lo que significa lo mismo, inhóspito. Pero se os debe alabar mucho más el hecho de que, en estos tiempos difíciles e infelices, el Señor os haya designado para ser las personas cuyo apoyo y protección deben ser solicitados por hombres piadosos e inofensivos, desterrados y expulsados de sus países nativos por los malvados. y cruel tiranía del anticristo. Y no sólo eso, sino que también ha dedicado a su nombre una morada sagrada entre vosotros, donde se pueda mantener en pureza su culto.

Quienquiera que intente, en lo más mínimo, invadiros abiertamente o quitaros en secreto estas dos ventajas, no sólo se esfuerza por privar a vuestra ciudad de sus más brillantes ornamentos, sino que contempla su existencia y seguridad con ojos envidiosos. Porque aunque los bondadosos oficios que aquí se realizan hacia Cristo y sus miembros dispersos provocan los ladridos de los hombres malvados contra vosotros, aun así debéis consideraros abundantemente compensados por esta única consideración: que los ángeles os bendicen desde el cielo, y los hijos de Dios los bendiga desde todos los rincones del mundo; para que puedas despreciar con valentía las infames calumnias de aquellos hombres que no se dejan ni por los escrúpulos de conciencia ni por la vergüenza, de derramar insultos más ultrajantes contra Dios mismo que contra ti; es más, quienes, cuando quieren calumniarte, comience blasfemando contra Dios. Aunque esta misma ocasión enciende la ira de muchas personas contra ti, no tienes razón para temer ningún peligro que surja de ella, siempre y cuando su furia sea contrarrestada por la protección de Su mano, quien ha prometido que Él será el fiel Guardián. de aquellas ciudades en las que permanecerá la doctrina de su evangelio, y en las que se permitirá morar a los hombres piadosos, a quienes el mundo no puede soportar. No digo nada en cuanto a que sea innecesario preocuparse por conciliar a esta clase de enemigos; porque no hay hombre que

os sea hostil por causa del Evangelio, que no desee veros arruinados u oprimidos por otras razones. Pero suponiendo que no haya otra razón por la que os odien los enemigos declarados de la sana doctrina que el hecho de que os vean ocupados en defenderla, sin embargo, haciendo caso omiso de sus estratagemas y amenazas, debéis defender resueltamente esos dos baluartes inexpugnables, la pureza. del culto religioso, y un anhelo piadoso por mantener la Iglesia que Cristo ha puesto bajo el amparo de vuestras alas.

En lo que se refiere a las calumnias que nos lanzan los camorristas a sueldo del Papa, que hemos apostatado de la Iglesia, porque nos hemos retirado de la sujeción a la Sede de Roma, desearía que estuviera en nuestro poder protestar con confianza inquebrantable. ante Dios y los ángeles, que estamos a la mayor distancia posible de ese charco inmundo, ya que podemos defendernos fácil y fácilmente del crimen que suelen imputarnos. Se jactan, en verdad, del nombre de la Iglesia Católica, aunque ninguna parte de toda la doctrina de la Ley y el Evangelio les ha permitido permanecer libre de vergonzosas corrupciones, aunque han profanado todo el culto a Dios con la inmundicia de sus supersticiones, y no han tenido escrúpulos en degradar todas las ordenanzas de Dios con sus invenciones. Es más, tan católica, tan universal, es la masa de errores con los que han derribado toda la religión, que bastaría para destruir y tragar a la Iglesia cien veces. Por lo tanto, nunca podremos exaltar, en términos tan elevados como el asunto merece, la bondad ilimitada de Dios, por la cual hemos escapado milagrosamente de ese torbellino destructivo y hemos fijado el ancla de nuestra fe en la verdad firme y eterna de Dios. Y, de hecho, este Comentario será en sí mismo, confío, una prueba suficiente de que el Papado no es más que un monstruo formado a partir de los innumerables engaños de Satanás, y que lo que ellos llaman la Iglesia es más confusa que Babilonia.

Sin embargo, reconoceré con franqueza (lo que en realidad es cierto) que no estamos a una distancia suficiente de ese pozo inmundo, cuyo contagio está demasiado extendido. El Anticristo se queja de que nos hemos alejado de él; pero nos vemos obligados a lamentar que muchas de las contaminaciones con las que ha infectado al mundo entero permanecen entre nosotros. Dios bondadosamente nos ha restaurado la pureza incontaminada de la doctrina, la religión en su estado primitivo, el culto puro a Dios y una fiel administración de los Sacramentos, tal como nos fueron entregados por Cristo. Pero la causa principal que nos impide alcanzar esa reforma de conducta y de vida que debería existir es que muchas personas, recordando ese libertinaje desenfrenado en el que se entregan los papistas en oposición al mandato de Dios, no pueden acostumbrarse al yugo. de Cristo. En consecuencia, cuando nuestros enemigos, para provocar contra nosotros una aversión infundada entre los ignorantes, lanzan un grito vejatorio de que hemos roto toda disciplina, su calumnia queda ampliamente refutada (aunque debamos permanecer en silencio) con

esta única consideración: que en casa No tenemos ninguna disputa más severa que la de lo que, al menos mucha gente considera, nuestra excesiva severidad. Pero como sois los testigos más competentes para mí y para mis colegas, que no somos más rígidos y severos de lo que el deber exige e incluso nos obliga a ser, ya que nos sometemos libremente a la decisión de vuestra conciencia respecto a nosotros; por otra parte, se comprenderá fácilmente a simple vista el descaro singularmente ridículo de nuestros enemigos a este respecto. Ahora diré algunas palabras sobre mí como individuo. Aunque confío en que mis numerosos escritos serán un testimonio suficiente para el mundo de la manera en que he enseñado a esta Iglesia, he pensado que sería de gran importancia para mí redactar un registro especial sobre este tema inscrito con tu nombre; porque es muy necesario que la clase de doctrina que tú reconoces que yo enseñe sea expuesta a la vista de todos. Ahora bien, en todos los libros que he publicado hasta ahora, me he esforzado en que usted y las personas bajo su cargo obtengan beneficios de ellos incluso después de mi muerte, y aunque sería muy impropio que la doctrina que ha emanado de vuestra ciudad a las naciones extranjeras debería dar frutos abundantes, pero ser descuidada en el lugar de su morada; sin embargo, confío en que este Comentario, que está especialmente dedicado a vosotros, se arraigará más firmemente en vuestra memoria. Con este propósito pido a Dios que lo grave tan profundamente con Su propio dedo en vuestros corazones que nunca sea borrado por ninguna estratagema de Satanás; porque a Él le corresponde coronar con éxito mi trabajo, quien hasta ahora me ha dado tal valor para no desear más que velar fielmente por la seguridad de todos vosotros. Además, como reconozco libremente ante el mundo que estoy muy lejos de poseer la esmerada diligencia y las demás virtudes que la grandeza y excelencia del oficio requiere en un buen Pastor, y como continuamente lamento ante Dios los numerosos pecados que obstruyen mi progreso ¿Me atrevo a declarar que tengo un deseo honesto y sincero de cumplir con mi deber? Y si, mientras tanto, los malvados no dejan de molestarme, como es mi deber, haciendo el bien, refutar sus calumnias, así te corresponderá a ti frenar esas calumnias mediante el ejercicio de esa sagrada autoridad con en el que estás invertido. Por lo cual, mis Ilustres y muy honrados Señores, os encomiendo a la protección de nuestro buen Dios, rogándole que os dé siempre espíritu de prudencia y virtud para gobernar rectamente, y hacer próspera vuestra administración, para que por ella sea su nombre. glorificado, y que el resultado sea feliz para ti y los tuyos.

Ginebra,

1 de enero de 1553.

EL ARGUMENTO AL EVANGELIO DE JUAN

El significado de la palabra griega εὐαγγέλιον (*Evangelio*) es bien conocido. En las Escrituras denota, a modo de eminencia, (κατ' ἐξοχήν,) el alegre y delicioso mensaje de la gracia que se nos exhibe en Cristo, para instruirnos, despreciando el mundo y sus riquezas y placeres que se desvanecen, a desear con todo nuestro corazón, y abrazar cuando se nos ofrece, esto en valiosa bendición. La conducta que percibimos en los hombres irreligiosos, que se deleitan extravagantemente con los placeres vacíos del mundo, mientras que están poco o nada afectados por el gusto por las bendiciones espirituales, es natural para todos nosotros. Para corregir esta falta, Dios expresamente da el nombre de *Evangelio* al mensaje que ordena proclamar acerca de Cristo; porque así nos recuerda que en ningún otro lugar se puede obtener la verdadera y sólida felicidad, y que en él tenemos todo lo necesario para la perfección de una vida feliz.

Algunos consideran que la palabra *Evangelio* se extiende a todas las misericordiosas promesas de Dios que se encuentran esparcidas incluso en la Ley y los Profetas. Tampoco se puede negar que, cada vez que Dios declara que se reconciliará con los hombres y perdona sus pecados, al mismo tiempo exhibe a Cristo, cuyo oficio peculiar es, dondequiera que brille, difundir los rayos de la alegría. Reconozco, por tanto, que los Padres fueron partícipes del mismo *Evangelio* que nosotros, en lo que se refiere a la fe de una salvación gratuita. Pero como la declaración ordinaria hecha por el Espíritu Santo en las Escrituras es que el *Evangelio* fue proclamado por primera vez cuando Cristo vino, adhiramos también a este modo de expresión; y mantengamos esa definición del *Evangelio* que he dado, que es una publicación solemne de la gracia revelada en Cristo. Por esta razón el *Evangelio* se llama

poder de Dios para salvación a todo aquel que cree **Romanos 1:16**

Somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. **2 Corintios 5:20**

y como Cristo es la prenda de la misericordia de Dios y de su amor paternal hacia nosotros, así también es, de manera peculiar, el tema del Evangelio.

De ahí que las historias que relatan que Cristo apareció en la carne y murió, resucitó de entre los muertos y finalmente fue llevado al cielo, hayan obtenido peculiarmente el nombre de Evangelio. Porque, aunque, por la razón ya expuesta, esta palabra significa Nuevo Testamento, el nombre que la denota, el todo ha llegado, por práctica general, a representar esa parte que declara que Cristo se nos manifestó en carne., y murió, y resucitó

de entre los muertos. Pero como la simple historia no sería suficiente y, de hecho, no sería de ninguna utilidad para la salvación, los evangelistas no sólo relatan que Cristo nació, y que murió y venció a la muerte, sino que también explican para qué nació., y murió, y resucitó, y qué beneficio obtenemos de esos acontecimientos.

Sin embargo, también existe esta diferencia entre ellos, que los otros tres son más abundantes en su narrativa de la vida y muerte de Cristo, pero Juan se detiene más en la doctrina por la cual el oficio de Cristo, junto con el poder de su muerte y resurrección, se desarrolla. De hecho, no omiten mencionar que Cristo vino para traer la salvación al mundo, para expiar los pecados del mundo con el sacrificio de su muerte y, en una palabra, para realizar todo lo que se pedía al Mediador. (ya que Juan también dedica una parte de su obra a detalles históricos;) pero la doctrina, que nos señala el poder y el beneficio de la venida de Cristo, es mucho más claramente exhibida por él que por el resto. Y como todos tenían el mismo objeto, señalar a Cristo, los tres primeros exhiben su cuerpo, si se nos permite usar la expresión, pero Juan exhibe su alma. Por eso suelo decir que este Evangelio es una llave para abrir la puerta a la comprensión de los demás; porque quienquiera que comprenda el poder de Cristo, como aquí se describe sorprendentemente, leerá después con ventaja lo que los demás relatan sobre el Redentor que se manifestó.

Se cree que Juan escribió principalmente con la intención de mantener la Divinidad de Cristo, en oposición a las malvadas blasfemias de Ebión y Cerinto; y esto lo afirman Eusebio y Jerónimo, de acuerdo con la opinión general de los antiguos. Pero cualquiera que sea su motivo para escribir en ese momento, no puede haber ninguna duda de que Dios pretendía un beneficio mucho mayor para su Iglesia. Por tanto, dictó a los cuatro evangelistas lo que debían escribir, de tal manera que, teniendo cada uno su parte asignada, el todo pudiera reunirse en un solo cuerpo; y ahora es nuestro deber fusionar a los Cuatro mediante una relación mutua, de modo que podamos permitirnos ser enseñados por todos ellos, como por una sola boca. En cuanto a que Juan fuera puesto en el cuarto lugar, se hizo por razón del tiempo en que escribió, pero al leerlos sería más ventajoso otro orden, es decir, que cuando queramos leer en Mateo y los demás, Para que Cristo nos fuera dado por el Padre, primero debemos aprender de Juan el propósito para el cual fue manifestado.

Comentario al evangelio de Juan

Capítulo 12

Juan 12:1-8

1 *Seis días antes de la pascua, vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, el que había estado muerto, y a quien había resucitado de los muertos.*

2 *Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él.*

3 *Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume.*

4 *Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote hijo de Simón, el que le había de entregar:*

5 *¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?*

6 *Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella.*

7 *Entonces Jesús dijo: Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto.*

8 *Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, mas a mí no siempre me tendréis.*

1. Vino Jesús a Betania. Vemos que juzgaron demasiado precipitadamente a quienes pensaron que Cristo *no vendría a la fiesta (Juan 11:56)*, y esto nos recuerda que no debemos apresurarnos tanto como para no esperar con paciencia y tranquilidad hasta que llegue la temporada, que nos resulta desconocido. *Jesús vino primero a Betania*, para de allí ir tres días después a Jerusalén. Mientras tanto, tenía la intención de darle a Judas un momento y un lugar adecuados para traicionarlo, a fin de que pudiera presentarse, listo para ser sacrificado, en el momento señalado; porque no ignora lo que ha de suceder, sino que voluntariamente se presenta para ser sacrificado.

Llegó a Betania *seis días antes de la Pascua* y permaneció allí cuatro días; lo cual puede inferirse fácilmente de Mateo y Marcos. En qué día se le hizo el banquete, en el que fue ungido por María, Juan no lo dice; pero parece probable que haya tenido lugar poco después de su llegada. Hay algunos que piensan que, la unción mencionada por Mateo (**Mateo 26:7**) y Marcos (**Marcos 14:3**) es diferente a la que se menciona aquí; pero están equivocados. Se les ha llevado a adoptar este punto de vista mediante un cálculo del tiempo, porque los dos evangelistas (**Mateo 26:2; Marco 14:1**), antes de relatar que Cristo fue ungido, hablan de dos días como transcurridos. Pero la solución es fácil y puede darse de dos maneras. Porque Juan no dice que Cristo fue ungido el primer día después de su llegada; para que esto sucediera incluso cuando se disponía a partir. Sin embargo, como ya he dicho, hay otra conjetura que es más probable: que fue ungido un día, al menos, o dos días antes de su partida; porque es seguro que Judas había hecho un trato con los sacerdotes,

antes de que Cristo enviara a dos de sus discípulos a preparar la pascua. Ahora, al menos, debe haber transcurrido un día. Los evangelistas añaden que él

buscaba oportunidad para entregarle (Mateo 26:16)

después de haber recibido el soborno. Por lo tanto, cuando después de mencionar dos días, añaden la historia de la unción, ponen en último lugar en la narración lo que sucedió primero. Y la razón es que después de haber relatado las palabras de Cristo,

Sabéis que dentro de dos días el Hijo del Hombre será entregado (Mateo 26:2)

Añaden ahora, lo que antes se había omitido, de qué manera y en qué ocasión fue traicionado por su discípulo. Por tanto, hay una perfecta coincidencia en el relato de haber sido ungido en Betania.

2. Y le hicieron allí una cena. Mateo (**Mateo 26:7**) y Marcos (**Marcos 14:3**) dicen que luego cenó en casa de Simón el leproso. Juan no menciona la casa, pero muestra claramente que cenó en algún otro lugar además de la casa de Lázaro y Marta; porque dice que *Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él*, es decir, uno que había sido invitado junto con Cristo. Tampoco implica contradicción alguna, que Mateo y Marcos relaten que la *cabeza* de Cristo fue ungida, mientras que Juan relata que sus *pies* fueron ungidos. La práctica habitual era ungir *la cabeza*, y por esta razón Plinio considera un caso de lujo excesivo que algunos ungieran los tobillos. En esto están de acuerdo los tres evangelistas; que María no ungió escasamente a Cristo, sino que derramó sobre él una gran cantidad de ungüento. Lo que Juan dice acerca de *los pies* equivale a esto: que todo el cuerpo de Cristo, hasta los pies, fue ungido. Hay una amplificación en la palabra *pies*, que aparece más plenamente a partir de lo que sigue, cuando agrega que María *le enjugó los pies con sus cabellos*.

3. Y la casa se llenó del olor del perfume. No era un simple licor extraído del *nardo*, sino un compuesto de muchas sustancias odoríferas; y por eso no es de extrañar que toda *la casa se llenara del olor*.

4. Y dijo uno de sus discípulos. Luego sigue la murmuración de Judas, que Mateo (**Mateo 16:8**) atribuye a los discípulos indiscriminadamente, y Marcos (**Marco 14:4**) a *algunos* de ellos; pero es costumbre en la Escritura aplicar a muchos, a modo de sinécdoque, lo que pertenece a uno o a unos pocos. Sin embargo, creo que es probable que la murmuración procediera únicamente de Judas, y que los demás fueran inducidos a darle su asentimiento, ya que las murmuraciones, al avivar una llama, encienden fácilmente en nosotros una

variedad de disposiciones; y más especialmente, como somos demasiado propensos a formar juicios desfavorables, aceptamos fácilmente las calumnias. Pero la credulidad que el Espíritu de Dios reprende en los Apóstoles es una advertencia para que no seamos demasiado fáciles y crédulos al escuchar declaraciones calumniosas.

5. ¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?

Una libra de unguento ordinario, nos dice Plinio, no cuesta más de diez denarios; pero el mismo Plinio dice que el precio más alto del mejor unguento era trescientos diez denarios. Ahora bien, los evangelistas están de acuerdo en que se trataba del unguento más caro, y por lo tanto Judas tiene razón al valorar una libra en *trescientos denarios*, suma que, según el cálculo de Budaeus, equivale a cincuenta libras de moneda francesa. Y como casi todo tipo de lujo implica exceso y superfluidad, cuanto mayor es el desperdicio de dinero, más razones plausibles tenía Judas para murmurar; como si hubiera dicho: “Si María hubiera gastado poco, habría habido alguna excusa para ella; pero ahora, habiendo desperdiciado una gran suma de dinero en una cuestión sin importancia, ¿no ha hecho un daño a *los pobres*, que podrían haber obtenido de tal suma un gran alivio? Por lo tanto, lo que ha hecho no admite disculpa alguna”.

6. Porque era ladrón. Los demás Apóstoles, no por mala disposición, sino irreflexivamente, condenan a María. Pero Judas recurre a un pretexto plausible para su maldad, cuando saca a la luz a los pobres, aunque no le importaban nada. Este ejemplo nos enseña qué bestia espantosa es el deseo de poseer; la pérdida que Judas cree haber sufrido, por la pérdida de una oportunidad de robar, lo excita hasta tal punto que no duda en traicionar a Cristo. Y probablemente, al decir que los pobres habían sido defraudados, no sólo hablaba falsamente a los demás, sino que también se lisonjaba interiormente, como suelen hacer los hipócritas; como si el acto de traicionar a Cristo fuera una falta trivial, por la cual se esforzó por obtener compensación por la pérdida que había sufrido. De hecho, sólo tenía una razón para traicionar a Cristo; y era, recuperar de alguna manera la presa que le había sido arrebatada de las manos; porque fue la indignación excitada en él por la ganancia que había perdido lo que lo impulsó al diseño de traicionar a Cristo.

Es maravilloso que Cristo haya elegido, como mayordomo, a una persona de esta descripción, a quien sabía que era un ladrón. ¿Qué otra cosa era sino poner en sus manos una cuerda para estrangularse? El hombre mortal no puede dar otra respuesta que ésta: que los juicios de Dios son un abismo profundo. Sin embargo, la acción de Cristo no debe considerarse como una regla ordinaria: encomendar el cuidado de los pobres o cualquier cosa sagrada a un hombre malvado e impío. porque Dios nos ha impuesto una ley sobre quiénes son los que deben ser llamados al gobierno de la Iglesia y a otros oficios; y esta

ley no estamos en libertad de violarla. El caso fue diferente con Cristo, quien, siendo la Sabiduría eterna de Dios, proporcionó una oportunidad para su predestinación secreta en la persona de Judas.

7. Déjala en paz. Cuando Cristo les ordena que dejen en paz a María, muestra que actúan impropia e injustamente los que molestan a sus vecinos sin una buena razón, y levantan alboroto por nada. La respuesta de Cristo, tal como la dieron los otros evangelistas, es más larga; pero el significado es el mismo. La unción que Judas critica se defiende con el argumento de que servirá para su sepultura. ¡Cristo, por tanto, no lo aprueba! como un servicio ordinario, o uno que debería usarse comúnmente en la Iglesia; porque si hubiera tenido la intención de que un oficio de este tipo se realizara diariamente, podría haber dicho algo más en lugar de hablar de ello en relación con su entierro. Dios ciertamente no aprueba la exhibición exterior. Es más, al percibir que la mente del hombre es demasiado propensa a las observancias carnales, con frecuencia nos ordena que seamos sobrios y moderados en el uso de ellas. Son, por tanto, intérpretes absurdos aquellas personas que infieren de la respuesta de Cristo que la adoración costosa y magnífica agrada a Dios; porque más bien disculpa a María por haberle rendido un servicio extraordinario, que no debe considerarse como una regla perpetua para el culto a Dios.

Para el día de mi sepultura ha guardado esto. Cuando dice que se guardó el unguento, quiere decir que no se derramó fuera de temporada, sino con la debida consideración al momento en que ocurrió; porque se dice guardada una cosa que se reserva en almacén para ser traída cortada en el momento y lugar oportuno. Es cierto que, si alguna vez alguien le hubiera cargado con manjares costosos, no lo habría soportado. Pero afirma que María no hizo esto por costumbre, sino para cumplir con su último deber hacia él. Además, la unción de los cuerpos no era en aquella época una ceremonia inútil, sino más bien un símbolo espiritual, para poner ante sus ojos la esperanza de una resurrección. Las promesas aún eran oscuras; Cristo no había resucitado, a quien justamente se le designa como primicias de los que resucitan (**1 Corintios 15:20**). Por lo tanto, los creyentes necesitaban tales ayudas para dirigirlos a Cristo, que todavía estaba ausente; y, en consecuencia, la unción de Cristo no fue superflua en ese momento, porque pronto sería sepultado, y fue ungido como si fuera a ser sepultado en la tumba. Los discípulos aún no eran conscientes de esto, y María, sin duda, de repente se sintió impulsada a hacer, bajo la dirección del Espíritu de Dios, lo que antes no se había propuesto. Pero Cristo aplica a la esperanza de su resurrección lo que ellos tanto desaprobaban, para que la utilidad que les señaló en esta acción los llevara a renunciar a la opinión inquieta y malvada que se habían formado al respecto. Como era la voluntad de Dios que la infancia de su pueblo antiguo fuera guiada por tales ejercicios, así, en la actualidad, sería una tontería intentar lo mismo; ni podría

hacerse sin insultar a Cristo, quien ha ahuyentado tales sombras con el brillo de su venida. Pero como su resurrección aún no había traído el cumplimiento de las sombras de la Ley, era apropiado que su entierro estuviera adornado con una ceremonia exterior. El olor de su resurrección tiene ahora suficiente eficacia, sin nardo ni ungüentos costosos, para vivificar al mundo entero. Pero recordemos que, al juzgar las acciones de los hombres, debemos atenernos únicamente a la decisión de Cristo, ante cuyo tribunal algún día debemos comparecer.

8. Por los pobres los tienes siempre contigo. Debemos observar lo que ya he señalado, que aquí se hace una distinción expresa entre la acción extraordinaria de María y el servicio diario que se debe a Cristo. Por lo tanto, aquellas personas que desean servir a Cristo mediante exhibiciones costosas y espléndidas son simios, y no imitadores; como si Cristo aprobara lo que se hizo una vez y no prohibiera que se hiciera después.

Pero a mí no siempre lo has hecho. Cuando dice que no siempre estará con sus discípulos, debe referirse a ese tipo de presencia a la que son adecuados el culto carnal y los honores costosos. Porque en cuanto a su presencia con nosotros por la gracia y el poder de su Espíritu, su morada en nosotros y también alimentándonos con su carne y sangre, esto no tiene nada que ver con observancias corporales. De todas las ceremonias pomposas que los papistas han ideado para la adoración de Cristo, en vano nos dicen que se las han otorgado a él, porque él las rechaza abiertamente. Cuando dice que los pobres siempre estarán con nosotros, aunque con este dicho reprende la hipocresía de los judíos, podemos aprender de ello una doctrina provechosa; a saber, que las limosnas, mediante las cuales se alivian las necesidades de los pobres, son sacrificios aceptables y de dulce sabor para Dios, y que cualquier otro tipo de gasto en el culto a Dios se otorga indebidamente.

Juan 12:9-15

9 Gran multitud de los judíos supieron entonces que él estaba allí, y vinieron, no solamente por causa de Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de los muertos.

10 Pero los principales sacerdotes acordaron dar muerte también a Lázaro,

11 porque a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús.

12 El siguiente día, grandes multitudes que habían venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén,

13 tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!

14 Y halló Jesús un asnillo, y montó sobre él, como está escrito:

15 No temas, hija de Sion; He aquí tu Rey viene, Montado sobre un pollino de asna.

9. Gran multitud de los judíos supieron entonces que él estaba allí. Cuanto más se acercaba el tiempo de la muerte de Cristo, más necesario se hacía que su nombre fuera universalmente celebrado, a fin de que pudiera ser una preparación para una fe más fuerte después de su muerte. Más especialmente, el evangelista relata que el reciente milagro de la resurrección de Lázaro había adquirido gran celebridad: y como Cristo mostró en él una prueba notable de su Divinidad, Dios quiso que tuviera muchos testigos. Cuando dice que *vinieron no solamente por causa de Jesús, sino también por Lázaro*, no quiere decir que vinieron por consideración a Lázaro, como si le otorgaran esta marca de honor a él en particular, sino que podríamos contemplar la asombrosa demostración del poder de Cristo en Lázaro.

10. Pero los principales sacerdotes acordaron. Ciertamente era peor que una furia demencial intentar dar muerte a alguien que manifiestamente había sido resucitado de entre los muertos por poder divino. Pero tal es el espíritu de vértigo con el que Satanás atormenta a los malvados, de modo que su locura no tiene fin, aunque Dios traiga el cielo, la tierra y el mar para oponerse a ellos. Porque esta consulta malvada se describe así, con el propósito de informarnos que los enemigos de Cristo fueron llevados a una obstinación tan grande, no por error o necedad, sino por una maldad furiosa, de modo que ni siquiera rehuyeron hacer la guerra contra Dios; y también con el propósito de informarnos que el poder de Dios no se vio ni remotamente en la resurrección de Lázaro, ya que la impiedad no podía idear otro método para desterrarlo del recuerdo que perpetrar un asesinato vil y escandaloso contra un hombre inocente. Además, dado que Satanás trabaja con todas sus fuerzas para enterrar por completo, o al menos en alguna medida oscurecer, las obras de Dios, es nuestro deber dedicarnos diligentemente a la meditación continua sobre ellas.

12. El siguiente día, grandes multitudes. Esta entrada de Cristo está más relatada (**Mateo 21:1; Marco 11:1; Lucas 19:29**) por los otros evangelistas; pero Juan aquí abraza los puntos principales. En primer lugar, debemos recordar el designio de Cristo, que fue que él viniera a Jerusalén por su propia voluntad a ofrecerse a morir; porque era necesario que su muerte fuera voluntaria, porque la ira de Dios sólo podía apaciguarse con un sacrificio de obediencia. Y, en efecto, sabía bien cuál sería el resultado; pero antes de ser arrastrado a la cruz, desea ser solemnemente reconocido por el pueblo como su Rey; es más, declara abiertamente que comienza su reinado avanzando hacia la muerte, pero aunque su acercamiento fue celebrado por una gran multitud de personas, permaneció desconocido para sus enemigos hasta que, por el cumplimiento de las profecías, que luego veremos en sus propio lugar, demostró que él era el verdadero Mesías; porque no quiso omitir nada que pudiera contribuir a la plena confirmación de nuestra fe.

Grandes multitudes que habían venido a la fiesta. Así, los extranjeros estaban más dispuestos a cumplir con el deber de rendir homenaje al Hijo de Dios que los ciudadanos de Jerusalén, quienes más bien deberían haber sido ejemplo para todos los demás. Porque tenían sacrificios diariamente; el templo estuvo siempre ante sus ojos, lo que debería haber: encendido en sus corazones el deseo de buscar a Dios; éstos también eran los más altos maestros de la Iglesia, y *allí* estaba el santuario de la luz divina. Por lo tanto, es una manifestación de ingratitud excesivamente básica en ellos que, después de haber sido entrenados para tal ejercicio desde sus primeros años, rechacen o desprecien al Redentor que les había sido prometido. Pero este defecto ha prevalecido en casi todas las épocas: cuanto más cerca y más familiarmente se acercaba Dios a los hombres, más audazmente despreciaban los hombres a Dios.

En otros hombres que, habiendo salido de sus casas, se reunieron para celebrar la fiesta, observamos mucho mayor ardor, de modo que preguntan ansiosamente por Cristo; y cuando oyen que viene a la ciudad, salen a recibirlo y elogiarlo. Y, sin embargo, no se puede dudar de que fueron despertados por un movimiento secreto del Espíritu para encontrarse con él. No leemos que esto se haya hecho en ninguna ocasión anterior. Pero, así como los príncipes terrenales convocan a sus súbditos con el sonido de una trompeta o con el pregonero público, cuando van a tomar posesión de su reino, así Cristo, por un movimiento de su Espíritu, reunió a este pueblo para que lo aclamaran como su rey. Cuando las multitudes quisieron hacerlo rey, mientras estaba en el desierto (**Juan 6:15**), se retiró secretamente a la montaña; porque en aquel tiempo no soñaban con otro reino que aquel bajo el cual pudieran engordarse bien, de la misma manera que el ganado. Por lo tanto, Cristo no podía conceder y cumplir su necio y absurdo deseo, sin negarse a sí mismo y renunciar al oficio que el Padre le había otorgado. Pero ahora reclama para sí el reino que

había recibido del Padre. Reconozco fácilmente que las personas que salieron a su encuentro no conocían bien la naturaleza de este reino; pero Cristo miró hacia el futuro. Mientras tanto, no permitió que se hiciera nada que no fuera adecuado a su reino espiritual.

13. Tomaron ramas de palmera. La *palma* era el emblema de la victoria y la paz entre los antiguos; pero solían emplear *ramas de palmera* cuando otorgaban poder real a alguien, o cuando suplicaban humildemente el favor de un conquistador. Pero esas personas parecen haber tomado en sus manos *ramas de palmera*, como muestra de alegría y regocijo por recibir un nuevo rey.

Y clamaban ¡Hosanna! Con esta frase testificaron que reconocían a Jesucristo como el Mesías, que había sido prometido antiguamente a los padres, y de quien se esperaba redención y salvación. Porque el **Salmo 118:25** del cual se toma esa exclamación fue compuesto en referencia al Mesías con este propósito, para que todos los santos deseen continuamente y anhelan ardientemente su venida, y puedan recibirlo con la mayor reverencia, cuando se haya manifestado. Por lo tanto, es probable, o más bien puede inferirse con certeza, que esta oración fuera utilizada con frecuencia por los judíos y, en consecuencia, estaba en boca de todos; para que el Espíritu de Dios pusiera palabras en la boca, de aquellos hombres, cuando deseaban una próspera llegada al Señor Jesús; y fueron elegidos por él como heraldos para dar fe de que Cristo había venido.

La palabra *Hosanna* se compone de dos palabras hebreas y significa: *Salva, te lo ruego*. Los hebreos, de hecho, lo pronuncian de manera diferente, (הושיע-נא) *Hoshianna*; pero suele suceder que la pronunciación de las palabras se corrompe cuando se transfieren a un idioma extranjero. Sin embargo, los evangelistas, aunque escribieron en griego, retuvieron deliberadamente la palabra hebrea, para expresar más plenamente que la multitud empleaba la forma ordinaria de oración, que fue empleada primero por David, y luego, a lo largo de una sucesión ininterrumpida de edades, recibida por el pueblo de Dios, y peculiarmente consagrado con el propósito de bendecir el reino del Mesías. Con el mismo propósito tienen las palabras que siguen inmediatamente: *Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel*, porque esta es también una oración gozosa por el feliz y próspero éxito de ese reino, del cual dependía la restauración y prosperidad de la Iglesia de Dios.

Pero como David parece hablar de sí mismo y no de Cristo en ese salmo, primero debemos resolver esta dificultad; ni la tarea será difícil. Sabemos con qué propósito se estableció el reino en manos de David y de su posteridad; y ese propósito era que pudiera ser una especie de preludio del reino eterno que habría de manifestarse en el momento adecuado. Y, de hecho, no era necesario que David limitara su atención a sí mismo; y el

Señor, a través de los profetas, ordena frecuentemente a todos los piadosos que vuelvan sus ojos a una persona diferente a David. Entonces, todo lo que David cantó sobre sí mismo se refiere con justicia a aquel rey que, según la promesa, surgiría de la simiente de David para ser el redentor.

Pero deberíamos sacar de ello una advertencia provechosa; porque si somos miembros de la Iglesia, el Señor nos llama a albergar el mismo deseo que deseaba que los creyentes albergaran bajo la Ley; es decir, que debemos desear con todo nuestro corazón que el reino de Cristo florezca y prospere; y no sólo eso, sino que debemos demostrarlo con nuestras oraciones. Para darnos mayor valor en la oración, debemos observar que él nos prescribe las palabras. ¡Ay de nuestra pereza, si extinguimos con nuestra frialdad o apagamos con la indiferencia ese ardor que Dios despierta! Sin embargo, sepamos que las oraciones que ofrecemos bajo la dirección y autoridad de Dios no serán en vano. Con tal que no seamos indolentes ni nos cansemos de orar, Él será fiel guardián de su reino, para defenderlo con su invencible poder y protección. Es cierto que, aunque permanezcamos somnolientos e inactivos, la majestad de su reino será firme y segura; pero, como suele suceder, cuando es menos próspero de lo que debería ser, o más bien cae en decadencia, como percibimos que está hoy terriblemente disperso y desperdiciado, esto sin duda surge por culpa nuestra. Y cuando se vea una pequeña restauración, o casi ninguna, o cuando al menos avance lentamente, achaquémosla a nuestra indiferencia. Diariamente le pedimos a Dios *que venga su reino (Mateo 6:10)*, pero apenas un hombre entre cien lo desea sinceramente. Con razón, por tanto, estamos privados de la bendición de Dios que estamos cansados de pedir.

Esta expresión también nos enseña que es sólo Dios quien preserva y defiende a la Iglesia; porque Él no reclama para sí ni nos ordena que le demos nada más que lo que es suyo. Por lo tanto, dado que mientras Él guía nuestras lenguas, oramos para que pueda preservar el reino de Cristo, reconocemos que, para que este reino permanezca en un estado apropiado, Dios mismo es el único otorgador de salvación. De hecho, emplea el trabajo de los hombres para este propósito, pero de hombres que su propia mano ha preparado para el trabajo. Además, aunque hace uso de los hombres para hacer avanzar o mantener el reino de Cristo, todo es iniciado y completado, a través de su agencia, sólo por Dios mediante el poder de su Espíritu.

Quien viene en el nombre del Señor. Primero debemos entender lo que significa esta frase, *venir en el nombre del Señor*. El que no se adelanta precipitadamente, ni asume falsamente el honor, sino que, siendo debidamente llamado, tiene la dirección y autoridad de Dios para sus acciones, *viene en el nombre de Dios*. Este título pertenece a todos los

verdaderos siervos de Dios. Un Profeta que, guiado por el Espíritu Santo, entrega honestamente a los hombres la doctrina que ha recibido del cielo, *viene en el nombre de Dios*. Un Rey, por cuya mano Dios gobierna a su pueblo, *viene con el mismo nombre*. Pero como el Espíritu del Señor descansó sobre Cristo, y él es *la Cabeza de todas las cosas (Efesios 1:22)*, y todos los que alguna vez han sido ordenados para gobernar la Iglesia están sujetos a su palabra, o más bien, son corrientes. fluyendo de él como fuente, se dice con justicia que *vino en el nombre de Dios*. No es sólo por el alto rango de su autoridad que supera a los demás, sino porque Dios se nos manifiesta plenamente en él; porque *en él habita corporalmente la plenitud de la Deidad*, como dice Pablo, **(Colosenses 2:9)**, y él es *la imagen viva de Dios (Hebreos 1:3)* y, en resumen, es el verdadero *Emmanuel (Mateo 1:23)*. Por lo tanto, es por un derecho especial que se dice que *vino en el nombre del Señor*, porque por él Dios se ha manifestado plenamente, y no parcialmente, como lo había hecho anteriormente por los Profetas. Por lo tanto, debemos comenzar con él como Cabeza cuando deseamos bendecir a los siervos de Dios.

Ahora bien, dado que los falsos profetas se jactan arrogantemente *del nombre de Dios* y se refugian bajo esta falsa pretensión, debemos incluir una cláusula opuesta en la oración, para que el Señor los disperse y destruya por completo. Por tanto, no podemos bendecir a Cristo sin maldecir al Papa y esa tiranía sacrílega que ha levantado contra el Hijo de Dios. De hecho, lanza sus excomuniones contra nosotros con gran violencia, como si fueran rayos, pero son meras vejigas de aire y, por lo tanto, debemos despreciarlas con valentía. Por el contrario, el Espíritu Santo nos dicta aquí una terrible maldición, que puede hundir al Papa en el infierno más bajo, con toda su pompa y esplendor. Tampoco es necesario que haya algún Obispo o Pontífice que pronuncie la maldición contra él, ya que Cristo en un tiempo confirió esta autoridad a los *niños*, cuando aprobó que *lloraran en el templo y dijieran: Hosanna al Hijo de David*, como relatan los otros evangelistas **(Mateo 21:15-16)**.

14. Y halló Jesús un asnillo. Esta parte de la historia es relatada más minuciosamente por los otros evangelistas, quienes nos dicen que Cristo *envió a dos de sus discípulos* a traer un asno **(Mateo 21:1; Marco 11:1; Lucas 19:29)**. Juan, quien fue el último escritor de todos los evangelistas, lo consideró suficiente para notar brevemente la sustancia de lo que habían dicho los demás; y, por este motivo, omite muchas circunstancias. Una aparente contradicción que deja perplejas a muchas personas se elimina muy fácilmente. Cuando Mateo dice que Cristo se sentó sobre *una asna y su pollino*, debemos verlo como una sinécdoque. Algunos imaginan que se sentó primero sobre la asna y después sobre su pollino; y a partir de esta conjetura elaboran una alegoría de que primero se sentó sobre el pueblo judío, que durante mucho tiempo había estado acostumbrado a llevar el yugo de la

Ley, y después sometió a los gentiles, como un asno indómito que nunca había llevado jinete. Pero la pura verdad es que Cristo montó sobre un asno que había sido traído junto con su madre; y con esto concuerdan las palabras del Profeta, quien, por una repetición muy frecuente entre los hebreos, expresa la misma cosa dos veces con palabras diferentes. *Sobre un asno*, dice, *sobre un pollino hijo de asna*, (ὄπιζυγίου). Nuestro evangelista, que estudia la brevedad, omite la primera cláusula y cita sólo la segunda.

Los propios judíos se ven obligados a exponer la predicción de **Zacarías 9:9**, que se cumplió en ese momento, como referencia al Mesías; pero, al mismo tiempo, nos ridiculizaron por dejarnos extraviar por *la sombra de un asno*, para dar el honor del Mesías al hijo de María. Pero muy diferentes son los testimonios en los que descansa nuestra fe. Y, en efecto, cuando decimos que Jesús es el Mesías, no empezamos diciendo que entró en Jerusalén sentado sobre un asno; porque se mostró en él una gloria, como la del Hijo de Dios, como hemos visto en el primer capítulo de este Evangelio; y fue principalmente en su resurrección que su poder divino se mostró ilustre. Pero no debemos despreciar esta confirmación de que Dios, por su maravillosa Providencia, exhibió en esa entrada, como en un escenario público, el cumplimiento de lo que Zacarías había predicho.

No temas. En estas palabras del Profeta, tal como las cita el evangelista, debemos observar, en primer lugar, que nunca se restablece la tranquilidad en nuestras mentes, ni se destierran de ellas el miedo y el temblor, excepto sabiendo que Cristo reina entre nosotros. Las palabras del Profeta, en verdad, son diferentes; porque exhorta a los creyentes a la alegría y al regocijo. Pero el evangelista ha descrito aquí la manera en que nuestros corazones exultan de verdadera alegría. Es, cuando se quita ese temor, con el que todos deben ser atormentados, hasta que, reconciliados con Dios, obtengan esa paz que brota de la fe (**Romanos 5:1**). Este beneficio, por tanto, nos llega a través de Cristo, que, libres de la tiranía de Satanás, roto el yugo del pecado, cancelada la culpa y abolida la muerte, nos jactamos libremente, confiando en la protección de nuestro Rey, ya que aquellos que están bajo su tutela no deben temer ningún peligro. No porque estemos libres del miedo mientras vivamos en el mundo, sino porque la confianza, fundada en Cristo, se eleva por encima de todo. Aunque Cristo todavía estaba lejos, el Profeta exhortó a los hombres piadosos de esa época a estar gozosos y gozosos, porque Cristo había de venir. *No temas*, dijo, *He aquí tu Rey viene*. Ahora que ha venido, para que podamos disfrutar de su presencia, debemos luchar más vigorosamente contra el miedo, para que, libres de nuestros enemigos, podamos honrar pacífica y alegremente a nuestro Rey.

Hija de Sion. El Profeta se dirigió a *Sion* en su época, porque esa era la habitación y morada de la Iglesia. De hecho, Dios ahora ha reunido para sí una Iglesia de todo el mundo; pero

esta promesa está dirigida particularmente a los creyentes que se someten a Cristo, para que él pueda reinar en ellos. Cuando describe a Cristo *montado sobre una pollina de asna*, el significado es que su reino no tendrá nada en común con la pompa, el esplendor, la riqueza y el poder del mundo; y era apropiado que esto se hiciera saber mediante una manifestación externa, para que todos pudieran estar plenamente seguros de que es espiritual.

Juan 12:16-19

16 Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho.

17 Y daba testimonio la gente que estaba con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro, y le resucitó de los muertos.

18 Por lo cual también había venido la gente a recibirle, porque había oído que él había hecho esta señal.

19 Pero los fariseos dijeron entre sí: Ya veis que no conseguís nada. Mirad, el mundo se va tras él.

16. Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio. Así como la semilla no brota tan pronto como se arroja a la tierra, el resultado de las obras de Dios no se ve inmediatamente. Los Apóstoles son los siervos de Dios para cumplir la profecía, pero no entienden lo que hacen. Escuchan el grito de la multitud, que no era un ruido confuso, sino un claro saludo a Cristo como Rey; pero no perciben cuál es el objeto ni lo que significa. Para ellos, por tanto, es una exhibición sin significado, hasta que el Señor, después de su gloriosa resurrección, les abre los ojos.

Cuando se dice que por fin *se acordaron de que estas cosas habían sido escritas acerca de él*, el evangelista señala la causa de tan gran ignorancia que precedió a su conocimiento. Fue porque no tenían las Escrituras en ese momento como guía e instructor, para dirigir sus mentes hacia puntos de vista justos y precisos; porque estamos ciegos, a menos que la palabra de Dios vaya delante de nuestros pasos, y ni siquiera basta que la palabra de Dios brille sobre nosotros, si el Espíritu no ilumina también nuestros ojos, que de otro modo estarían ciegos en medio de la más clara luz. Cristo concedió esta gracia a sus discípulos después de su resurrección, porque no llegó el tiempo pleno en que el Espíritu debía conceder sus riquezas en gran abundancia, hasta que fue recibido en la gloria celestial, como hemos visto en **Juan 7:39**.

Enseñados por este ejemplo, aprendamos a formar nuestro juicio sobre todo lo que se relaciona con Cristo, no por nuestros propios sentimientos carnales, sino por las Escrituras. Además, recordemos que es un favor especial del Espíritu Santo instruirnos de manera gradual, para que no seamos torpes al considerar las obras de Dios.

Que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho. Interpreto esa cláusula de esta manera: “*Entonces*, por primera vez, se les ocurrió a los discípulos que Cristo no hacía estas cosas precipitadamente, y que aquellos hombres no estaban empleados en diversiones ociosas; pero que toda esta transacción había sido regulada por

la providencia de Dios, porque estas cosas que *estaban escritas* necesariamente debían cumplirse;” de modo que las palabras puedan ordenarse así: “Le hicieron estas cosas, tal como estaba escrito acerca de él”.

17. Daba testimonio la gente. Nuevamente repite lo que había dicho, que muchas personas, despertadas por el informe de tan gran milagro, vinieron al encuentro de Cristo. La razón por la que salen en multitud es que el rumor sobre Lázaro, que había sido resucitado, estaba ampliamente difundido. Por lo tanto, tenían buenas razones para atribuir al hijo de María el honor del Mesías, ya que se sabía que poseía un poder tan extraordinario.

19. Ya veis que no conseguís nada. Con estas palabras se incitan a una ira mayor; porque puede considerarse como un reproche a su pereza, como si hubieran dicho que la razón por la cual el pueblo se rebeló y siguió a Cristo fue su excesiva indolencia y cobardía. Así suelen hablar los hombres desesperados, cuando se preparan para intentar medidas extremas. Y si los enemigos de Dios perseveran tan obstinadamente en el mal, nosotros deberíamos ser mucho más firmes en una empresa justa.

Juan 12:20-26

20 *Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta.*

21 *Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús.*

22 *Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús.*

23 *Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado.*

24 *De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.*

25 *El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará.*

26 *Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.*

20. Había ciertos griegos. No creo que fueran gentiles o incircuncisos, porque inmediatamente después se sigue que vinieron a *adorar*. Ahora estaba estrictamente prohibido por las leyes romanas, y severamente castigado por los procónsules y otros magistrados, si se descubría que alguna persona había abandonado el culto de su país natal y se había pasado a la religión judía. Pero a los judíos, que estaban dispersos por Asia y Grecia, se les permitió cruzar el mar con el fin de ofrecer sacrificios en el templo. Además, a los judíos no se les permitía asociarse con ellos en la adoración solemne de Dios, porque pensaban que de esa manera el templo, los sacrificios y ellos mismos quedarían contaminados. Pero, aunque eran descendientes de judíos, como residían a gran distancia más allá del mar, no debemos sorprendernos de que el evangelista los presente como extraños y desconocidos de los acontecimientos que tuvieron lugar en ese momento en Jerusalén y en lugares adyacentes. El significado, por tanto, es que Cristo fue recibido como Rey, no sólo por los habitantes de Judea, que habían venido de aldeas y ciudades *a la fiesta*, sino que el informe también había llegado a hombres que vivían más allá del mar y que habían venido de países lejanos.

A adorar. Podrían haberlo hecho también en su propio país; pero Juan describe aquí *adoración* solemne, que iba acompañado de sacrificios. Porque, aunque la religión y el temor de Dios no se limitaban al templo, en ningún otro lugar se les permitía ofrecer sacrificios a Dios, ni tenían en ningún otro lugar el Arca del Testimonio, que era la señal de la presencia de Dios. Cada uno adoraba a Dios diariamente en su casa de manera espiritual; pero los santos bajo la Ley estaban igualmente obligados a hacer profesión de adoración y obediencia exterior, tal como prescribía Moisés, apareciendo en el templo en la presencia de Dios. Tal era el diseño para el cual se designaban las fiestas. Y si aquellos hombres emprendieron un viaje tan largo con grandes gastos, con grandes inconvenientes

y no sin riesgo personal, para no tratar con indiferencia la profesión externa de su piedad, ¿qué disculpa podemos ofrecer ahora, si no testificamos, en nuestras propias casas, que adoramos al Dios verdadero? El culto que pertenecía a la Ley efectivamente ha llegado a su fin; pero el Señor ha dejado para su Iglesia el bautismo, la Cena del Señor y la oración pública, para que los creyentes puedan emplearse en esos ejercicios. Si los despreciamos, por tanto, prueba que nuestro deseo de piedad es excesivamente frío.

21. Estos, pues, se acercaron a Felipe. Es una indicación de reverencia que no se dirigen a Cristo, sino que desean obtener acceso a través de *Felipe*; porque la reverencia siempre engendra modestia. La inferencia que los papistas sacan de esto, que debemos invocar a los santos difuntos, para que puedan ser nuestros abogados ante Cristo y ante el Padre, es tan ridícula que no necesita refutación. Los griegos se dirigen a *Felipe* mientras él está presente; y, por favor, ¿dónde está el parecido con aquellos que dirigen sus oraciones a los santos difuntos, de quienes están separados? Pero tales son los frutos de la presunción humana, cuando una vez se ha permitido ir más allá de los límites de la palabra de Dios. La invocación de los santos ha sido inventada imprudentemente por los papistas a partir de su propio cerebro; y ahora, para protegerse bajo un falso pretexto tomado de la palabra de Dios, corrompen las Escrituras, las hacen pedazos y no tienen escrúpulos en exponerlas a burlas vergonzosas.

23. Ha llegado la hora. Muchos explican que esto se refiere a la muerte de Cristo, porque por ella se manifestó la gloria de Cristo; de modo que, en su opinión, Cristo ahora declara que el tiempo de su muerte está cerca. Pero más bien lo veo como una referencia a la publicación del evangelio; como si hubiera dicho que su conocimiento pronto se difundiría por todas las regiones del mundo. Por tanto, deseaba afrontar el asombro que su muerte podría provocar en sus discípulos; porque muestra que no hay razón por la cual su coraje deba fallar, porque la doctrina del evangelio será proclamada en todo el mundo. Una vez más, para que esta contemplación de su resplandor no desaparezca poco después, cuando sea condenado a muerte, colgado en la cruz y finalmente enterrado, les da información temprana y les advierte que la ignominia de su muerte no es un obstáculo para su gloria. Para ello emplea una comparación muy apropiada.

24. Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo. *Si un grano de trigo no muere* ni se pudre, continúa seco e infructuoso; pero la muerte de la semilla tiene el efecto beneficioso de acelerarla para que pueda dar fruto. En resumen, Cristo compara su muerte con la siembra, que parece tender a la destrucción del *trigo*, pero que, sin embargo, es causa de un aumento mucho más abundante. Aunque esta amonestación era especialmente necesaria en ese momento, es de uso continuo en la Iglesia. Y primero debemos comenzar

con el jefe. Esa terrible apariencia de desgracia y maldición, que aparece en la muerte de Cristo, no sólo oscurece su gloria, sino que la elimina por completo de nuestra vista. Por lo tanto, no debemos limitar nuestra atención sólo a su muerte, sino que también debemos considerar el fruto que ha dado su gloriosa resurrección. Así, no habrá nada que impida que su gloria se muestre en todas partes. De él debemos pasar luego a los miembros; porque no solo pensamos que perecemos en la muerte, sino que nuestra vida también es una especie de muerte continua (**Colosenses 3:3**). Por lo tanto, seremos deshechos, a menos que seamos apoyados por ese consuelo que Pablo ofrece:

aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. (2 Corintios 4:16).

Por lo tanto, cuando los piadosos están angustiados por diversas aflicciones, cuando son presionados duramente por las dificultades de su situación, cuando sufren hambre, o desnudez, o enfermedades, cuando son asaltados por reproches, cuando parece como si cada hora estuvieran abrumados por la muerte, consideren sin cesar que ésta es una siembra que, a su tiempo, dará fruto.

25. El que ama su vida, la perderá. A la doctrina Cristo une la exhortación; porque si debemos morir para poder dar *fruto*, debemos permitir pacientemente que Dios nos mortifique. Pero mientras establece un contraste entre el amor a la vida y el odio a la luz, debemos entender qué es *amar* y *odiar la vida*. Se dice que *ama la vida* quien, bajo la influencia del deseo inmoderado de la vida presente, no puede dejar el mundo sino por obligación; pero de quien, despreciando la *vida*, avanza valientemente hacia la muerte, se dice que *odia la vida*. No es que debamos odiar absolutamente la vida, que con justicia se considera una de las mayores bendiciones de Dios; sino porque los creyentes deben dejarlo alegremente, cuando les impide acercarse a Cristo; así como un hombre, cuando quiere apresurarse en cualquier asunto, se quitaría de encima una carga pesada y desagradable. En resumen, amar esta vida no es en sí mismo malo, siempre que pasemos por ella sólo como peregrinos, manteniendo la vista siempre fija en nuestro objeto. Porque el verdadero límite de *amar la vida* es cuando continuamos en ella mientras Dios quiera y cuando estamos dispuestos a dejarla tan pronto como Él nos lo ordene o, para expresarlo en una sola palabra, cuando llevarla, por así decirlo, en nuestras manos y ofrecerla a Dios como sacrificio. Quien lleva su apego a la vida presente más allá de este límite, *destruye su vida*; es decir, lo envía a la ruina eterna. Porque la palabra *destruir* (ἀπολέσει) no significa *perder* o soportar la pérdida de algo valioso, sino dedicarlo a la destrucción.

Su vida. Sucede frecuentemente que la palabra ψυχή, alma, se pone para *vida*. Algunos consideran que denota, en este pasaje, la sede de los afectos; como si Cristo hubiera dicho:

"Quien se entrega demasiado a los deseos de su carne, destruye su alma". Pero esa es una interpretación forzada, y la otra es más natural, que el que menosprecia su propia vida toma el mejor método para disfrutar eso eternamente.

En este mundo. Para aclarar aún más el significado, la frase *en este mundo*, que sólo se expresa una vez, debe repetirse dos veces, de modo que el significado sea: "No adoptan el método adecuado para preservar su vida los que la aman *en este mundo*". mundo, pero, en cambio, saben verdaderamente conservar su vida los que la desprecian *en este mundo*". Y, en efecto, quien está apegado al mundo, se priva voluntariamente de la vida celestial, de la que no podemos ser herederos de otra manera que siendo extraños y extranjeros *en el mundo*. La consecuencia es que cuanto más ansiosa está una persona por su propia seguridad, más se aleja del reino de Dios, es decir, de la verdadera vida.

El que aborrece su vida. Ya he sugerido que esta expresión se utilice de manera comparativa; porque debemos despreciar la *vida*, en la medida en que nos impide vivir para Dios; porque si la meditación de la vida celestial fuera el sentimiento predominante en nuestro corazón, el mundo no tendría ninguna influencia para detenernos. De aquí también obtenemos una respuesta a una objeción que podría plantearse. "Muchas personas, por desesperación o por otras razones, y principalmente por cansancio de la vida, se matan; y, sin embargo, no diremos que tales personas se preocupan por su propia seguridad, mientras que otros son apresurados a morir por la ambición, quienes también se precipitan hacia la ruina". Pero aquí Cristo habla expresamente de ese odio o desprecio por esta vida que se desvanece, que los creyentes derivan de la contemplación de una vida mejor. En consecuencia, quien no mira al cielo, aún no ha aprendido de qué manera se debe preservar la vida. Además, esta última cláusula fue agregada por Cristo, para infundir terror en aquellos que desean demasiado la vida terrenal; porque si estamos abrumados por el amor del mundo, de modo que no podemos olvidarlo fácilmente, nos es imposible ir al cielo. Pero como el Hijo de Dios nos despierta tan violentamente, sería el colmo de la locura dormir un sueño mortal.

26. Si algún me sirve. Para que la muerte no nos resulte excesivamente amarga y desagradable, Cristo nos invita con su ejemplo a someternos a ella con alegría; y ciertamente nos avergonzaremos de rechazar el honor de ser sus discípulos. Pero no nos admite entre ellos bajo ninguna otra condición, excepto que sigamos el camino que él señala. Él nos muestra el camino para sufrir la muerte. Por lo tanto, la amargura de la muerte se mitiga y, en cierta medida, se vuelve agradable cuando tenemos en común con el Hijo de Dios la condición de someternos a ella. Está tan lejos de ser apropiado que nos

apartemos de Cristo a causa de la cruz, que más bien deberíamos desear la muerte por su causa. Con el mismo propósito. pose es la declaración que sigue inmediatamente:

Y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Porque exige que sus siervos no se nieguen a someterse a la muerte, a la que le ven ir delante de ellos como ejemplo; porque no está bien eso; el siervo debe tener algo separado de su señor. El tiempo futuro, será, (ἔσται) se pone para dejarlo ser, según la costumbre del idioma hebreo. Otros lo consideran un consuelo, como si Cristo hubiera prometido a aquellos que no quisieran morir con él, que serían partícipes de su resurrección. Pero la primera opinión, como he dicho, es más probable; porque luego agrega el consuelo de que el Padre no dejará sin recompensa a los siervos de Cristo que habrán sido sus compañeros tanto en la vida como en la muerte.

Juan 12:27-33

27 Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora.

28 Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez.

29 Y la multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado.

30 Respondió Jesús y dijo: No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros.

31 Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera.

32 Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.

33 Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir.

27. Ahora está turbada mi alma. Al principio, esta afirmación parece diferir ampliamente del discurso anterior. Había demostrado un valor y una magnanimidad extraordinarios al exhortar a sus discípulos no sólo a sufrir la muerte, sino a desearla de buena gana y con alegría, siempre que fuera necesario; y ahora, al huir de la muerte, confiesa su cobardía. Sin embargo, no hay nada en este pasaje que no esté en perfecta armonía, como cada creyente sabe por su propia experiencia. Si los hombres desdeñosos se ríen de ello, no debemos sorprendernos; porque no puede entenderse sino mediante la práctica.

Además, fue muy útil, e incluso necesario para nuestra salvación, que el Hijo de Dios tuviera experiencia de tales sentimientos. En su muerte debemos considerar principalmente su expiación, mediante la cual apaciguó la ira y la maldición de Dios, que no podría haberlo hecho sin asumir nuestra culpa. Por lo tanto, la muerte que sufrió debe haber estado llena de horror, porque no pudo darnos satisfacción sin sentir, en su propia experiencia, el terrible juicio de Dios; y por eso llegamos a conocer más plenamente la enormidad del pecado, por el cual el Padre Celestial exigió un castigo tan terrible a su Hijo unigénito. Sepamos, pues, que la muerte no fue un deporte y una diversión para Cristo, sino que soportó los más severos tormentos por nuestra cuenta.

Tampoco era inadecuado que el Hijo de Dios fuera turbado de esta manera; porque se puede decir que la naturaleza divina, estando oculta y sin ejercer su fuerza, reposó para dar la oportunidad de hacer la expiación. Pero Cristo mismo estaba vestido, no sólo de nuestra carne, sino de sentimientos humanos. En él, sin duda, esos sentimientos eran voluntarios; porque temía, no por coacción, sino porque, por su propia voluntad, se había sometido al miedo. Y, sin embargo, debemos creer que no era fingido, sino en realidad, lo que temía; aunque se diferenciaba de los demás hombres en este sentido, que tenía todos

sus sentimientos regulados en obediencia a la justicia de Dios, como hemos dicho en otra parte.

También nos aporta otra ventaja. Si el temor a la muerte no hubiera causado inquietud al Hijo de Dios, ¿quién de nosotros habría pensado que su ejemplo era aplicable a nuestro caso? Porque no nos ha sido concedido morir sin sentimiento de arrepentimiento; pero cuando sabemos que no tenía dentro de sí una dureza como la piedra o el hierro, reunimos coraje para seguirlo, y la debilidad de la carne, que nos hace temblar ante la muerte, no nos impide convertirnos en compañeros de nuestro General en luchando con ello.

¿Y qué diré? Aquí vemos, por así decirlo, ante nuestros ojos, cuánto le costó nuestra salvación al Hijo de Dios, cuando fue reducido a tal extremo de angustia, que no encontró palabras para expresar la intensidad de su dolor, ni aún resolución como hombre. Se entrega a la oración, que es el único recurso que le queda, y pide ser librado de la muerte. Nuevamente, percibiendo también que, por el propósito eterno de Dios, ha sido designado para ser un sacrificio por los pecados, de repente corrige ese deseo que su prodigioso dolor le había arrancado, y extiende su mano, por así decirlo, para sacar él mismo de vuelta, para que pueda consentir enteramente en la voluntad de su Padre.

En este pasaje debemos observar cinco pasos. Porque, en primer lugar, está la queja, que surge de un dolor vehemente. En segundo lugar, siente que necesita un remedio y, para no sentirse abrumado por el miedo, se pregunta qué debe hacer. En tercer lugar, va al Padre y le ruega que lo libere. En cuarto lugar, recuerda el deseo que sabe que es incompatible con su llamamiento y elige sufrir cualquier cosa antes que no cumplir lo que su Padre le ha ordenado. Por último, se contenta únicamente con la gloria de Dios, olvida todo lo demás y lo considera sin valor.

Pero se puede pensar que es impropio que el Hijo de Dios exprese precipitadamente un deseo del que debe retractarse inmediatamente para obedecer a su Padre. Admito fácilmente que esta es la locura de la cruz, que ofende a los hombres orgullosos; pero cuanto más se humilló el Señor de la gloria, tanto más ilustre es la manifestación de su vasto amor hacia nosotros. Además, conviene recordar lo que ya he dicho: que los sentimientos humanos, de los que Cristo no estaba exento, eran en él puros y libres de pecado. La razón es que fueron guiados y regulados en obediencia a Dios; porque no hay nada que impida que Cristo tenga un temor natural a la muerte y, sin embargo, desee obedecer a Dios. Esto es cierto en varios aspectos: y por eso se corrige diciendo:

Mas para esto he llegado a esta hora. Porque, aunque puede legítimamente albergar temor a la muerte, considerando por qué fue enviado y lo que su oficio como Redentor exige de él, presenta a su Padre el temor que surgió de su disposición natural, para que pueda ser sometido, o, mejor dicho, habiéndolo sometido, se prepara libre y voluntariamente para ejecutar el mandato de Dios. Ahora bien, si los sentimientos de Cristo, que estaban libres de todo pecado, necesitaban ser restringidos de esta manera, ¿con qué fervor deberíamos aplicarnos a este objetivo, ya que los numerosos afectos que brotan de nuestra carne son otros tantos enemigos de Dios en nosotros? Por tanto, los piadosos perseveren en hacerse violencia a sí mismos, hasta negarse a sí mismos.

También debe observarse que debemos restringir no sólo aquellos afectos que son directamente contrarios a la voluntad de Dios, sino también aquellos que obstaculizan el progreso de nuestro llamamiento, aunque, en otros aspectos, no sean malvados ni pecaminosos. Para que esto sea más evidente, debemos colocar en primer lugar la voluntad de Dios; en segundo, la voluntad del hombre pura y entera, tal como Dios la dio a Adán, y tal como fue en Cristo; y, por último, la nuestra, que está infectada por el contagio del pecado. La voluntad de Dios es la regla a la que debe estar sujeto todo lo inferior. Ahora bien, la pura voluntad de la naturaleza no se rebelará por sí misma contra Dios; pero el hombre, aunque estuviera totalmente formado para la justicia, encontraría muchos obstáculos, a menos que sometiera sus afectos a Dios. Cristo, por lo tanto, sólo tenía una batalla que pelear: dejar de temer lo que naturalmente temía, tan pronto como percibiera que el agrado de Dios era diferente. Nosotros, en cambio, tenemos una doble batalla; porque debemos luchar con la obstinación de la carne. La consecuencia es que los combatientes más valientes nunca vencen sin ser heridos.

Padre, sálvame. Este es el orden que debe mantenerse siempre que estemos angustiados por el miedo u oprimidos por el dolor. Nuestros corazones deben elevarse instantáneamente a Dios. Porque no hay nada peor, ni más perjudicial, que alimentar interiormente lo que nos atormenta; mientras vemos una gran parte del mundo consumida por tormentos ocultos, y todos los que no se elevan a Dios son justamente castigados por su indolencia al no recibir nunca ningún alivio.

28. Padre, glorifica tu nombre. Con estas palabras testifica que prefiere *la gloria del Padre* a todas las cosas, e incluso descuida y desprecia su propia vida. Y la verdadera regulación de todos nuestros deseos es buscar la gloria de Dios de tal manera que todas las demás cosas cedan ante ella; porque debemos considerarlo una recompensa abundante, que nos lleve a soportar con paciencia todo lo que es molesto o fastidioso.

Lo he glorificado. Es como si hubiera dicho: terminaré lo que he comenzado; porque *Dios nunca deja imperfecta la obra de sus manos*, como se dice en **Salmo 138:8**. Pero como el propósito de Dios es impedir la ofensa de la cruz, no sólo promete que la muerte de Cristo será gloriosa, sino que también menciona con elogio los numerosos ornamentos con los que ya la había adornado.

29. Que tronó. Fue verdaderamente monstruoso que la multitud reunida no se conmoviera ante un milagro tan evidente. Algunos son tan sordos que oyen como un sonido confuso lo que Dios había pronunciado claramente. Otros son menos aburridos en cuanto a preocuparse, pero aun así le quitan mucho a la majestad de la voz Divina, al pretender que era un ángel quien hablaba. Pero todos los días se practica lo mismo; porque Dios habla con bastante claridad en el Evangelio, en el que también se muestra el poder y la energía del Espíritu, que debería sacudir el cielo y la tierra; pero a muchos les afecta tan poco la doctrina, como si sólo procediera de un hombre mortal, y otros consideran la palabra de Dios confusa y bárbara, como si no fuera más que un trueno.

Pero surge una pregunta: ¿Sonó esa voz del cielo sin ningún provecho o ventaja? Respondo: lo que el evangelista aquí atribuye a la multitud pertenece sólo a una parte de ellos; porque hubo algunos, además de los Apóstoles, que no lo interpretaron tan mal. Pero el evangelista quiso señalar brevemente lo que se hace comúnmente en el mundo; y es que la mayor parte de los hombres, aunque oyen a Dios, no le oyen, aunque hable clara y distintamente.

30. No ha venido esta voz por causa mía. ¿Cristo no necesitaba ser fortalecido, o el Padre se preocupaba menos por él que por nosotros? Pero debemos atender a este principio. Así como Cristo se vistió de carne por nosotros, así todas las bendiciones que recibió del Padre fueron concedidas por nosotros. Además, también es cierto *que la voz vino del cielo* por causa del pueblo; porque no necesitaba un milagro exterior. Además, aquí hay una reprensión indirecta de que los judíos son sordos como piedras a la voz de Dios; porque como Dios habla *por ellos*, no puede haber excusa para su ingratitud, cuando no prestan oídos.

31. Ahora es el juicio de este mundo. El Señor ahora, como si ya hubiera triunfado en la contienda, se jacta de haber obtenido una victoria no sólo sobre el miedo, sino sobre la muerte; porque describe, en términos elevados, la ventaja de su muerte, que podría haber consternado a sus discípulos. Algunos ven la palabra *juicio* (πίσις) como que denota *reforma*, y otros, como que denota *condenación*. Más bien estoy de acuerdo con los primeros que explican que significa que *el mundo* debe ser restaurado a un orden adecuado; porque la palabra hebrea משפט, *mishpat*, que se traduce *juicio*, significa un estado bien

ordenado. Ahora sabemos que fuera de Cristo no hay más que confusión en *el mundo*; y aunque Cristo ya había comenzado a erigir el reino de Dios, su muerte fue el comienzo de una condición bien regulada y la restauración completa del mundo.

Sin embargo, también debe observarse que este arreglo apropiado no puede establecerse en *el mundo* hasta que el reino de Satanás sea primero destruido, hasta que la carne y todo lo que se opone a la justicia de Dios sean reducidos a nada. Por último, la renovación *del mundo* debe ir precedida de la mortificación. En consecuencia, Cristo declara:

Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera; porque la confusión y la deformidad surgen de esto, que mientras Satanás usurpa el dominio tiránico, la iniquidad abunda en todas partes. Por lo tanto, cuando Satanás *sea echado fuera*, *el mundo* vuelve de su rebelión y se pone bajo obediencia al gobierno de Dios. Cabe preguntarse: ¿cómo *fue echado fuera* Satanás por la muerte de Cristo, si no cesa de hacer la guerra continuamente? Respondo, esta *expulsión* no debe limitarse a un corto período de tiempo, sino que es una descripción de ese efecto notable de la muerte de Cristo que se manifiesta diariamente.

32. Y yo, si fuere levantado. A continuación, sigue el método mediante el cual se llevará *el juicio*; es decir, Cristo, siendo *levantado* en la cruz, reunirá a todos los hombres consigo mismo, para elevarlos de la tierra al cielo. El evangelista dice que Cristo señaló la forma de su muerte; y, por lo tanto, el significado indudable es que la cruz será, por así decirlo, un carro mediante el cual elevará a todos los hombres, junto con él mismo, a su Padre. Se podría haber pensado que en ese momento fue sacado de la tierra, para ya no tener intereses en común con los hombres; pero declara que irá de una manera muy diferente, para atraer hacia sí a los que estaban fijados en la tierra. Ahora bien, aunque alude a la forma de su muerte, quiere decir en general que su muerte no será una división para separarlo de los hombres, sino que será un medio adicional para *atraer* la tierra hacia el cielo.

A todos atraeré a mí mismo. La palabra todos, que emplea, debe entenderse en el sentido de que se refiere a los hijos de Dios, que pertenecen a su rebaño. Sin embargo, estoy de acuerdo con Crisóstomo, quien dice que Cristo usó el término universal, *todos*, porque la Iglesia debía ser reunida por igual entre gentiles y judíos, según ese dicho:

Habrá un rebaño, y un pastor (Juan 10:16).

La antigua traducción latina dice: *atraeré* todas las cosas *hacia mí*; y Agustín sostiene que debemos leerlo de esa manera; pero la concordancia de todos los manuscritos griegos debería tener mayor peso para nosotros.

Juan 12:34-36

34 *Le respondió la gente: Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?*

35 *Entonces Jesús les dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va.*

36 *Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz. Estas cosas habló Jesús, y se fue y se ocultó de ellos.*

34. Hemos oído de la ley. Sin duda, su intención era criticar malignamente las palabras de Cristo; y por eso su malicia los ciega, de modo que no perciben nada en medio de la luz más clara. Dicen que Jesús no debe ser considerado como el Cristo, porque dijo que moriría, mientras que *la Ley* atribuye perpetuidad al Mesías; como si ambas declaraciones no se hubieran hecho expresamente en *la Ley* de que Cristo morirá y que después su reino florecerá hasta el fin del mundo. Pero se aprovechan de la segunda cláusula y la convierten en motivo de calumnia. El origen de su error fue que juzgaron el esplendor del reino del Mesías según sus puntos de vista carnales; en consecuencia, rechazan a Cristo porque no corresponde a su necia noción. Bajo el término *la Ley* abarca también a los Profetas, y se usa el tiempo presente (*permanece*), de acuerdo con el idioma hebreo, en lugar del tiempo futuro, *permanecerá*.

¿Quién es este Hijo del hombre? Esta es una pregunta de reproche, como si esa breve refutación venciera a Cristo tan completamente que no tuviera nada más que decir. Esto muestra cuán altiva era su ignorancia; porque es como si hubieran dicho: "Ve ahora y jactate de que eres el Cristo, ya que tu propia confesión prueba que no tienes nada que ver con el Mesías".

35. Aún por un poco está la luz entre vosotros. Aunque en esta respuesta el Señor los amonesta gentilmente, al mismo tiempo los reprende severamente; porque los acusa de cerrar los ojos a *la luz*, y al mismo tiempo amenaza con que dentro de poco les quitarán la luz. Cuando dice que *aún por un poco* hay algo *de luz*, confirma lo que ya había dicho sobre su muerte; porque, aunque por *la luz* no se refiere a su presencia corporal, sino a su Evangelio, alude a su partida; como si hubiera dicho: Cuando me haya ido, no dejaré de ser *la luz*, y así mi gloria no será disminuida por vuestras tinieblas. Cuando dice que *la luz está con ellos*, indirectamente los reprende por cerrar los ojos y excluir la luz; y así declara que no merecen respuesta a su objeción, porque por su propia voluntad buscan una oportunidad para caer en el error.

Andad entre tanto que tenéis luz, para que no sea os sorprendan las tinieblas. Esta afirmación de que *la luz* no continúa brillando sobre ellos sino por *un corto tiempo*, se aplica igualmente a todos los incrédulos; porque las Escrituras prometen que a los hijos de Dios *el Sol de justicia (Malaquías 4:2)* saldrá y nunca se pondrá.

El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que Jehová te será por luz perpetua (Isaías 60:19).

Pero todos deben *caminar* con cautela, porque al desprecio de *la luz* le sigue la oscuridad. Esta es también la razón por la cual una noche tan espesa y oscura se asentó sobre el mundo durante muchos siglos. Fue porque fueron pocos los que se dignaron caminar en el resplandor de la sabiduría celestial; porque Cristo nos ilumina con su Evangelio, para que sigamos el camino de salvación que él nos indica. Por esta razón, quienes no aprovechan la gracia de Dios apagan, en la medida de sus posibilidades, la luz que se les ofrece.

El que anda en tinieblas, no sabe adónde va. Para alarmarlos aún más profundamente, les recuerda cuán miserable es la condición de aquellos que, privados de luz, no hacen más que deambular durante todo el curso de su vida. Porque no pueden dar un paso sin correr el riesgo de caer o incluso de destruirse. Pero ahora Cristo declara que estamos *en tinieblas*, a menos que él brille sobre nosotros. De aquí se infiere cuál es el valor de la sagacidad de la mente humana, cuando ella es la única guía e instructora, aparte de Cristo.

36. Creed en la luz. Les exhorta a retener por la fe la posesión de *la luz*, pues da el apelativo de *hijos de luz* a aquellos que, como verdaderos herederos, la disfrutaban hasta el fin.

Estas cosas habló Jesús. Podríamos habernos preguntado por qué se apartó de ellos, cuando estaban tan ansiosos por recibirlo; pero de los otros evangelistas se puede inferir fácilmente que lo que aquí se dice se refiere a adversarios, que ardían de envidia por el celo piadoso de los discípulos buenos y sinceros. Porque los extranjeros, que habían salido al encuentro de Cristo, le siguieron hasta el templo, donde se reunió con los santos y con la multitud de los habitantes de la ciudad.

Juan 12:37-41

37 Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él;

38 para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?

39 Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías:

40 Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; Para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, Y se conviertan, y yo los sane.

41 Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él.

37. Pero a pesar de que había hecho tantas señales. Para que ningún hombre se turbe o quede perplejo al ver que Cristo era despreciado por los judíos, el evangelista elimina esta ofensa, mostrando que estaba respaldado por testimonios claros e indudables, que demostraban que el crédito se debía a él y a su doctrina; pero que los ciegos no contemplaron la gloria y el poder de Dios, que se mostraban abiertamente en sus milagros. Primero, por lo tanto, debemos creer que no fue debido a Cristo que los judíos no confiaron en él, porque con muchos milagros testificó abundantemente quién era, y que por lo tanto era injusto y altamente irrazonable que su incredulidad disminuyera su autoridad. Pero como esta misma circunstancia podría llevar a muchas personas a preguntarse ansiosamente y confusamente cómo llegaron los judíos a ser tan torpes que el poder de Dios, aunque visible, no produjo ningún efecto sobre ellos, Juan va más allá y muestra que la fe no procede de las facultades ordinarias de los hombres, sino que es un don poco común y extraordinario de Dios, y que esto fue predicho antiguamente acerca de Cristo, que muy pocos creerían en el Evangelio.

38. Para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías. Juan no quiere decir que la predicción imponía una necesidad a los judíos; porque Isaías (**Isaías 53:1; Romanos 10:16**) no pronunció nada más que lo que el Señor le reveló de los tesoros secretos de su propósito. De hecho, debió haber sucedido, aunque el profeta no había hablado de ello; pero como los hombres no habrían sabido lo que sucedería si Dios no hubiera testificado por boca del profeta, el evangelista pone ante nuestros ojos en la predicción, como en un espejo, lo que de otra manera les habría parecido oscuro y casi increíble.

Señor, ¿quién ha creído? Esta oración contiene dos cláusulas. En el primero, Isaías, habiendo comenzado a hablar de Cristo, previendo que todo lo que proclama acerca de Cristo, y todo lo que después será dado a conocer por los Apóstoles, será generalmente rechazado por los judíos, exclama, como asombrado ante algo extraño y monstruoso, *Señor, ¿quién creará nuestro informe o nuestro discurso?*

¿A quién se ha revelado el brazo del Señor? En esta segunda cláusula asigna la razón por la que son pocos; y la razón es que los hombres no la alcanzan por sus propias fuerzas, y Dios no ilumina a todos sin distinción, sino que concede la gracia de su Espíritu Santo a muy pocos. Y si entre los judíos la obstinada incredulidad de muchos no debe haber sido un obstáculo para los creyentes, aunque eran pocos en número, el mismo argumento debería persuadirnos, hoy en día, a no avergonzarnos del Evangelio, aunque tiene pocos discípulos. Pero primero debemos observar la razón que se agrega: que lo que hace creyentes a los hombres no es su propia sagacidad, sino la revelación de Dios. La palabra brazo, como es bien sabido, denota poder. El profeta declara que el brazo de Dios, que está contenido en la doctrina del Evangelio, permanece escondido hasta que sea revelado, y al mismo tiempo testimonia que no todos participan indiscriminadamente de esta revelación. De aquí se sigue que muchos quedan en su ceguera, privados de luz interior, porque *oyendo no oyen (Mateo 13:13)*.

39. Por esto no podían creer. Esto es algo más duro; porque, si se toman las palabras en su significado natural, a los judíos se les cerró el camino y se les quitó el poder de creer, porque la predicción del profeta los condenó a la ceguera, antes de que determinaran qué elección debían hacer. Respondo: no hay ningún absurdo en esto, si nada pudiera suceder diferente de lo que Dios había previsto. Pero debe observarse que la mera presciencia de Dios no es en sí misma la causa de los acontecimientos; aunque, en este pasaje, debemos considerar no tanto la presciencia de Dios como su justicia y venganza. Porque Dios no declara lo que ve desde el cielo que harán los hombres, sino lo que Él mismo hará; y, es decir, que herirá a los malvados con vértigo y torpeza, y así se vengará de su obstinada maldad. En este pasaje señala la causa más cercana e inferior por la que Dios pretende que su palabra, que es por naturaleza saludable y vivificante, sea destructiva y mortal para los judíos. Es porque se lo merecían por su obstinada maldad.

Les era imposible escapar de este castigo, porque una vez Dios había decretado entregarlos a una mente reprobada y cambiar la luz de su palabra, para convertirla en tinieblas. Porque esta última predicción difiere de la primera en este sentido, que en el primer pasaje el profeta testimonia que nadie cree sino aquellos a quienes Dios, por su libre gracia, ilumina para su propio beneplácito, cuya razón no aparece; porque como todos están igualmente arruinados, Dios, por su mero placer, distingue de los demás a aquellos a quienes cree dignos de distinguir. Pero, en el último pasaje, habla de la dureza con la que Dios ha castigado la maldad de un pueblo ingrato. Quienes no prestan atención a estos pasos confunden y confunden pasajes de las Escrituras, que son muy diferentes entre sí.

40. Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón. El pasaje está tomado de **Isaías 6:9**, donde el Señor advierte al profeta que el trabajo que dedica a instruir no conducirá a otro resultado que empeorar al pueblo. Entonces dice primero: Ve y di a este pueblo: *Oíd bien, y no entendáis*; como si hubiera dicho: "Te envío a hablar con los sordos". Luego agrega: *Engruesa el corazón de este pueblo*. Con estas palabras quiere decir que tiene la intención de hacer de su palabra un castigo para los réprobos, para que pueda volverlos más completamente ciegos y que su ceguera pueda hundirse en una oscuridad más profunda. De hecho, es un juicio terrible de Dios cuando abruma a los hombres con la luz de la doctrina, de tal manera que los priva de todo entendimiento; y cuando, incluso por medio de la que es su única luz, les trae oscuridad.

Pero debe observarse que es accidental a la palabra de Dios que *ciega* a los hombres; porque nada puede ser más inconsistente que no haya diferencia entre la verdad y la falsedad, que el pan de vida se convierta en un veneno mortal y que la medicina agrave una enfermedad. Pero esto hay que atribuirlo a la maldad de los hombres, que convierte la vida en muerte. También debe observarse que a veces el Señor, por sí mismo, ciega la mente de los hombres, privándolos de juicio y entendimiento; a veces por Satanás y los falsos profetas, cuando los enloquece con sus imposturas; a veces, también por sus ministros, cuando la doctrina de la salvación es perjudicial y mortal para ellos. Pero siempre que los profetas trabajen fielmente en la obra de instrucción y encomienden al Señor el resultado de su trabajo, aunque no logren su deseo, no deben ceder ni desanimarse. Más bien, que se sientan satisfechos con saber que Dios aprueba su trabajo, aunque sea inútil para los hombres, y que incluso *el olor* de la doctrina, que los hombres malvados convierten en mortal para ellos mismos, *es bueno y agradable a Dios*, como testifica Pablo (**2 Corintios 2:15**).

El corazón en las Escrituras a veces es puesto como el asiento de los afectos; pero aquí, como en muchos otros pasajes, denota lo que se llama la parte intelectual del alma. Con el mismo propósito habla Moisés:

Jehová no os ha dado corazón para entender (Deuteronomio 29:4).

Para que no vean con los ojos. Recordemos que el profeta habla de incrédulos que ya habían rechazado la gracia de Dios. Es cierto que todos seguirían siendo tales por naturaleza, si el Señor no formara para obedecerle a los que ha elegido. Al principio, por tanto, la condición de los hombres es igual y semejante, pero cuando los hombres reprobados, por su propia voluntad y por su propia maldad, se rebelaron contra Dios, se someten a esta venganza, por la cual, siendo entregados a una mente reprobada, continuamente se apresuran más y más hacia su propia destrucción. Por lo tanto, es culpa

suya si Dios no decide convertirlos, porque ellos fueron la causa de su propia desesperación. También se nos instruye brevemente, por estas palabras del profeta, cuál es el comienzo de nuestra conversión a Dios. Es cuando ilumina los corazones, que debieron haber estado apartados de él, mientras estuvieron retenidos por las tinieblas de Satanás; pero, por el contrario, tal es el poder de la luz divina, que nos atrae hacia sí y nos forma a imagen de Dios.

Y yo los sane. Luego añade el fruto de la conversión, es decir, la *sanidad*. Con esta palabra, el profeta quiere decir la bendición de Dios y una condición próspera, y también la liberación de todas las miserias que surgen de la ira de Dios. Ahora bien, si esto le sucede al réprobo, contrariamente a la naturaleza de la palabra, debemos prestar atención al contraste implicado en el uso opuesto de la misma; es decir, que el propósito por el cual se predica la palabra de Dios es iluminarnos en el verdadero conocimiento de Dios, volvernos a Dios y reconciliarnos con él, para que seamos felices y bendecidos.

41. Habló acerca de él. Para que los lectores no piensen que esta predicción fue citada inapropiadamente, Juan afirma expresamente que el profeta no fue enviado como maestro a una sola edad, sino, por el contrario, que la gloria de Cristo le fue manifestada para que pudiera ser un testimonio de aquellas cosas que deberían suceder bajo su reinado. Ahora el evangelista da por sentado que Isaías vio la gloria de Cristo; y por eso infiere que Isaías adapta sus instrucciones al estado futuro del reino de Cristo.

Juan 12:42-46

42 Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga.

43 Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.

44 Jesús clamó y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió;

45 y el que me ve, ve al que me envió.

46 Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas.

Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él. La murmuración y la ferocidad de los judíos, al rechazar a Cristo, habiendo llegado a tal altura de insolencia, podría haberse pensado que todo el pueblo, sin excepción, conspiraba contra él. Pero el evangelista dice que, en medio de la locura general de la nación, había muchos que estaban en su sano juicio. Un ejemplo sorprendente, verdaderamente, de la gracia de Dios; porque, una vez que la impiedad ha prevalecido, es una especie de plaga universal, que infecta con su contagio cada parte del cuerpo. Por lo tanto, es un regalo notable y una gracia especial de Dios que, en medio de un pueblo tan corrupto, haya algunos que permanezcan immaculados. Y, sin embargo, ahora percibimos en el mundo la misma gracia de Dios; porque, aunque la impiedad y el desprecio de Dios abundan en todas partes, y aunque una gran multitud de hombres hacen intentos furiosos por exterminar por completo la doctrina del Evangelio, siempre encuentra algunos lugares de retiro; y así la fe tiene, lo que podría llamarse, sus puertos o lugares de refugio, para no ser completamente desterrada del mundo.

La palabra incluso es enfática; porque en el orden de los gobernantes existía un odio tan profundo hacia el Evangelio, que apenas se podía creer que se pudiera encontrar un solo creyente entre ellos. Tanto la mayor admiración se debió al poder del Espíritu de Dios, que entró por donde no había abertura; aunque no era un vicio propio de una sola época el que los gobernantes fueran rebeldes y desobedientes a Cristo; porque el honor, la riqueza y el alto rango suelen ir acompañados de orgullo. La consecuencia es que aquellos que, henchidos de arrogancia, apenas se reconocen como hombres, no son fácilmente dominados por la humildad voluntaria. Entonces, quien ocupa una posición alta en el mundo, si es sabio, mirará con sospecha su rango, para que no se interponga en su camino. Cuando el evangelista dice que eran *muchos*, no debe entenderse que fueran la mayoría o la mitad; porque, en comparación con otros que eran inmensamente numerosos, eran pocos, pero, sin embargo, eran muchos, cuando se los consideraba en sí mismos.

A causa de los fariseos. Puede pensarse que habla incorrectamente, cuando separa la fe de la confesión; porque

con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación
(Romanos 10:10)

y es imposible que la fe que ha sido encendida en el corazón no apague su llama. Respondo, aquí señala cuán débil era la fe de aquellos hombres tan tibios, o más bien fríos. En resumen, Juan quiere decir que abrazaron la doctrina de Cristo, porque sabían que había venido de Dios, pero que no tienen una fe viva, o una fe tan vigorosa como debería haber sido; porque Cristo no concede a sus seguidores un espíritu de temor, sino de firmeza, para que puedan confesar con valentía y sin temor lo que han aprendido de él. Sin embargo, no creo que guardaran absoluto silencio; pero como su *confesión* no fue suficientemente abierta, el evangelista, en mi opinión, simplemente declara que no hicieron profesión de fe; porque el tipo apropiado de profesión era declarar abiertamente que eran discípulos de Cristo. Por tanto, no se engañe nadie que, en cualquier aspecto, oculta o disimula su fe por temor a incurrir en el odio de los hombres; porque por muy odioso que sea el nombre de Cristo, esa cobardía que nos obliga a desviarnos, en lo más mínimo, de la confesión de él, no admite excusa.

Hay que observar también que los *gobernantes* tienen menos rigor y firmeza, porque casi siempre reina en ellos la ambición, que es la más servil de todas las disposiciones; y, para expresarlo en una sola palabra, se puede decir que los honores terrenales son grilletes de oro que atan al hombre, de modo que no puede cumplir su deber con libertad. Por esta razón, las personas que se encuentran en condiciones bajas y mezquinas deben soportar su suerte con mayor paciencia, porque al menos quedan libradas de muchas trampas muy malas. Sin embargo, los grandes y nobles deben luchar contra su alto rango, para que ello no les impida someterse a Cristo.

Juan dice que tenían miedo de los fariseos; no porque los demás escribas y sacerdotes permitieran libremente que cualquier hombre se llamara discípulo de Cristo, sino porque, bajo la apariencia de celo, la crueldad ardía en ellos con mayor fiereza. El celo, en la defensa de la religión, es, en verdad, una virtud excelente; pero si a esto se le suma la hipocresía, ninguna plaga puede ser más peligrosa. Tanto más fervientemente debemos suplicar al Señor que nos guíe por el gobierno infalible de su Espíritu.

Para que no ser expulsados de la sinagoga. Esto era lo que les impedía: el miedo a la desgracia; porque habrían sido expulsados de la sinagoga. Por tanto, vemos cuán grande es la perversidad de los hombres, que no sólo corrompe y degrada las mejores ordenanzas de Dios, sino que las convierte en una tiranía destructiva. La excomuniación debería haber sido el nervio de la santa disciplina, para que el castigo pudiera estar listo para ser infligido, si alguna persona despreciara a la Iglesia. Pero las cosas habían llegado a tal punto que

cualquiera que confesara pertenecer a Cristo era desterrado de la sociedad de los creyentes. De la misma manera, en la actualidad, el Papa, para ejercer el mismo tipo de tiranía, pretende falsamente tener el derecho de excomulgar, y no sólo truena con furia ciega contra todos los piadosos, sino que se esfuerza por derribar a Cristo de su trono celestial; y, sin embargo, no duda descaradamente en defender el derecho de jurisdicción sagrada con el que Cristo ha adornado su Iglesia.

43. Porque amaban la gloria de los hombres. El evangelista afirma expresamente que aquellos hombres no se guiaban por ninguna superstición, sino que sólo se esforzaban por evitar la desgracia entre los hombres; porque si la ambición tuvo mayor influencia sobre ellos que el temor de Dios, se deduce que no fue un vano escrúpulo de conciencia lo que les provocó inquietud. Ahora bien, observe el lector cuán grande ignominia incurre ante Dios, por la cobardía de quienes, por temor a ser odiados, disimulan su fe ante los hombres. ¿Puede haber algo más tonto, o más bien, más bestial, que preferir el tonto aplauso de los hombres al juicio de Dios? Pero declara que todos los que evitan el odio de los hombres, cuando se debe confesar la fe pura, son presa de esta clase de locura. Y con justicia; porque el apóstol, al aplaudir la firmeza inquebrantable de Moisés, dice que

se sostuvo como viendo al Invisible (Hebreos 11:27).

Con estas palabras quiere decir que, cuando una persona ha fijado sus ojos en Dios, su corazón será invencible y completamente incapaz de ser conmovido.

¿De dónde, pues, viene el afeminamiento que nos hace caer en una hipocresía traicionera, sino porque, ante la vista del mundo, todos nuestros sentidos se embotan? Porque una verdadera visión de Dios ahuyentaría instantáneamente todas las nieblas de riqueza y honores. ¡Fuera aquellos que consideran una negación indirecta de Cristo como una ofensa trivial o, como ellos la llaman, un pecado venial! Porque, por el contrario, el Espíritu Santo declara que es más vil y monstruoso que si el cielo y la tierra estuvieran mezclados.

Amar la gloria de los hombres significa, en este pasaje, el deseo de gozar reputación entre los hombres. El evangelista, por lo tanto, quiere decir que esos hombres eran tan devotos del mundo, que deseaban más agradar a los hombres que agradar a Dios. Además, cuando acusa de este crimen a quienes negaron a Cristo, muestra al mismo tiempo que la excomunión, de la que abusaron los sacerdotes, contrariamente a todo lo que era justo y lícito, no tenía valor ni eficacia. Sepamos, por tanto, que todas las excomuniones que el Papa murmura ahora contra nosotros son meros fantasmas para asustar a los niños, ya que

estamos plenamente convencidos, en nuestra propia conciencia, de que su único objetivo es alejarnos de Cristo.

44. Jesús clamó. El objetivo de Cristo, en esta declaración, es animar a sus seguidores a una firmeza de fe adecuada e inquebrantable; pero contiene también una reprensión implícita, con la que pretendía corregir ese miedo perverso. El *clamor* expresa vehemencia; porque no es una doctrina simple, sino una exhortación destinada a excitarlos más poderosamente. La afirmación equivale a esto: que la fe en Cristo no depende de ningún hombre mortal, sino de Dios; porque no encuentra en Cristo más que lo divino, o, mejor dicho, contempla a Dios en su rostro. De ahí infiere que es tonto e irrazonable que la fe sea vacilante o dudosa; porque es imposible ofrecer un insulto mayor a Dios que no confiar en su verdad. ¿Quién es entonces el que se ha aprovechado debidamente del Evangelio? Es él quien, confiando en que no cree en los hombres sino en Dios, lucha tranquila y firmemente contra todas las maquinaciones de Satanás. Entonces, si queremos rendir a Dios el honor que le corresponde, debemos aprender a permanecer firmes en la fe, no sólo, aunque el mundo sea sacudido, sino incluso aunque Satanás perturbe y trastorne todo lo que hay bajo el cielo.

El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió. Se dice que los *creyentes no creen en Cristo* cuando no fijan toda su atención en su rostro humano. Comparándose con el Padre, nos invita a mirar el poder de Dios; porque la debilidad de la carne no tiene firmeza en sí misma. Cuando después lo encontremos exhortando a los discípulos a *creer en él*, será en un sentido diferente; porque, en ese pasaje, no se contrasta a Dios con el hombre, sino que se presenta a Cristo con todos sus dones y gracias que deberían ser suficientes para sostener nuestra fe.

45. Y el que me ve. La palabra *ver* aquí se toma por *conocimiento*; porque, para dar verdadera y completa tranquilidad a nuestras conciencias, que de otro modo habrían estado constantemente sujetas a diversas agitaciones, nos envía al Padre. La razón por la cual la estabilidad de la fe es firme y segura es que es más fuerte que el mundo y está por encima del mundo. Ahora bien, cuando Cristo es verdaderamente conocido, la gloria de Dios resplandece en él, para que estemos plenamente persuadidos de que la fe que tenemos en él no depende del hombre, sino que está fundada en el Dios eterno; porque sube de la carne de Cristo a su Divinidad. Y, si es así, no sólo debe quedar fijado perpetuamente en nuestro corazón, sino que también debe manifestarse con valentía en la lengua, cuando sea necesario.

46. Yo, la luz, he venido al mundo. Para hacer a sus discípulos más audaces y perseverantes, va aún más lejos en el mantenimiento de la certeza de la fe. Y, primero,

testifica que *vino al mundo para ser una luz* mediante la cual los hombres pudieran ser liberados de las tinieblas y los errores; y, al mismo tiempo, señala los medios para obtener tan grande beneficio, cuando dice, *que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas*. Además, acusa de ingratitud a todos los que, después de haber sido enseñados por el Evangelio, no se separan de los incrédulos; porque cuanto mayor es la excelencia de este beneficio, de ser llamados de las tinieblas a *la luz*, menos excusables son aquellos que, por su indolencia o descuido, apagan la luz que en ellos se había encendido.

Las palabras *He venido al mundo como una luz* son muy enfáticas; porque, aunque Cristo fue *luz* desde el principio, hay una buena razón por la que se adorna con este título: ha venido a desempeñar el papel de *luz*. Para que podamos percibir claramente los distintos pasos, muestra, primero, que él es *una luz* para los demás más que para sí mismo; en segundo lugar, que él es *luz*, no sólo para los ángeles, sino también para los hombres; en tercer lugar, que fue manifestado en carne, para poder brillar con todo su esplendor.

El término, *cualquiera*, parece haber sido agregado a propósito, en parte, para que todos los creyentes, sin excepción, puedan disfrutar de este beneficio poco común, y en parte, para mostrar que la razón por la cual los incrédulos perecen en la oscuridad es que, por su propia voluntad, abandonan *la luz*. Ahora bien, si toda la sabiduría del mundo se reuniera en una sola masa, no se encontraría ni un solo rayo de la *luz* verdadera en ese vasto montón; pero, al contrario, será un caos confuso; porque sólo a Cristo le corresponde librarnos de las tinieblas.

Juan 12:47-50

47 Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo.

48 El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero.

49 Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar.

50 Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho.

47. Al que oye mis palabras. Después de haber hablado de su gracia y haber exhortado a sus discípulos a tener una fe firme, ahora comienza a golpear a los rebeldes, aunque incluso aquí mitiga la severidad debida a la maldad de aquellos que deliberadamente, por así decirlo, rechazan a Dios; porque tarda en pronunciar *juicio* sobre ellos, porque, al contrario, ha venido para la salvación de todos. En primer lugar, debemos entender que aquí no habla de todos los incrédulos sin distinción, sino de aquellos que, a sabiendas y voluntariamente, rechazan la doctrina del Evangelio que se les ha mostrado. ¿Por qué entonces Cristo no decide condenarlos? Es porque deja de lado por un tiempo el oficio de *juez*, ofrece salvación a todos sin reservas y extiende sus brazos para abrazar a todos, para que todos se sientan más animados a arrepentirse. Y, sin embargo, hay una circunstancia de no poca importancia, por la cual señala el agravamiento del crimen, si rechazan una invitación tan amable y gentil, porque es como si hubiera dicho: "He aquí, estoy aquí para invitar a todos". y, olvidando el carácter de juez, tengo como único objetivo persuadir a todos y rescatar de la destrucción a los que ya están dos veces arruinados". Por lo tanto, nadie es condenado por haber despreciado el Evangelio, excepto aquel que, desdeñando el hermoso mensaje de la salvación, ha elegido por sí mismo atraer sobre sí mismo la destrucción.

La palabra *juzgar*, como se desprende de la palabra *salvar*, que se contrasta con ella, aquí significa *condenar*. Ahora bien, esto debe entenderse como una referencia al oficio que propia y naturalmente pertenece a Cristo; porque el que los incrédulos no sean *condenados* más severamente a causa del Evangelio es accidental y no surge de su naturaleza, como hemos dicho en ocasiones anteriores.

48. El que me rechaza. Para que los hombres malvados no se halaguen a sí mismos como si su desobediencia ilimitada a Cristo quedara impune, él agrega aquí una terrible amenaza, que, aunque no hiciera nada en este asunto, su doctrina por sí sola sería suficiente para condenarlos, como él dice en otra parte, que no habría necesidad de ningún otro juez que Moisés, en quien se jactaban, (**Juan 5:45**). El significado, por lo tanto, es: "Ardiendo con ardiente deseo de promover vuestra salvación, de hecho, me abstengo de ejercer mi derecho

a condenarte, y estoy enteramente ocupado en salvar lo perdido; pero no penséis que habéis escapado de las manos de Dios; porque, aunque me calle por completo, *la sola palabra* que habéis despreciado es suficiente para *juzgaros*.

Y no recibe mis palabras. Esta última cláusula es una explicación de la primera; porque siendo la hipocresía natural de los hombres, nada les resulta más fácil que jactarse con palabras de que están preparados para recibir a Cristo; y vemos cuán común es esta jactancia incluso entre los hombres más malvados. Por tanto, debemos atender a esta definición, que Cristo es *rechazado* cuando no abrazamos la doctrina pura del Evangelio.

De hecho, los papistas proclaman en voz alta esta palabra que Cristo pronunció; pero tan pronto como se presenta su pura verdad, nada les resulta más odioso. Tales personas besan a Cristo de la misma manera que Judas lo besó (**Mateo 26:49**). Aprendamos, pues, a recibirlo junto con *su palabra* y a rendirle ese homenaje y obediencia que exige como su único derecho.

La palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero. Es imposible dar un título más noble o magnífico al Evangelio que atribuirle el poder de juzgar; porque, según estas palabras, el juicio final no será más que una aprobación o ratificación de la doctrina del Evangelio. Cristo mismo ciertamente ascenderá al tribunal, pero declara que pronunciará la sentencia según *la palabra* que ahora se predica. ¿Esta amenaza debería afectar profundamente? terror en los impíos, ya que no pueden escapar del *juicio* de esa doctrina que ahora tan altivamente desdeñan.

Pero cuando Cristo menciona el juicio final, quiere decir que ahora carecen de entendimiento; porque les recuerda que el castigo que ahora tratan con burla se mostrará abiertamente. Por otra parte, proporciona a los piadosos un consuelo inestimable, en cualquier medida pueden ser ahora condenados por el mundo, pero no dudan que ya están absueltos en el cielo; porque dondequiera que tenga su sede la fe del Evangelio, el tribunal de Dios se erige para salvar. Confiando en este derecho, no debemos preocuparnos por los papistas o sus decisiones absurdas; porque nuestra fe se eleva incluso por encima de los ángeles.

49. Porque yo no he hablado por mi propia cuenta. Para que la apariencia exterior del hombre no disminuya la majestad de Dios, Cristo nos envía frecuentemente al Padre. Ésta es la razón por la que menciona tan a menudo al Padre; y, de hecho, dado que sería ilegal transferir a otro una sola chispa de la gloria divina, *la palabra* a la que se atribuye el *juicio* debe haber procedido de Dios. Ahora bien, Cristo aquí se distingue del Padre, no simplemente en cuanto a su Persona Divina, sino más bien en cuanto a su carne; no sea que

la doctrina sea juzgada a la manera de los hombres y, por lo tanto, tenga menos peso. Pero si las conciencias estuvieran sujetas a las leyes y doctrinas de los hombres, este argumento de Cristo no se aplicaría: "Mi palabra (dice) juzgará, porque no ha procedido del hombre"; según ese dicho,

Uno solo es el dador de la ley, que puede salvar y perder (Santiago 4:12).

También podemos inferir de ello cuán monstruoso es el sacrilegio del Papa al atreverse a atar almas con sus inventos; porque de esta manera reclama para sí más que el Hijo de Dios, quien declara que no habla sino por mandamiento de su Padre.

50. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Nuevamente aplaude el fruto de su doctrina, para que todos puedan ceder más gustosamente a ella; y es razonable que los hombres malvados sientan la venganza de Dios, a quien ahora se niegan a tener como Autor de la vida.

Comentario al evangelio de Juan

Capítulo 13

Juan 13:1-7

1 *Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.*

2 *Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase,*

3 *sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba,*

4 *se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ceñió.*

5 *Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido.*

6 *Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies?*

7 *Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después.*

1. Antes de la fiesta de la Pascua. Juan intencionalmente pasa por alto muchas cosas que, sabía, habían sido relatadas por Mateo y otros. Se compromete a explicar aquellas circunstancias que habían omitido, una de las cuales era la narración del *lavado de los pies*. Y aunque luego explicará más claramente con qué propósito Cristo *lavó los pies* de sus discípulos, sin embargo, antes de hacerlo, afirma, en una sola palabra, que el Señor testificó, con este signo visible, que el amor con el que los abrazó fue firme y duradero; que, aunque estuvieran privados de su presencia, aún pudieran estar convencidos de que la muerte misma no apagaría este amor. Esta convicción debería fijarse ahora también en nuestros corazones.

Las palabras son que Cristo *había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*. ¿Por qué emplea este circunloquio al describir a los Apóstoles, sino para informarnos que, como consecuencia de que estaban involucrados, como nosotros, en una guerra peligrosa y difícil, Cristo los miró con mayor solicitud? Y, por lo tanto, aunque pensamos que estamos lejos de Cristo, debemos saber que él nos está mirando; porque *ama a los suyos, que están en el mundo*; porque no tenemos motivos para dudar de que todavía siente el mismo afecto que conservaba en el mismo momento de su muerte.

Para que pasase de este mundo al Padre. Esta frase es digna de mención; porque se refiere al conocimiento de Cristo, que él sabía que su muerte era un *paso* al reino celestial de Dios. Y si, mientras se apresuraba hacia allí, no dejó de considerar *a los suyos* con su amor habitual, no hay razón para que ahora pensemos que su afecto ha cambiado. Ahora bien, siendo él el primogénito de entre los muertos, esta definición de muerte se aplica a todo el cuerpo de la Iglesia, que es una apertura o pasaje para ir a Dios, de quien los creyentes ahora están ausentes.

2. Después de la cena. Luego tomaremos en consideración, en el lugar apropiado, todo el diseño de Cristo *al lavar los pies* de sus discípulos, y la ventaja que se derivará de esta narración. Prestemos ahora atención a la conexión de las palabras. Dice el evangelista que esto se hizo, mientras Judas ya resolvía traicionar a Cristo, no sólo para mostrar la maravillosa paciencia de Cristo, que podía soportar *lavar los pies* de tan malvado y detestable traidor; pero también que eligió deliberadamente el momento en que estaba cerca de la muerte, para realizar lo que puede considerarse como el último acto de su vida.

El diablo ya lo había metido en el corazón de Judas. Cuando el evangelista dice que Judas había sido impulsado por *el diablo* a trazar el plan de *traicionar* a Cristo, esto tiende a mostrar la enormidad del crimen; porque se trataba de una maldad terrible y atroz, en la que se mostraba abiertamente la eficacia de Satanás. En verdad, no hay maldad perpetrada por los hombres a la que Satanás no los incite, pero cuanto más espantoso y execrable es un crimen, más debemos ver en él la *ira del diablo*, que conduce, en todas las direcciones posibles, hombres que han sido abandonados por Dios. Pero, aunque el ventilador de Satanás enciende la lujuria de los hombres hasta convertirla en una llama más feroz, no deja de ser un horno; contiene en sí la llama encendida, recibe con avidez la agitación del abanico, de modo que no queda excusa para los malvados.

3. Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos. Soy de la opinión de que esto se añadió con el propósito de informarnos de dónde obtuvo Cristo una compostura mental tan bien regulada. Fue porque, habiendo obtenido ya una victoria sobre la muerte, elevó su mente hacia el triunfo glorioso que pronto seguiría. Suele ocurrir que los hombres presos del miedo se agitan mucho. El evangelista quiere decir que no se encontró ninguna agitación de este tipo en Cristo, porque, aunque Judas iba a traicionarlo inmediatamente, aun así, sabía que *el Padre le había dado todas las cosas en las manos*. Cabría preguntarse: ¿Cómo entonces se vio reducido a tal grado de tristeza que sudó sangre? Respondo, ambos eran necesarios. Era necesario que temiera la muerte, y era necesario que, a pesar de esto, desempeñara sin miedo todo lo que correspondía al oficio de Mediador.

4. Y se quitó su manto. El significado es que dejó a un lado *su manto superior*, no su túnica; porque sabemos que los habitantes de los países orientales vestían *mantos* largos.

5. Y comenzó a lavar los pies de los discípulos. Estas palabras expresan el diseño de Cristo, más que el acto exterior; porque el evangelista añade que comenzó con Pedro.

6. Señor, ¿tú me lavas los pies? Este discurso expresa un fuerte disgusto por la acción por considerarla tonta e inadecuada; porque al preguntar qué está haciendo Cristo, extiende la

mano, por así decirlo, para empujarlo hacia atrás. La modestia sería digna de elogio, si no fuera porque la obediencia tiene mayor valor ante los ojos de Dios que cualquier clase de honor o servicio, o más bien, si ésta no fuera la verdadera y única regla de la humildad, rendirnos en obediencia a Dios, y tener todos nuestros sentidos regulados por su beneplácito, de modo que todo lo que él declara que le es agradable, también sea aprobado por nosotros, sin ningún escrúpulo. Por lo tanto, debemos, sobre todo, observar esta regla de servir a Dios, que siempre estaremos dispuestos a aceptar, sin demora, tan pronto como Él dé cualquier orden.

7. Lo que yo hago. Estas palabras nos enseñan que simplemente debemos obedecer a Cristo, aunque no debamos percibir la razón por la que él desea que se haga esto o aquello. En una casa bien regulada, una persona, el cabeza de familia, tiene la única capacidad de decir lo que se debe hacer; y los sirvientes están obligados a emplear sus manos y pies en su servicio. Por lo tanto, es demasiado altivo el hombre que se niega a obedecer el mandato de Dios, porque no conoce el motivo del mismo. Pero esta amonestación tiene un significado aún más extenso, y es que no debemos tomar mal el ignorar aquellas cosas que Dios quiere que se nos oculten por un tiempo; porque esta clase de ignorancia es más erudita que cualquier otra clase de conocimiento, cuando permitimos que Dios sea sabio por encima de nosotros.

Juan 13:8-11

8 Pedro le dijo: *No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.*

9 Le dijo Simón Pedro: *Señor, no solo mis pies, sino también las manos y la cabeza.*

10 Jesús le dijo: *El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos.*

11 Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: *No estáis limpios todos.*

8. No me lavarás los pies jamás. Hasta ahora la modestia de Pedro era excusable, aunque no libre de culpa; pero ahora se equivoca más gravemente, cuando ha sido corregido y, sin embargo, no cede. Y, en efecto, es un defecto común que a la ignorancia le siga de cerca la obstinación. Sin duda, es una excusa plausible que el rechazo surja de la reverencia a Cristo; pero como no obedece absolutamente el mandato, el deseo mismo de mostrar respeto a Cristo pierde toda su gracia. La verdadera sabiduría de la fe, por tanto, es aprobar y abrazar con reverencia todo lo que procede de Dios, como si se hubiera hecho con propiedad y en buen orden; ni hay otra manera, de hecho, en la que podamos santificar su nombre; porque si no creemos que todo lo que hace es por muy buena razón, nuestra carne, siendo testaruda por naturaleza, murmurará continuamente y no rendirá a Dios el honor que le corresponde, a menos que sea por obligación. En resumen, hasta que un hombre renuncie a la libertad de juzgar las obras de Dios, cualesquiera que sean los esfuerzos que haga para honrar a Dios, el orgullo siempre acechará bajo el manto de la humildad.

Si no te lavare. Esta respuesta de Cristo aún no explica la razón por la que decidió *lavar los pies de sus discípulos*; sólo mediante una comparación entre el alma y el cuerpo, muestra que, al lavar los pies de sus discípulos, no hace nada que sea inusual o inconsistente con su rango. Mientras tanto, la respuesta señala la locura de la sabiduría de Pedro. Siempre nos sucederá lo mismo, cada vez que el Señor comience a contender con nosotros. Mientras permanece en silencio, los hombres se imaginan que tienen todo el derecho a discrepar de él; pero nada le resulta más fácil que refutar, con una sola palabra, todos los argumentos plausibles que emplean. Como Cristo es Señor y Maestro, Pedro considera inconsistente que Cristo le lave los pies. Pero el mal es que, al rechazar tal servicio, rechaza la parte principal de su propia salvación. También hay una doctrina general contenida en esta declaración, que todos somos inmundos y abominables a los ojos de Dios, hasta que Cristo lave nuestras manchas. Ahora bien, ya que él reclama para sí el derecho exclusivo de *lavarse*, que cada uno se presente, o sea limpio de su contaminación, para obtener un lugar entre los hijos de Dios.

Pero antes de continuar, debemos entender cuál es el significado de la palabra *lavar*. Algunos lo refieren al perdón gratuito de los pecados; otros, a novedad de vida; mientras que una tercera clase lo extiende a ambas, y esta última opinión la admito alegremente. Porque Cristo nos *lava* cuando quita la culpa de nuestros pecados mediante su sacrificio expiatorio, para que no vengan a juicio delante de Dios; y, por otra parte, nos *lava* cuando quita, por su Espíritu, los malos y pecaminosos deseos de la carne. Pero como poco después resultará evidente por lo que sigue que habla de la gracia de la regeneración, no sostengo absolutamente la opinión de que haya incluido aquí el *lavamiento* del perdón.

9. Señor, no sólo mis pies. Cuando Pedro escuchó que estaba arruinado si no aceptaba la limpieza que le ofrecía Cristo, esta necesidad resultó, al fin, ser un instructor suficiente para domesticarlo. Por lo tanto, deja de lado la oposición y cede, pero desea ser completamente lavado y, de hecho, reconoce que, por su parte, está completamente cubierto de contaminación y, por lo tanto, que no sirve de nada si solo se *lava* en una parte. Pero también aquí se equivoca por irreflexión, al tratar como algo sin valor el beneficio que ya había recibido; porque habla como si aún no hubiera obtenido ningún perdón de pecados ni ninguna santificación por el Espíritu Santo. Por este motivo, Cristo lo reprende con justicia, porque recuerda lo que anteriormente le había otorgado; al mismo tiempo, recordando a todos sus discípulos en la persona de un solo hombre, que, mientras recordaban la gracia que habían recibido, debían considerar lo que aún necesitaban para el futuro.

10. El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio. Primero, dice que los creyentes están *todos limpios*; no porque sean puros en todos los aspectos, de modo que ya no quede en ellos ninguna mancha, sino porque están limpios en su mayor parte; es decir, cuando el pecado es privado de su poder real, de modo que la justicia de Dios tiene la superioridad; como si dijéramos que un cuerpo está completamente sano porque no está infectado con ninguna enfermedad universal. Por lo tanto, es por la novedad de vida que debemos testificar que somos discípulos de Cristo, porque él declara que él es el Autor de la pureza en todos sus seguidores.

Nuevamente, la otra comparación también se aplicó al caso que nos ocupa, para que Pedro no desechara el lavado de *los pies* por considerarlo una tontería; porque, así como Cristo lava desde la cabeza hasta *los pies* a los que recibe como discípulos suyos, así en los que ha limpiado les queda la parte inferior para ser limpiada diariamente. Los hijos de Dios no son completamente regenerados el primer día, para no aspirar a nada más que a la vida celestial; sino que, por el contrario, siguen habitando en ellos los restos de la carne, con la que mantienen una lucha continua durante toda su vida. El término *pies*, por tanto, se aplica

metafóricamente a todas las pasiones y cuidados por los que entramos en contacto con el mundo; porque, si el Espíritu Santo ocupara cada parte de nosotros, ya no tendríamos nada que ver con las contaminaciones del mundo; pero ahora, por esa parte en la que somos carnales, nos arrastramos por la tierra, o al menos fijamos nuestros pies en el barro, y por eso somos hasta cierto punto impuros. Así, Cristo siempre encuentra en nosotros algo que limpiar. De lo que aquí se habla no es del perdón de los pecados, sino de la renovación mediante la cual Cristo, mediante una sucesión gradual e ininterrumpida, libera por completo a sus seguidores de los deseos pecaminosos de la carne.

Y vosotros estáis limpios. Se puede decir que esta proposición es la menor del silogismo, y de aquí se sigue que *el lavado de los pies* se aplica a ellos con estricta propiedad.

Aunque no todos. Se agrega esta excepción, que cada uno puede examinarse a sí mismo, si Judas quizás se siente conmovido por un sentimiento de arrepentimiento; aunque tenía la intención de aprovechar la primera oportunidad para fortalecer al resto de los discípulos, para que no quedaran perplejos por la atrocidad del crimen, que poco después se daría a conocer. Sin embargo, se abstiene deliberadamente de nombrarlo para no cerrarle la puerta del arrepentimiento. Como aquel hipócrita empedernido estaba completamente desesperado, la advertencia sólo sirvió para agravar su culpa; pero fue de gran utilidad para los demás discípulos, porque por medio de ella se les hizo conocer más plenamente la Divinidad de Cristo, y también comprendieron que la pureza no es un don cualquiera del Espíritu Santo.

Juan 13:12-17

12 Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho?

13 Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy.

14 Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros.

15 Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.

16 De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió.

17 Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis.

12. Cuando les hubo lavado los pies. Cristo explica detalladamente cuál era su intención al lavar los pies de sus discípulos; porque lo que había dicho sobre el lavamiento espiritual era una especie de digresión de su propósito principal. Si no hubiera sido por la oposición de Pedro, Cristo no habría hablado sobre ese tema. Ahora, por tanto, revela el motivo de lo que había hecho; es decir, que aquel *que es el Maestro y Señor de todos dio un ejemplo* a seguir por todos los piadosos, para que nadie tenga reparos en descender a prestar un servicio a sus hermanos e iguales, por muy mezquino y bajo que sea ese servicio. Porque la razón por la que se desprecia el amor de los hermanos es que cada uno tiene más en alta estima de sí mismo de lo que debería y desprecia a casi todos los demás. No pretendía simplemente inculcar modestia, sino también establecer esta regla del amor fraternal, que se sirvieran unos a otros; porque no hay amor fraternal donde no hay sujeción voluntaria para ayudar al prójimo.

¿Sabéis lo que os he hecho? Vemos que Cristo, por un corto tiempo, ocultó su intención a sus discípulos, pero que, después de haber probado su obediencia, les reveló oportunamente lo que no les convenía saber previamente. Ahora tampoco espera a que le pregunten, sino que se adelanta por sí mismo. Lo mismo experimentaremos también nosotros, siempre que nos dejemos guiar por su mano, incluso por caminos desconocidos.

14. Pues si yo, el Señor y Maestro. Este es un argumento de mayor a menor. El orgullo nos impide mantener esa igualdad que debería existir entre nosotros. Pero Cristo, que está muy exaltado por encima de todos los demás, se inclina para avergonzar a los hombres orgullosos que, olvidando su posición y rango, se consideran a sí mismos como no obligados a relacionarse con los hermanos. Porque ¿qué imagina un hombre mortal cuando se niega a llevar las cargas de los hermanos, a acomodarse a sus costumbres y, en resumen, a desempeñar aquellos oficios mediante los cuales se mantiene la unidad de la Iglesia? En resumen, quiere decir que el hombre que no piensa en asociarse con hermanos débiles, a

condición de someterse suave y gentilmente incluso a oficios que parecen mezquinos, reclama más de lo que tiene derecho a reclamar, y tiene una opinión demasiado alta opinión de sí mismo.

15. Porque ejemplo os he dado. Merece nuestra atención que Cristo diga que *dio ejemplo*; porque no tenemos la libertad de tomar todas sus acciones, sin reservas, como sujetos de imitación. Los papistas se jactan de que, siguiendo el ejemplo de Cristo, observan el ayuno de cuarenta días o Cuaresma. Pero primero debemos ver si pretendía o no imponer su ayuno como ejemplo para que los discípulos pudieran ajustarse a él como regla. Leemos: nada de esto, y, por tanto, imitarlo no es menos perverso que si intentaran volar al cielo. Además, cuando debieron haber seguido a Cristo, no fueron imitadores, sino simios. Todos los años tienen la costumbre de lavar los pies a algunas personas, como si fuera una farsa que representan en el escenario; y así, cuando han realizado esta ceremonia ociosa y sin sentido, piensan que han cumplido plenamente con su deber y se consideran en libertad de despreciar a sus hermanos durante el resto del año. Pero, lo que es mucho peor, después de haber lavado los pies de doce hombres, someten a cada miembro de Cristo a crueles torturas y, por lo tanto, escupen en la cara de Cristo. Esta exhibición de bufonería, por tanto, no es más que una vergonzosa burla de Cristo. En cualquier caso, Cristo no ordena aquí una ceremonia anual, sino que nos pide que estemos preparados, durante toda nuestra vida, para lavar los pies de nuestros hermanos y vecinos.

16. De cierto, de cierto os digo. Se trata ciertamente de dichos proverbiales, que admiten una aplicación mucho más amplia, pero que deberían adaptarse al caso que nos ocupa. En mi opinión, por tanto, se equivocan los que suponen que tienen una aceptación general, como si Cristo ahora exhortara a sus discípulos a llevar la cruz; porque es más correcto decir que los empleó para cumplir su propósito.

17. Si sabéis estas cosas. Declara que *son felices, si ellos saben y hacen estas cosas*; porque el *conocimiento* no tiene derecho a ser llamado verdadero, a menos que produzca tal efecto en los creyentes que los induzca a conformarse a su Cabeza. Por el contrario, es una imaginación vana cuando consideramos a Cristo y las cosas que pertenecen a Cristo como algo separado de nosotros. Podemos inferir de esto que, hasta que un hombre haya aprendido a someterse a sus hermanos, no *sabr*á si Cristo es *el Maestro*. Puesto que no hay ningún hombre que cumpla con su deber para con sus hermanos en todos los aspectos, y puesto que hay muchos que son descuidados y lentos en los oficios fraternales, esto nos muestra que todavía estamos a una gran distancia de la plena luz de la fe.

Juan 13:18-20

18 *No hablo de todos vosotros; yo sé a quienes he elegido; mas para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar.*

19 *Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy.*

20 *De cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió.*

18. No hablo de todos vosotros. Nuevamente declara que hay uno entre los discípulos que, en realidad, es todo lo contrario de un discípulo; y lo hace, en parte por el bien de Judas, para hacerlo más imperdonable, y en parte por el bien de los demás, "para que no sean vencidos por la ruina de Judas". No sólo los anima a perseverar en su llamado cuando Judas cae; pero como la felicidad de la que habla no es común a todos, los exhorta a desealarla con mayor entusiasmo y a adherirse a ella con mayor firmeza.

Yo sé a quienes he elegido. Esta misma circunstancia, que perseverarán, la atribuye a su elección; porque la virtud de los hombres, siendo frágil, temblaría a cada brisa, y sería derribada por el golpe más débil, si el Señor no la sostuviera con su mano. Pero mientras gobierna a aquellos a quienes ha elegido, todas las máquinas que Satanás pueda emplear no les impedirán perseverar hasta el fin con firmeza inquebrantable. Y no sólo atribuye a la elección su perseverancia, sino también el comienzo de su piedad. ¿De dónde surge que un hombre, más que otro, se dedique a la palabra de Dios? Lo es, porque fue elegido. Además, ¿de dónde surge que este hombre progrese y continúe llevando una vida buena y santa, sino porque el propósito de Dios es inmutable: completar la obra que comenzó con su mano? En resumen, esta es la fuente de la distinción entre los hijos de Dios y los incrédulos: los primeros son atraídos a la salvación por el Espíritu de adopción, mientras que los segundos son apresurados a la destrucción por su carne, que no está sujeta a ninguna restricción. De lo contrario, Cristo podría haber dicho: "sepan qué clase de persona será cada uno de ustedes"; pero para que no pretendan nada para sí mismos, sino que, al contrario, reconozcan que, sólo por la gracia de Dios, y no por su propia virtud, se diferencian de Judas, les presenta esa elección por gracia gratuita en la que están fundados. Por tanto, aprendamos que cada parte de nuestra salvación depende de la elección.

En otro pasaje incluye a Judas en el número de los elegidos.

¿No os he escogido (o elegido) yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?
(Juan 6:70).

Pero en ese pasaje el modo de *expresión*, aunque diferente, no es opuesto, porque allí la palabra denota una *elección* temporal, por la cual Dios nos designa para cualquier trabajo en particular; de la misma manera que Saúl, quien fue *elegido* rey y, sin embargo, era un réprobo. Pero aquí Cristo habla de la *elección* eterna, por la cual llegamos a ser hijos de Dios, y por la cual Dios nos predestinó a la vida antes de la creación del mundo. Y, de hecho, los réprobos a veces son dotados por Dios con los dones del Espíritu, para ejecutar el oficio con el que Él los inviste. Así, en Saúl percibimos, por un tiempo, el esplendor de las virtudes reales, y así Judas también se distinguió por dones eminentes, adecuados a un apóstol de Cristo. Pero esto es muy diferente de la santificación del Espíritu Santo, que el Señor no concede a nadie más que a sus propios hijos; porque él los renueva en entendimiento y corazón, para que sean santos e irreprochables ante sus ojos. Además, esa santificación tiene en ellos una raíz profunda, que no se puede quitar; porque la adopción de Dios es sin arrepentimiento. Mientras tanto, tengamos por sentado que resulta de la elección de Dios, cuando, habiendo abrazado por la fe la doctrina de Cristo, la seguimos también durante nuestra vida; y que ésta es la única causa de nuestra felicidad, por la que nos distinguimos de los réprobos; porque ellos, desprovistos de la gracia del Espíritu, perecen miserablemente, mientras que nosotros tenemos a Cristo como nuestro guardián, quien nos guía con su mano y nos sostiene con su poder.

Además, Cristo da aquí una prueba clara de su Divinidad; primero, cuando declara que no juzga según la manera de los hombres; y, en segundo lugar, cuando se declara Autor de la *elección*. Porque cuando dice: *Lo sé*, el *conocimiento* del que habla pertenece peculiarmente a Dios; pero la segunda prueba, contenida en las palabras, *a quienes he elegido*, es mucho más poderosa, porque testifica que aquellos que fueron *elegidos* antes de la creación del mundo fueron *elegidos* por él mismo. Una demostración tan notable de su poder divino debería afectarnos más profundamente que si las Escrituras lo hubieran llamado Dios cien veces.

Para que se cumpla la Escritura. Podría haberse considerado impropio que hubiera sido *elegido* para un rango tan honorable alguien que aún no poseía verdadera piedad; porque fácilmente se podría haber objetado: ¿Por qué Cristo no *eligió* a uno a quien tenía la intención de admitir en el número de los Apóstoles? o, mejor dicho, ¿por qué nombró apóstol a un hombre que, bien sabía, llegaría a ser tan malvado? Explica que esto debió suceder, porque estaba predicho; o al menos, que no se trataba de un suceso nuevo, pues David había experimentado lo mismo. Algunos piensan que se trata de una predicción citada que se aplica propiamente a Cristo; mientras que otros piensan que es simplemente una comparación, que, así como David fue vilmente traicionado por un enemigo privado, una condición similar espera a los hijos de Dios. Según este último, el significado sería:

Que uno de mis discípulos traicione perversamente a su Maestro, no es la primera traición que se da en el mundo; pero, por el contrario, ahora experimentamos lo que la Escritura dice que sucedió en la antigüedad”. Pero, como en David se ensombreció lo que luego se vería más plenamente en Cristo, estoy de acuerdo con los expositores anteriores, quienes piensan que esto fue estrictamente el cumplimiento de lo que David, por el Espíritu de profecía, había predicho (**Salmo 41:9**). Además, algunos opinan que la cláusula bajo consideración no contiene un sentido completo y necesita que se le proporcione el verbo principal. Pero si leemos continuamente: *Para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar*, no faltará nada

Levantar el calcañar es una expresión metafórica y significa atacar a una persona de manera imperceptible, bajo el pretexto de amistad, para obtener una ventaja sobre ella, cuando no está en guardia. Ahora bien, lo que padeció Cristo, que es nuestra Cabeza y nuestro Modelo, nosotros, que somos sus miembros, debemos sufrir con paciencia. Y, en efecto, ha sucedido habitualmente en la Iglesia en casi todas las épocas, que no ha tenido enemigos más empedernidos que los miembros de la Iglesia; y, por tanto, para que los creyentes no se vean perturbados por tan atroz maldad, que se acostumbren temprano a soportar los ataques de los traidores.

19. Desde ahora os lo digo antes que suceda. Con esta declaración, recuerda a sus discípulos que, cuando uno de ellos se vuelve réprobo, esto está tan lejos de ser una buena razón para desanimarse, que debería ser una confirmación más completa de su fe. Porque si no viéramos ante nuestros ojos, en la Iglesia, lo que se ha predicho acerca de sus angustias y luchas, con razón podría surgir en nuestra mente la duda: ¿Dónde están las profecías? Pero cuando la verdad de las Escrituras concuerda con nuestra experiencia diaria, entonces percibimos más claramente que Dios nos cuida y que somos gobernados por su providencia.

Para que cuando suceda, creáis que yo soy. Con la frase *que yo soy*, quiere decir que él es ese Mesías que había sido prometido; no porque la conducta de Judas, como traidor, fuera el primer acontecimiento que llevó a los discípulos al ejercicio de la fe, sino porque su fe avanzó mayor, cuando llegaron a la experiencia de aquellas cosas que antes habían oído de boca de Cristo. Ahora bien, esto puede explicarse de dos maneras; o que Cristo dice que creerán después de que el evento haya sucedido, porque no había nada que le fuera oculto, o que nada le faltará de todo lo que las Escrituras testifican acerca de Cristo. Como las dos interpretaciones concuerdan bastante bien, dejo a mis lectores en libertad de elegir cuál de ellas preferirán.

20. De cierto, de cierto os digo. En estas palabras, o el evangelista relata un discurso sobre un tema diferente, y en un estado roto e imperfecto, o Cristo tenía la intención de enfrentar la ofensa que probablemente surgiría del crimen de Judas; porque los evangelistas no siempre exhiben los discursos de Cristo en una sucesión ininterrumpida, sino que a veces juntan, en montones, una variedad de declaraciones. Es más probable, sin embargo, que Cristo tuviera la intención de prevenir este escándalo. Hay pruebas demasiado convincentes de que estamos muy dispuestos a ser heridos por malos ejemplos; porque, como consecuencia de esto, la rebelión de un hombre inflige una herida mortal a otros doscientos, mientras que la firmeza de diez o veinte hombres piadosos difícilmente edifica a un solo individuo. Por esta razón, mientras Cristo ponía tal monstruo ante los ojos de sus discípulos, era también necesario que les extendiera la mano, para que, sorprendidos por la novedad, no retrocedieran. No fue sólo por ellos que dijo esto, sino que también consultó la conveniencia de los que vendrían después; porque, de lo contrario, el recuerdo de Judas podría, incluso en la actualidad, causarnos un grave daño. Cuando el diablo no puede alejarnos de Cristo mediante el odio a su doctrina, provoca aversión o desprecio por los propios ministros.

Ahora bien, esta amonestación de Cristo muestra que no es razonable que la impiedad de cualquiera cuya conducta sea malvada o impropia de su cargo disminuya en absoluto la autoridad apostólica. La razón es que debemos contemplar a Dios, Autor del ministerio, en quien, ciertamente, no encontramos nada que tengamos derecho a despreciar; y a continuación, debemos contemplar a Cristo, quien, habiendo sido designado por el Padre como único Maestro, habla por sus apóstoles. Quien, pues, no se digna recibir a los ministros del Evangelio, rechaza a Cristo en ellos y rechaza a Dios en Cristo.

Los papistas actúan de manera tonta y ridícula cuando se esfuerzan por obtener este aplauso para ellos mismos, a fin de exhibir su tiranía. Porque, en primer lugar, se adornan con plumas suplicadas y prestadas, no teniendo ningún parecido con los apóstoles de Cristo; y, en segundo lugar, admitiendo que sean apóstoles, nada estaba más alejado de la intención de Cristo, en este pasaje, que transferir su propio derecho a los hombres; porque ¿qué otra cosa es recibir a los que Cristo envía, sino darles lugar para que cumplan el oficio que les ha sido encomendado?

Juan 13:21-29

21 *Habiendo dicho Jesús esto, se conmovió en espíritu, y declaró y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar.*

22 *Entonces los discípulos se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba.*

23 *Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús.*

24 *A este, pues, hizo señas Simón Pedro, para que preguntase quién era aquel de quien hablaba.*

25 *Él entonces, recostado cerca del pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es?*

26 *Respondió Jesús: A quien yo diere el pan mojado, aquel es. Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón.*

27 *Y después del bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto.*

28 *Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué le dijo esto.*

29 *Porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diese algo a los pobres.*

21. Habiendo dicho Jesús esto. Cuanto más sagrado es el oficio apostólico y cuanto mayor es su dignidad, más vil y detestable fue la traición de Judas. Un crimen tan monstruoso y detestable impresionó al propio Cristo, cuando vio cómo la increíble maldad de un hombre había contaminado ese orden sagrado en el que la majestad de Dios debería haber brillado con esplendor. Con el mismo propósito añade el evangelista que *testificó*. Lo que quiere decir es que la acción fue tan monstruosa que la mera mención de ella no podía creerse de inmediato.

Se conmovió en espíritu. El evangelista dice que Cristo estaba *conmovido* en espíritu, para informarnos que no sólo, en su semblante y lenguaje, asumió la apariencia de un hombre que estaba *conmovido*, sino que estaba profundamente conmovido en su mente. *Espíritu* aquí denota el entendimiento o el alma; porque no estoy de acuerdo con la opinión de algunos que lo explican, como si Cristo hubiera sido impulsado por un impulso violento del *Espíritu* Santo a estallar en estas palabras. Lo reconozco fácilmente. que todos los afectos de Cristo fueron guiados por el *Espíritu* Santo; pero el significado del evangelista es diferente, a saber, que este sufrimiento de Cristo fue interno y no fingido; y es de gran importancia para nosotros saber esto, porque su celo está puesto a nuestra imitación, para que seamos conmovidos con profundo horror por aquellos monstruos que trastornan el orden sagrado de Dios y de su Iglesia.

22. Entonces los discípulos se miraban unos a otros. Aquellos que no son conscientes de ningún crimen se sienten incómodos por lo que Cristo ha dicho: Sólo Judas es tan torpe en medio de su malicia, que permanece impasible. Los discípulos tenían en tan gran estima la

autoridad de Cristo, que estaban plenamente convencidos de que él no decía nada sin una buena razón; pero Satanás había expulsado del corazón de Judas toda reverencia, de modo que era más duro que una roca rechazar toda amonestación. Y aunque Cristo parece ser algo cruel al infligir esta tortura, por un tiempo, a aquellos que eran inocentes, sin embargo, como esta clase de ansiedad les era provechosa, Cristo no les hizo ningún daño. Es apropiado que, cuando los hijos de Dios hayan escuchado la sentencia de los impíos, ellos mismos se sientan incómodos, para examinarse a sí mismos y protegerse contra la hipocresía; porque esto les da la oportunidad de examinarse a sí mismos y a su vida.

Este pasaje muestra que a veces debemos reprender a los impíos de tal manera que no los señalemos instantáneamente con el dedo, hasta que Dios, por su propia mano, los arrastre hacia la luz. Porque sucede con frecuencia que en la Iglesia hay enfermedades secretas que no podemos ocultar; y, sin embargo, la maldad de los hombres no está tan madura como para poder ser expuesta. En tales casos deberíamos tomar este camino intermedio.

23. Al cual Jesús amaba. El amor peculiar con el que Cristo amó a Juan testimonia claramente que, si amamos a unos más que a otros, esto no siempre es incompatible con el amor fraternal; pero todo radica en esto: que nuestro amor se dirigirá hacia Dios, y que cada hombre, en la medida en que sobresalga en los dones de Dios, participará de ellos en mayor medida. Cristo nunca se desvió de este fin en lo más mínimo; pero con nosotros el caso es muy diferente, porque tal es la vanidad de nuestra mente, que son pocos los que, amando a los hombres, se acercan más a Dios. Y, sin embargo, el amor de los hombres entre sí nunca podrá regularse adecuadamente, a menos que esté dirigido a Dios.

Recostado cerca del pecho de Jesús. Lo que Juan relata aquí podría considerarse hoy en día indecoroso; pero así era entonces la manera de sentarse a la mesa; porque no se *sentaban a la mesa* como nosotros, sino que, después de descalzarse, se *tumbaban* medio tendidos, *reclinados* sobre pequeños cojines.

26. A quien yo diere el pan mojado. Cabe preguntarse: ¿para qué sirvió dar un *pan mojado* para descubrir al traidor, cuando Cristo podría haberlo señalado abiertamente por su nombre, si hubiera querido darlo a conocer? Respondo: la señal fue de tal naturaleza que descubrió a Judas a una sola persona, y no lo presentó inmediatamente a la vista de todos. Pero era ventajoso que Juan fuera testigo de este hecho, para luego poder revelarlo a otros en el momento adecuado; y Cristo retrasó intencionalmente dar a conocer públicamente a Judas, para que, cuando los hipócritas estén ocultos, podamos soportar con más paciencia hasta que sean arrastrados a la luz. Vemos a Judas sentado entre los demás y, sin embargo,

condenado por boca del Juez. En ningún aspecto es mejor la condición de aquellos que ocupan un lugar entre los hijos de Dios.

27. Satanás entró en él. Si es cierto que fue sólo por instigación de Satanás que Judas formó el designio de cometer un crimen tan atroz, ¿por qué ahora se dice, por primera vez, que *Satanás entró en él*, que ya había ocupado el trono en su ¿corazón? Pero, así como a menudo se dice que *creen* aquellos que están más plenamente confirmados en la fe que antes poseían, y por eso un aumento de su fe se llama *fe*, así ahora que Judas está completamente entregado a Satanás, para ser apresurado, por vehemente impetuosidad, en cada extremo del mal, se dice que *Satanás ha entrado en él*. Porque a medida que los santos progresan gradualmente y en proporción a los nuevos dones que continuamente los enriquecen, se dice que están llenos del Espíritu Santo; así, en la medida en que los hombres malvados provocan la ira de Dios contra sí mismos con su ingratitud, el Señor los priva de su Espíritu, de toda luz de la razón y, de hecho, de todo sentimiento humano, y los entrega sin reservas a *Satanás*. Esta es una terrible venganza de Dios, cuando los hombres *son entregados a una mente reprobada (Romanos 1:28)*, de modo que apenas se diferencian en absoluto de los brutos y, lo que es peor, caen en crímenes horribles de los cuales los brutos ellos mismos se encogerían. Por lo tanto, debemos caminar diligentemente en el temor del Señor, no sea que, si dominamos su bondad con nuestra maldad, él finalmente nos entregue a la ira de Satanás.

Al dar *el pan*, Cristo no le dio una oportunidad a Satanás, sino que Judas, *habiendo recibido el pan*, se entregó por completo a Satanás. En efecto, fue la ocasión, pero no la causa. Su corazón, que era más duro que el hierro, debería haberse ablandado por la gran bondad que Cristo le mostró; y ahora su obstinación desesperada e incurable merece que Dios, por su justo juicio, endurezca aún más su corazón por parte de Satanás. Por lo tanto, cuando, por actos de bondad hacia los enemigos, *ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza (Romanos 12:20)*, si son completamente incurables, se enfurecen más y se inflaman hasta su destrucción. Y, sin embargo, no se debe culpar por ello a nuestra bondad, por la cual sus corazones deberían haberse inflamado para amarnos.

Agustín se equivocó al pensar que esta sopa era un emblema del cuerpo de Cristo, ya que no fue durante la Cena del Señor cuando se la dio a Judas. También es un sueño muy tonto imaginar que el diablo entró esencialmente -como dice la frase- en Judas; porque el evangelista habla sólo del poder y eficacia de Satanás. Este ejemplo nos recuerda el terrible castigo que les espera a todos aquellos que profanan los dones del Señor abusando de ellos.

Lo que vas a hacer, hazlo más pronto. La exhortación dirigida por Cristo a Judas no es de tal naturaleza que pueda considerarse que lo incita a realizar la acción: es más bien el lenguaje de alguien que ve el crimen con horror y detestación. Hasta entonces había intentado, por diversos métodos, traerlo de vuelta, pero sin éxito. Ahora se dirige a él como a un hombre desesperado: "Ve a la destrucción, ya que has decidido ir a la destrucción"; y, al hacerlo, desempeña el oficio de juez, que condena a muerte no a aquellos a quienes él, por su propia voluntad, desea arruinar, sino a aquellos que ya se han arruinado a sí mismos por su propia culpa. En resumen, Cristo no pone a Judas en la necesidad de perecer, sino que declara que es lo que antes había sido.

28. Ninguno de los que estaban a la mesa. O Juan aún no había contado a otros lo que Cristo le había dicho, o estaban tan impresionados por ello que perdieron la presencia de ánimo; y, de hecho, es probable que el propio Juan estuviera casi fuera de sí. Pero lo que luego sucedió a los discípulos lo vemos con frecuencia: en la Iglesia, pocos creyentes discernen a los hipócritas a quienes el Señor condena en voz alta.

29. O que diese algo a los pobres. De otros pasajes se desprende claramente cuán grande era la pobreza de Cristo y, sin embargo, de lo poco que tenía, *dio algo a los pobres* para imponernos una regla; porque los Apóstoles no habrían conjeturado que había hablado de *los pobres*, si no hubiera sido su costumbre habitual aliviar a *los pobres*.

Juan 13:30-35

30 *Cuando él, pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche.*

31 *Entonces, cuando hubo salido, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él.*

32 *Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará.*

33 *Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir.*

34 *Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros.*

35 *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.*

31. Ahora es glorificado el Hijo del hombre. La última hora estaba cerca; Cristo sabía que las mentes de sus discípulos eran muy débiles y, por lo tanto, se esforzó, por todos los métodos posibles, en sostenerlos para que no cedieran. Incluso hoy, el recuerdo de la cruz de Cristo es suficiente para hacernos temblar, si no tuviéramos instantáneamente el consuelo de que Él triunfó en la cruz, habiendo obtenido una victoria sobre Satanás, el pecado y la muerte. ¿Qué les habría sucedido entonces a los Apóstoles, cuando vieron al Señor pronto arrastrado a la cruz, cargado de toda clase de reproches? ¿No podría haberlos abrumado cien veces una exposición tan melancólica y repugnante? Cristo, por lo tanto, previene este peligro y los retira del aspecto externo de la muerte a su fruto espiritual. Entonces, cualquiera que sea la ignominia que pueda verse en la cruz, apropiada para confundir a los creyentes, Cristo testifica que la misma cruz le trae gloria y honor.

Y Dios es glorificado en él. Esta cláusula, que sigue inmediatamente a la otra, se añade para confirmación; porque era una afirmación paradójica que *la gloria del Hijo del Hombre* surgiera de una muerte que era considerada ignominiosa entre los hombres, e incluso maldecida ante Dios. Muestra, por tanto, de qué manera obtendría gloria para sí mismo con tal muerte. Lo es, porque por él glorifica a Dios Padre; porque en la cruz de Cristo: como en un teatro magnífico, la inestimable bondad de Dios se muestra ante el mundo entero. En verdad, en todas las criaturas, tanto altas como bajas, la gloria de Dios brilla, pero en ninguna parte ha brillado más que en la cruz, en la que ha habido un cambio asombroso de las cosas, se ha manifestado la condenación de todos los hombres, el pecado ha sido borrado, la salvación ha sido restaurada a los hombres; y, en resumen, el mundo entero ha sido renovado y todo ha vuelto a su buen orden.

En él. Aunque la preposición (ἐν) *en* se usa a menudo en lugar del hebreo כ, y, en tales casos, es equivalente a por, he preferido traducirla simplemente, que *Dios es glorificado*

en el Hijo del hombre; porque consideré que esa frase era más enfática. Cuando dice, y *Dios es glorificado*, entiendo que el significado es, porque *Dios es glorificado*.

32. Si Dios es glorificado. Cristo concluye que obtendrá un triunfo *glorioso* con su muerte; porque su único diseño en él es *glorificar* a su Padre; porque el Padre no buscó su *gloria* en la muerte de su Hijo de tal manera que no hiciera al Hijo partícipe de esa *gloria*. Promete, por tanto, que cuando se borre la ignominia que soportará por un corto tiempo, se mostrará un honor ilustre en su muerte. Y esto también se cumplió; porque la muerte en la cruz, que Cristo sufrió, está tan lejos de oscurecer su alto rango, que en esa muerte se muestra principalmente su alto rango, ya que allí su asombroso amor a la humanidad, su infinita justicia para expiar el pecado y apaciguar la ira de Dios, su maravilloso poder para conquistar la muerte, someter a Satanás y, finalmente, abrir el cielo, ardió con pleno brillo. Esta doctrina se extiende ahora también a todos nosotros; porque, aunque el mundo entero conspire para cubrirnos de infamia, si nos esforzamos sincera y honestamente por promover la gloria de Dios, no debemos dudar de que Dios también nos glorificará a nosotros.

Y enseguida le glorificará. Cristo aumenta el consuelo con argumentos extraídos de la brevedad del tiempo, cuando promete que se realizará *enseguida*. Y aunque esta gloria comenzó en el día de su resurrección, lo que aquí se describe principalmente es su extensión, que siguió *enseguida*, cuando, resucitando a los muertos por el poder del Evangelio y de su Espíritu, creó un nuevo pueblo para el mismo; porque el honor que pertenece peculiarmente a la muerte de Cristo es el fruto que de ella brotó para la salvación de los hombres.

33. Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Como era imposible que los discípulos no estuvieran profundamente afligidos por la partida de su Maestro, les advierte con anticipación que ya no estará con ellos y, al mismo tiempo, los exhorta a tener paciencia. Por último, para eliminar un afán de deseo intempestivo, declara que no pueden seguirlo inmediatamente. Al llamarlos *hijitos*, muestra, con ese gentil apelativo, que su razón para alejarse de ellos no es que le importe poco su bienestar, sino que los ama con mucha ternura. Es cierto que el objetivo que tenía a la vista al vestirse con nuestra carne era ser nuestro hermano, pero con ese otro nombre expresa con más fuerza el ardor de su amor.

Como les dije a los judíos. Cuando dice que les repite lo que antes les había *dicho a los judíos*, esto es cierto en cuanto a las palabras, pero hay una gran diferencia en el significado; porque él declara que no pueden seguirlo, para que puedan soportar pacientemente su ausencia temporal, y, por así decirlo, los frena, pueden permanecer en su cargo hasta que hayan terminado su guerra en la tierra; de modo que no los excluye perpetuamente, como

judíos, del reino de Dios, sino que sólo les pide que esperen pacientemente hasta que los lleve, junto con él, al reino celestial.

34. Un mandamiento nuevo os doy. Al consuelo añade una exhortación *a que se amen unos a otros*; como si hubiera dicho: “Sin embargo, mientras estoy ausente de vosotros en cuerpo, testificad, por amor mutuo, que no os he enseñado en vano; deja que este sea tu estudio constante, tu principal meditación”. ¿Por qué lo llama *mandamiento nuevo*? No todos están de acuerdo en este punto. Hay algunos que suponen que la razón es que, si bien el mandato anteriormente contenido en la Ley sobre el amor fraternal era literal y externo, Cristo lo escribió de nuevo por su Espíritu en los corazones de los creyentes. Así, según ellos, la Ley es *nueva*, porque la publica de una manera *nueva*, para que tenga pleno vigor. Pero, en mi opinión, esto es inverosímil y está en desacuerdo con el significado de Cristo. La exposición dada por otros es que, aunque la Ley nos dirige al ejercicio del *amor*, aun así, debido a que en ella la doctrina del amor fraternal está cargada de muchas ceremonias y apéndices, no se exhibe tan claramente; pero, por otra parte, esa perfección en el amor está recogida en el Evangelio sin sombra alguna. Por mi parte, aunque no rechazo absolutamente esta interpretación, considero más simple lo que dijo Cristo; porque sabemos que las leyes se observan más cuidadosamente al principio, pero gradualmente se van perdiendo de la memoria de los hombres, hasta que finalmente se vuelven obsoletas. Por lo tanto, para grabar más profundamente en la mente de sus discípulos la doctrina del amor fraternal, Cristo la recomienda por motivos de novedad; como si hubiera dicho: "Deseo que recuerdes continuamente este mandamiento, como si hubiera sido una ley recientemente promulgada".

En resumen, vemos que fue el diseño de Cristo, en este pasaje, exhortar a sus discípulos al amor fraternal, para que nunca permitieran que los apartaran de su búsqueda, o que su doctrina se les escapara de su conocimiento. Y cuán necesaria fue esta advertencia, lo aprendemos por experiencia diaria; porque, dado que es difícil mantener el amor fraternal, los hombres lo dejan a un lado e idean para sí mismos nuevos métodos de adorar a Dios, y Satanás sugiere muchas cosas con el propósito de ocupar su atención. Así, mediante empleos ociosos, en vano intentan burlarse de Dios, pero se engañan a sí mismos. Por tanto, que este título de novedad nos impulse al ejercicio continuo del amor fraternal. Mientras tanto, sepamos que se llama nuevo, no porque ahora comenzó, por primera vez, a agradar a Dios, ya que en otros lugares se le llama *cumplimiento de la ley (Romanos 13:10)*.

Que os améis unos a otros. El amor fraternal, en verdad, se extiende a los extraños, porque todos somos de la misma carne y todos somos creados a imagen de Dios; pero debido a

que la imagen de Dios brilla más en aquellos que han sido regenerados, es apropiado que el vínculo de amor, entre los discípulos de Cristo, sea mucho más estrecho. En Dios el amor fraternal busca su causa, de él tiene su raíz y hacia él se dirige. Así, cuanto más percibe a cualquier hombre como hijo de Dios, lo abraza con mayor calidez y afecto. Además, el ejercicio mutuo del amor no puede existir sino en aquellos que son guiados por el mismo Espíritu. Por lo tanto, es el grado más alto de amor fraternal lo que Cristo describe aquí; pero debemos creer, por otra parte, que, así como la bondad de Dios se extiende al mundo entero, así debemos amar a todos, incluso a los que nos odian.

Como yo os he amado. Él ofrece su propio ejemplo, no porque podamos alcanzarlo, porque estamos a una gran distancia detrás de él, sino para que, al menos, podamos aspirar al mismo fin.

35. En esto conocerán todos. Cristo confirma nuevamente lo que había dicho anteriormente, que los que se aman mutuamente no han sido enseñados en vano en su escuela; como si hubiera dicho: No sólo sabréis que sois mis discípulos, sino que también los demás reconocerán que vuestra profesión es sincera”. Dado que Cristo establece esta marca para distinguir entre sus discípulos y los extraños, aquellos que dejan de lado el amor fraternal y adoptan modos de adoración nuevos e inventados, trabajan en vano; y una locura de este tipo prevalece hoy en día en el Papado. Tampoco es superfluo que Cristo se detenga tanto en este tema. No hay mayor acuerdo entre el amor a nosotros mismos y el amor al prójimo que entre el fuego y el agua. El amor propio mantiene todos nuestros sentidos atados de tal manera que el amor fraternal queda completamente desterrado; y, sin embargo, pensamos que cumplimos plenamente con nuestro deber, porque Satanás tiene muchas tentaciones para engañarnos, de modo que no percibamos nuestras faltas. Quien, pues, desee ser verdaderamente discípulo de Cristo y ser reconocido por Dios, forme y oriente toda su vida al amor a los hermanos, y persiga este objetivo con diligencia.

Juan 13:36-38

36 *Le dijo Simón Pedro: Señor, ¿a dónde vas? Jesús le respondió: A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después.*

37 *Le dijo Pedro: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti.*

38 *Jesús le respondió: ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces.*

36. *Señor, ¿a dónde vas? Esta pregunta se fundamenta en aquel dicho de Cristo,*

36. Señor, ¿a dónde vas? Esta pregunta se fundamenta en aquel dicho de Cristo,

Pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir (Juan 13:33).

De esto se desprende cuán ignorante era Pedro, quien, después de haber sido advertido tantas veces sobre la partida de Cristo, estaba tan perplejo como si hubiera oído algo nuevo. Sin embargo, en este sentido nos parecemos demasiado a él; porque escuchamos diariamente de la boca de Cristo todo lo que es útil en la vida, y todo lo que es necesario saber, y, cuando llegamos a la práctica, nos asombramos tanto como los aprendices a quienes nunca se les había dicho una palabra. Además, Pedro muestra que está bajo la influencia de un deseo inmoderado de la presencia corporal de Cristo; porque considera absurdo que, mientras él permanezca, Cristo se vaya a otra parte.

A dónde yo voy. Con estas palabras Cristo restringe el deseo excesivo de Pedro. Su lenguaje es conciso, como corresponde a un Maestro, pero inmediatamente suaviza la dureza de su afirmación. Muestra que será sólo por un tiempo que estará separado de sus discípulos. Este pasaje nos enseña a someter todos nuestros deseos a Dios, para que no vayan más allá de sus límites adecuados; y si en algún momento se vuelven extravagantes y tontos, al menos sometámonos a este freno. Para no desanimarnos, aprovechemos el consuelo que inmediatamente se añade cuando Cristo promete que un día seremos reunidos con él.

Mas me seguirás después. Quiere decir que Pedro aún no está maduro para llevar la cruz, pero, como el maíz todavía en la hoja, debe ser formado y fortalecido por el progreso del tiempo, para que pueda *seguir*. Por tanto, debemos orar a Dios para que lleve adelante a un mayor grado de excelencia lo que ha comenzado en nosotros. Mientras tanto, debemos avanzar lentamente hasta que seamos capaces de correr más rápidamente. Ahora bien, como Cristo nos soporta, mientras somos tiernos y delicados, así aprendamos a no rechazar a los hermanos débiles, que todavía están muy lejos de la meta. Es deseable, en verdad, que todos corran con el mayor entusiasmo, y debemos alentar a todos a acelerar el paso;

pero si hay alguno que camina más despacio, debemos esperar que les vaya bien, siempre que sigan el camino.

37. ¿Por qué no te puedo seguir ahora? Con estas palabras Pedro declara que no estaba satisfecho con la respuesta de Cristo. Es consciente de que ha sido advertido de su propia debilidad, de lo que concluye que es su propia culpa la que le impide seguir a Cristo inmediatamente; pero no está del todo convencido de ello, porque la humanidad está naturalmente hinchada de confianza en su propio valor. Esta expresión de Pedro muestra la opinión que tenemos desde nuestro mismo nacimiento, es decir, que atribuimos a nuestra propia fuerza más de lo que deberíamos hacer. La consecuencia es que aquellos que no pueden hacer nada se atreven a intentarlo todo, sin implorar la ayuda de Dios.

38. ¿Tu vida pondrás por mí? Cristo no eligió debatir con Pedro, sino que deseó que se hiciera sabio por su propia experiencia, como los necios, que nunca se vuelven sabios hasta que han recibido un golpe. Pedro promete firmeza inquebrantable y, de hecho, expresa la sincera convicción de su mente; pero su confianza está llena de temeridad, porque no considera la fuerza que le ha sido dada. Ahora bien, puesto que este ejemplo nos pertenece, cada uno examine sus propios defectos, para que no se hinche en vana confianza. De hecho, no podemos hacer promesas demasiado grandes sobre la gracia de Dios; pero lo que aquí se reprende es la presunción arrogante de la carne, porque la fe más bien produce miedo y ansiedad.

No cantará el gallo. Como la presunción y la temeridad proceden de la ignorancia de nosotros mismos, se culpa a Pedro por pretender ser un soldado valiente cuando está más allá del alcance del tiro de una flecha; porque aún no ha probado sus fuerzas y se imagina que podría hacer cualquier cosa. Posteriormente fue castigado, como merecía, por su arrogancia. Aprendamos a desconfiar de nuestras propias fuerzas, y a acudir temprano al Señor, para que él nos sostenga con su poder.

Comentario al evangelio de Juan

Capítulo 14

Juan 14:1-7

- 1 *No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí.*
- 2 *En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.*
- 3 *Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.*
- 4 *Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino.*
- 5 *Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?*
- 6 *Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.*
- 7 *Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto.*

1. No se turbe vuestro corazón. No sin razón Cristo confirma con tantas palabras a sus discípulos, ya que les esperaba una contienda tan ardua y tan terrible; porque no era una tentación ordinaria que poco después lo vieran colgado en la cruz; un espectáculo en el que no se veía nada más que motivo de la más baja desesperación. Al acercarse la época de tan gran angustia, señala el remedio para que no sean vencidos ni abrumados; porque no simplemente los exhorta y anima a ser firmes, sino que también les informa adónde deben ir para obtener coraje; es decir, por la fe, cuando se le reconoce como Hijo de Dios, que tiene en sí mismo la fuerza suficiente para mantener la seguridad de sus seguidores.

Siempre debemos prestar atención al momento en que se pronunciaron estas palabras, que Cristo deseaba que sus discípulos siguieran siendo valientes, cuando podrían pensar que todo estaba en la mayor confusión; y por lo tanto deberíamos emplear el mismo escudo para protegernos de tales ataques. De hecho, es imposible para nosotros evitar sentir diversas emociones, pero, aunque seamos sacudidos, no debemos caer. Por eso se dice de los creyentes que *no se turban* porque, confían en la palabra de Dios, aunque grandes dificultades los abrumen, permanecen firmes y rectos.

Creéis en Dios. También se puede leer en modo imperativo: *Cree en Dios y cree en mí*; pero la primera lectura concuerda mejor y ha sido recibida de manera más generalizada. Aquí señala el método de permanecer firmes, como ya he dicho; es decir, si nuestra fe descansa en Cristo y no lo vemos bajo otra luz que la de estar presente y extender su mano para ayudarnos. Pero es maravilloso que aquí se coloque en primer lugar la fe en el Padre, porque más bien debería haber dicho a sus discípulos que debían *crear en Dios*, ya que habían creído en Cristo; porque, como Cristo es la imagen viva del Padre, así primero debemos poner nuestros ojos en él; y por eso también desciende a nosotros, para que

nuestra fe, comenzando por él, se eleve hasta Dios. Pero Cristo tenía un objetivo diferente a la vista, porque todos reconocen que debemos creer en Dios, y este es un principio admitido al que todos asienten sin contradicción; y, sin embargo, apenas hay uno entre cien que realmente lo crea, no sólo porque la majestad desnuda de Dios está a una distancia demasiado grande de nosotros, sino también porque Satanás interpone nubes de todo tipo para impedirnos contemplar a Dios. La consecuencia es que nuestra fe, que busca a Dios en su gloria celestial y luz inaccesible, se desvanece; e incluso la carne, por sí sola, sugiere mil imaginaciones para apartar nuestros ojos de la contemplación adecuada de Dios.

El Hijo de Dios, entonces, que es Jesucristo, se presenta como el objeto al que debe dirigirse nuestra fe, y por medio del cual fácilmente encontrará aquello en lo que puede descansar; porque él es el verdadero Emanuel, que nos responde interiormente, tan pronto como lo buscamos por la fe. Uno de los artículos principales de nuestra fe es que nuestra fe debe dirigirse únicamente a Cristo, para que no se desvíe por largos caminos; y que debe estar fijada en él, para que no vacile en medio de las tentaciones. Y esta es la verdadera prueba de la fe, cuando nunca permitimos que seamos separados de Cristo y de las promesas que se nos han hecho en él. Cuando los teólogos papistas discuten, o, mejor dicho, charlan, sobre el objeto de la fe, mencionan sólo a Dios y no prestan atención a Cristo. Quienes obtienen su instrucción de las nociones de tales hombres, deben ser sacudidos por el más mínimo vendaval que sople. Los hombres orgullosos se avergüenzan de la humillación de Cristo y, por tanto, huyen hacia la incomprensible Divinidad de Dios. Pero la fe nunca llegará al cielo a menos que se someta a Cristo, que parece un Dios bajo y despreciable, y nunca será firme si no busca un fundamento en la debilidad de Cristo.

2. En la casa de mi Padre muchas moradas hay. Como la ausencia de Cristo fue motivo de dolor, declara que no se irá de tal manera que quede separado de ellos, ya que también hay lugar para ellos en el reino celestial. Porque era apropiado que les quitara de la mente la sospecha de que, cuando Cristo ascendió al Padre, dejó a sus discípulos en la tierra sin prestarles más atención. Este pasaje ha sido interpretado erróneamente en otro sentido, como si Cristo enseñara que 'hay varios grados de honor en el reino celestial; porque dice que las *moradas* son *muchas*, no que sean diferentes, sino que hay suficientes para un gran número de personas; como si hubiera dicho que no sólo hay lugar para él, sino también para todos sus discípulos.

Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho. Aquí los comentaristas difieren. Algunos interpretan estas palabras como estrechamente relacionadas con lo que dice antes: “Si las moradas no hubieran estado ya preparadas, yo habría dicho que voy delante de vosotros para prepararlas”. Pero más bien estoy de acuerdo con quienes lo expresan así: “Si sólo a

mí me hubiera esperado la gloria celestial, no os habría engañado. Os habría dicho que en la casa de mi Padre no hay lugar para nadie más que para mí. Pero el caso es muy diferente; porque yo voy delante para prepararos un lugar”. El contexto, en mi opinión, exige que lo leamos de esta manera; porque inmediatamente después sigue: *Si voy a prepararos un lugar*. Con estas palabras, Cristo da a entender que el propósito de su partida es preparar un lugar para sus discípulos. En una palabra, Cristo no ascendió al cielo a título privado, para habitar allí solo, sino para que fuera herencia común de todos los santos, y para que así la Cabeza se uniera a sus miembros.

Pero surge una pregunta: ¿Cuál era la condición de los padres después de la muerte, antes de que Cristo ascendiera al cielo? Porque la conclusión que se suele sacar es que las almas creyentes fueron encerradas en un estado intermedio o prisión, porque Cristo dice que, con su ascensión al cielo, *el lugar estará preparado*. Pero la respuesta es fácil. Se dice que este *lugar está preparado* para el día de la resurrección; porque por naturaleza los hombres están desterrados del reino de Dios, pero el Hijo, que es el único heredero del cielo, tomó posesión de él en su nombre, para que por él se nos permita entrar; porque en su persona ya poseemos el cielo por esperanza, como nos informa Pablo, **(Efesios 1:3)**. Aun así, no disfrutaremos de esta gran bendición, hasta que él venga del cielo por segunda vez. La condición de los padres después de la muerte, por tanto, no se distingue aquí de la nuestra; porque Cristo ha *preparado* para ellos y para nosotros un lugar en el que nos recibirá a todos en el último día. Antes de que se hiciera la reconciliación, las almas creyentes eran, por así decirlo, colocadas en una atalaya, esperando la redención prometida, y ahora disfrutaban de un descanso bendito, hasta que se consuma la redención.

3. Y si me fuere. El término condicional, *si*, debe interpretarse como un adverbio de tiempo; como si se hubiera dicho: “Después que *me haya ido, volveré de nuevo a vosotros*”. Este *regreso* no debe entenderse como una referencia al Espíritu Santo, como si Cristo hubiera manifestado a los discípulos una nueva presencia de sí mismo por el Espíritu. Es incuestionablemente cierto que Cristo habita con nosotros y en nosotros por su Espíritu; pero aquí habla del último día del juicio, cuando, por fin, vendrá a reunir a sus seguidores. Y, en efecto, si consideramos todo el cuerpo de la Iglesia, él cada día nos *prepara un lugar*; de donde se sigue que aún no ha llegado el momento adecuado para nuestra entrada al cielo.

4. Y sabéis a dónde voy. Como no necesitamos una fortaleza ordinaria para soportar con paciencia estar separados de Cristo por tanto tiempo, agrega otra confirmación: que los discípulos *saben* que su muerte no es una destrucción, sino un paso al Padre; y luego, que *sepan el camino* que deben *seguir*, para llegar a participar de la misma gloria. Ambas cláusulas deben observarse cuidadosamente. Primero, debemos ver a Cristo, con los ojos

de la fe, en la gloria celestial y en una inmortalidad bienaventurada; y, en segundo lugar, debemos saber que él es las primicias de nuestra vida, y que *el camino* que estaba cerrado para nosotros ha sido abierto por él.

5. Le dijo Tomás. Aunque, a primera vista, la respuesta de *Tomás* parece contradecir lo que Cristo había dicho, no tenía intención de desmentir a su Maestro. Pero cabe preguntar: ¿En qué sentido niega lo que Cristo afirmó? Respondo: la ciencia que poseen los santos es a veces confusa, porque no entienden el modo ni la razón de las cosas que son ciertas y que les han sido explicadas. Por ejemplo, los Profetas predijeron el llamado de los gentiles con una verdadera percepción de fe, y, sin embargo, Pablo declara que era un *misterio escondido* para ellos (**Efesios 3:2-4**). De la misma manera, cuando los Apóstoles creyeron que Cristo Partía hacia el Padre, y sin embargo *no sabía* de qué manera obtendría el reino, *Tomás* responde con justicia que *no saben adónde va*. De ahí concluye que *saben* aún menos sobre el camino; porque antes de entrar en un camino, debemos saber adónde pretendemos ir.

6. Yo soy el camino. Aunque Cristo no da una respuesta directa a la pregunta que se le hace, no pasa por alto nada que sea útil saber. Era apropiado controlar la curiosidad de Thomas; y, por tanto, Cristo no explica cuál sería su condición cuando debería haber partido de este mundo para ir al Padre, sino que se detiene en un tema mucho más necesario. Tomás habría escuchado con gusto lo que Cristo pretendía hacer en el cielo, ya que nunca nos cansamos de esas intrincadas especulaciones; pero es de mayor importancia para nosotros emplear nuestro estudio y trabajo en otra investigación: cómo podemos llegar a ser participantes de la bendita resurrección. La afirmación equivale a esto: quien obtiene a Cristo, no le falta nada; y, por tanto, que quien no está satisfecho sólo con Cristo, se esfuerza por algo más allá de la perfección absoluta.

El camino, y la verdad, y la vida. Establece tres grados, como si hubiera dicho que él es el principio, el medio y el fin; y de aquí se sigue que debemos comenzar con él, continuar en él y terminar en él. Ciertamente no debemos buscar una sabiduría superior a la que nos lleva a la *vida* eterna, y él testifica que esta *vida* se encuentra en él. Ahora bien, el método para obtener *vida* es convertirse en nuevas criaturas. Declara que no debemos buscarlo en ningún otro lugar y, al mismo tiempo, nos recuerda que él es el único *camino* por el cual podemos llegar a él. Para no fallarnos en nada, tiende la mano a los que se extravían y se inclina hasta el punto de guiar a los niños de pecho. Presentándose como líder, no deja a su pueblo en medio del camino, sino que lo hace partícipe de *la verdad*. Finalmente les hace disfrutar del fruto, que es lo más excelente que se pueda imaginar.

Como Cristo es *el camino*, los débiles y los ignorantes no tienen motivos para quejarse de que él los haya abandonado; y como él es *la verdad y la vida*, tiene también en sí mismo lo adecuado para satisfacer a los más perfectos. En resumen, Cristo afirma ahora, respecto de la felicidad, lo que he dicho últimamente respecto del objeto de la fe. Todos creen y reconocen que la felicidad del hombre está sólo en Dios: pero luego se equivocan a este respecto, que, buscando a Dios fuera de Cristo, lo arrancan, por así decirlo, de su verdadera y sólida Dignidad.

La verdad Algunos suponen que denota aquí la luz salvadora de la sabiduría celestial, y otros suponen que denota la sustancia de *la vida* y de todas las bendiciones espirituales, que se contrasta con sombras y figuras; como se dice, *la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo (Juan 1:17)*. Mi opinión es que *la verdad* significa aquí la perfección de la fe como *el camino* significa su principio y primeros elementos. Todo puede resumirse así: “Si alguno se aparta de Cristo, no hará más que extraviarse; si alguno no descansa en él, en otros lugares no se alimentará más que de viento y vanidad; si alguno, no satisfecho sólo con él, desea ir más lejos, encontrará muerte en lugar de vida”.

Nadie viene al Padre. Esta es una explicación de la afirmación anterior, él es *el camino*, porque nos conduce *al Padre*, y él es *la verdad y la vida*, porque en él percibimos *al Padre*. En cuanto a invocar a Dios, se puede decir con verdad que ninguna oración se escucha sino por la intercesión de Cristo; pero como Cristo ahora no habla de la oración, simplemente debemos entender el significado de que los hombres se inventan verdaderos laberintos cada vez que, después de haber abandonado a Cristo, intentan *venir a Dios*. Porque Cristo prueba que él es *la vida*, porque Dios, *en quien está el manantial de la vida, (Salmo 36:9)* no puede ser disfrutado de otra manera que en Cristo. Por lo cual toda teología, separada de Cristo, no sólo es vana y confusa, sino también loca, engañosa y espuria; porque, aunque los filósofos a veces pronuncian dichos excelentes, no tienen más que cosas de corta duración, e incluso mezcladas con sentimientos perversos y erróneos.

7. Si me conocieseis. Confirma lo que acabamos de decir, que es una curiosidad tonta y pernicioso cuando los hombres, no satisfechos con él, intentan ir a Dios por caminos indirectos y torcidos. Admiten que no hay nada mejor que el conocimiento de Dios; pero cuando está cerca de ellos y les habla familiarmente, deambulan en sus propias especulaciones y buscan por encima de las nubes a aquel a quien no se dignan reconocer como presente. Cristo, por tanto, culpa a los discípulos por no reconocer que la plenitud de la Deidad se manifestaba en él. "Veo", (dice él), "que hasta ahora no me habéis conocido de manera correcta y apropiada, porque todavía no reconocéis la imagen viva del Padre que se manifiesta en mí".

Y desde ahora le conocéis y le habéis visto. Agrega esto, no sólo para suavizar la severidad de la reprensión, sino también para acusarlos de ingratitud y pereza, si no consideran y preguntan lo que se les ha dado; porque dijo esto más con el propósito de elogiar su doctrina que de ensalzar su fe. Por lo tanto, el significado es que Dios ahora se les muestra claramente si abren los ojos. La palabra ver expresa la certeza de la fe.

Juan 14:8-14

8 Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta.

9 Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?

10 ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras.

11 Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.

12 De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre.

13 Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.

14 Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré.

8. Muéstranos el Padre. Parece muy absurdo que los Apóstoles presenten tantas objeciones al Señor; ¿Por qué habló sino para informarles sobre el punto sobre el cual Felipe plantea la pregunta? Sin embargo, no hay ninguna de sus faltas que se describe aquí que no pueda ser cargada tanto a nosotros como a ellos. Profesamos ser fervientes en la búsqueda de Dios; y cuando él se presenta ante nuestros ojos, quedamos ciegos.

9. ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros? Cristo justamente reprende a Felipe por no tener puros los ojos de su fe. Tenía a Dios presente en Cristo y, sin embargo, no lo contemplaba. ¿Qué se lo impidió sino su propia ingratitud? Así, en la actualidad, aquellos que, como consecuencia de no estar satisfechos sólo con Cristo, se apresuran a especulaciones necias para buscar a Dios en ellas, progresan poco en el Evangelio. Este deseo tonto surge de la mezquindad de la baja condición de Cristo; y esto es muy irrazonable, porque mediante esa humillación exhibe la infinita bondad de Dios.

10. Que yo estoy en el Padre y el Padre en mí. No considero que estas palabras se refieran a la esencia divina de Cristo, sino a la manera de la revelación; porque Cristo, en lo que respecta a su Divinidad oculta, no nos es más conocido que *el Padre*. Pero se dice que es la viva Imagen o Retrato de Dios, porque en él, Dios se ha revelado plenamente, en la medida en que su infinita bondad, sabiduría y poder se manifiestan claramente en él. Y, sin embargo, los escritores antiguos no adoptan una visión errónea de este pasaje cuando lo citan como prueba para defender la Divinidad de Cristo; pero como Cristo no pregunta simplemente qué es en sí mismo, sino qué debemos reconocer que es, esta descripción se aplica a su poder más que a su esencia. Por tanto, se dice que *el Padre está en Cristo*,

porque la Divinidad plena habita en él y muestra su poder; y Cristo, en cambio, se dice que está en el Padre, porque por su poder divino muestra que es uno con *el Padre*.

Las palabras que yo os hablo. Lo prueba por el efecto de que no debemos buscar a Dios en ningún otro lugar que no sea en él; porque sostiene que su doctrina, siendo celestial y verdaderamente Divina, es una prueba y un espejo brillante de la presencia de Dios. Si se objeta que todos los Profetas deberían ser considerados hijos de Dios, porque hablan divinamente por inspiración del Espíritu y porque Dios fue el Autor de su doctrina, la respuesta es fácil. Deberíamos considerar lo que contiene su doctrina; porque los Profetas envían a sus discípulos a otra persona, pero Cristo los une a sí mismo. Además, debemos recordar lo que declara el apóstol, que ahora *Dios habla desde el cielo (Hebreos 12:25)* por boca de su Hijo, y que, cuando habló por Moisés, habló como desde la tierra.

No hablo por mi propia cuenta; es decir, sólo como un hombre, o a la manera de los hombres; porque el Padre, exhibiendo la potencia de su Espíritu en la doctrina de Cristo, quiere que su Divinidad sea reconocida en él.

Esto no debe limitarse a los milagros; porque es más bien una continuación de la declaración anterior, que la majestad de Dios se exhibe claramente en la doctrina de Cristo; como si hubiera dicho que su doctrina es verdaderamente una obra de Dios, de la cual se puede saber con certeza que Dios habita en él. Por tanto, entiendo por obras una prueba del poder de Dios.

Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí. Primero exige a los discípulos que den crédito a su testimonio, cuando afirma que es el Hijo de Dios; pero como hasta ahora habían sido demasiado vagos, indirectamente reprende su indolencia. "Si mi afirmación", dice, "no produce convicción, y si tienes una opinión tan mala de mí que no crees que debas creer mis palabras, considera, al menos, ese poder que es un poder visible de la presencia de Dios". Es, en verdad, muy absurdo en ellos no creer enteramente en las palabras que salen de la boca del Señor Jesús, ya que deberían haber abrazado, sin vacilación alguna, todo lo que Él expresó, incluso con una sola palabra. Pero aquí Cristo reprende a sus discípulos por haber progresado tan poco, aunque habían recibido tantas amonestaciones sobre el mismo tema. No explica cuál es la naturaleza de la fe, pero declara que tiene lo suficiente para convencer a los incrédulos.

No es superflua la repetición de las palabras: *Yo soy en el Padre y el Padre en mí*; porque sabemos demasiado bien, por experiencia, cómo nuestra naturaleza nos impulsa a una curiosidad tonta. Tan pronto como hayamos salido de Cristo, no tendremos más que

los ídolos que hemos formado, pero en Cristo no hay nada más que lo que es divino y lo que nos mantiene *en Dios*.

12. De cierto, de cierto os digo. Todo lo que hasta entonces les había dicho a sus discípulos sobre sí mismo, en lo que a ellos se refería, era temporal; y, por tanto, si no hubiera añadido esta cláusula, el consuelo no habría sido completo; sobre todo porque nuestra memoria es muy corta cuando estamos llamados a considerar los dones de Dios. Sobre este tema no es necesario acudir a otros en busca de ejemplos; porque, cuando Dios nos ha colmado de toda clase de bendiciones, si se detiene catorce días, imaginamos que ya no está vivo. Esta es la razón por la que Cristo no sólo menciona su poder presente, que los Apóstoles, en aquel momento, contemplaban con sus ojos, sino que promete una convicción ininterrumpida de él para el futuro. Y, en verdad, no sólo fue atestiguada su Divinidad mientras vivió en la tierra, sino que después de haber ido al Padre, los creyentes disfrutaron de pruebas sorprendentes de ella. Pero nuestra torpeza o nuestra malicia nos impiden percibir a Dios en sus obras y a Cristo en las obras de Dios.

Las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará. Muchos están perplejos por la afirmación de Cristo de que los Apóstoles *harían obras mayores que las que él había hecho*. Paso por alto las otras respuestas que generalmente se le han dado y me conformo con esta única respuesta. Primero, debemos entender lo que Cristo quiere decir; es decir, que el poder por el cual demuestra ser el Hijo de Dios está tan lejos de limitarse a su presencia corporal, que debe demostrarse claramente mediante muchas y sorprendentes pruebas, cuando está ausente. Ahora bien, la ascensión de Cristo fue seguida poco después por una maravillosa conversión del mundo, en la que la Divinidad de Cristo se mostró más poderosamente que mientras habitaba entre los hombres. Así, vemos que la prueba de su Divinidad no se limitó a la persona de Cristo, sino que se difundió por todo el cuerpo de la Iglesia.

Porque yo voy al Padre. Ésta es la razón por la cual los discípulos harían cosas mayores que el mismo Cristo. Es porque, cuando haya entrado en posesión de su reino, demostrará más plenamente su poder desde el cielo. De aquí es evidente que su gloria no disminuye en nada, porque, después de su partida, los Apóstoles, que eran sólo sus instrumentos, realizaron obras más excelentes. Es más, de esta manera se hizo evidente que está sentado a la diestra del Padre, *para que toda rodilla se doble ante él (Filipenses 2:10)*.

13. Y todo lo que pidieres en mi nombre, lo haré. Con estas palabras declara claramente que será el Autor de todo lo que se hará por manos de los Apóstoles. Pero cabe preguntarse: ¿acaso no era él ya entonces el Mediador en cuyo nombre los hombres debían orar al Padre?

Respondo, él claramente desempeñó el cargo de Mediador, desde que entró en el santuario celestial; como luego repetiremos en el lugar adecuado.

Para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Este pasaje concuerda con lo que dice Pablo:

Y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. (Filipenses 2:11).

El fin de todas las cosas es la santificación del nombre de Dios; pero aquí se declara el verdadero método de santificarlo; es decir, *en el Hijo y por el Hijo*. Porque, aunque la majestad de Dios en sí misma esté oculta para nosotros, brilla *en Cristo*; aunque su mano esté oculta, la tenemos visible *en Cristo*. Por lo tanto, en los beneficios que el Padre nos concede, no tenemos derecho a separar *al Padre del Hijo*, según aquel refrán:

El que no honra al Hijo, no honra al Padre (Juan 5:23).

14. Si algo pidieréis algo en mi nombre, yo lo haré. Esta no es una repetición inútil. Todos ven y sienten que son indignos de acercarse a Dios; y, sin embargo, la mayor parte de los hombres se adelantaron, como si estuvieran fuera de sí, y se dirigieron a Dios imprudente y altivamente; y después, cuando recuerdan esa indignidad de la que he hablado, cada uno idea varios expedientes. Por otra parte, cuando Dios nos invita a sí mismo, nos ofrece un solo Mediador, por el cual está dispuesto a ser apaciguado y reconciliado. Pero aquí nuevamente estalla la maldad de la mente humana, que en su mayor parte no deja de abandonar el camino y de pasar por muchas curvas. La razón por la que lo hacen es que tienen una percepción pobre y escasa del poder y la bondad de Dios en Cristo. A esto se añade un segundo error, que no consideramos que estamos justamente excluidos de acercarnos a Dios, hasta que él nos llame, y que somos llamados sólo por el Hijo. Y si un pasaje no tiene suficiente peso para nosotros, sepamos que, cuando Cristo repite, por segunda vez, que debemos orar al Padre en su nombre, él pone su mano sobre nosotros, por así decirlo, para que no perder nuestros dolores buscando infructuosamente otros intercesores.

Juan 14:15-18

15 *Si me amáis, guardad mis mandamientos.*

16 *Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre:*

17 *el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.*

18 *No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros.*

15. Si me amas. El amor con el que los discípulos *amaban* a Cristo era verdadero y sincero, y sin embargo había algo de superstición mezclada con él, como ocurre frecuentemente con nosotros; porque era muy tonto por su parte desear retenerlo en el mundo. Para corregir esta falta, les pide que dirijan su amor a otro fin; y, es decir, emplearse en *guardar los mandamientos* que él les había dado. Esta es sin duda una doctrina útil, porque de los que piensan que *aman* a Cristo, son muy pocos los que lo honran como deben hacerlo; pero, por el contrario, después de haber realizado servicios pequeños y triviales, no se preocupan más. El verdadero *amor* de Cristo, en cambio, se regula por la observación de su doctrina como única regla. Pero también se nos recuerda cuán pecaminosos son nuestros afectos, ya que incluso el amor que tenemos a Cristo no está exento de culpa, si no se dirige a una obediencia pura.

16. Y yo rogare al Padre. Esto se les dio como remedio para calmar el dolor que pudieran sentir por la ausencia de Cristo; pero al mismo tiempo, Cristo promete que les dará fuerzas para *guardar sus mandamientos*; De lo contrario, la exhortación habría tenido poco efecto. Por lo tanto, no pierde el tiempo en informarles que, aunque esté ausente de ellos en cuerpo, nunca permitirá que queden desprovistos de ayuda; porque él estará presente con ellos por su Espíritu.

Aquí llama al Espíritu el don *del Padre*, pero un don que obtendrá mediante sus oraciones; en otro pasaje promete que dará el Espíritu. *Más si me fuere, os lo enviaré (Juan 16:7)*. Ambas declaraciones son verdaderas y correctas; porque en cuanto Cristo es nuestro Mediador e Intercesor, obtiene del Padre la gracia del Espíritu, pero en cuanto es Dios, esa gracia la otorga de sí mismo. Por lo tanto, el significado de este pasaje es: “Yo os he sido dado por *el Padre* para ser *Consolador*, pero sólo por un tiempo; ahora, habiendo cumplido mi oficio, le rogaré que me dé otro *Consolador*, que no estará por poco tiempo, sino que permanecerá siempre con vosotros”.

Y os dará otro Consolador. La palabra *Consolador* se aplica aquí tanto a Cristo como al Espíritu, y con justicia; porque es un oficio que les pertenece por igual a ambos, *consolarnos* y exhortarnos, y guardarnos con su protección. Cristo fue el Protector de sus

discípulos mientras vivió en el mundo: y luego los encomendó a la protección y tutela del Espíritu. Cabría preguntarse: ¿no estamos todavía bajo la protección de Cristo? La respuesta es fácil. Cristo es un Protector continuo, pero no de manera visible. Mientras vivió en el mundo, se manifestó abiertamente como su Protector; pero ahora nos guarda con su Espíritu.

Llama al Espíritu otro *Consolador*, debido a la diferencia entre las bendiciones que obtenemos de ambos. El oficio peculiar de Cristo era apaciguar la ira de Dios expiando los pecados del mundo, redimir a los hombres de la muerte, procurar justicia y vida; y el oficio peculiar del Espíritu es hacernos partícipes no sólo de Cristo mismo, sino de todas sus bendiciones. Y, sin embargo, no sería impropio inferir de este pasaje una distinción de Personas; porque debe haber alguna peculiaridad en la que el Espíritu difiere del Hijo para ser distinto del Hijo.

17. El Espíritu de verdad. Cristo otorga al Espíritu otro título, a saber, el de Maestro de la verdad. De aquí se sigue que hasta que no hayamos sido instruidos interiormente por él, el entendimiento de todos nosotros se verá dominado por la vanidad y la falsedad.

Al cual el mundo no puede recibir. Este contraste muestra la peculiar excelencia de esa gracia que Dios no otorga a nadie más que a sus elegidos; porque quiere decir que no es un regalo ordinario del que se priva al mundo. También en este sentido Isaías dice: “*Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; más sobre ti amanecerá Jehová*”. Porque la misericordia de Dios hacia la Iglesia merece tanta mayor alabanza, cuando la exalta, con un privilegio distinguido, sobre el mundo entero. Y, sin embargo, Cristo exhorta a los discípulos a que no se envanezcan, como suele hacerlo el mundo, con opiniones carnales, y así alejen de sí mismos la gracia del Espíritu. Todo lo que la Escritura nos dice sobre el Espíritu Santo es considerado por los hombres terrenales como un sueño; porque, confiando en su propia razón, desprecian la iluminación celestial. Ahora bien, aunque abunda en todas partes este orgullo que apaga, en la medida de nuestras posibilidades, la luz del Espíritu Santo; sin embargo, conscientes de nuestra propia pobreza, debemos saber que todo lo que pertenece al buen entendimiento no procede de ninguna otra fuente. Sin embargo, las palabras de Cristo muestran que nada de lo que se relaciona con el Espíritu Santo puede aprenderse mediante la razón humana, sino que Él es conocido sólo por la experiencia de la fe.

El mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros. Por tanto, es sólo el Espíritu quien, *mora en nosotros*, se hace conocer a nosotros, pues de lo contrario es desconocido e incomprensible.

18. No os dejaré huérfanos. Este pasaje muestra lo que son los hombres y lo que pueden hacer cuando han sido privados de la protección del Espíritu. Son *huérfanos*, expuestos a toda clase de fraudes e injusticias, incapaces de gobernarse a sí mismos y, en definitiva, incapaces de hacer nada por sí mismos. El único remedio para un defecto tan grande es que Cristo nos gobierne por su Espíritu, lo cual promete que hará. En primer lugar, entonces, se recuerda a los discípulos su debilidad, para que, desconfiando de sí mismos, no puedan confiar más que en la protección de Cristo; y, en segundo lugar, habiendo prometido un remedio, les da buen aliento; porque declara que *nunca los dejará*. Cuando dice: *Vendré a vosotros*, muestra de qué manera habita en su pueblo y de qué manera llena todas las cosas. Es, por el poder de su Espíritu; y por tanto es evidente que la gracia del Espíritu es una prueba sorprendente de su Divinidad.

Juan 14:19-20

19 *Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis.*

20 *En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.*

19. Todavía un poco. Continúa el elogio de la gracia especial, que debería haber sido suficiente para aliviar e incluso quitar el dolor de los discípulos. "Cuando me haya retirado", dice, "de la vista del mundo, todavía estaré presente con vosotros". Para que podamos disfrutar de esta contemplación secreta de Cristo, no debemos juzgar su presencia o su ausencia según la percepción carnal, sino que debemos emplear fervientemente los ojos de la fe para contemplar su poder. Así, los creyentes siempre tienen a Cristo presente por su Espíritu, y lo contemplan, aunque estén lejos de él en cuerpo.

Porque yo vivo. Esta afirmación puede explicarse de dos maneras. O puede verse como una confirmación de la cláusula anterior, *porque yo vivo, vosotros también viviréis*; o, puede leerse por separado, *porque yo vivo, vosotros viviréis*; y entonces el significado será que los creyentes *vivirán, porque Cristo vive*. Acepto voluntariamente la primera opinión y, sin embargo, podemos extraer de ella la otra doctrina, que la vida de Cristo es la causa de nuestra vida. Comienza señalando la causa de la diferencia, por qué será visto por sus discípulos y no por *el mundo*. No es porque Cristo no pueda ser visto sino según la vida espiritual, de la que el mundo está privado. *El mundo no ve a Cristo*; esto no es maravilloso, porque la causa es la muerte por ceguera; pero tan pronto como un hombre comienza a vivir por el Espíritu, inmediatamente recibe ojos para ver a Cristo. Ahora bien, la razón de esto es que nuestra vida está estrechamente relacionada con la vida de Cristo y procede de ella como de su fuente; porque estamos muertos en nosotros mismos, y la vida con que nos lisonjamos es una muerte muy mala. En consecuencia, cuando la pregunta es cómo vamos a obtener la vida, nuestros ojos deben dirigirse a Cristo, y su vida debe ser transmitida a nosotros por la fe, para que nuestra conciencia esté plenamente convencida de que, mientras Cristo viva, nosotros estamos libres de todo peligro de destrucción; porque es una verdad indudable que *su vida* sería nada cuando sus miembros estuvieran muertos.

20. En aquel día Algunos lo refieren *al día* de Pentecostés; sino que más bien denota el curso ininterrumpido, por así decirlo, de un solo día, desde el momento en que Cristo ejerció el poder de su Espíritu hasta la última resurrección. Desde entonces comenzaron a saber, pero fue un comienzo débil, porque el Espíritu aún no había obrado tan poderosamente en ellos. Porque el objeto de estas palabras es mostrar que no podemos, mediante especulaciones indolentes, *saber* cuál es la unión sagrada y mística entre nosotros

y él, y nuevamente, entre él y *el Padre*; pero que la única manera de saberlo es cuando difunde su vida en nosotros por la eficacia secreta del Espíritu; y esta es la prueba de la fe, que mencioné hace poco.

En cuanto a la manera en que los arios abusaron anteriormente de este pasaje, para demostrar que Cristo es Dios sólo por participación y por gracia, su sofisma es fácil de refutar. Porque Cristo no habla simplemente de su esencia eterna, sino de ese poder divino que se manifestó en él. Así como *el Padre* ha depositado en el Hijo toda plenitud de bendiciones, así, por otra parte, el Hijo se ha transmitido enteramente a nosotros. Se dice que *está en nosotros* porque muestra claramente, por la eficacia de su Espíritu, que él es el Autor y la causa de nuestra vida.

Juan 14:21-24

21 *El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él.*

22 *Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?*

23 *Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él.*

24 *El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió.*

21. El que tiene mis mandamientos. Nuevamente repite la afirmación anterior, que la prueba indudable de nuestro amor hacia él radica en *que guardemos sus mandamientos*; y la razón por la que les recuerda esto con tanta frecuencia a los discípulos es que no pueden desviarse de este objeto; porque no hay nada a lo que seamos más propensos que deslizarnos en un afecto carnal, para amar algo más que a Cristo bajo el nombre de Cristo. Tal es también el significado de ese dicho de Pablo:

aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es (2 Corintios 5:16- 17).

Tener sus mandamientos significa ser instruido adecuadamente en ellos; y *guardar sus mandamientos* es conformarnos nosotros y nuestra vida a su gobierno.

Y el que me ama, será amado de mi Padre. Pareciera que Cristo habla como si los hombres amaran a Dios antes que él los amara a ellos; no podría entenderse así, porque,

siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Romanos 5:10);

y son bien conocidas las palabras de Juan,

No en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros (1 Juan 4:10).

Pero aquí no hay debate sobre causa o efecto; y por lo tanto no hay base para inferir que el amor con el que amamos a Cristo viene en orden antes que el amor que Dios tiene hacia nosotros; porque Cristo quiso decir únicamente, que todos los que *lo aman* serán felices, porque también *serán amados por él y por el Padre*; no es que Dios entonces comience a amarlos, sino porque tienen un testimonio de su amor hacia ellos, como Padre, grabado en sus corazones. Con el mismo objeto es la cláusula que sigue inmediatamente:

Y me manifestaré a él. Sin duda, el conocimiento va antes que el amor; pero el significado de Cristo fue: Les concederé a aquellos que observan puramente mi doctrina, que progresen día a día en la fe; "Es decir," haré que se acerquen más a *mí* y más familiarmente ". De aquí se infiere que el fruto de la piedad es el progreso en el conocimiento de Cristo; porque el que promete que se entregará al que lo tiene rechaza a los hipócritas y hace progresar en la fe a todos los que, abrazando cordialmente la doctrina del Evangelio, se entregan enteramente a su obediencia. Y ésta es la razón por la que muchos retroceden y por la que apenas vemos a uno de cada diez seguir el camino correcto; porque la mayor parte no merece que *se les manifieste*. También debe observarse que aquí se representa un conocimiento más abundante de Cristo como una recompensa extraordinaria de nuestro amor a Cristo; y de ahí se deduce que es un tesoro invaluable.

22. Le dijo Judas (no Iscariote). No en vano pregunta por qué Cristo no hace que su luz se imparta a más de unas pocas personas; ya que él es *el Sol de Justicia*, (**Malaquías 4:2**) por quien el mundo entero debe ser iluminado; y, por tanto, no es razonable que ilumine sólo a unos pocos y no derrame su luz en todas partes sin distinción. La respuesta de Cristo no resuelve toda la cuestión; porque no menciona la primera causa, por la cual Cristo '*se manifestó a unos pocos*', se oculta a la mayor parte de los hombres; porque ciertamente al principio encuentra a todos los hombres iguales, es decir, completamente alejados de él; y, por tanto, no puede elegir a ninguna persona que le ame, sino que elige entre sus enemigos a aquellos cuyos corazones inclina a su amor. Pero por el momento no tenía intención de hacer caso de esa distinción, que distaba mucho del objetivo que perseguía. Su diseño era exhortar a sus discípulos al estudio ferviente de la piedad, para que pudieran progresar más en la fe; y, por tanto, se contenta con distinguirlos del mundo por esta marca, que guardan la doctrina del Evangelio.

Ahora bien, esta marca viene después del comienzo de la fe, porque es el efecto de su llamamiento. En otros pasajes, Cristo había recordado a los discípulos su llamado por gracia gratuita, y luego se lo recordará. En la actualidad, sólo les ordena observar su doctrina y mantener la piedad. Con estas palabras, Cristo muestra de qué manera se obedece adecuadamente el Evangelio. Lo es, cuando nuestros servicios y acciones exteriores proceden del amor de Cristo; porque en vano se afanan los brazos, los pies y todo el cuerpo, si el amor de Dios no reina en el corazón para gobernar los miembros externos. Ahora bien, como es cierto que *guardamos los mandamientos* de Cristo sólo en la medida en que lo *amamos*, se sigue que un *amor* perfecto por Él no se puede encontrar en ninguna parte del mundo, porque no hay hombre que *guarde sus mandamientos* perfectamente; sin embargo, Dios se complace con la obediencia de aquellos que sinceramente apuntan a este fin.

23. Y mi Padre lo amará. Ya hemos explicado que el amor de Dios hacia nosotros no se coloca en segundo lugar, como si viniera después de nuestra piedad como causa de ese amor, sino para que los creyentes puedan estar plenamente convencidos de que la obediencia que rinden al Evangelio es agrandar a Dios, y que continuamente puedan esperar de él nuevas adiciones de regalos.

Y vendremos a él; es decir, sentirá que la gracia de Dios habita en él, y recibirá cada día adiciones a los dones de Dios. Habla, por tanto, no de ese amor eterno con el que nos amó, antes de que nacióramos, e incluso antes de que el mundo fuera creado, sino desde el momento en que lo sella en nuestros corazones haciéndonos partícipes de su adopción. Ni siquiera se refiere a la primera iluminación, sino a esos grados de fe por los cuales los creyentes deben avanzar continuamente, según ese dicho:

Al que tiene, se le dará (Mateo 13:12).

Los papistas; Por lo tanto, se equivocan al inferir de este pasaje que hay dos clases de amor con las que amamos a Dios. Sostienen falsamente que amamos a Dios naturalmente, antes de que él nos regenere por su Espíritu, e incluso que por esta preparación merecemos la gracia de la regeneración; como si las Escrituras no enseñaran en todas partes, y como si la experiencia tampoco proclamara en voz alta, que estamos completamente alejados de Dios, y que estamos infectados y llenos de odio hacia él, hasta que él cambie nuestros corazones. Por lo tanto, debemos tener presente el designio de Cristo, que él y *el Padre vendrán* a confirmar a los creyentes, en una confianza ininterrumpida en su gracia.

24. El que no me ama, no guarda mis palabras. Como los creyentes están mezclados con los incrédulos en el mundo, y como deben ser agitados por varias tormentas, como en un mar turbulento, Cristo nuevamente los confirma con esta amonestación, para que no se dejen arrastrar por malos ejemplos. Como si hubiera dicho: “No mires al mundo como si dependieras de él; porque siempre habrá algunos que me desprecien a mí y a mi doctrina; pero tú, conserva constantemente hasta el fin la gracia que una vez recibiste”. Sin embargo, también insinúa que el mundo es justamente castigado por su ingratitud, cuando perece en su ceguera, ya que, al despreciar la verdadera justicia, manifiesta un odio perverso hacia Cristo.

Y la palabra que habéis oído. Para que los discípulos no se desanimen ni vacilen a causa de la obstinación del mundo, nuevamente procura crédito a su doctrina, al testificar que proviene de Dios y que no fue ideada por los hombres en la tierra. Y, de hecho, la fuerza de nuestra fe consiste en saber que Dios es nuestro líder y que no estamos fundados en nada

más que en su verdad eterna. Cualquiera que sea entonces la rabia y la locura del mundo, sigamos la doctrina de Cristo, que se eleva muy por encima del cielo y de la tierra. Cuando dice que *la palabra no es suya*, se acomoda a los discípulos; como si hubiera dicho que no es humano, porque enseña fielmente lo que le ha ordenado el Padre. Sin embargo, sabemos que, en cuanto él es la eterna Sabiduría de Dios, él es la única fuente de toda doctrina, y que todos los profetas que han existido desde el principio hablaron por su Espíritu.

Juan 14:25-28

25 Os he dicho estas cosas estando con vosotros.

26 Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.

27 La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.

28 Habéis oído que yo os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo.

25. Os he dicho estas cosas. Agrega esto para que no se desesperen, aunque hayan obtenido menos beneficios de los que deberían haber obtenido; porque en ese momento esparció una semilla de doctrina, que yacía escondida y, por así decirlo, asfixiada en los discípulos. Por lo tanto, los exhorta a tener buenas esperanzas, hasta que la doctrina que ahora podría parecer inútil dé frutos. En resumen, testifica que en la doctrina que habían oído tienen abundante motivo de consuelo y que no deben buscarlo en ningún otro lugar. Y si no lo ven inmediatamente, les pide que tengan buen ánimo, hasta que el Espíritu Santo, que es el Maestro interior, hable lo mismo en sus corazones. Esta advertencia es muy útil para todos; porque, si no entendemos inmediatamente lo que Cristo enseña, comenzamos a cansarnos y a sentir rencor por dedicar un trabajo inútil a lo que es oscuro. Pero debemos traer un deseo entusiasta de recibir instrucción; debemos prestar oídos y atención si deseamos dominar debidamente la escuela de Dios; y sobre todo necesitamos paciencia, hasta que el Espíritu Santo nos permita comprender lo que pensábamos que muchas veces habíamos leído u oído sin propósito. Para que no se debilite en nosotros el deseo de aprender, o para que no caigamos en la desesperación, cuando no percibimos inmediatamente el significado de lo que Cristo nos habla, sepamos que esto se nos habla a todos.

El Espíritu Santo os recordará todo lo que os he dicho. De hecho, es un castigo amenazado por Isaías contra los incrédulos, que la Palabra de Dios será para ellos como un *libro sellado (Isaías 29:11)*, pero de esta manera, también, el Señor frecuentemente humilla a su pueblo. Por lo tanto, debemos esperar con paciencia y dulzura el momento de la revelación y, por esa razón, no debemos rechazar la palabra. Cuando Cristo testifica que es oficio peculiar del Espíritu Santo enseñar a los apóstoles lo que ya habían aprendido de su boca, se deduce que la predicación exterior será vana e inútil si no va acompañada de la enseñanza del Espíritu. Por tanto, Dios tiene dos formas de enseñar; porque, *primero*, suena en nuestros oídos por boca de hombres; y, *segundo*, se dirige a nosotros interiormente por

su Espíritu; y lo hace en el mismo momento o en diferentes momentos, como le parece conveniente.

Pero observemos cuáles son *todas estas cosas* que él promete que el Espíritu enseñará. *Él sugerirá, dice, o les recordará todo lo que he dicho*. De ahí se sigue que no será un constructor de nuevas revelaciones. Con esta sola palabra podemos refutar todos los inventos que Satanás ha introducido en la Iglesia desde el principio, bajo el pretexto del Espíritu. Mahoma y el Papa coinciden en mantener como principio de su religión que la Escritura no contiene una perfección de doctrina, sino que algo más elevado ha sido revelado por el Espíritu. Del mismo punto los anabaptistas y libertinos de nuestra época han extraído sus ideas absurdas. Pero el espíritu que introduce cualquier doctrina o invención aparte del Evangelio es un espíritu engañador, y no el Espíritu de Cristo. Lo que significa que *el Espíritu sea enviado por el Padre en el nombre de Cristo*, ya lo he explicado.

27. La paz os dejo. Con la palabra *paz* quiere decir prosperidad, que los hombres suelen desear unos para otros cuando se encuentran o se separan; porque tal es el significado de la palabra *paz* en el idioma hebreo. Por tanto, alude a la costumbre ordinaria de su nación; como si hubiera dicho: Os doy mi *despedida*. Pero inmediatamente añade que esta *paz* es de mucho mayor valor que la que suele encontrarse entre los hombres, que generalmente tienen la palabra *paz*, pero fríamente en la boca, a modo de ceremonia o, si sinceramente desean la *paz* para alguien, pero en realidad no pueden otorgarla. Pero Cristo les recuerda que *su paz* no consiste en un deseo vacío e inútil, sino que va acompañada del efecto. En resumen, dice que se aleja de ellos en cuerpo, pero que *su paz* permanece con los discípulos; es decir, que estarán siempre felices mediante su bendición.

No se turbe vuestro corazón. Nuevamente corrige la alarma que habían sentido los discípulos por su partida. No es motivo de alarma, les dice; porque sólo quieren su presencia corporal, pero disfrutarán de su presencia real a través del Espíritu. Aprendamos a estar siempre satisfechos con este tipo de presencia, y no demos rienda suelta a la carne, que siempre ata a Dios con sus invenciones exteriores.

28. Si me amarais, os habrías regocijado. Los discípulos sin duda *amaron* a Cristo, pero no como deberían haberlo hecho; porque algún afecto carnal se mezclaba con su *amor*, de modo que no podían soportar estar separados de él; pero si lo hubieran *amado* espiritualmente, no había nada que hubieran tenido más profundamente en el corazón que su regreso al Padre.

Porque el Padre mayor es que yo. Este pasaje ha sido torturado de varias maneras. Los arios, para demostrar que Cristo es una especie de Dios inferior, argumentaron que *es menos que el Padre*. Los Padres ortodoxos, para eliminar todo fundamento para tal calumnia, dijeron que esto debía haberse referido a su naturaleza humana; pero como los arios abusaron perversamente de este testimonio, la respuesta dada por los Padres a su objeción no fue ni correcta ni apropiada; porque Cristo ahora no habla ni de su naturaleza humana, ni de su Divinidad eterna, sino que, acomodándose a nuestra debilidad, se coloca entre Dios y nosotros; y, en efecto, como no nos ha sido concedido alcanzar la altura de Dios, Cristo descendió a nosotros para elevarnos. *Debiste alegraros, dice, porque vuelvo al Padre*; porque éste es el objetivo último al que debéis aspirar. Con estas palabras no muestra en qué se diferencia del Padre, sino por qué descendió a nosotros; y eso fue para que nos uniera a Dios; porque hasta que llegemos a ese punto, estaremos, por así decirlo, en la mitad del camino. Nosotros también nos imaginamos un Cristo a medias y un Cristo mutilado, si no nos conduce a Dios.

Hay un pasaje similar en los escritos de Pablo, donde dice que Cristo entregará el Reino a Dios su Padre, para que Dios sea todo en todos (**1 Corintios 15:24**).

Cristo ciertamente reina, no sólo en la naturaleza humana, sino como Dios manifestado en carne. ¿De qué manera, pues, dejará a un lado el reino? Lo es, porque la Divinidad que ahora se contempla sólo en el rostro de Cristo, entonces será abiertamente visible en él. El único punto de diferencia es que Pablo describe allí la máxima perfección del brillo divino, cuyos rayos comenzaron a brillar desde el momento en que Cristo ascendió al cielo. Para aclarar más la cuestión, debemos utilizar un discurso aún más claro. Cristo no hace aquí una comparación entre la Divinidad del Padre y la suya, ni entre su propia naturaleza humana y la esencia Divina del Padre, sino entre su estado actual y la gloria celestial, a la que poco después sería recibido.; como si hubiera dicho: "Quieres retenerme en el mundo, pero es mejor que suba al cielo". Aprendamos, pues, a contemplar a Cristo humillado en la carne, para que nos conduzca a la fuente de una bienaventurada inmortalidad; porque él no fue designado para ser nuestro guía, simplemente para elevarnos a la esfera de la luna o del sol, sino para hacernos uno con Dios Padre.

Juan 14:29-31

29 *Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis.*

30 *No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí.*

31 *Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago. Levantaos, vamos de aquí.*

29. Y ahora os lo he dicho. Era apropiado que los discípulos fueran amonestados frecuentemente sobre este punto; porque era un secreto que excedía con creces toda capacidad humana. Él testifica que *predice lo que sucederá, para que, cuando haya sucedido, crean*; porque fue una confirmación útil de su fe cuando recordaron las predicciones de Cristo y vieron cumplido ante sus ojos lo que antes habían oído de su boca. Sin embargo, parece ser una especie de concesión, como si Cristo hubiera dicho: “Como aún no sois capaces de comprender un misterio tan profundo, os soporto hasta que suceda el acontecimiento que servirá de intérprete para explicar esta doctrina.” Aunque por un tiempo pareció hablar a los sordos, después resultó que sus palabras no fueron esparcidas en vano o, como podríamos decir, en el aire, sino que fueron una semilla arrojada a la tierra. Ahora bien, así como Cristo habla aquí de su palabra y del cumplimiento de los acontecimientos, así su muerte, resurrección y ascensión al cielo se combinan con la doctrina, para que puedan producir fe en nosotros.

30. No hablaré ya mucho con vosotros. Con esta palabra pretendía fijar la atención de los discípulos en sí mismo e imprimir su doctrina más profundamente en sus mentes; porque la abundancia generalmente quita el apetito, y deseamos más intensamente lo que no tenemos, y nos deleitamos más en el disfrute de lo que pronto nos será quitado. Por lo tanto, para hacerlos más deseosos de escuchar sus doctrinas, amenaza con irse muy pronto. Aunque Cristo no deja de enseñarnos durante todo el curso de nuestra vida, esta declaración puede aplicarse a nuestro uso; porque, dado que el curso de nuestra vida es corto, debemos aprovechar la oportunidad presente.

Porque viene el príncipe de este mundo. Podría haber dicho, en lenguaje directo, que pronto moriría y que la hora de su muerte estaba cerca; pero hace uso de un circunloquio para fortalecer sus mentes de antemano, no sea que, aterrorizados por una especie de muerte tan espantosa y detestable, se desmayen; porque creer en él crucificado, ¿qué es sino buscar la vida en el infierno? Primero, dice que su poder será dado a Satanás; y luego agrega: Que se irá, no porque esté obligado a hacerlo, sino para obedecer al Padre.

El diablo es llamado *príncipe de este mundo*, no porque tenga un reino separado de Dios (como imaginaban los maniqueos), sino porque, con el permiso de Dios, ejerce su

tiranía sobre el mundo. Por lo tanto, siempre que escuchemos esta designación aplicada al diablo, avergoncémonos de nuestra miserable condición; porque, cualquiera que sea el orgullo de los hombres, son esclavos del diablo, hasta que sean regenerados por el Espíritu de Cristo; porque bajo el término *mundo* se incluye aquí toda la raza humana. Sólo hay un Libertador que nos libera y rescata de esta terrible esclavitud. Ahora bien, puesto que este castigo fue infligido por el pecado del primer hombre, y puesto que cada día empeora por culpa de nuevos pecados, aprendamos a odiarnos a nosotros mismos y a nuestros pecados. Aunque estemos cautivos bajo el dominio de Satanás, esta esclavitud no nos libera de la culpa, porque es voluntaria. También debe observarse que lo que hacen los malvados se atribuye aquí al diablo; porque, dado que son impelidos por Satanás, todo lo que hacen se considera con justicia obra suya.

Y el nada tiene en mí. Es a consecuencia del pecado de Adán que Satanás tiene el dominio de la muerte y, por lo tanto, no podría tocar a Cristo, quien es puro de toda contaminación del pecado, si no se hubiera sometido voluntariamente. Y, sin embargo, creo que estas palabras tienen un significado más amplio que aquel en el que habitualmente se explican; porque la interpretación ordinaria es: "Satanás no ha encontrado nada en Cristo, porque no hay nada en él que merezca la muerte, porque está limpio de toda mancha de pecado". Pero, en mi opinión, Cristo afirma aquí no sólo su propia pureza, sino también su poder divino, que no estaba sujeto a la muerte; porque era apropiado asegurar a los discípulos que él no cedió por debilidad, para que no pensarán menos en su poder. Pero en esta declaración general también se incluye lo primero: que, al soportar la muerte, no fue obligado por Satanás. De ahí inferimos que fue sustituido en nuestra habitación, cuando se sometió a la muerte.

31. Mas para que el mundo conozca. Algunos piensan que estas palabras deben leerse como estrechamente relacionadas con las palabras *Levantaos, vamos de aquí*, para completar el sentido. Otros leen la primera parte del versículo por separado y suponen que se interrumpe abruptamente. Como no hay gran diferencia en cuanto al significado, dejo al lector dar preferencia a cualquiera de estos puntos de vista. Lo que principalmente merece nuestra atención es que el decreto de Dios se coloca aquí en el rango más alto; para que no supongamos que Cristo fue arrastrado a la muerte por la violencia de Satanás, de tal manera que sucedió algo contrario al propósito de Dios. Fue Dios quien nombró a su Hijo como Propiciación y quien determinó que los pecados del mundo serían expiados con su muerte. Para lograr esto, permitió que Satanás, por un corto tiempo, lo tratara con desprecio; como si hubiera obtenido una victoria sobre él. Cristo, por tanto, no resiste a Satanás, para que pueda obedecer el decreto de su Padre y así ofrecer su obediencia como rescate de nuestra justicia.

Levantaos, vamos de aquí. Algunos piensan que Cristo, después de decir estas cosas, cambió de lugar, y que lo que sigue fue dicho por él en el camino; pero como Juan agrega después, que Cristo se fue con sus discípulos más allá del arroyo Cedrón, parece más probable que Cristo tuviera la intención de exhortar a los discípulos a rendir la misma obediencia a Dios, de la cual vieron en él un ejemplo tan ilustre, y no que él se los llevó en ese momento.

Comentario al evangelio de Juan

Capítulo 15

Juan 15:1-6

- 1 Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.
- 2 Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto.
- 3 Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado.
- 4 Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.
- 5 Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.
- 6 El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden.

1. Yo soy la vid verdadera. El significado general de esta comparación es que somos, por naturaleza, estériles y secos, excepto en la medida en que hemos sido injertados en Cristo y obtenemos de él un poder que es nuevo y que no procede de nosotros mismos. He seguido a otros comentaristas al traducir ἄμπελος por *vitis* (una vid) y κλήματα por *palmitas* (ramas). Ahora bien, *vitis* (una vid) denota estrictamente la planta misma, y no un campo plantado con vides, que los escritores latinos llamar *vinea*, (un viñedo); aunque a veces se toma por *vinea* un viñedo; como, por ejemplo, cuando Cicerón menciona al mismo tiempo *pauperum agellos et viticulas, los pequeños campos* y los pequeños viñedos *de las pobres*. *Palmitas* (ramas) son lo que podrían llamarse los *brazos* del árbol, que éste envía por encima del suelo. Pero como la palabra griega κλώνια a veces denota *una vid*, y ἄμπελος, *una viña*, estoy más dispuesto a adoptar la opinión de que Cristo se compara a sí mismo con un campo plantado de *vides*, y nos compara a nosotros con las plantas mismas. Sin embargo, sobre este punto no entraré en un debate con nadie; Sólo deseo recordar al lector que debe adoptar el punto de vista que le parezca derivar una mayor probabilidad del contexto.

Primero, que recuerde la regla que debe observarse en todas las parábolas; que no debemos examinar minuciosamente cada propiedad de *la vid*, sino sólo tener una visión general del objeto al que Cristo aplica esa comparación. Ahora bien, hay tres partes principales; primero, que no tenemos poder para hacer el bien sino el que proviene de él mismo; en segundo lugar, que nosotros, teniendo raíz en él, somos vestidos y podados por el Padre; en tercer lugar, que quite las ramas infructuosas para arrojarlas al fuego y quemarlas.

Casi nadie se avergüenza de reconocer que todo lo bueno que posee proviene de Dios; pero, después de hacer este reconocimiento, imaginan que les ha sido dada la gracia universal, como si se les hubiera implantado por naturaleza. Pero Cristo se detiene

principalmente en esto: que la savia vital, es decir, toda vida y fuerza, procede sólo de él mismo. De aquí se sigue que la naturaleza del hombre es infructuosa y desprovista de todo bien; porque ningún hombre tiene naturaleza de *vid*, hasta que sea implantado en él. Pero esto se da sólo a los elegidos por gracia especial. Así pues, el Padre es el primer Autor de todas las bendiciones, quien con su mano nos planta; pero el comienzo de la vida es en Cristo, ya que comenzamos a echar raíces en él. Cuando él se llama a sí mismo *la vid* verdadera, el significado es: *Yo soy verdaderamente la vid*, y por lo tanto los hombres no se esfuerzan en vano por buscar fuerza en ningún otro lugar, porque de nadie procederá fruto útil sino de las ramas que yo produciré.

2. Todo pámpano que en mí no lleva fruto. Así como algunos hombres corrompen la gracia de Dios, otros la suprimen maliciosamente y otros la ahogan con descuido, Cristo pretende con estas palabras despertar una ansiosa investigación, declarando que todos *los pámpanos* que serán infructuosos serán cortados de *la vid*. Pero aquí viene una pregunta. ¿Puede alguien que está injertado en Cristo quedarse sin fruto? Respondo: se supone que muchos están en *la vid*, según la opinión de los hombres, que en realidad no tienen raíz en *la vid*. Así, en los escritos de los profetas, el Señor llama al pueblo de Israel *su vid*, porque, por exterior profesión, tenían el nombre de La Iglesia.

Y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré. Con estas palabras muestra que los creyentes necesitan una cultura incesante para evitar que degeneren; y que no producen nada bueno, a menos que Dios aplique continuamente su mano; porque no bastará haber sido hechos partícipes de la adopción una vez, si Dios no continúa la obra de su gracia en nosotros. Habla de *poda* o *limpieza*, porque nuestra carne abunda en superfluidades y vicios destructivos, y es demasiado fértil para producirlos, y porque crecen y se multiplican sin fin, si no somos *limpiados* o *podados* por la mano de Dios. Cuando dice que las vides se *podan para que produzcan frutos más abundantes*, muestra ¿cuál debería ser el progreso de los creyentes en el curso de la religión verdadera?

3. Ya vosotros estáis limpios por la palabra. Les recuerda que ya *han* experimentado en sí mismos lo que él había dicho; que han sido plantados en él, y también han sido *limpiados* o *podados*. Señala los medios de *poda* , a saber, la doctrina; y no puede haber duda de que habla de predicación exterior, porque expresamente *menciona la palabra* que habían oído de su boca. No es que *la palabra* que sale de la boca del hombre tenga tanta eficacia, sino que, en la medida en que Cristo obra en el corazón por el Espíritu, *la palabra* misma es el instrumento de *limpieza*. Sin embargo, Cristo no quiere decir que los apóstoles sean puros de todo pecado, pero les muestra su experiencia, para que puedan aprender de ella que la continuidad de la gracia es absolutamente necesaria. Además, les recomienda la doctrina

del evangelio por el fruto que produce, para que se sientan más poderosamente impulsados a meditar en ella continuamente, ya que se parece al cuchillo del viñador para quitar lo inútil.

4. Permaneced en mí. Nuevamente los exhorta a ser fervientes y cuidadosos en guardar la gracia que habían recibido, porque el descuido de la carne nunca puede despertarse lo suficiente. Y, en efecto, Cristo no tiene otro objetivo en mente que el de mantenernos

como la gallina guarda sus polluelos debajo de las alas, (Mateo 23:37)

no sea que nuestra indiferencia nos lleve y nos haga volar hacia nuestra destrucción. Para demostrar que no comenzó la obra de nuestra salvación con el fin de dejarla imperfecta a mitad de camino, promete que su Espíritu será siempre eficaz en nosotros, si no se lo impedimos. *Permaneced en mí*, dice él; *porque estoy dispuesto a permanecer en vosotros*. Y, además, *el que permanece en mí, lleva mucho fruto*. Con estas palabras declara que todos los que tienen en él una raíz viva son ramas que dan fruto.

5. Separados de mí nada podemos hacer. Ésta es la conclusión y aplicación de toda la parábola. Mientras estemos separados de él, no daremos ningún fruto que sea bueno y aceptable para Dios, porque no podemos hacer nada bueno. Los papistas no sólo atenúan esta afirmación, sino que destruyen su sustancia y, de hecho, la evaden por completo; porque, aunque en palabras reconocen que no podemos hacer nada sin Cristo, tontamente imaginan que poseen algún poder, que no es suficiente en sí mismo, pero, siendo ayudados por la gracia de Dios, coopera (como dicen,) es decir, trabaja junto con él; porque no pueden soportar que el hombre sea tan aniquilado que no haga nada por sí mismo. Pero estas palabras de Cristo son demasiado claras para eludir las tan fácilmente como se supone. La doctrina inventada por los papistas es que no podemos hacer nada sin Cristo, pero que, ayudados por él, tenemos algo de nosotros mismos además de su gracia. Pero Cristo, por otra parte, declara que nada podemos hacer por nosotros mismos. El pámpano, dice, no da fruto por sí mismo; y, por lo tanto, no sólo ensalza la ayuda de su gracia cooperadora, sino que nos priva por completo de todo poder que no sea el que él nos imparte. En consecuencia, esta frase, *separados de mí*, debe explicarse como significado, excepto de mí.

A continuación, sigue otro sofisma; porque alegan que *el pámpano* tiene algo de naturaleza, pues si se injerta en la vid otro pámpano que no da fruto, no producirá nada. Pero esto se responde fácilmente; porque Cristo no explica lo que tiene naturalmente el pámpano, antes de unirse a la vid, sino que quiere decir que comenzamos a ser pámpanos

en el momento en que estamos unidos a él. Y, de hecho, la Escritura en otros lugares muestra que, antes de estar en él, somos madera seca e inútil.

6. El que en mí no permanece. Nuevamente les presenta el castigo de la ingratitud y, al hacerlo, los insta a la perseverancia. De hecho, es un don de Dios, pero la exhortación a temer no está fuera de lugar, no sea que nuestra carne, por una indulgencia demasiado grande, nos desarraigue.

Será echado fuera como pámpano. Se dice que aquellos que son separados de Cristo se *marchitan* como una rama muerta; porque, así como el comienzo de la fuerza proviene de él, también lo es su continuación ininterrumpida. No es que alguna vez suceda que alguno de los elegidos se seque, sino porque hay muchos hipócritas que, en apariencia, florecen y reverdecen por un tiempo, pero que luego, cuando deberían dar fruto, muestran todo lo contrario. de lo que el Señor espera y exige de su pueblo.

Juan 15:7-11

7 Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.

8 En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos.

9 Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor.

10 Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor.

11 Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

7. Si permanecéis en mí. Los creyentes a menudo sienten que están hambrientos y que están muy lejos de esa gordura rica que es necesaria para producir frutos abundantes. Por esto se añade expresamente, cualquier cosa que necesiten los que están en Cristo, hay remedio previsto para su pobreza, en cuanto lo piden a Dios. Ésta es una advertencia muy útil; porque el Señor a menudo nos deja pasar hambre, para entrenarnos a la sinceridad en la oración. Pero si acudimos a él, nunca nos faltará lo que le pedimos, sino que, de su inagotable abundancia, él nos dará todo lo que necesitemos (**1 Corintios 1:5**).

Y mis palabras permanecen en vosotros. Quiere decir que echamos raíces en él por la fe; porque tan pronto como nos hemos apartado de la doctrina del Evangelio, buscamos a Cristo separadamente de sí mismo. Cuando promete que nos concederá todo lo que deseamos, no nos da permiso para formular deseos según nuestra propia fantasía. Dios haría lo que no era adecuado para promover nuestro bienestar, si fuera tan indulgente y tan dispuesto a ceder ante nosotros; porque sabemos bien que los hombres a menudo se entregan a deseos tontos y extravagantes. Pero aquí limita los deseos de su pueblo a la regla de orar de manera correcta, y esa regla sujeta, al beneplácito de Dios, todos nuestros afectos. Esto lo confirma la conexión en la que se encuentran las palabras; porque quiere decir que su pueblo *no desea* riquezas, ni honores, ni ninguna cosa de esa naturaleza, que la carne desea neciamente, sino la savia vital del Espíritu Santo, que les permite dar fruto.

8. En esto es glorificado mi Padre. Esta es una confirmación de la declaración anterior; porque muestra que no debemos dudar de que Dios escuchará las oraciones de su pueblo, cuando deseen ser fructíferos; porque esto contribuye mucho a su gloria. Pero con este fin o efecto enciende también en ellos el deseo de hacer el bien; porque no hay nada que debamos valorar más que el hecho de que el nombre de Dios pueda ser glorificado por nosotros. En el mismo sentido es la última cláusula, *para que podáis llegar a ser mis*

discípulos; porque declara que no tiene nadie en su rebaño que no *dé fruto* para la gloria de Dios.

9. Como el Padre me ha amado. Tenía la intención de expresar algo mucho más grande de lo que comúnmente se supone; porque los que piensan que ahora habla del sagrado *amor* de Dios Padre, que siempre tuvo hacia el Hijo, filosofan lejos del tema; porque era más bien el diseño de Cristo poner, por así decirlo, en nuestro seno una prenda segura del *amor* de Dios hacia nosotros. Esa abstrusa pregunta sobre la manera en que *el Padre* siempre se *amó* a sí mismo en el Hijo, no tiene nada que ver con el presente pasaje. Pero el *amor* aquí mencionado debe entenderse referido a nosotros, porque Cristo testifica que *el Padre lo ama*, como Cabeza de la Iglesia. Y esto es muy necesario para nosotros; porque el que sin mediador pregunta cómo es *amado* por Dios, lo envuelve en un laberinto, del que no encontrará la entrada ni el medio para salir. Por tanto, debemos poner los ojos en Cristo, en quien se encontrará el testimonio y la prenda del amor de Dios; porque el amor de Dios fue plenamente derramado sobre él, para que de él fluyera hasta sus miembros. Se distingue por este título, que es *el Hijo amado*, en quien la voluntad del Padre está satisfecha (**Mateo 3:17**). Pero debemos observar el fin, que es que Dios nos acepte en él. Así pues, podemos contemplar en él, como en un espejo, el amor paternal de Dios hacia todos nosotros; porque no es *amado* separadamente, ni para su provecho particular, sino para unirnos a él al Padre.

Permaneced en mi amor. Algunos explican que esto significa que Cristo exige de sus discípulos amor mutuo; pero otros lo explican mejor, quienes entienden que significa el *amor* de Cristo hacia nosotros. Quiere decir que debemos disfrutar continuamente de ese amor con el que él una vez nos *amó* y, por tanto, que debemos tener cuidado de no privarnos de él; porque muchos rechazan la gracia que se les ofrece, y muchos desechan lo que alguna vez tuvieron en sus manos. Entonces, una vez que hemos sido recibidos en la gracia de Cristo, debemos cuidar de no caer de ella por nuestra propia culpa.

La conclusión que algunos sacan de estas palabras es que no hay eficacia en la gracia de Dios. a menos que sea ayudado por nuestra firmeza, es frívolo. Porque no admito que el Espíritu no nos exija más de lo que está en nuestras manos, pero nos muestra lo que debemos hacer, para que, si nuestras fuerzas son deficientes, las busquemos de otra parte. De la misma manera, cuando Cristo nos exhorta, en este pasaje, a la perseverancia, debemos; No confiemos en nuestras propias fuerzas e industria, sino que debemos orar al que nos manda, para que nos confirme en su amor.

10. Si guardareis mis mandamientos. Nos señala el método de la perseverancia. suyo, seguir a donde él llame, porque, como dice Pablo,

Los que están en Cristo no andan según la carne, sino según el Espíritu (Romanos 8:1).

Porque estas dos cosas están continuamente unidas: la fe que percibe el amor inmerecido de Cristo hacia nosotros, y la buena conciencia y la novedad de vida. Y, en verdad, Cristo no reconcilia a los creyentes con el Padre, para que se entreguen a la maldad sin reservas y sin castigo; sino que, gobernándolos por su Espíritu, pueda mantenerlos bajo la autoridad y dominio de su Padre. De aquí se sigue que el amor de Cristo es rechazado por aquellos que no prueban, mediante verdadera obediencia, que son sus discípulos.

Si alguien objeta que, en ese caso, la seguridad de nuestra salvación depende de nosotros mismos, respondo que es incorrecto darle tal significado a las palabras de Cristo; porque la obediencia que le rinden los creyentes no es la causa por la que continúa su amor hacia nosotros, sino más bien el efecto de su amor. ¿Por qué responden a su llamado sino porque son guiados por el Espíritu de adopción de la gracia gratuita?

Pero nuevamente, se puede pensar que la condición que se nos impone es demasiado difícil, que debemos *guardar los mandamientos* de Cristo, que contienen la perfección absoluta de la justicia, una perfección que excede con creces nuestra capacidad, porque de aquí se sigue que De nada servirá el amor de Cristo, si no estamos dotados de pureza angelical. La respuesta es fácil; porque cuando Cristo habla del deseo de vivir una vida buena y santa, no excluye lo que es el artículo principal de su doctrina, es decir, aquello que alude a que la justicia es imputada libremente, a consecuencia de lo cual, mediante un perdón gratuito, nuestros deberes son aceptables para Dios, que en sí mismos merecían ser rechazados como imperfectos e impíos. Por lo tanto, se considera que los creyentes *guardan los mandamientos* de Cristo cuando les prestan ferviente atención, aunque estén muy lejos del objetivo al que apuntan; porque están librados de esa rigurosa sentencia de la ley,

Maldito el que no haya confirmado todas las palabras de esta ley para cumplirlas **(Deuteronomio 27:26).**

Así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre. Así como hemos sido elegidos en Cristo, así en él se nos exhibe de manera viva la imagen de nuestro llamamiento; y, por lo tanto, con justicia se nos presenta como un modelo, a cuya imitación todos los piadosos deben conformarse. “En mí”, dice, “se muestra claramente la semejanza de aquellas cosas que os pido; porque veis cuán sinceramente me dedico a la obediencia a *mi Padre*, y cómo persevero en este proceder. También *mi Padre* me ha amado, no por un momento ni por poco tiempo, sino que su amor hacia mí es constante”. Esta conformidad entre la Cabeza y

los miembros debe estar siempre puesta ante nuestros ojos, no sólo para que los creyentes se formen a ejemplo de Cristo, sino para que puedan tener la confianza de que su Espíritu cada día los formará de nuevo para ser cada vez mejor, para que puedan caminar hasta el fin en novedad de vida.

11. Estas cosas os he hablado. Agrega que su amor está lejos de ser desconocido para los piadosos, sino que es percibido por la fe, para que disfruten de bendita paz de conciencia; porque el *gozo* que menciona brota de esa paz con Dios que poseen todos los que han sido justificados por la gracia gratuita. Entonces, cuantas veces se predique el amor paternal de Dios hacia nosotros, sepamos que se nos ha dado terreno para el verdadero *gozo*, a fin de que, con la conciencia tranquila, podamos estar seguros de nuestra salvación.

Mi gozo y vuestro gozo. Se le llama *el gozo de Cristo* y *nuestro gozo* en varios aspectos. Es de *Cristo*, porque él nos lo da; porque él es tanto el Autor como la *Causa* de ello. Digo que él es la *Causa* de ello, porque fuimos liberados de la culpa, cuando

el castigo de nuestra paz fue sobre él (Isaías 53:5).

Le llamo también el Autor de ello, porque por su Espíritu aleja el temor y la ansiedad en nuestros corazones, y luego surge esa tranquila alegría. Se dice que es *nuestro* por otra razón; porque lo disfrutamos desde que nos ha sido dado. Ahora bien, dado que Cristo declara que *habló estas cosas para que los discípulos tuvieran gozo*, concluimos de estas palabras que todos los que han aprovechado debidamente este sermón tiene algo en qué pueden descansar.

Mi gozo esté en vosotros. Con la palabra *esté* quiere decir que no habla de un *gozo* fugaz o temporal, sino de un *gozo* que nunca falla ni pasa. Por tanto, aprendamos que debemos buscar en la doctrina de Cristo la seguridad de la salvación, que conserva su vigor tanto en la vida como en la muerte.

Y vuestro gozo sea cumplido. Agrega que este *gozo* será sólido y *cumplido*; no es que los creyentes estén completamente libres de toda tristeza, sino que el motivo de *gozo* será mucho mayor, de modo que ningún temor, ansiedad ni dolor los devorará; porque a aquellos a quienes se les ha dado la gloria en Cristo, ni la vida, ni la muerte, ni ninguna angustia, les impedirán desafiar la tristeza.

Juan 15:12-15

12 *Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado.*

13 *Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos.*

14 *Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando.*

15 *Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer.*

12. Este es mi mandamiento. Como es propio que regulemos nuestra vida según el *mandamiento* de Cristo, es necesario, ante todo, que entendamos qué es lo que él *quiere* o *manda*. Por tanto, ahora repite lo que había dicho antes, que es su voluntad, sobre todo, de que los creyentes cultiven entre sí el *amor mutuo*. Es cierto que el amor y la reverencia por Dios son lo primero en orden, pero como la verdadera prueba de ello es el *amor* hacia nuestro prójimo, él se centra principalmente en este punto. Además, así como antes se presentaba como un modelo para mantener la doctrina general, así ahora se presenta como un modelo en un caso particular; porque amó a todo su pueblo, para que se amen unos a otros. De la razón por la que no establece ninguna regla expresa en este pasaje sobre amar a los incrédulos, la hemos hablado en el capítulo anterior.

13. Nadie tiene mayor amor que este. Cristo a veces proclama la grandeza de su amor hacia nosotros, para confirmar más plenamente nuestra confianza en nuestra salvación; pero ahora va más allá para inflamarnos, con su ejemplo, a amar a los hermanos. Sin embargo, une ambos; porque quiere decir que debemos probar por fe cuán inestimablemente deliciosa es su bondad, y luego nos atrae, de esta manera, a cultivar el amor fraternal. Así, Pablo escribe: Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros en ofrenda y

sacrificio a Dios en olor fragante (Efesios 5:2).

Dios podría habernos redimido con una sola palabra, o con un simple acto de su voluntad, si no hubiera pensado que sería mejor hacer otra cosa para nuestro propio beneficio, para que, al no perdonar a su amado Hijo, pudiera testificar en su persona cuánto se preocupa por nuestra salvación. Pero ahora nuestros corazones, si no son ablandados por la inestimable dulzura del amor divino, deben ser más duros que la piedra o el hierro.

Pero se plantea una pregunta. ¿Cómo murió Cristo por los amigos, ya que *Éramos enemigos, antes de que él nos reconciliara (Romanos 5:10)*; porque, al expiar nuestros pecados mediante el sacrificio de su muerte, destruyó la enemistad que había entre Dios y nosotros? La respuesta a esta pregunta se encontrará en el tercer capítulo, donde dijimos

que, en referencia a nosotros, hay un estado de divergencia entre nosotros y Dios, hasta que nuestros pecados sean borrados por la muerte de Cristo; sino que la causa de esta gracia, que se ha manifestado en Cristo, fue de esta manera que Cristo dio su vida por aquellos que eran extraños, pero a quienes, aun cuando eran extraños, los amaba, de lo contrario no habría muerto por ellos.

14. Vosotros sois mis amigos. No quiere decir que obtengamos un honor tan grande por nuestro propio mérito, sino que solo les recuerda la condición bajo la cual nos recibe en favor y se digna contarnos entre sus amigos; como dijo un poco antes,

Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor (Juan 15:10).

Porque se ha manifestado la gracia de Dios nuestro Salvador, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este mundo sobria, justa y piadosamente (**Tito 2:11**).

Pero los hombres impíos, que, por perverso desprecio del Evangelio, sólo quieren oponerse a Cristo, renuncian a su amistad.

15. Ya no os llamaré siervos. Con otro argumento muestra su amor hacia los discípulos, que fue que les abrió completamente su mente, como se mantiene una comunicación familiar entre *amigos*. “Me he condescendido”, dice, “mucho más contigo de lo que un hombre mortal suele condescender con sus *servientes*. Por lo tanto, consideren esto como una promesa de mi amor hacia ustedes, el hecho de que les he explicado, de manera bondadosa y amistosa, los secretos de la sabiduría celestial que había oído del Padre”. De hecho, es una noble recomendación del Evangelio que tengamos el corazón de Cristo abierto (por así decirlo) en él, de modo que ya no podamos dudar de él ni percibirlo ligeramente. No tenemos ninguna razón para desear elevarnos por encima de las nubes o penetrar en las profundidades (**Romanos 10:6-7**) para obtener la certeza de nuestra salvación. Estemos satisfechos con este testimonio de su amor hacia nosotros que está contenido en el Evangelio, porque nunca nos engañará. Moisés dijo al pueblo antiguo:

¿Qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? (Deuteronomio 4:7).

Pero mucho mayor es la distinción que Dios nos ha conferido, ya que Dios se ha transmitido enteramente a nosotros en su Hijo. Tanto mayor es la ingratitud y la maldad de quienes, no satisfechos con la admirable sabiduría del Evangelio, vuelan con afán orgulloso hacia nuevas especulaciones.

Todas las cosas que oí de mi Padre. Es cierto que los discípulos no sabían todo lo que Cristo sabía, y de hecho era imposible que alcanzaran tan gran altura; y como la sabiduría de Dios es incomprensible, distribuyó a cada uno de ellos cierta medida de conocimiento, según lo juzgó necesario. ¿Por qué entonces dice que reveló *todas las cosas*? Respondo, esto se limita a la persona y cargo del Mediador. Él se coloca entre Dios y nosotros, habiendo recibido del santuario secreto de Dios aquellas cosas que debe entregarnos, como dice la frase, de mano en mano. Por lo tanto, ninguna de esas cosas que se relacionaban con nuestra salvación y que era importante para nosotros saber fue omitida por Cristo en las instrucciones dadas a sus discípulos. Así, en la medida en que fue designado Maestro de la Iglesia, no escuchó nada del Padre que no enseñara fielmente a sus discípulos. Tengamos sólo un humilde deseo y disposición para aprender, y sentiremos que Pablo justamente ha llamado al Evangelio *sabiduría para perfeccionar a los hombres* (**Colosenses 1:28**).

Juan 15:16-21

16 *No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé.*

17 *Esto os mando: Que os améis unos a otros.*

18 *Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros.*

19 *Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece.*

20 *Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra.*

21 *Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado.*

16. No me elegisteis vosotros a mí. Declara aún más claramente que no se debe atribuir a sus propios méritos, sino a su gracia, que hayan llegado a tan gran honor; porque cuando dice que *no fue elegido por ellos*, es como si hubiera dicho que todo lo que tienen no lo obtuvieron por su propia habilidad. Los hombres imaginan que se produce algún tipo de concurrencia entre la gracia de Dios y la voluntad del hombre; pero ese contraste, *no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros*, reclama, exclusivamente para Cristo lo que habitualmente se divide entre Cristo y el hombre; como si hubiera dicho que un hombre no se siente impulsado por su propia voluntad a buscar a Cristo, hasta que haya sido buscado por él.

Es cierto que el tema que ahora nos ocupa no es la *elección* ordinaria de los creyentes, por la cual son adoptados para ser hijos de Dios, sino esa *elección* especial, por la cual Él apartó a sus discípulos para el oficio de predicar el Evangelio. Pero si fue por don gratuito, y no por mérito propio, que fueron *elegidos* para el oficio apostólico, mucho más seguro es que la *elección*, por la cual, de ser hijos de ira y simiente maldita, pasamos a ser hijos de Dios, es de gracia gratuita. Además, en este pasaje Cristo magnifica su gracia, por la cual habían sido *elegidos* para ser Apóstoles, para unir a ella aquella *elección* anterior por la cual habían sido injertados en el cuerpo de la Iglesia; o, mejor dicho, incluye en estas palabras toda la dignidad y el honor que les había conferido. Sin embargo, reconozco que Cristo trata expresamente del apostolado; porque su diseño es estimular a los discípulos a ejecutar su oficio con diligencia y fidelidad.

Toma como base de su exhortación, el favor inmerecido que les había otorgado; porque cuanto mayor sean nuestras obligaciones para con el Señor, más serios debemos ser en el desempeño de los deberes que él exige de nosotros; de lo contrario nos será imposible

evitar la acusación de vil ingratitud. Por lo tanto, parece que no hay nada que deba encender más poderosamente en nosotros el deseo de una vida santa y religiosa, que cuando reconocemos que le debemos todo a Dios y que no tenemos nada que sea nuestro; que tanto el comienzo de nuestra salvación como todas las partes que se derivan de ella fluyen de su misericordia inmerecida. Además, cuán cierta es esta declaración de Cristo se puede percibir claramente por el hecho de que Cristo *eligió* para ser sus apóstoles a aquellos que podrían haber sido considerados los más inadecuados de todos para el cargo; aunque en su persona pretendía preservar un monumento perdurable de su gracia. Porque, como dice Pablo, **(1 Corintios 2:16)**, ¿quién entre los hombres será apto para desempeñar la embajada mediante la cual Dios reconcilia a la humanidad consigo mismo? O, mejor dicho, ¿qué mortal es capaz de representar la persona de Dios? Es sólo Cristo quien los hace aptos mediante su elección. Así, Pablo atribuye su *apostolado* a la *gracia* **(Romanos 1:5)** y nuevamente menciona que

me apartó desde el vientre de mi madre (Gálatas 1:15).

Es más, puesto que somos servidores totalmente inútiles, aquellos que parecen ser los más excelentes de todos no serán aptos para el oficio más pequeño hasta que hayan sido *elegidos*. Sin embargo, cuanto más alto sea el grado de honor al que alguien haya sido elevado, recuerde que tiene obligaciones más profundas para con Dios.

Yo os elegí a vosotros. La elección está oculta hasta que se hace pública, cuando un hombre recibe el cargo para el que había sido designado; como Pablo, en el pasaje que cité hace poco, donde dice que *había sido separado del vientre de su madre*, agrega, que fue hecho apóstol, porque tanto *agradó a Dios*. Sus palabras son:

Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, (Gálatas 1:15).

Así también el Señor testifica que *conoció* a Jeremías *antes de que estuviera en el vientre de su madre* **(Jeremías 1:5)**, aunque lo llama al oficio profético en el momento adecuado y señalado. Puede suceder, sin duda, que alguien debidamente calificado entre al oficio de enseñar; o más bien, suele suceder en la Iglesia que nadie es llamado hasta que esté investido y dotado de las cualidades necesarias. Que Cristo se declare Autor de ambos no es maravilloso; ya que sólo por él actúa Dios, y él actúa junto con el Padre. Así pues, tanto la elección como la ordenación pertenecen por igual a ambos.

Para que vayáis. Ahora señala el motivo por el que mencionó a su excelencia. Fue para que se aplicaran más seriamente al trabajo. El apostolado no era un lugar de honor sin

trabajo, pero tuvieron que luchar con dificultades muy grandes; y por eso Cristo los anima a no rehuir los trabajos, las molestias y los peligros. Este argumento se extrae del fin que deberían tener a la vista; pero Cristo razona a partir del efecto, cuando dice:

Y llevéis fruto; porque es difícilmente posible que alguien se dedique con seriedad y diligencia al trabajo, si no espera que el trabajo traerá alguna ventaja. Cristo, por tanto, declara que sus esfuerzos no serán inútiles ni infructuosos, siempre que estén dispuestos a obedecer y seguir cuando él los llame. Porque no sólo ordena a los apóstoles lo que implica y exige su vocación, sino que también les promete prosperidad y éxito, para que no sean fríos ni indiferentes. Difícilmente es posible decir cuán grande es el valor de este consuelo contra las numerosas tentaciones que a diario sobrevienen a los ministros de Cristo. Entonces, siempre que veamos que estamos perdiendo nuestros dolores, recordemos que Cristo, finalmente, evitará que nuestros esfuerzos sean vanos o improductivos; porque el principal cumplimiento de esta promesa es en el mismo momento en que no hay apariencia de *fruto*. Los burladores y aquellos a quienes el mundo considera sabios, ridiculizan nuestros intentos como tontos y nos dicen que es en vano que intentemos mezclar el cielo y la tierra; porque el *fruto* aún no corresponde a nuestros deseos. Pero como Cristo, por el contrario, ha prometido que el feliz resultado, aunque oculto por un tiempo, seguirá, trabajemos diligentemente en el cumplimiento de nuestro deber en medio de las burlas del mundo.

Y vuestro fruto permanezca. Surge ahora una pregunta, ¿por qué Cristo dice que este *fruto* será perpetuo? Como la doctrina del Evangelio obtiene almas para Cristo para la salvación eterna, muchos piensan que esto es la perpetuidad del *fruto*. Pero extendiendo la afirmación mucho más allá, en el sentido de que la Iglesia durará hasta el fin del mundo; porque la labor de los apóstoles da *frutos* incluso en el día de hoy, y nuestra predicación no es para una sola época, sino que ampliará la Iglesia, de modo que se vea brotar nuevos *frutos* después de nuestra muerte.

Cuando dice *vuestro fruto*, habla como si hubiera sido obtenido por su propia industria, aunque Pablo enseña que *los que plantan o riegan no son nada (1 Corintios 3:7)*. Y, de hecho, la formación de la Iglesia es Una obra de Dios tan excelente, que su gloria no debe atribuirse a los hombres. Pero a medida que el Señor muestra su poder por medio de los hombres, para que no trabajen en vano, suele transferirles incluso lo que le pertenece peculiarmente a él. Sin embargo, recordemos que, cuando tan amablemente elogia a sus discípulos, es para animarlos y no para envanecerlos.

Para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé. Esta cláusula no se añadió abruptamente, como muchos podrían suponer; porque, dado que el oficio de enseñar

excede con creces el poder de los hombres, se le añaden innumerables ataques de Satanás, que nunca podrían ser rechazados sino por el poder de Dios. Para que los apóstoles no se desanimen, Cristo los recibe con la ayuda más valiosa; como si hubiera dicho: “Si el trabajo que os ha sido asignado es tan grande que no podéis cumplir con los deberes de vuestro oficio, mi Padre no os desampará; porque os he nombrado ministros del Evangelio con la condición de que mi Padre tenga su mano extendida para ayudaros, siempre que le oréis, *en mi nombre*, para que os conceda ayuda”. Y, de hecho, que la mayor parte de los maestros languidezcan por indolencia o cedan por completo por la desesperación, no se debe más a que son lentos en el deber de la oración.

Esta promesa de Cristo, por tanto, nos incita a invocar a Dios; porque quien reconoce que el éxito de su obra depende sólo de Dios, le ofrecerá su trabajo con temor y temblor. Por otro lado, si alguien, confiando en su propia labor, ignora la ayuda de Dios, arrojará su lanza y su escudo cuando llegue al juicio, o estará muy ocupado, pero sin ninguna ventaja. Ahora bien, aquí debemos guardarnos de dos faltas, el orgullo y la desconfianza; porque, así como la ayuda de Dios es despreciada sin temor por aquellos que piensan que el asunto ya está en su propio poder, así muchos ceden a las dificultades, porque no consideran que luchan con el poder y la protección de Dios, bajo cuya bandera salir a la guerra.

17. Esto os mando. También se agregó apropiadamente esto, para que los Apóstoles supieran que el amor mutuo entre los ministros se exige por encima de todas las cosas, para que puedan emplearse, unánimes, en la edificación de la Iglesia de Dios; porque no hay mayor obstáculo que cuando todos trabajan por separado y cuando todos no dirigen sus esfuerzos al bien común. Entonces, si los ministros no mantienen relaciones fraternales entre sí, es posible que formen grandes grupos, pero que al final estarán desunidos y confusos; y, mientras tanto, no se construirá una Iglesia.

18. Si el mundo os aborrece. Después de haber armado a los Apóstoles para la batalla, Cristo los exhorta igualmente a la paciencia; porque el Evangelio no puede publicarse sin enfurecer instantáneamente al mundo. En consecuencia, nunca será posible que los maestros piadosos eviten el odio del mundo. Cristo les da información temprana sobre esto, para que no sean ejemplos de lo que suele sucederles a los reclutas novatos, quienes, por experiencia, son valientes antes de haber visto a sus enemigos, pero tiemblan tan pronto como comienza la batalla. Y Cristo no sólo previene a sus discípulos para que no les suceda nada nuevo e inesperado, sino que también los confirma con su ejemplo; porque no es razonable que Cristo sea *odiado por el mundo*, y que nosotros, que representamos su persona, tengamos de nuestro lado al mundo.

Sabed. He traducido el verbo γινώσκετε en modo indicativo, *sabed*; pero si alguien prefiere traducirlo en modo imperativo, *sepan que* no tengo ninguna objeción, porque no cambia el significado. Hay mayor dificultad en la frase que sigue inmediatamente, πρῶτον ὑμῶν, *antes de ti*; porque cuando dice que está delante de los discípulos, esto puede referirse al *tiempo* o al *rango*. La primera exposición ha sido recibida más generalmente, es decir, que Cristo *fue odiado por el mundo* antes de que los Apóstoles fueran *odiados*. Pero yo prefiero la segunda exposición, es decir, que Cristo, que está muy exaltado por encima de ellos, no estaba exento del odio del mundo y, por tanto, sus ministros no deberían rechazar la misma condición; porque la fraseología es la misma que hemos visto dos veces antes, en **Juan 1:27** y **30**, *El que viene después de mí es antes de mí*, (ὅτι πρῶτός μου ἦν,) *el cual es antes de mí; porque era primero que yo*.

19. Si fuerais del mundo. Este es otro consuelo: la razón por la que el mundo los odia es que han sido separados de él. Ahora bien, ésta es su verdadera felicidad y gloria, porque de esta manera han sido rescatados de la destrucción.

Yo os elegí del mundo. *Elegir* significa aquí *separar*. Ahora, si fueron *elegidos del mundo*, se sigue que eran parte *del mundo*, y que es sólo por la misericordia de Dios que se distinguen de los demás que perecen. Nuevamente, con el término *mundo*, Cristo describe, en este pasaje, a todos los que no han sido regenerados por el Espíritu de Dios; porque contrasta la Iglesia con *el mundo*, como veremos más detalladamente en el capítulo diecisiete. Y, sin embargo, esta doctrina no contradice la exhortación de Pablo,

Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres.
(Romanos 12:18);

porque la excepción que agrega equivale a decir que debemos ver lo que es correcto y apropiado para nosotros para que ningún hombre, al tratar de complacer *al mundo*, pueda entregarse a sus corrupciones.

Pero todavía hay otra objeción que se puede plantear; porque vemos que sucede comúnmente que los hombres malvados, que son *del mundo*, no sólo son *odiados*, sino también maldecidos por otros. En este sentido, ciertamente, *el mundo ama no lo que es suyo*. Respondo: los hombres terrenales, que se rigen por la percepción de su carne, nunca odian verdaderamente el pecado, sino sólo en la medida en que les afecta la consideración de su propia conveniencia o perjuicio. Y, sin embargo, la intención de Cristo no era negar que *el mundo* hace espuma y se enfurece en sí mismo por disputas internas. Sólo pretendía mostrar *que el mundo no odia nada* en los creyentes excepto lo que es de Dios. Y, por lo tanto, también, parece claramente cuán tontos son los sueños de los anabaptistas, quienes

concluyen, de este solo argumento, que son siervos de Dios, porque desagradan a la mayor parte de los hombres. Porque es fácil responder que muchos que son *del mundo* favorecen su doctrina, porque se deleitan ante la idea de tenerlo todo en vergonzosa confusión; mientras que muchos que están *fuera del mundo* lo odian, porque desean que el buen orden del estado permanezca intacto.

20. Acordaos de la palabra. También puede leerse en modo indicativo. *Recuerden la palabra*, y el significado no es muy diferente; pero creo que es más adecuado leerlo en modo imperativo, *Acordaos de la palabra*. Es una confirmación de lo que Cristo había dicho inmediatamente antes, cuando dijo que era odiado por el mundo, aunque era mucho más excelente que sus discípulos; porque no es razonable que la condición *del siervo* sea mejor que la de *su amo*. Habiendo hablado de personas, también menciona la doctrina.

Si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Nada da mayor inquietud a los piadosos que cuando ven la doctrina, que es de Dios, despreciada altivamente por los hombres; porque es verdaderamente impactante y espantoso, y verlo podría estremecer al corazón más valiente. Pero cuando recordamos, por otro lado, que se manifestó una resistencia no menos obstinada contra el mismo Hijo de Dios, no debemos sorprendernos de que la doctrina de Dios sea tan poco reverenciada entre los hombres. Cuando lo llama *Su doctrina* y *su doctrina*, se refiere al ministerio. Cristo es el único Maestro de la Iglesia; pero tenía la intención de que *Su doctrina*, de la cual había sido el primer Maestro, fuera predicada después por los apóstoles.

21. Mas todo esto os harán. Como la furia del mundo es monstruosa, cuando está tan enfurecido contra la doctrina de su propia salvación, Cristo le asigna la razón de ser, que la ignorancia ciega lo apresura hacia su propia destrucción; porque ningún hombre se involucraría deliberadamente en una batalla contra Dios. Es, por tanto, la ceguera y la ignorancia de Dios lo que apresura al mundo, de modo que no duda en hacer la guerra a Cristo. Debemos, pues, observar siempre la causa de esta conducta, y el verdadero consuelo no consiste más que en el testimonio de una buena conciencia. También debería despertar gratitud en nuestras mentes porque, mientras el mundo perece en su ceguera, Dios nos ha dado su luz. Sin embargo, debe entenderse que el odio a Cristo surge de la torpeza mental, cuando no se conoce a Dios; porque, como he dicho muchas veces, la incredulidad es ciega; no es que los malvados no entiendan ni sepan nada, sino porque todo el conocimiento que tienen se confunde y rápidamente se desvanece. Sobre este tema ya lo he tratado más extensamente en otra parte.

Juan 15:22-27

22 Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado.

23 El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece.

24 Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre.

25 Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron.

26 Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí.

27 Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio.

22. Si yo no hubiera venido. Había dicho que los judíos miraban el Evangelio con odio porque no conocían a Dios. Para que nadie piense que esto tendía a aliviar su culpa, añade, que es por malicia que están ciegos, como si uno cerrara los ojos para no verse obligado a ver la luz. De lo contrario, podría haberse presentado como objeción contra Cristo. “Si no conocen a tu Padre, ¿por qué no curas su ignorancia? ¿Por qué al menos no probaste si eran totalmente incapaces de ser enseñados o no? Él responde que ha cumplido con el deber de un Maestro bueno y fiel, pero sin éxito, porque su malicia no les permitiría adquirir sensatez. En la persona de esos hombres tenía la intención de infundir terror en todos los que rechazan la verdad de Dios, cuando se les ofrece, o luchan intencionalmente contra ella, cuando se la conoce. Y aunque les espera una terrible venganza, Cristo, en este pasaje, mira principalmente a sus propios discípulos para animarlos con la confianza y la bien fundada expectativa de la victoria, para que, en cualquier momento, no cedan a la malicia de los hombres malvados; porque cuando sepamos que tal será el resultado, es posible que ya triunfemos, como si estuviéramos en medio de la batalla.

Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado. Debe observarse que no habla de su venida, vista en sí misma, sino en relación con su doctrina, porque no habrían sido considerados culpables de un crimen tan grande por su sola presencia corporal, sino porque el desprecio de la doctrina los hacía completamente imperdonables.

No tendrían pecado. Se puede pensar que Cristo quiso decir con estas palabras que no hay otro pecado que la incredulidad; y hay algunos que así lo creen. Agustín habla más sobriamente, pero se acerca a esa opinión; porque, dado que la fe perdona y borra todos los pecados, dice, el único pecado que condena al hombre es la incredulidad. Esto es cierto, porque la incredulidad no sólo impide que los hombres sean liberados de la condenación de muerte, sino que es la fuente y causa de todos los males. Pero todo ese razonamiento es

inaplicable al presente pasaje; porque la palabra *pecado* no se toma en un sentido general, sino en relación con el tema que ahora se considera; como si Cristo hubiera dicho que su ignorancia es totalmente imperdonable, porque en su persona rechazaron maliciosamente a Dios; como si tuviéramos que declarar a una persona inocente, justa y pura, cuando simplemente deseábamos absolverla de un solo crimen del que había sido acusada. La absolución de ellos por parte de Cristo, por lo tanto, se limita a un tipo de *pecado*, porque les quita a los judíos toda pretensión de ignorancia en este *pecado*, de despreciar y odiar el Evangelio.

Pero todavía surge otra pregunta: “¿No fue suficiente la incredulidad para condenar a los hombres antes de la venida de Cristo?” Hay fanáticos que razonan de manera no concluyente a partir de este pasaje, que todos los que murieron antes de la venida de Cristo murieron sin fe y permanecieron en un estado de duda y suspenso hasta que Cristo se les manifestó; como si no hubiera muchos pasajes de la Escritura que atestiguan que su conciencia por sí sola era suficiente para condenarlos. La *muerte*, dice Pablo, *reinó en el mundo desde Adán hasta Moisés (Romanos 5:14)*. Y nuevamente declara que

los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán (Romanos 2:12).

¿Qué significa entonces Cristo? Sin duda, en estas palabras se admite que los judíos no tienen nada más que ofrecer para atenuar su culpa, ya que, a sabiendas y voluntariamente, rechazaron la vida que se les ofreció. Así, la excusa que les da no los libera de toda culpa, sino que sólo atenúa la atrocidad de su crimen, según aquel dicho: *El siervo que conoce la voluntad de su amo y la desprecia, ¿será severamente castigado?* Porque no era la intención de Cristo aquí prometer perdón a nadie, sino condenar a sus enemigos, que habían rechazado obstinadamente la gracia de Dios, para que fuera plenamente evidente que eran indignos de todo perdón y misericordia.

23. El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece. Este es un pasaje notable, que nos enseña que ningún hombre puede odiar la doctrina del Evangelio sin manifestar su impiedad contra Dios. Hay muchos, en verdad, que profesan palabras diferentes; porque, aunque aborrecen el Evangelio, todavía desean ser considerados muy buenos siervos de Dios; pero es falso, porque en su interior se esconde un desprecio de Dios. De esta manera Cristo descubre la hipocresía de muchos a la luz de su doctrina; y sobre este tema hemos hablado más ampliamente en ese pasaje,

Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz (Juan 3:20)

y bajo ese pasaje, *El que no honra al Hijo, no honra al Padre (Juan 5:23)*

24. Si yo no hubiese hecho entre ellos obras. Bajo la palabra *obras* incluye, en mi opinión, todas las pruebas que dio de su divina gloria; porque por milagros, y por el poder del Espíritu Santo, y por otras demostraciones, demostró claramente que era el Hijo de Dios, de modo que en él se veía claramente la majestad *del Hijo Unigénito*, como hemos visto en **Juan 1:14**. Se objeta comúnmente que no realizó más milagros ni mayores milagros que Moisés y los Profetas. La respuesta es bien conocida, que Cristo es más eminente en los milagros a este respecto, que no fue simplemente un ministro, como los demás, sino que fue estrictamente el Autor de ellos; porque empleó su propio nombre, su propia autoridad y su propio poder al realizar milagros. Pero, como he dicho, incluye en general todos los testimonios del poder celestial y espiritual mediante el cual se manifestó su Divinidad.

Han visto y han aborrecido. Concluye que sus enemigos no pueden escapar mediante ningún cambio al que puedan recurrir, ya que despreciaban su poder, que evidentemente era totalmente divino; porque Dios había manifestado abiertamente su Divinidad en el Hijo; y por tanto de nada les serviría decir que sólo tenían que ver con un hombre mortal. Este pasaje nos recuerda que debemos considerar atentamente las obras de Dios, en las que, haciendo uso de su poder, desea que le rindamos el honor que le corresponde. De ahí se sigue que todos los que oscurecen los dones de Dios, o los pasan por alto con desdén, son ingratos con Dios y maliciosos.

25. Pero esto es para que se cumpla la palabra. Lo que es contrario a la naturaleza parece increíble. Pero nada es más contrario a la razón que odiar a Dios; y, por eso, Cristo dice que tan grande era la malicia con que estaban envenenadas sus mentes, que *sin causa le odiaban*. Cristo cita un pasaje del **Salmo 35:19**, que, dice, ahora se *cumple*. No es que hiciera lo mismo. No le sucedió anteriormente a David, sino para reprender la obstinada malicia de la nación, que reinó perpetuamente de época en época, continuando de abuelos a nietos en sucesión ininterrumpida; como si hubiera dicho que no eran en ningún aspecto mejores que sus padres, que *odiaban* a David *sin causa*.

Que está escrito en su Ley. Con la palabra *Ley*, se refiere a los Salmos; porque toda la doctrina de los Profetas no era más que un apéndice de *la Ley*; y sabemos que el ministerio de Moisés duró hasta el tiempo de Cristo. La llama su *Ley*, no como expresión de respeto hacia ellos, sino para herirlos más profundamente con una designación que era bien conocida entre ellos; como si hubiera dicho: “Tienen una *Ley* que les ha sido transmitida por derecho hereditario, en la que ven su moral pintada para la vida”.

26. Pero cuando venga el Consolador. Después de haber explicado a los apóstoles que el Evangelio no debe ser menos valorado por ellos, porque tiene muchos adversarios, incluso

dentro de la misma Iglesia; Cristo ahora, en oposición a la furia malvada de aquellos hombres, produce el testimonio del Espíritu, y si sus conciencias descansan en este testimonio, nunca serán sacudidas; como si hubiera dicho: “Es cierto, el mundo se enfurecerá contra ti; unos se burlarán, y otros maldecirán vuestra doctrina; pero ninguno de sus ataques será tan violento como para hacer temblar la firmeza de vuestra fe, cuando se os haya dado *el Espíritu Santo* para estableceros por su testimonio”. Y, en efecto, cuando el mundo hace estragos por todos lados, nuestra única protección es que la verdad de Dios, escalada por el Espíritu Santo en nuestros corazones, desprecie y desafíe todo lo que hay en el mundo; porque si estuviera sujeta a las opiniones de los hombres, nuestra fe sería arrollada cien veces en un día.

Por tanto, debemos observar atentamente de qué manera debemos permanecer firmes entre tantas tormentas. Es porque

no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, (1 Corintios 2:12).

Este único testimonio ahuyenta, dispersa y derriba poderosamente todo lo que el mundo levanta para oscurecer o aplastar la verdad de Dios. Todos los que están dotados de este Espíritu están tan lejos de estar en peligro de caer en el abatimiento a causa del odio o el desprecio del mundo, que cada uno de ellos obtendrá una victoria gloriosa sobre el mundo entero. Sin embargo, debemos tener cuidado de confiar en la buena opinión de los hombres; porque mientras la fe se maravilla de esta manera, o más bien, tan pronto como haya salido del santuario de Dios, debe verse envuelta en una miserable incertidumbre. Por lo tanto, debe volverse al testimonio interno y secreto del Espíritu que, como saben los creyentes, les ha sido dado desde el cielo.

Se dice que el Espíritu da *testimonio de Cristo*, porque retiene y fija nuestra fe sólo en él, para que no busquemos en otra parte ninguna parte de nuestra salvación. Le llama también *Consolador*, para que, confiando en su protección, nunca nos alarmemos; porque con este título Cristo pretendía fortalecer nuestra fe, para que no ceda a ninguna tentación. Cuando lo llama *Espíritu de verdad*, debemos aplicar el término al asunto que nos ocupa; porque debemos presuponer un contraste en este sentido, que, cuando no tienen este Testimonio, los hombres son llevados de diversas maneras y no tienen un lugar de descanso firme, pero, dondequiera que habla, libera las mentes de los hombres de toda duda y miedo a ser engañados.

Cuando dice que *lo enviará del Padre*, y, nuevamente, que *procede del Padre*, lo hace para aumentar el peso de su autoridad; porque el testimonio *del Espíritu* no sería

suficiente contra ataques tan poderosos, y contra esfuerzos tan numerosos y feroces, si no estuviéramos convencidos de que *procede de Dios*. Entonces es Cristo quien envía el Espíritu, pero es de la gloria celestial, para que sepamos que no es un don de los hombres, sino una prenda segura de la gracia divina. De aquí se ve cuán vana fue la sutileza de los griegos cuando argumentaron, basándose en estas palabras, que el Espíritu no *procede* del Hijo; porque aquí Cristo, según su costumbre, menciona *al Padre* para elevar nuestros ojos a la contemplación de su Divinidad.

27. Y vosotros daréis testimonio también. Cristo quiere decir que el testimonio *del Espíritu* no será de tal naturaleza que los apóstoles lo tengan para su beneficio privado, o que sólo ellos lo disfruten, sino que por ellos será ampliamente difundido, porque serán órganos del Espíritu Santo, como en verdad, habló por boca de ellos. Ahora vemos de qué manera *la fe es por el oír (Romanos 10:17)* y, sin embargo, deriva su certeza del *sello y las arras del Espíritu (Efesios 1:13-14)*. Aquellos que no conocen lo suficiente la oscuridad. Los de la mente humana imaginan que la fe se forma naturalmente sólo con escuchar y predicar; y hay muchos fanáticos que desdeñan la predicación exterior y hablan en términos elevados de revelaciones e inspiraciones secretas (ἐνθουσιασμοῦς). Pero vemos cómo Cristo une estas dos cosas; y, por lo tanto, aunque no hay fe hasta que el Espíritu de Dios selle nuestras mentes y corazones, aun así, no debemos ir a buscar visiones u oráculos en las nubes; porque,

Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. (Romanos 10:8),

debe mantener todos nuestros sentidos atados y fijos en sí mismo, como dice bellamente Isaías:

Mi Espíritu que está sobre ti, y mis palabras que he puesto en tu boca, no se apartarán de tu boca, ni de la boca de tu descendencia, ni de la boca de la simiente de tu descendencia dice Jehová, desde ahora y para siempre, (Isaías 59:21).

Porque habéis estado conmigo desde el principio. Esta cláusula se agregó para informarnos que el mayor crédito se debe a los apóstoles por este motivo, que fueron testigos oculares de lo que relatan; como dice Juan, *lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida, lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos (1 Juan 1:1,3)*

porque así el Señor tenía la intención de proveer nuestro bienestar en todas las formas posibles, para que nada faltara para una plena confirmación del Evangelio.

Comentario al evangelio de Juan

Capítulo 16

Juan 16:1-7

1 *Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo.*

2 *Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios.*

3 *Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí.*

4 *Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho. Esto no os lo dije al principio, porque yo estaba con vosotros.*

5 *Pero ahora voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas?*

6 *Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón.*

7 *Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.*

1. Estas cosas os he hablado. Nuevamente afirma que ninguna *de las cosas que ha dicho* son superfluas; porque como les esperan guerras y contiendas, es necesario que se les proporcione de antemano las armas necesarias. Sin embargo, también quiere decir que, si meditan profundamente en esta doctrina, estarán completamente preparados para la resistencia. Recordemos que lo que entonces dijo a los discípulos también nos lo dice a nosotros. Y, primero, debemos entender que Cristo no envía a sus seguidores desarmados al campo de batalla y, por lo tanto, que, si algún hombre fracasa en esta guerra, la única culpa es de su propia indolencia. Y, sin embargo, no debemos esperar hasta que la lucha realmente comience, sino que debemos esforzarnos por familiarizarnos bien con estos discursos de Cristo y hacerlos familiares en nuestras mentes, para que podamos marchar al campo de batalla, como tan pronto como sea necesario; porque no debemos dudar de que la victoria está en nuestras manos, siempre y cuando esas amonestaciones de Cristo queden profundamente grabadas en nuestras mentes. Porque cuando dice *que no podéis ofenderos*, quiere decir que no hay peligro, que nada nos desvíe del camino correcto. Pero cuán pocos son los que aprenden esta doctrina de manera adecuada, se desprende claramente del hecho de que aquellos que piensan que la saben de memoria cuando están más allá del alcance del tiro de una flecha, tan pronto como se ven obligados a entrar en combate real, dan manera, como si fueran completamente ignorantes y nunca hubieran recibido ninguna instrucción. Acostumbrémonos, pues, a usar esta armadura de tal manera que nunca se nos caiga de las manos.

2. Os expulsarán de las sinagogas. No era una ofensa menor que perturbara sus mentes, que fueran desterrados como hombres malvados de la asamblea de los piadosos, o, al menos, de aquellos que se jactaban de ser el pueblo de Dios y se glorificaban con el título de *La Iglesia*; porque los creyentes están sujetos no sólo a persecuciones, sino también a ignominia y reproches, como nos dice Pablo (**1 Corintios 4:12, 18**). Pero Cristo les pide

que se mantengan firmes contra este ataque; porque, aunque sean *desterrados de las sinagogas*, aún permanecen dentro del reino de Dios. Su declaración equivale a esto: que no debemos desanimarnos por los juicios perversos de los hombres, sino que debemos soportar con valentía el reproche de la cruz de Cristo, satisfechos con esta única consideración: que nuestra causa, que los hombres condenan injusta y perversamente, es aprobado por Dios.

De aquí también inferimos que los ministros del Evangelio no sólo son maltratados por los enemigos declarados de la fe, sino que a veces también soportan los mayores reproches de aquellos que parecen pertenecer a la Iglesia, y que incluso son considerados sus pilares. Los escribas y sacerdotes que condenaron a los apóstoles se jactaban de haber sido designados por Dios para ser jueces de la Iglesia; y, en efecto, el gobierno ordinario de la Iglesia estaba en sus manos, y el oficio de juzgar era de Dios, y no de los hombres. Pero con su tiranía habían corrompido todo el orden que Dios había designado. La consecuencia fue que el poder que se les había dado para edificación no era más que una cruel opresión de los siervos de Dios; y la excomunión, que debería haber sido una medicina para purificar a la Iglesia, se volvió hacia un propósito opuesto: alejar de ella el temor de Dios.

Dado que los apóstoles lo sabían por experiencia en su propia época, no tenemos por qué alarmarnos mucho por las excomuniones del Papa, con las que truena contra nosotros a causa del testimonio del Evangelio; porque no debemos temer que nos hagan más daño que aquellas antiguas excomuniones que se hicieron contra los apóstoles. Es más, nada es más deseable que ser expulsado de esa asamblea de la que Cristo está desterrado. Sin embargo, observemos que, aunque el abuso de la excomunión fue tan grave, aun así no efectuó la destrucción de esa disciplina que Dios había designado en su Iglesia desde el principio; porque, aunque Satanás dedica sus mayores esfuerzos a corromper todas las ordenanzas de Dios, no debemos ceder ante él para quitar, a causa de la corrupción, lo que Dios ha designado para ser perpetuo. Por lo tanto, la excomunión, no menos que el bautismo y la Cena del Señor, deben ser devueltas, mediante la corrección de los abusos, a su uso puro y legítimo.

Y aun viene la hora. Cristo se detiene aún más en esta *ofensa*, que los enemigos del Evangelio reclaman tanta autoridad, que piensan que están ofreciendo sacrificios a Dios donde matan a los creyentes. Es bastante duro en sí mismo que personas inocentes sean cruelmente atormentadas, pero es mucho más doloroso y angustioso que esos ultrajes que los hombres malvados cometen contra los hijos de Dios sean considerados castigos que les corresponden justamente a causa de sus crímenes. Pero debemos estar tan seguros de la

protección de una buena conciencia como para soportar pacientemente ser oprimidos por un tiempo, hasta que Cristo aparezca del cielo para defender su causa y la nuestra.

Puede parecer extraño, sin embargo, que los enemigos de la verdad, aunque son conscientes de su propia maldad, no sólo se impongan a los hombres, sino que incluso en la presencia de Dios reclamen alabanza por su injusta crueldad. Respondo: los hipócritas, aunque su conciencia los acuse, siempre recurren a la adulación para engañarse a sí mismos. Son ambiciosos, crueles y orgullosos, pero cubren todos estos vicios con el manto del celo, para poder entregarse a ellos sin restricciones. A esto se suma lo que podría llamarse una embriaguez furiosa, después de haber probado la sangre de los mártires.

3. Y harán esto. No sin razón Cristo recuerda frecuentemente a los apóstoles esta consideración: que hay sólo una razón por la cual los incrédulos están tan enojados contra ellos. Lo es porque no conocen a Dios. Y, sin embargo, esto no se dice con el propósito de atenuar su culpa, sino para que los apóstoles puedan despreciar con valentía su furia ciega; porque sucede a menudo que la autoridad que poseen los malvados y el brillo que brilla en ellos sacuden las mentes modestas y piadosas. Pero Cristo, por otra parte, exhorta a sus seguidores a levantarse con santa magnanimidad, a despreciar a sus adversarios, que no se mueven más que por el error y la ceguera; porque este es nuestro muro de bronce, cuando estamos plenamente persuadidos de que Dios está de nuestro lado y que los que se oponen a nosotros carecen de razón. Nuevamente, estas palabras nos recuerdan qué grave mal es no conocer a Dios, ya que lleva incluso a aquellos que han asesinado a sus propios padres a esperar alabanza y aprobación por su maldad.

4. Para que cuando llegue la hora, os acordéis. Repite lo que ya había dicho, que esta no es una filosofía adecuada sólo para una temporada de ocio, sino que se adapta a la práctica y al uso, y que ahora discurre sobre estas cuestiones, que realmente pueden demostrar que no lo han hecho. sido enseñado en vano. Cuando dice, *para que lo recuerdes*, les ordena, primero, que guarden en sus mentes lo que han oído; en segundo lugar, recordarlas, cuando se les requiera ponerlas en práctica; y, por último, declara que no es de poca importancia el hecho de que pronuncie acontecimientos futuros.

Esto no os lo dije al principio. Como los apóstoles todavía eran débiles y tiernos, mientras Cristo conversaba con ellos en la carne, su Maestro singularmente bueno e indulgente los perdonó y no permitió que los presionaran más allá de lo que podían soportar. En ese momento, por lo tanto, no tenían gran necesidad de confirmación, mientras disfrutaban del ocio y la libertad de persecución; pero ahora les dice que deben cambiar su forma de vida, y como les espera una nueva condición, también los insta a prepararse para un conflicto.

5. Pero ahora voy al que me envió. Con un consuelo muy excelente les asegura el agravio que podrían sentir por su partida, y esto era muy necesario. Aquellos a quienes hasta entonces se les había permitido permanecer tranquilos, fueron llamados a duras y duras batallas en el futuro. ¿Qué habría sido entonces de ellos si no hubieran sabido que Cristo estaba en el cielo, como guardián de su salvación? Porque *ir al Padre* no es otra cosa que ser recibido en la gloria celestial, para poseer la suprema autoridad. Por lo tanto, se les ofrece esto como consuelo y remedio al agravio: que, aunque Cristo esté ausente de ellos en cuerpo, se sentará a la diestra del Padre para proteger a los creyentes con su poder.

Aquí Cristo reprende a los apóstoles por dos faltas; primero, que estaban demasiado apegados a la presencia visible de su carne; y, en segundo lugar, que, cuando les fue quitado esto, se sintieron agraviados y no alzaron sus ojos a una región más alta. A nosotros nos pasa lo mismo; porque siempre tenemos a Cristo atado por nuestros sentidos, y luego, si no se nos aparece según nuestro deseo, nos inventamos un motivo de desesperación.

Y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Puede parecer una acusación infundada contra los apóstoles, que *no preguntaron a dónde iba* su Maestro; porque anteriormente le habían preguntado sobre este tema con gran seriedad. Pero la respuesta es fácil. Cuando preguntaron, no se mostraron confiados, y éste era el deber principal que estaban obligados a cumplir. Por lo tanto, el significado es que, tan pronto como os enteréis de mi partida, os alarméis y no consideréis *adónde voy* ni con qué propósito me voy”.

7. Pero yo os digo la verdad. Para que ya no quieran tenerlo presente ante sus ojos, testifica que su ausencia será ventajosa y hace uso de una especie de juramento; porque somos carnales y, por consiguiente, nada es más difícil que arrancar de nuestra mente esta necia inclinación con la que intentamos hacer descender a Cristo del cielo hacia nosotros. Explica dónde está la ventaja, diciendo que el Espíritu Santo no les podría ser dado si no dejara el mundo. Pero mucho más ventajosa y mucho más deseable es la presencia de Cristo, por la cual se comunica a nosotros por la gracia y el poder de su Espíritu, que si estuviera presente ante nuestros ojos. Y aquí no debemos plantear la pregunta: "¿No podría Cristo haber atraído el Espíritu Santo mientras habitaba en la tierra?" Porque Cristo da por sentado todo lo que había sido decretado por el Padre y, de hecho, una vez que el Señor ha señalado lo que quiere que se haga, discutir sobre lo que es posible sería necio y pernicioso.

Juan 16:8-15

8 *Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.*

9 *De pecado, por cuanto no creen en mí;*

10 *de justicia, por cuanto voy al Padre y no me veréis más;*

11 *y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.*

12 *Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar.*

13 *Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber las cosas que habrán de venir.*

14 *Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber.*

15 *Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber.*

8. Y cuando él venga. Pasando por la diversidad de exposiciones que hemos recibido como consecuencia de la oscuridad del pasaje, sólo expondré lo que me parece estar de acuerdo con el verdadero significado de Cristo. Había prometido su *Espíritu* a los discípulos; y ahora alaba la excelencia del don por su efecto, porque este *Espíritu* no sólo los guiará, apoyará y protegerá en privado, sino que extenderá más ampliamente su poder y eficacia.

Convencerá al mundo; es decir, no permanecerá encerrado en ti, sino; su poder saldrá de ti para ser manifestado al mundo entero. Por lo tanto, les promete un *Espíritu*, que será el Juez del mundo, y por quien su predicación será tan poderosa y eficaz, que someterá a aquellos que antes se entregaban a un libertinaje ilimitado, y no estaban restringidos por ningún miedo o reverencia.

Debe observarse que en este pasaje Cristo no habla de revelaciones secretas, sino del poder del Espíritu, que aparece en la doctrina exterior del Evangelio y en la voz de los hombres. Porque, ¿cómo es posible que la voz que sale de la boca del hombre penetre en los corazones, eche raíces allí y finalmente dé fruto, transformando los corazones de piedra en corazones de carne y renovando a los hombres, sino porque el Espíritu de Cristo la vivifica? De lo contrario sería letra muerta y sonido inútil, como dice Pablo en ese hermoso pasaje, en el que se jacta de ser *ministro del Espíritu*, (**2 Corintios 3:6**), porque Dios obró poderosamente en su doctrina. Por lo tanto, el significado es que, aunque el Espíritu hubiera sido dado a los apóstoles, serían dotados de un poder celestial y divino, mediante el cual ejercerían jurisdicción sobre el mundo entero. Ahora bien, esto se atribuye al Espíritu más bien que a ellos mismos, porque no tendrán poder propio, sino que serán sólo ministros y órganos, y el Espíritu Santo será su director y gobernador.

Creo que bajo el término *mundo* se incluyen no sólo aquellos que se convertirían verdaderamente a Cristo, sino también los hipócritas y réprobos. Porque hay dos maneras

en que *el Espíritu convence* a los hombres mediante la predicación del Evangelio. Algunos se sienten conmovidos con toda seriedad, hasta el punto de inclinarse voluntariamente y asentir voluntariamente al *juicio* por el que son condenados. Otros, aunque están convencidos de su culpa y no pueden escapar, no se someten sinceramente a la autoridad y jurisdicción del Espíritu Santo, sino que, por el contrario, sometidos, gimen interiormente y, abrumados por la confusión, todavía no dejan de albergar obstinación en sus corazones.

Ahora percibimos de qué manera el Espíritu convencería *al mundo* por medio de los apóstoles. Fue, porque Dios reveló su *juicio* en el Evangelio, por el cual sus conciencias fueron golpeadas, y comenzaron a percibir sus males y la gracia de Dios. porque el verbo ἐλέγχειν aquí significa *convencer* o *condenar*; y, para entender este pasaje, no poca luz se obtendrá de las palabras del apóstol Pablo, cuando dice:

por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto (1 Corintios 14:24-25)

En ese pasaje, Pablo habla particularmente de un tipo de *convicción*, es decir; cuando el Señor trae a sus elegidos al arrepentimiento por el Evangelio; pero esto muestra claramente de qué manera *el Espíritu* de Dios, por el sonido de la voz humana, obliga a los hombres, que antes no estaban acostumbrados a su yugo, a reconocer y someterse a su autoridad.

Ahora surge una pregunta: ¿Con qué propósito dijo Cristo esto? Algunos piensan que señala la causa del odio que había mencionado; como si hubiera dicho que la razón por la que serán odiados por *el mundo* es que *el Espíritu*, por otro lado, solicitará fervientemente *al mundo* por medio de ellos. Pero más bien estoy de acuerdo con los que nos dicen que el designio de Cristo fue diferente, como dije brevemente al comienzo de la exposición de este versículo; porque era de gran importancia que los apóstoles supieran que el don *del Espíritu* que se les había prometido no tenía un valor común. Por lo tanto, describe su excelencia poco común, diciendo que Dios, de esta manera, erigirá su tribunal para *juzgar* al mundo entero.

9. De pecado. Ahora queda que veamos lo que es *convencer de pecado*. Cristo parece hacer de la incredulidad la única causa del *pecado*, y esto es torturado por los comentaristas de diversas maneras; pero, como ya he dicho, no pretendo detallar las opiniones que se han sostenido y adelantado. Primero, debe observarse que el *juicio del Espíritu* comienza con la demostración del *pecado*; porque el comienzo de la instrucción espiritual es que los hombres nacidos en *pecado* no tienen nada en ellos más que lo que lleva al *pecado*. Nuevamente, Cristo mencionó la *incredulidad*, para mostrar cuál es la naturaleza de los

hombres en sí misma, ya que la fe es el vínculo por el cual está unido a nosotros, hasta que creamos en él, estamos fuera de él y separados de él. El significado de estas palabras es como si hubiera dicho: "*Cuando venga el Espíritu*, producirá la plena convicción de que, aparte de mí, el *pecado* reina en *el mundo*"; y, por lo tanto, aquí se menciona la incredulidad, porque nos separa de Cristo, a consecuencia de lo cual no nos queda nada más que el pecado. En resumen, con estas palabras condena la corrupción y depravación de la naturaleza humana, para que no supongamos que una sola gota de integridad está en nosotros sin Cristo.

10. De justicia. Debemos atender a la sucesión de pasos que Cristo marca. Ahora dice que *el mundo* debe estar *convencido de justicia*; porque los hombres nunca tendrán hambre ni sed de justicia, sino que, por el contrario, rechazarán con desdén todo lo que se diga acerca de ella, si no han sido movidos por una convicción *de pecado*. En cuanto a los creyentes en particular, debemos comprender que no pueden hacer progresar en el Evangelio hasta que primero hayan sido humillados; y esto no puede suceder hasta que hayan reconocido sus pecados. Sin duda, el oficio peculiar de la Ley es convocar las conciencias al tribunal de Dios y golpearlas con terror; pero el Evangelio no puede predicarse de manera adecuada hasta que conduzca a los hombres del *pecado* a *la justicia* y de la muerte a la vida; y, por tanto, es necesario tomar prestada de la Ley esa primera cláusula de la que habló Cristo.

Por justicia debe entenderse aquí lo que se nos imparte por la gracia de Cristo. Cristo lo hace consistir en su ascensión al Padre, y no sin razón; porque, así como Pablo declara que *resucitó para nuestra justificación (Romanos 4:25)*, así ahora está sentado a la diestra del Padre de tal manera que ejerce toda la autoridad que le ha sido dada, y así *llena todas las cosas, (Efesios 4:10)*. En resumen, desde la gloria celestial llena el mundo con el dulce olor de su *justicia*. Ahora *el Espíritu* declara, por el Evangelio, que esta es la única manera en que somos considerados *justos*. Para la convicción del *pecado*, este es el segundo paso: que *el Espíritu convenza al mundo* de lo que es la verdadera *justicia*, es decir, que Cristo, por su ascensión al cielo, ha establecido el reino de la vida y ahora se sienta a la diestra del Padre, para confirmar la verdadera *justicia*.

11. De juicio. Aquellos que entienden la palabra (κρίσεως) *juicio* como *condenación*, tienen algún argumento de su lado; porque Cristo inmediatamente agrega que *el príncipe de este mundo ha sido juzgado*. Pero yo prefiero una opinión diferente, a saber, que, habiendo sido encendida la luz del Evangelio, *el Espíritu* manifiesta que el mundo ha sido llevado a un estado de buen orden por la victoria de Cristo, por la cual derrocó la autoridad de Satanás; como si hubiera dicho que esta es una verdadera restauración, por la cual todas las cosas se reforman, cuando solo Cristo posee el reino, habiendo sometido y triunfado

sobre Satanás. *El juicio*, por lo tanto, se contrasta con lo confuso y desordenado o, para expresarlo brevemente, es lo opuesto (τὸς ἀταξίας) de la *confusión* o, podríamos llamarlo *justicia*, un sentido que a menudo tiene en las Escrituras. Por lo tanto, el significado es que Satanás, mientras retiene el gobierno, confunde y perturba todas las cosas, de modo que hay una confusión indecorosa y vergonzosa en las obras de Dios; pero cuando Cristo lo despoja de su tiranía, entonces el mundo es restaurado y se ve que reina el buen orden. Así el *Espíritu convence al mundo del juicio*; es decir, habiendo vencido al príncipe de la maldad, Cristo restablece el orden de las cosas que antes estaban rotas y deterioradas.

12. Aun tengo muchas cosas que deciros. El discurso de Cristo no podía tener tanta influencia sobre sus discípulos como para evitar que su ignorancia los mantuviera aún perplejos sobre *muchas cosas*; y no sólo eso, sino que apenas obtuvieron una leve muestra de aquellas cosas que deberían haberles dado plena satisfacción, si no hubiera sido por la obstrucción que surge de la debilidad de la carne. Era, por tanto, imposible que la conciencia de su pobreza los oprimiera con miedo y ansiedad. Pero Cristo lo recibe con este consuelo: que, cuando hayan recibido el Espíritu, serán hombres nuevos y completamente diferentes de lo que eran antes.

Pero ahora no las podréis sobrellevar. Cuando dice que, si les dijera algo más, o algo más elevado, *no podrían sobrellevar*, su objetivo es animarlos con la esperanza de un mejor progreso, para que no pierdan el valor; porque la gracia que les iba a otorgar no debe estimarse por sus sentimientos actuales, ya que estaban a una gran distancia del cielo. En resumen, les pide que sean alegres y valientes, cualquiera que sea su debilidad actual. Pero como no había nada más que la doctrina en la que pudieran confiar, Cristo les recuerda que la había adaptado a su capacidad, pero para inducirlos a esperar que poco después obtendrían una instrucción más elevada y abundante; como si hubiera dicho: “Si lo que has oído de mí aún no es suficiente para confirmarte, ten paciencia un poco; porque dentro de poco, habiendo disfrutado de la enseñanza del Espíritu, no necesitaréis nada más; él eliminará toda la ignorancia que ahora queda en vosotros”.

Ahora surge una pregunta: ¿cuáles eran aquellas cosas que los apóstoles *aún no podían* aprender? Los papistas, con el propósito de presentar sus inventos como oráculos de Dios, abusan perversamente de este pasaje. “Cristo”, nos dicen, “prometió a los apóstoles nuevas revelaciones; y, por lo tanto, no debemos atenernos únicamente a las Escrituras, porque aquí él promete a sus seguidores algo más allá de las Escrituras”. En primer lugar, si optan por hablar con Agustín, la solución se obtendrá fácilmente. Sus palabras son: “Si Cristo guarda silencio, ¿quién de nosotros dirá que fue esto o aquello? O, si se atreve a decirlo, ¿cómo lo probará? ¿Quién es tan temerario e insolente, aunque diga

la verdad, como para afirmar, sin ningún testimonio divino, que esas son las cosas que el Señor en aquel momento no quiso decir? Pero tenemos una manera más segura de refutarlos, tomada de las propias palabras de Cristo, que siguen.

13. Pero cuando venga el Espíritu de verdad. *El Espíritu*, que Cristo prometió a los apóstoles, es declarado perfecto Maestro *de la verdad*. ¿Y por qué fue prometido, sino para que les entregaran de mano en mano la sabiduría que de él habían recibido? Se les dio *el Espíritu* y, bajo su guía y dirección, desempeñaron el cargo para el que habían sido designados.

Él os guiará a toda la verdad. Ese mismo *Espíritu* los había *guiado a toda la verdad*, cuando se comprometieron a escribir la sustancia de su doctrina. Quien imagina que hay que añadir algo a su doctrina, como si fuera imperfecta y a medio terminar, no sólo acusa a los apóstoles de deshonestidad, sino que blasfema contra *el Espíritu*, si la doctrina que pusieron por escrito hubiera procedido de simples aprendices o de personas imperfectamente enseñado, una adición a él no habría sido superflua; pero ahora que sus escritos pueden considerarse como registros perpetuos de esa revelación que les fue prometida y dada, no se les puede agregar nada sin causar un grave daño al Espíritu Santo.

Cuando llegan a determinar cuáles eran realmente esas cosas, los papistas actúan de manera muy ridícula, porque definen esos misterios, que *los apóstoles no pudieron soportar*, como ciertas tonterías infantiles, las cosas más absurdas y torpes que puedan imaginarse. ¿Era necesario que el Espíritu descendiera del cielo para que los apóstoles aprendieran qué ceremonia debían usarse al consagrar copas con sus altares, al bautizar las campanas de las iglesias, al bendecir el agua bendita y al celebrar la Misa? ¿De dónde, pues, obtienen su conocimiento los necios y los niños, que entienden todas estas cosas más a fondo? Nada es más evidente que los papistas se burlan de Dios, cuando pretenden que esas cosas vinieron del cielo, que se parecen tanto a los misterios de Ceres o Proserpina como están en desacuerdo con la pura sabiduría del Espíritu Santo.

Si no queremos ser ingratos con Dios, contentémonos con aquella doctrina de la que los escritos de los apóstoles los declaran autores, ya que en ella se nos da a conocer la perfección suprema de la sabiduría celestial, capacitada *a fin de que el hombre de Dios sea perfecto (2 Timoteo 3:17)*. Más allá de esto, no nos consideremos libres de ir; porque nuestra altura, anchura y profundidad consisten en conocer *el amor* de Dios, que se nos manifiesta en Cristo. Este conocimiento, como nos informa Pablo, *supera con creces todo aprendizaje (Efesios 3:18)* y cuando declara que

en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.
(Colosenses 2:3).

no inventa un Cristo desconocido, sino uno a quien con su predicación pintó para la vida, de modo que, como dice a los Gálatas,

fue presentado claramente entre vosotros como crucificado **(Gálatas 3:1).**

Pero para que no quede ninguna ambigüedad, el mismo Cristo explica después con sus propias palabras cuáles son aquellas cosas que los apóstoles *aún no podían sobrellevar*:

Os hará saber las cosas que habrán de venir. Algunos, de hecho, limitan esto al Espíritu de profecía; pero, en mi opinión, denota más bien la condición futura de su reino espiritual, tal como los apóstoles, poco después de su resurrección, la vieron, pero en ese momento eran completamente incapaces de comprender. Por lo tanto, no les promete profecías de cosas que sucederían después de su muerte, sino que sólo quiere decir que la naturaleza de su reino será muy diferente y su gloria mucho mayor de lo que sus mentes ahora son capaces de concebir. El apóstol Pablo, en la Epístola a los Efesios, desde el primer capítulo hasta el final del cuarto, explica los tesoros de esta sabiduría oculta, que los ángeles celestiales aprenden con asombro de la Iglesia; y por lo tanto no necesitamos ir a buscarlos a los archivos o depósitos del Papa.

Porque no hablará por su propia cuenta. Esta es una confirmación de la cláusula, *Él os guiará a toda la verdad*. Sabemos que Dios es la fuente de la *verdad*, y que fuera de Él no hay nada firme ni seguro; y, por tanto, para que los apóstoles puedan depositar con seguridad plena confianza en los oráculos del Espíritu, Cristo declara que serán oráculos divinos; como si hubiera dicho que todo lo que traerá el Espíritu Santo procede de Dios mismo. Y, sin embargo, estas palabras no quitan nada a la majestad del Espíritu, como si no fuera Dios, o como si fuera inferior al Padre, sino que se acomodan a la capacidad de nuestro entendimiento; porque la razón por la que se menciona expresamente su Divinidad es porque, a causa del velo que hay entre nosotros, no entendemos suficientemente con qué reverencia debemos recibir lo que el Espíritu nos revela. De la misma manera, en otros lugares se le llama las arras, por la cual Dios nos ratifica nuestra salvación, y el sello, por el cual nos sella su certeza **(Efesios 1:13, 14)**. En resumen, Cristo tenía la intención de enseñar que la doctrina del Espíritu no sería de este mundo, como si se produjera en el aire, sino que procedería de los lugares secretos del santuario celestial.

14. Él me glorificará. Cristo ahora les recuerda que el Espíritu no vendrá a erigir ningún nuevo reino, sino a confirmar la gloria que le ha sido dada por el Padre. Porque muchos

imaginan tontamente que Cristo enseñó sólo para dejar las primeras lecciones y luego enviar a los discípulos a una escuela superior. De esta manera hacen que el Evangelio no tenga mayor valor que la Ley, de la cual se dice que fue maestro de escuela de los pueblos antiguos (**Gálatas 3:24**).

A este error le sigue otro igualmente intolerable: que, habiéndose despedido de Cristo, como si su reinado hubiera terminado y ya no fuera nada, sustituyen en su lugar al Espíritu. De esta fuente han surgido los sacrilegios del papado y del mahometismo; porque, aunque esos dos anticristos difieren entre sí en muchos aspectos, aun así, coinciden en mantener un principio común; y es que en el Evangelio recibimos las primeras instrucciones para llevarnos a la fe correcta, pero que debemos buscar en otra parte la perfección de la doctrina, para que pueda completar el curso de nuestra educación. Si se cita la Escritura contra el Papa, él sostiene que no debemos limitarnos a ella, porque el Espíritu ha venido y nos ha elevado por encima de la Escritura con muchas adiciones. Mahoma afirma que, sin su Alcorán, los hombres siempre siguen siendo niños. Así, por una falsa pretensión del Espíritu, el mundo fue hechizado para apartarse de la simple pureza de Cristo; porque, tan pronto como el Espíritu se separa de la palabra de Cristo, se abre la puerta a toda clase de engaños e imposturas. En la época actual, muchos fanáticos han intentado un método similar de engaño. La doctrina escrita les pareció literal y, por lo tanto, optaron por idear una nueva teología que consistiría en revelaciones.

Ahora vemos que la información dada por Cristo, de que sería *glorificado* por el Espíritu que enviaría, está lejos de ser superflua; porque tenía la intención de informarnos que el oficio del Espíritu Santo no era más que establecer el reino de Cristo y mantener y confirmar para siempre todo lo que le fue dado por el Padre. ¿Por qué entonces habla de la enseñanza del Espíritu? No para retirarnos de la escuela de Cristo, sino para ratificar aquella palabra por la que se nos manda a escucharle, de lo contrario disminuiría la gloria de Cristo. Se añade la razón, dice Cristo,

Porque tomará de lo mío. Con estas palabras quiere decir que recibimos el Espíritu para que podamos disfrutar de las bendiciones de Cristo. ¿Para qué nos concede? Para que seamos lavados con la sangre de Cristo, para que su muerte borre el pecado en nosotros, para que nuestro viejo hombre sea crucificado (**Romanos 6:6**), para que su resurrección sea eficaz para formarnos nuevamente a la novedad. de la vida, (**Romanos 6:4**); y, en resumen, que podamos llegar a ser partícipes de sus beneficios. Por tanto, nada nos es dado por el Espíritu fuera de Cristo, sino que lo toma de Cristo para comunicárnoslo. Deberíamos adoptar el mismo punto de vista sobre su doctrina; porque él no nos ilumina para alejarnos en lo más mínimo de Cristo, sino para cumplir lo que dice Pablo, que Cristo

se nos hace *sabiduría* (**1 Corintios 1:30**) y también para mostrar esos tesoros que están *escondidos en Cristo* (**Colosenses 2:3**). En una palabra, el Espíritu nos enriquece nada más que con las riquezas de Cristo, para que pueda mostrar su gloria en todas las cosas.

15. Todo lo que tiene el Padre es mío. Como podría pensarse que Cristo quitó al Padre lo que reclamaba para sí, reconoce haber recibido del Padre todo lo que nos comunica por el Espíritu. Cuando dice que *todo lo que tiene el Padre es suyo*, habla en la persona del Mediador, *porque de su plenitud debemos tomar* (**Juan 1:16**). Él siempre tiene sus ojos puestos en nosotros, como hemos dicho. Vemos, por otra parte, cómo la mayor parte de los hombres se engañan a sí mismos; porque pasan por alto a Cristo y se desvían del camino para buscar a Dios por caminos tortuosos.

Otros comentaristas explican que estas palabras significan que todo lo que el Padre tiene pertenece igualmente al Hijo, porque él es el mismo Dios. Pero aquí no habla de su poder oculto e intrínseco, como se le llama, sino de ese oficio que ha sido designado para ejercer hacia nosotros. En resumen, habla de sus riquezas para invitarnos a disfrutarlas, y cuenta el Espíritu entre los dones que recibimos del padre por su mano.

Juan 16:16-20

16 *Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre.*

17 *Entonces se dijeron algunos de sus discípulos unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Todavía un poco y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; y, porque yo voy al Padre?*

18 *Decían, pues: ¿Qué quiere decir con: Todavía un poco? No entendemos lo que habla.*

19 *Jesús conoció que querían preguntarle, y les dijo: ¿Preguntáis entre vosotros acerca de esto que dije: Todavía un poco y no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis?*

20 *De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo.*

16. Todavía un poco, y no me veréis. Cristo había advertido muchas veces a los apóstoles de su partida, en parte para que pudieran soportarla con mayor valentía, en parte para que desearan más ardientemente la gracia del Espíritu, la cual no tenían gran deseo, mientras tuvieran a Cristo en cuerpo presente con ellos. Por tanto, debemos evitar cansarnos de leer lo que Cristo, no sin razón, repite con tanta frecuencia. Primero, dice que muy pronto les será arrebatado, para que, cuando sean privados de su presencia, en la que solo confiaban, puedan seguir firmes. Luego les promete lo que les compensará su ausencia, e incluso testifica que pronto les será restituido, después de haber sido removido, pero de otra manera, es decir, por la presencia del Espíritu Santo.

Y de nuevo un poco, y me veréis. Sin embargo, algunos explican esta segunda cláusula de manera diferente: Me veréis cuando resucite de entre los muertos, pero sólo por poco tiempo; porque muy pronto seré recibido en el cielo”. Pero no creo que las palabras tengan ese significado. Al contrario, mitiga y calma el dolor de su ausencia, con este consuelo de que no durará mucho; y así magnifica la gracia del Espíritu, por el cual estará continuamente presente con ellos; como si hubiera prometido que, después de un breve intervalo, regresaría y que no estarían privados de su presencia por mucho tiempo.

Tampoco debemos encontrar extraño cuando dice que es *visto*, cuando habita en los discípulos por el Espíritu; porque, aunque no se le *ve* con los ojos corporales, su presencia se conoce por la indudable experiencia de la fe. Lo que Pablo nos enseña es ciertamente cierto: que los creyentes,

Sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor porque por fe andamos, no por vista (2 Corintios 5:6-7).

Pero es igualmente cierto que, mientras tanto, pueden con justicia gloriarse de tener a Cristo habitando en ellos por la fe, de estar unidos a él como miembros de la Cabeza, de poseer el cielo junto con él por la esperanza. Así, la gracia del Espíritu es un espejo en el que Cristo quiere ser visto por nosotros, según las palabras de Pablo:

a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es (2 Corintios 5:16-17).

Porque yo voy al Padre. Algunos explican estas palabras en el sentido de que Cristo ya no será visto por los discípulos, porque él estará en el cielo y ellos en la tierra. Por mi parte, prefiero remitirlo a la cláusula segunda, *Pronto me verás*; porque mi muerte no es una destrucción para separarme de vosotros, sino un paso a la gloria celestial, desde la cual mi poder divino se difundirá incluso hasta vosotros”. Por lo tanto, en mi opinión, tenía la intención de enseñar cuál sería su condición después de su muerte, para que pudieran estar satisfechos con su presencia espiritual y no pensarán que sería una pérdida para ellos que ya no habitara con ellos como un hombre mortal.

19. Jesús conoció que querían preguntarle. Aunque a veces el Señor parece hablar a los sordos, finalmente cura la ignorancia de sus discípulos, para que su instrucción no sea inútil. Nuestro deber es procurar que nuestra lentitud de aprensión no vaya acompañada de orgullo ni de indolencia, sino que, al contrario, nos mostremos humildes y deseosos de aprender.

20. Lloraréis y lamentaréis. Muestra por qué predijo que su partida estaba próxima y, al mismo tiempo, añadió una promesa sobre su pronto regreso. Fue para que pudieran comprender mejor que la ayuda del Espíritu era muy necesaria. “Os espera una tentación dura y severa”, dice él, “; porque cuando la muerte *me quite de* vosotros, el mundo proclamará sus triunfos sobre vosotros. Sentirás la angustia más profunda. El mundo se declarará feliz y tú miserable. Por tanto, he resuelto proporcionaros las armas necesarias para esta guerra. Describe el intervalo que transcurrió entre su muerte y el día en que fue enviado el Espíritu Santo; porque en ese momento su fe, por así decirlo, yacía postrada y agotada.

Vuestra tristeza se convertirá en gozo. Se refiere al *gozo* que sintieron después de haber recibido el Espíritu; no es que después estuvieran libres de todo *dolor*, sino que todo el dolor que soportarían fue absorbido por el *gozo espiritual*. Sabemos que los apóstoles, mientras vivieron, sostuvieron una guerra severa, que soportaron viles reproches, que tenían muchos motivos para *llorar y lamentarse*; pero, renovados por el Espíritu, habían dejado a un lado su antigua conciencia de debilidad, de modo que, con elevado heroísmo,

pisotearon noblemente todos los males que padecieron. Aquí entonces hay una comparación entre su debilidad actual y el poder del Espíritu, que pronto les sería dado; porque, aunque estuvieron casi abrumados por un tiempo, después no sólo lucharon valientemente, sino que obtuvieron un triunfo glorioso en medio de sus luchas. Sin embargo, también debe observarse que señala no sólo el intervalo que transcurrió entre la resurrección de Cristo y la muerte de los apóstoles, sino también el período que siguió después; como si Cristo hubiera dicho: “Estarás postrado, por así decirlo, por un corto tiempo; pero cuando el Espíritu Santo os haya resucitado, entonces comenzará un nuevo gozo, que irá aumentando, hasta que, habiendo sido recibidos en la gloria celestial, tendréis un gozo *perfecto*”.

Juan 16:21-24

21 *La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo.*

22 *También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo.*

23 *En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará.*

24 *Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.*

21. Una mujer, cuando está de parto. Emplea una comparación para confirmar la afirmación que acababa de hacer, o, mejor dicho, expresa su significado más claramente, que no sólo *su dolor se convertirá en gozo*, sino que también contiene en sí mismo la base y la ocasión de *gozo*. Con frecuencia sucede que, cuando la adversidad ha sido seguida por la prosperidad, los hombres olvidan su dolor anterior y se entregan sin reservas al *gozo*, y, sin embargo, el dolor que vino antes no es la causa del *gozo*. Pero Cristo quiere decir que el *dolor* que experimentarán, por causa del Evangelio será provechoso. De hecho, el resultado de todas las penas no puede ser más que desfavorable, a menos que sean bendecidos en Cristo. Pero como la cruz de Cristo siempre contiene en sí misma la victoria, Cristo compara con justicia el dolor que surge de ella con *el dolor de una mujer en trabajo de parto*, que recibe su recompensa cuando la madre se alegra por el nacimiento del niño. La comparación no se aplicaría si el *dolor* no produjera *gozo* en los miembros de Cristo, cuando se vuelven partícipes de sus sufrimientos, así como el parto en la mujer es la causa del nacimiento. También debe aplicarse a este respecto la comparación de que, aunque *el dolor de la mujer* es muy severo, pronto pasa. Por lo tanto, no fue poco consuelo para los apóstoles saber que su *dolor* no duraría mucho.

Ahora deberíamos apropiarnos del uso de esta doctrina. Habiendo sido regenerados por el Espíritu de Cristo, debemos sentir en nosotros mismos un gozo tal que elimine todo sentimiento de nuestras angustias. Debemos, digo, parecernos a las *mujeres de parto*, en quienes la mera visión del *niño nacido* produce tal impresión que su dolor ya no les produce dolor. Pero como no hemos recibido más que las primicias, y éstas en muy pequeña medida, apenas saboreamos unas gotas de esa alegría espiritual, para calmar nuestro dolor y aliviar su amargura. Y, sin embargo, esa pequeña porción muestra claramente que aquellos que contemplan a Cristo por la fe están tan lejos de verse abrumados por el dolor en algún momento, que, en medio de sus sufrimientos más pesados, se regocijan con un gozo sumamente grande.

Pero como es una obligación impuesta a todas las criaturas a *gemir hasta el último día de la redención*, (**Romanos 8:22-23**)

sepamos que nosotros también debemos *gemir*, hasta que, habiendo sido liberados de las incesantes aflicciones de la vida presente, obtengamos una visión plena del fruto de nuestra fe. Para resumir todo en pocas palabras, los creyentes son como *mujeres de parto*, porque, habiendo nacido de nuevo en Cristo, aún no han entrado en el reino celestial de Dios y en una vida bienaventurada; y son como mujeres embarazadas que están de parto, porque, estando todavía cautivas en la prisión de la carne, anhelan ese estado bienaventurado que se esconde bajo la esperanza.

22. Pero os volveré a ver. Cuando dice que *verá* a sus discípulos, quiere decir que los visitará nuevamente por la gracia de su Espíritu, para que puedan disfrutar continuamente de su presencia.

Nadie os quitará vuestro gozo. El valor del *gozo* aumenta enormemente por su perpetuidad; porque de ello se sigue que las aflicciones son leves y deben soportarse con paciencia, porque son de corta duración. Con estas palabras, Cristo nos recuerda cuál es la naturaleza del verdadero *gozo*. Inevitablemente, el mundo pronto será privado de su *gozo*, que sólo busca en las cosas que se desvanecen; y, por tanto, debemos llegar a la resurrección de Cristo, en la que hay eterna solidez.

23. En aquel día no me preguntaréis nada. Después de haber prometido a los discípulos que obtendrían *gozo* de su firmeza y coraje inquebrantables, ahora habla de otra gracia del Espíritu que les sería dada, que recibirían una luz de entendimiento tan grande que los elevaría a lo alto a los misterios celestiales. En aquel momento eran tan lentos que la menor dificultad de cualquier tipo les hacía vacilar; porque, así como los niños que están aprendiendo el alfabeto no pueden leer un solo versículo sin detenerse frecuentemente, así casi cada palabra de Cristo les ofendía en alguna forma, y esto obstaculizaba su progreso. Pero poco después, iluminados por el Espíritu Santo, ya no tuvieron nada que les impidiera conocer familiarmente la sabiduría de Dios, para avanzar en medio de los misterios de Dios sin tropezar.

Es cierto que los apóstoles no dejaron de pedir por boca de Cristo, incluso cuando habían sido elevados al más alto grado de sabiduría, pero esto es sólo una comparación entre las dos condiciones; como si Cristo hubiera dicho que su ignorancia sería corregida, de modo que, en lugar de verse detenidos —como ahora— por los más pequeños obstáculos, penetrarían sin dificultad en los misterios más profundos. Tal es la importancia de ese pasaje en Jeremías,

Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová (Jeremías 31:34).

Seguramente el profeta no quita ni deja de lado la instrucción, que debe estar en su estado más vigoroso en el reino de Cristo; pero afirma que, cuando todos sean enseñados por Dios, ya no quedará lugar para esta gran ignorancia que retiene las mentes de los hombres, hasta que Cristo, *el Sol de Justicia (Malaquías 4:2)*, los ilumine por los rayos de su Espíritu. Además, aunque los apóstoles se parecían mucho a niños, o, mejor dicho, más a troncos que a hombres, sabemos bien en qué se convirtieron de repente, después de haber disfrutado de la enseñanza del Espíritu Santo.

Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre. Muestra de dónde obtendrán esta nueva facultad. Es porque tendrán en su poder el obtener libremente de Dios, la fuente de la sabiduría, tanto como necesiten; como si hubiera dicho: “No debes temer que te priven del don de la comprensión; porque *mi Padre* estará preparado, con toda la abundancia de bendiciones, para enriqueceros abundantemente”. Además, con estas palabras les informa que el Espíritu no es prometido de tal manera que aquellos a quienes se lo promete esperen en él con pereza e inactividad, sino, al contrario, para que se dediquen diligentemente a buscar la gracia que se ofrece. En resumen, declara que en ese momento desempeñará el oficio de Mediador, para que *todo lo que le pidan* lo obtendrán del Padre en abundancia, y más allá de sus oraciones.

Pero aquí surge una pregunta difícil: ¿Fue ésta la primera vez que los hombres comenzaron a invocar a Dios *en el nombre* de Cristo? porque nunca Dios pudo reconciliarse con los hombres de otra manera que no sea por el Mediador. Cristo describe el tiempo futuro, cuando el Padre Celestial dará a los discípulos *todo lo que le pidan en su nombre*. Si este es un favor nuevo e inusual, parecería que podemos inferir de ello que, mientras Cristo habitó en la tierra, todavía no ejercía el cargo de Abogado, para que a través de él las oraciones de los creyentes fueran aceptables a Dios. Esto se expresa aún más claramente en lo que sigue inmediatamente.

24. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre. Es probable que los apóstoles guardaran la regla de oración establecida en la Ley. Ahora sabemos que los padres no acostumbraban orar sin Mediador; porque Dios los había entrenado, mediante tantos ejercicios, para tal forma de oración. Vieron al sumo sacerdote entrar en el lugar santo en nombre de todo el pueblo, y vieron ofrecer sacrificios todos los días, para que las oraciones de la Iglesia fueran aceptables delante de Dios. Por lo tanto, uno de los principios de la fe era que las oraciones ofrecidas a Dios, cuando no había un Mediador, eran imprudentes e

inútiles. Cristo ya había testificado claramente a sus discípulos que él era el Mediador, pero su conocimiento era tan oscuro que todavía no podían formular sus oraciones *en su nombre* de manera adecuada.

Tampoco es absurdo decir que oraron a Dios, con confianza en el Mediador, de acuerdo con el mandato de la Ley, y sin embargo no entendieron clara y completamente lo que eso significaba. El velo del templo aún estaba extendido, la majestad de Dios estaba oculta bajo la sombra de los querubines, el verdadero Sumo Sacerdote aún no había entrado en el santuario celestial para interceder por su pueblo, y aún no tenía consagrado el camino por su sangre. No debemos sorprendernos, por tanto, si no fue reconocido como Mediador tal como lo es, ahora que se nos aparece en el cielo ante el Padre, reconciliándolo con nosotros por su sacrificio, para que nosotros, hombres miserables, nos aventuremos a aparecer ante él con valentía; porque verdaderamente Cristo, después de haber completado la satisfacción por el pecado, fue recibido en el cielo y públicamente se mostró como Mediador.

Pero debemos prestar atención a la frecuente repetición de esta cláusula, que debemos orar *en el nombre de* Cristo. Esto nos enseña que es una perversa profanación del nombre de Dios, cuando alguien, dejando a Cristo fuera de la vista, se aventura a presentarse ante el tribunal de Dios. Y si esta convicción queda profundamente impresa en nuestra mente, de que Dios nos dará voluntaria y abundantemente todo lo que pidamos *en el nombre* de su Hijo, no iremos de aquí para allá para llamar en nuestra ayuda a varios abogados, sino que estaremos satisfechos con tener este único Abogado, que tan frecuentemente y tan amablemente nos ofrece sus labores en nuestro favor. Se dice que *oramos en el nombre* de Cristo cuando lo tomamos como nuestro Abogado, para reconciliarnos y hacernos encontrar favor con su Padre, aunque no mencionemos expresamente su nombre con nuestros labios.

Pedid y recibiréis. Esto se relaciona con el momento de su manifestación, que iba a tener lugar poco después. Tanto menos excusables son aquellos que, en la actualidad, oscurecen esta parte de la doctrina con las supuestas intercesiones de los santos. El pueblo, bajo el Antiguo Testamento, tenía que volver sus ojos al sumo sacerdote (que les fue dado como figura y sombra) y a los sacrificios de bestias, cada vez que deseaban orar. Por lo tanto, somos peores que ingratos si no mantenemos nuestros sentidos fijos en el verdadero Sumo Sacerdote, que se nos presenta como nuestro Propiciador, para que por él tengamos libre y fácil acceso al trono de la gloria de Dios. Añade, por último,

Para que vuestro gozo sea cumplido. Con esto quiere decir que no faltará nada que pueda contribuir a una perfecta abundancia de todas las bendiciones, al cumplimiento de nuestros

deseos y a una tranquila satisfacción, siempre que pidamos a Dios, *en su nombre*, todo lo que necesitamos.

Juan 16:25-28

25 *Estas cosas os he hablado en alegorías; la hora viene cuando ya no os hablaré por alegorías, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre.*

26 *En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros,*

27 *pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios.*

28 *Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre.*

25. Estas cosas os he hablado en alegorías. La intención de Cristo es dar valor a sus discípulos, para que, abrigando buenas esperanzas de progresar mejor, no piensen que la instrucción que ahora escuchan es inútil, aunque sea poco lo que comprendan; porque tal sospecha podría llevarlos a suponer que Cristo no deseaba ser comprendido y que deliberadamente los mantuvo en suspenso. Declara, por tanto, que pronto percibirán el fruto de esta doctrina que, por su oscuridad, podría producir disgusto en sus mentes. La palabra hebrea *משל* (*mashal*) a veces denota un *proverbio*; pero como los *proverbios* comúnmente contienen tropos y figuras, esta es la razón por la cual los hebreos dan el nombre de *משלים* (*meshalim*) a enigmas o dichos notables, que los griegos llaman (*ἀποφθέγματα*) *apotegmas*, que casi siempre tienen alguna ambigüedad u oscuridad. Por lo tanto, el significado es: “Pensáis que ahora os hablo en sentido figurado, y no en un lenguaje sencillo y directo; pero pronto os hablaré de manera más familiar, para que no os resulte nada desconcertante o difícil en mi doctrina”.

Ahora vemos lo que mencioné hace poco, que esto tiene como objetivo animar a los discípulos ofreciéndoles la expectativa de hacer mayores progresos, para que no rechacen la doctrina, porque aún no entienden lo que significa; porque, si no estamos animados por la esperanza de sacar provecho, el deseo de aprender debe, inevitablemente, enfriarse. El hecho, sin embargo, muestra claramente que Cristo no empleó términos intencionalmente oscuros, sino que se dirigió a sus discípulos en un estilo simple e incluso hogareño, pero su ignorancia era tal que colgaron de sus labios con asombro. Esa oscuridad, por tanto, no residía tanto en la doctrina como en su comprensión; y, de hecho, lo mismo nos sucede en la actualidad, porque no sin razón la palabra de Dios recibe este elogio de que es nuestra *luz* (**Salmo 119:105; 2 Pedro 1:19**), pero su brillo está tan oscurecido por nuestra oscuridad, que lo que escuchamos lo consideramos puras alegorías. Porque, como amenaza por el profeta, que será un bárbaro para los incrédulos y reprobados, como si tuviera una *lengua tartamuda*, (**Isaías 28:11**), y Pablo dice que

nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden, en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos (**2 Corintios 4:3-4**)

de modo que a los débiles e ignorantes comúnmente les parece algo tan confuso que no se puede entender. Porque, aunque su entendimiento no está completamente oscurecido, como el de los incrédulos, todavía están cubiertos, por así decirlo, de nubes. Así, Dios permite que nos quedemos estupefactos por un tiempo, para humillarnos por la convicción de nuestra propia pobreza; pero a aquellos a quienes ilumina con su Espíritu les hace progresar tanto que la palabra de Dios les resulta conocida y familiar. Éste es también el significado de la siguiente cláusula:

Pero la hora viene; es decir, pronto *llegará la hora en que ya no os hablaré* en lenguaje figurado. El Espíritu Santo, ciertamente, no enseñó a los apóstoles nada más que lo que habían oído de boca del mismo Cristo, pero, iluminando sus corazones, ahuyentó sus tinieblas, de modo que oyeron a Cristo hablar, por así decirlo, de una manera nueva y diferente, y así entendieron fácilmente su significado.

Sino que claramente os anunciaré acerca del Padre. Cuando dice que *les hablará del Padre*, nos recuerda que el diseño de su doctrina es conducirnos a Dios, en quien reside la verdadera felicidad. Pero queda otra pregunta: ¿Cómo dice, en otra parte, que

Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos (Mateo 13:11).

Porque aquí reconoce que les ha hablado en un lenguaje oscuro, pero allí establece una distinción entre ellos y el resto del pueblo, que *le habla al pueblo en parábolas (Mateo 13:13)*. La ignorancia de los apóstoles no era tan grande como para que no tuvieran, al menos, una ligera percepción de lo que su Maestro quería decir y, por lo tanto, no en vano los excluye del número de los ciegos. Ahora dice que sus discursos hasta ahora han sido alegóricos, en comparación con esa clara luz de comprensión que pronto les daría por la gracia de su Espíritu. Por lo tanto, ambas afirmaciones son ciertas: que los discípulos estaban muy por encima de aquellos que no tenían gusto por la palabra del Evangelio y, sin embargo, todavía eran como niños aprendiendo el alfabeto, en comparación con la nueva sabiduría que les fue otorgada por el Espíritu Santo.

26. En aquel día pediréis en mi nombre. Nuevamente repite la razón por la cual los tesoros celestiales debían ser abiertos tan generosamente. Lo es, porque *piden en el nombre de Cristo* todo lo que necesitan, y Dios no rechazará nada de lo que se pida *en el nombre de su Hijo*. Pero parece haber una contradicción en las palabras; porque Cristo inmediatamente agrega que le será innecesario orar al Padre. Ahora bien, ¿de qué sirve orar en su nombre, si no asume el oficio de Intercesor? En otro pasaje, Juan lo llama nuestro Abogado (**1 Juan 2:1**). Pablo también testifica que Cristo ahora intercede por nosotros

(**Romanos 8:34**), y lo mismo lo confirma el autor de la Epístola a los Hebreos, quien declara que Cristo vive siempre para interceder por nosotros (**Hebreos 7:25**). Respondo: Cristo no dice en absoluto, en este pasaje, que no será Intercesor, sino que solo quiere decir que *el Padre* estará favorablemente dispuesto hacia los discípulos, que, sin ninguna dificultad, les dará gratuitamente todo lo que le pidan. “*Mi Padre*”, dice, “os encontrará y, debido al gran amor que os tiene, se anticipará al Intercesor, que de otro modo hablaría en vuestro nombre”.

Además, cuando se dice que Cristo intercede ante *el Padre* por *nosotros*, no nos entreguemos a imaginaciones carnales sobre él, como si estuviera de rodillas ante *el Padre*, ofreciendo humilde súplica en nuestro nombre. Pero el valor de su sacrificio, por el cual una vez pacificó a Dios hacia nosotros, es siempre poderoso y eficaz; la sangre con la que expió nuestros pecados, la obediencia que rindió, es una intercesión continua por nosotros. Este es un pasaje notable, mediante el cual se nos enseña que tenemos el corazón del Padre Celestial, tan pronto como hemos puesto ante Él *el nombre* de su Hijo.

27. Porque me has amado. Estas palabras nos recuerdan que el único vínculo de nuestra unión con Dios es estar unidos a Cristo; y estamos unidos a él por una fe que no reina, pero que brota de un afecto sincero, que él describe con el nombre de *amor*; porque nadie cree puramente en Cristo si no lo abraza cordialmente y, por tanto, con esta palabra ha expresado bien el poder y la naturaleza de la fe. Pero si sólo cuando hemos amado a Cristo Dios comienza a amarnos, se sigue que el comienzo de la salvación proviene de nosotros mismos, porque hemos anticipado la gracia de Dios. Por el contrario, numerosos pasajes de la Escritura se oponen a esta afirmación. La promesa de Dios es: haré que me amen; y Juan dice: *No es que nosotros le hayamos amado primero* (**1 Juan 4:10**). Sería superfluo recopilar muchos pasajes; porque nada es más seguro que esta doctrina, que el Señor *llama las cosas que no son*, (**Romanos 4:17**), *resucita a los muertos*, (**Lucas 7:22**), se une a los que le eran *extraños*, (**Efesios 2: 12**), hace *corazones de carne* a partir de *corazones de piedra*, (**Ezequiel 36:26**), se manifiesta a *los que no lo buscan*, (**Isaías 65:1; Romanos 10:20**). Respondo: Dios ama a los hombres en secreto, antes de que sean llamados, si están entre los elegidos; porque ama a los suyos antes de que sean creados; pero, como aún no están reconciliados, con justicia se les considera *enemigos* de Dios, como habla Pablo.

Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (**Romanos 5:10**).

Sobre esta base se dice que somos *amados por Dios*, cuando *amamos a Cristo*; porque tenemos la prenda del amor paternal de Aquel de quien antes retrocedíamos como nuestro Juez ofendido.

28. Salí del Padre. Este modo de expresión llama nuestra atención sobre el poder divino que está en Cristo. Nuestra fe en él no sería estable si no percibiéramos su poder divino; porque su muerte y resurrección, los dos pilares de la fe, nos serían de poca utilidad si el poder celestial no estuviera conectado con ellos. Ahora entendemos de qué manera debemos amar a Cristo. Nuestro *amor* debe ser de tal naturaleza que nuestra fe contemple el propósito y el poder de Dios, por cuya mano se nos ofrece, porque no debemos recibir fríamente la declaración de que *salió de Dios*, sino que también debemos entender por qué razón y con qué propósito salió, es decir, para poder ser para nosotros

sabiduría, justificación, santificación y redención (1 Corintios 1:30).

Otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. En esta segunda cláusula nos señala que este poder es perpetuo, porque los discípulos podrían haber pensado que era una bendición temporal, que fue enviado al mundo para ser un Redentor. Por eso dijo que *regresa al Padre*, para que estén plenamente persuadidos de que ninguno de los bienes que trajo se pierden con su partida, porque desde su gloria celestial derrama sobre el mundo el poder y eficacia de su muerte y resurrección. Por eso *dejó el mundo* cuando, dejando a un lado nuestras debilidades, fue recibido en el cielo; pero su gracia para con nosotros sigue en toda su fuerza, porque está sentado a la diestra del Padre, para mover el cetro del mundo entero.

Juan 16:29-33

29 *Le dijeron sus discípulos: He aquí ahora hablas claramente, y ninguna alegoría dices.*

30 *Ahora entendemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte; por esto creemos que has salido de Dios.*

31 *Jesús les respondió: ¿Ahora creéis?*

32 *He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo.*

33 *Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.*

29. Le dijeron sus discípulos. Esto muestra cuán grande fue la eficacia de ese consuelo, porque de repente llevó a un estado de gran alegría aquellas mentes que antes estaban quebrantadas y abatidas. Y, sin embargo, es seguro que *los discípulos* aún no comprendieron plenamente el significado del discurso de Cristo; pero, aunque aún no eran capaces de hacerlo, el mero olor los refrescaba. Cuando exclaman que su Maestro *habla abiertamente* y sin figura alguna, su lenguaje es ciertamente extravagante y, sin embargo, expresan honestamente lo que sienten. Lo mismo cae dentro de nuestra propia experiencia en la actualidad; porque quien ha probado sólo un poco de la doctrina del Evangelio está más inflamado y siente mucha más energía en esa pequeña medida de fe que si hubiera conocido todos los escritos de Platón. No sólo eso, sino que los *camino*s que el Espíritu de Dios produce en los corazones de los piadosos son pruebas suficientes de que Dios obra de manera secreta más allá de su capacidad; porque de otra manera Pablo no los llamaría *gemidos indecibles* (**Romanos 8:26**).

Por lo tanto, debemos entender que los apóstoles eran conscientes de haber hecho algún progreso, de modo que podían decir con verdad que ahora no encontraban que las palabras de Cristo fueran del todo oscuras; pero que estaban engañados a este respecto, que pensaban que entendían más de lo que entendían. Ahora bien, la fuente de su error fue que no sabían cuál sería el don del Espíritu Santo. Por eso se entregan a la alegría antes de tiempo, como si alguien se creyera rico con una sola moneda de oro. Concluyen, por ciertas señales, que Cristo *salió de Dios*, y se glorían de ello, como si no fuera necesario nada más. Sin embargo, todavía estaban lejos de ese conocimiento, mientras no comprendieran lo que Cristo sería para ellos en el futuro.

31. ¿Ahora creéis? Como los discípulos estaban demasiado satisfechos consigo mismos, Cristo les recuerda que, recordando su debilidad, deberían limitarse a su propia pequeña capacidad. Ahora bien, nunca somos plenamente conscientes de lo que queremos y de nuestra gran distancia de la plenitud de la fe, hasta que llegamos a alguna prueba seria;

porque entonces el hecho muestra cuán débil era nuestra fe, que imaginábamos plena. Cristo llama la atención de los discípulos sobre este asunto y declara que pronto lo abandonarán; porque la persecución es una piedra de toque para probar la fe, y cuando su pequeñez se hace evidente, los que antes estaban hinchados de orgullo comienzan a temblar y a retroceder.

Por tanto, la pregunta formulada por Cristo es irónica; como si hubiera dicho: “¿Te jactas como si estuvieras lleno de fe? Pero se acerca el juicio que revelará vuestro vacío”. De esta manera debemos contener nuestra tonta confianza, cuando se complace tan libremente. Pero se podría pensar que los discípulos no tenían fe alguna o que se extinguió cuando abandonaron a Cristo y se dispersaron en todas direcciones. Respondo que, aunque su fe estaba debilitada y casi había cedido, todavía quedaba algo de lo que luego podrían brotar nuevas ramas.

32. Mas no estoy solo. Se agrega esta corrección para informarnos que, cuando Cristo es abandonado por los hombres, no pierde nada de su dignidad. Porque como su verdad y su gloria están fundadas en él mismo y no dependen de lo que el mundo cree, si sucede que es abandonado por el mundo entero, aun así, no se ve perjudicado en ningún grado, porque es Dios y no necesita cualquier ayuda de otro

Porque el Padre está conmigo. Cuando dice que *el Padre estará conmigo*, lo que quiere decir es que Dios estará de su lado, para que no tenga necesidad de pedir prestado nada a los hombres. Quien medite en esto de manera adecuada permanecerá firme, aunque el mundo entero sea sacudido y la rebelión de todos los hombres no derribe su fe; porque no rendimos a Dios el honor que le corresponde, si no estamos satisfechos con tener sólo a Dios.

33. Estas cosas os he hablado. Vuelve a repetir cuán necesarios son esos consuelos que les había dirigido; y lo prueba con este argumento, que les esperan numerosas angustias y *tribulaciones en el mundo*. Primero, debemos atender a esta advertencia de que todos los creyentes deben estar convencidos de que su vida está expuesta a muchas aflicciones, para que puedan estar dispuestos a tener paciencia. Por lo tanto, dado que *el mundo* es como un mar embravecido, la verdadera paz no se encontrará en ninguna parte sino en Cristo. A continuación, debemos prestar atención a la manera de disfrutar esa *paz*, que él describe en este pasaje. Dice que tendrán *paz* si progresan en esta doctrina. ¿Deseamos entonces tener nuestra mente tranquila y tranquila en medio de las aflicciones? Estemos atentos a este discurso de Cristo, que por sí solo nos dará *paz*.

Pero confiad. Así como nuestra lentitud debe ser corregida por diversas aflicciones, y como debemos ser despertados para buscar un remedio a nuestra angustia, así el Señor no quiere que nuestra mente se abata, sino que luchemos intensamente, lo cual es imposible si no estamos seguros del éxito; porque si debemos luchar, mientras no estamos seguros del resultado, todo nuestro celo se desvanecerá rápidamente. Por lo tanto, cuando Cristo nos llama a la contienda, nos arma con la confianza segura de la victoria, aunque aun así debemos esforzarnos mucho.

Yo he vencido al mundo. Como siempre hay en nosotros muchos motivos para temblar, él muestra que debemos estar seguros por esta razón, que él ha obtenido una *victoria* sobre *el mundo*, no para él individualmente, sino para nuestro bien. Así, aunque en nosotros mismos casi abrumados, si contemplamos esa gloria magnífica a la que ha sido exaltada nuestra Cabeza, podemos despreciar con valentía todos los males que se ciernen sobre nosotros. Por lo tanto, si deseamos ser cristianos, no debemos buscar la exención de la cruz, sino que debemos conformarnos con esta única consideración: que, luchando bajo la bandera de Cristo, estamos fuera de todo peligro, incluso en medio del combate. Bajo el término *Mundo*, Cristo incluye aquí todo lo que se opone a la salvación de los creyentes, y especialmente todas las corrupciones de las que Satanás abusa con el propósito de tendernos trampas.

Comentario al evangelio de Juan

Capítulo 17

Juan 17:1-5

1 *Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti;*

2 *como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste.*

3 *Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.*

4 *Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese.*

5 *Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.*

1. Estas cosas habló Jesús. Después de haber predicado a los discípulos acerca de llevar la cruz, el Señor les mostró aquellos consuelos, confiando en ello podrían perseverar. Habiendo prometido la venida del Espíritu, los elevó a una esperanza mejor y les habló del esplendor y la gloria de su reinado. Ahora lo más apropiado es que se dediquen a la oración; porque la doctrina no tiene poder, si no se le imparte eficacia desde arriba. Por lo tanto, ofrece un ejemplo a los maestros, para que no se ocupen sólo de sembrar la palabra, sino que, mezclando sus oraciones con ella, imploren la ayuda de Dios, para que su bendición haga fructífera su labor. En resumen, se podría decir que este pasaje del Señor Jesucristo es el sello de la doctrina anterior, tanto para que sea ratificado en sí mismo como para que obtenga pleno crédito ante los discípulos.

Y levantando los ojos al cielo. Esta circunstancia relatada por Juan, de que Cristo oró, *levantando los ojos al cielo*, fue una indicación de ardor y vehemencia poco comunes; porque con esta actitud Cristo testificó que, en los afectos de su mente, estaba más en el cielo que en la tierra, de modo que, dejando atrás a los hombres, se convirtió familiarmente con Dios. Miró hacia el *cielo*, no como si la presencia de Dios estuviera confinada al *cielo*, porque Él *también llena la tierra (Jeremías 23:24)*, sino porque es allí principalmente donde se muestra su majestad. Otra razón fue que, al mirar hacia el *cielo*, recordamos que la majestad de Dios está muy exaltada por encima de todas las criaturas. Es con la misma visión que se levantan las manos en oración; porque los hombres, siendo por naturaleza indolentes y lentos, y arrastrados hacia abajo por su disposición terrenal, necesitan tales emociones, o, mejor dicho, carruajes, para elevarlos al cielo.

Sin embargo, si realmente deseamos imitar a Cristo, debemos tener cuidado de que los gestos externos no expresen más de lo que está en nuestra mente, sino que el sentimiento interno dirija los ojos, las manos, la lengua y todo lo que nos rodea. De hecho, se nos dice que *el publicano*, con los ojos bajos, oró correctamente a Dios (**Lucas 18:13**), pero eso no es inconsistente con lo que ahora se ha dicho; porque, aunque estaba confundido y

humillado a causa de sus pecados, esta humillación no le impidió buscar el perdón con plena confianza. Pero era apropiado que Cristo orara de otra manera, porque no tenía nada de qué avergonzarse; y es cierto que el mismo David oró unas veces en una actitud, y otras en otra, según las circunstancias en las que se encontraba.

Padre, la hora ha llegado. Cristo pide que su reino sea glorificado, para que también él pueda adelantar la gloria del Padre. Dice que *la hora ha llegado* porque, aunque por milagros y por toda clase de acontecimientos sobrenaturales se había manifestado como Hijo de Dios, su reino espiritual aún estaba en oscuridad, pero poco después resplandeció con todo su esplendor. Si se objeta que nunca hubo nada menos glorioso que la muerte de Cristo, que entonces estaba cerca, respondo que en esa muerte contemplamos un triunfo magnífico que está oculto a los hombres malvados; porque allí percibimos que, habiendo sido hecha la expiación por los pecados, el mundo ha sido reconciliado con Dios, la maldición ha sido borrada y Satanás ha sido vencido.

También es el objeto de la oración de Cristo, que su muerte produzca, mediante el poder del Espíritu Celestial, el fruto que había sido decretado por el propósito eterno de Dios; porque dice que *la hora ha llegado*, no una hora determinada por la fantasía de los hombres, sino una hora que Dios había señalado. Y, sin embargo, la oración no es superflua, porque, si bien Cristo depende del beneplácito de Dios, sabe que debe desear que lo que Dios prometió ciertamente suceda. Es cierto que Dios hará todo lo que ha decretado, no sólo, aunque el mundo entero duerma, sino, aunque se oponga a él; pero es nuestro deber pedirle todo lo que ha prometido, porque el fin y el uso de las promesas es movernos a la oración.

Para que también tu Hijo te glorifique a ti. Quiere decir que existe una conexión mutua entre el avance de su gloria y la gloria de su Padre; ¿Por qué Cristo se manifiesta sino para conducirnos al Padre? De aquí se sigue que todo el honor que se otorga a Cristo está lejos de disminuir el honor del Padre, sino que lo confirma más. Siempre debemos recordar bajo qué carácter habla Cristo en este pasaje; porque no debemos mirar sólo a su Divinidad eterna, porque habla como Dios manifestado en carne, y según el oficio de Mediador.

2. Como le has dado. Nuevamente confirma la afirmación de que no pide nada más que lo que es agradable a la voluntad del Padre; ya que es una regla constante de oración no pedir más de lo que Dios otorgaría libremente; porque nada es más contrario a la razón que presentar ante la *presencia* de Dios lo que elijamos.

Potestad sobre toda carne. Significa la autoridad que le fue dada a Cristo, cuando el Padre lo nombró Rey y Cabeza; pero debemos observar el fin, que es, *dar vida eterna* a todo su

pueblo. Cristo recibe autoridad, no tanto para sí mismo como para nuestra salvación; y, por tanto, debemos someternos a Cristo, no sólo para obedecer a Dios, sino porque nada hay más hermoso que esa sujeción, ya que nos trae vida eterna.

A todos los que le diste. Cristo no dice que ha sido hecho Gobernador del mundo entero, para dar *vida* a todos sin distinción alguna; pero limita esta gracia a los que *le han sido dados*. ¿Pero cómo *le fueron dados*? Porque el Padre ha sometido a él a los réprobos. Respondo: sólo los elegidos pertenecen a su peculiar rebaño, que él se ha comprometido a cuidar como Pastor. Así pues, el reino de Cristo se extiende, sin duda, a todos los hombres; pero no trae salvación a nadie más que a los elegidos, que con obediencia voluntaria siguen la voz del Pastor; porque los demás se ven obligados por la violencia a obedecerle, hasta que al final los golpea por completo con su cetro de hierro.

3. Y esta es la vida eterna. Ahora describe la manera de otorgar la *vida*, es decir, cuando ilumina a los elegidos en el verdadero conocimiento de Dios; porque ahora no habla del disfrute de la *vida* que esperamos, sino sólo de la manera en que los hombres obtienen la *vida* y para que este versículo pueda entenderse plenamente, primero debemos saber que todos estamos en la muerte, hasta que estemos iluminados por Dios, que es el único que es *vida*. Donde él ha brillado, lo poseemos por la fe, y, por tanto, entramos también en posesión de la *vida*; y esta es la razón por la cual su *conocimiento* se llama verdadera y justamente salvador o traer salvación. Casi cada una de las palabras tiene su peso; porque aquí no se describe todo conocimiento, sino aquel que nos forma de nuevo a imagen de Dios de fe en fe, o más bien, que es lo mismo con la fe, por la cual, habiendo sido injertados en el cuerpo de Cristo, somos hechos partícipes de la adopción divina y herederos del cielo.

Que te conozcan a ti, y a Jesucristo, a quien has enviado. La razón por la que dice esto es que no hay otra manera de conocer a Dios sino en el rostro de *Jesucristo*, quien es su imagen luminosa y viva. En cuanto a poner al Padre en primer lugar, esto no se refiere al orden de la fe, como si nuestra mente, después de haber conocido a Dios, descendiera después a Cristo; pero el significado es que es por la intervención de un Mediador que se conoce a Dios.

El único Dios verdadero. Se añaden dos epítetos, *único* y *verdadero*; porque, en primer lugar, la fe debe distinguir a Dios de las vanas invenciones de los hombres, y abrazándolo con firme convicción, nunca debe cambiar ni vacilar; y, en segundo lugar, creyendo que no hay nada defectuoso o imperfecto en Dios, la fe debe estar satisfecha sólo con él. Algunos lo explican *para conocerte a ti, que eres el único Dios*; pero ésta es una mala interpretación. Por lo tanto, el significado es: *Para que puedan saber que sólo tú eres el Dios verdadero*.

Pero puede pensarse que Cristo niega para sí el derecho y título de la Divinidad. Si se respondiera que el nombre de Dios es tan aplicable a Cristo como al Padre, se podría plantear la misma pregunta sobre el Espíritu Santo; porque si sólo el Padre y el Hijo son Dios, el Espíritu Santo queda excluido de ese rango, que es tan absurdo como el primero. La respuesta es fácil, si prestamos atención a esa manera de hablar que Cristo emplea uniformemente en todo el Evangelio de Juan, que ya les he recordado a mis lectores con tanta frecuencia, que deben haberse acostumbrado bastante a ella. Cristo, apareciendo en forma de hombre, describe, bajo la persona del Padre, el poder, la esencia y la majestad de Dios. Entonces el Padre de Cristo es *el único Dios* verdadero; es decir, *él es el único Dios*, que antiguamente prometió un Redentor al mundo; pero en Cristo se encontrará la *unidad* y la *verdad* de Dios, porque Cristo fue humillado para elevarnos a lo alto. Cuando hemos llegado a este punto, entonces se manifiesta su Divina Majestad; entonces percibimos que él está totalmente en el Padre, y que el Padre está totalmente en él. En resumen, quien separa a Cristo de la Divinidad del Padre, no reconoce aún a Aquel que es *el único Dios verdadero*, sino que se inventa un dios extraño. Esta es la razón por la que se nos ordena *conocer a Dios y a Jesucristo, a quien él envió*, por quien, por así decirlo, con la mano extendida, nos invita a sí mismo.

En cuanto a la opinión de algunos de que sería injusto que los hombres perecieran únicamente por su ignorancia de Dios, surge de que no consideran que no hay fuente de *vida* sino sólo en Dios, y que todos los que están alejados de él, están privados de la *vida*. Ahora bien, si no podemos acercarnos a Dios sino por la fe, nos vemos obligados a concluir que la incredulidad nos mantiene en un estado de muerte. Si se objeta que personas por lo demás justas e inocentes son tratadas injustamente, si se las condena, la respuesta es obvia: no se encuentra nada correcto o sincero en los hombres mientras permanezcan en su estado natural. Ahora, Pablo nos informa eso

el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, (Colosenses 3:10).

Será importante para nosotros ahora reunir esos tres artículos de fe; primero, que el reino de Cristo trae *vida* y salvación; en segundo lugar, que no todos reciben *vida* de él, y no es el oficio de Cristo *dar vida* a todos, sino sólo a los elegidos a quienes el Padre ha encomendado a su protección; y, en tercer lugar, que esta vida consiste en la fe, y Cristo la concede a aquellos a quienes ilumina en la fe del Evangelio. De aquí inferimos que el don de la iluminación y de la sabiduría celestial no es común a todos, sino peculiar de los elegidos. Es indiscutiblemente cierto que el Evangelio se ofrece a todos, pero Cristo habla

aquí de esa manera secreta y eficaz de enseñar por la cual sólo los hijos de Dios son atraídos a la fe.

4. Yo te he glorificado. Su razón para decir esto es que Dios había sido dado a conocer al mundo tanto por la doctrina de Cristo como por sus milagros; y la *gloria* de Dios es, cuando sabemos lo que él es. Cuando agrega: *He acabado la obra que me diste que hiciera*, quiere decir que ha completado todo el curso de su llamamiento; porque llegó el momento completo en que debería ser recibido en la *gloria* celestial. No habla sólo del oficio de enseñar, sino que incluye también las otras partes de su ministerio; porque, aunque aún quedaba por cumplir la parte principal, es decir, el sacrificio de la muerte, mediante el cual debía quitar las iniquidades de todos nosotros, sin embargo, como la hora de su muerte ya estaba cerca, habla como si ya lo hubiera soportado. El importe de su petición, por tanto, es que el Padre le ponga en posesión del reino; ya que, habiendo cumplido su carrera, no le quedaba más que hacer, que mostrar, por el poder del Espíritu, el fruto y eficacia de todo lo que había hecho en la tierra por mandato de su Padre, según el dicho de Pablo,

tomando forma de siervo se humilló a sí mismo. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, (Filipenses 2:7-9).

5. Aquella gloria que tuve contigo. Él desea ser *glorificado con el Padre*, no para que el Padre lo *glorifique* en secreto, sin testigos, sino para que, habiendo sido recibido en el cielo, pueda dar una demostración magnífica de su grandeza y poder, *para que toda rodilla se doble ante él, (Filipenses 2:10)*. En consecuencia, esa frase en la cláusula anterior, *con el Padre*, se contrasta con la terrenal y la gloria que se desvanece, como Pablo describe la bendita inmortalidad de Cristo, cuando dice

Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; más en cuanto vive, para Dios vive. (Romanos 6:10).

Aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese. Ahora declara que no desea nada que no le pertenezca estrictamente, sino sólo aparecer en la carne, tal como era antes de la creación del mundo; o, para hablar más claramente, que la majestad divina, que siempre había poseído, ahora pueda ser mostrada ilustremente en la persona del Mediador y en la carne humana con la que estaba revestido. Este es un pasaje notable, que nos enseña que Cristo no es un Dios recién creado, o que ha existido sólo por un tiempo; porque si su *gloria* fue eterna, él también lo ha sido siempre. Además, aquí se manifiesta una distinción entre la persona de Cristo y la persona aquí expresada; de lo cual inferimos, que él no sólo es el Dios eterno, sino también que es el Verbo eterno de Dios, engendrado por el antes de todos los siglos.

Juan 17:6-11

6 *He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra.*

7 *Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti;*

8 *porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste.*

9 *Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son,*

10 *y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos.*

11 *Y ya no estoy en el mundo; mas estos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros.*

6. He manifestado tu nombre. Aquí Cristo comienza a orar al Padre por sus discípulos y, con el mismo calor de amor con el que inmediatamente sufriría la muerte por ellos, ahora suplica por su salvación. El primer argumento que emplea en su favor es que han abrazado la doctrina que convierte a los hombres en realidad en hijos de Dios. No hubo falta de fe o diligencia por parte de Cristo para llamar a todos los hombres a Dios, pero sólo entre los elegidos su labor fue provechosa y eficaz. Su predicación, que manifestaba el nombre de Dios, era común a todos, y nunca dejó de mantener su gloria incluso entre los obstinados. ¿Por qué entonces dice que sólo a un pequeño número de personas manifestó el nombre de su Padre, sino porque sólo los elegidos se benefician de la gracia del Espíritu, que enseña interiormente? Por lo tanto, infirmos que no todos a quienes se les exhibe la doctrina se les enseña verdadera y eficazmente, sino sólo aquellos cuyas mentes están iluminadas. Cristo atribuye la causa a la elección de Dios; porque no asigna otra diferencia como razón por la cual manifestó el nombre del Padre a unos, pasando por alto a otros, sino porque le fueron dados. De aquí se sigue que su fe surge de la predestinación exterior de Dios y que, por tanto, no se da indistintamente a todos, porque no todos pertenecen a Cristo.

Tuyos eran, y me los diste. Al añadir estas palabras señala, primero, la eternidad de la elección; y, en segundo lugar, la manera en que debemos considerarlo. Cristo declara que los elegidos siempre pertenecieron a Dios. Dios, por tanto, los distingue de los reprobados, no por la fe, ni por ningún mérito, sino por pura gracia; porque, aunque están completamente alejados de él, todavía los considera suyos en su propósito secreto. La certeza de esa elección por gracia consiste en que compromete a la tutela de su hijo a todos los que ha elegido, para que no perezcan; y este es el punto al que debemos volver la mirada, para que estemos plenamente seguros de que pertenecemos al rango de los hijos de Dios; porque la predestinación de Dios en sí misma está oculta, pero sólo en Cristo se nos manifiesta.

Y han guardado tu palabra. Este es el tercer paso; porque el primero es la elección por gracia gratuita, y el segundo es ese don por el cual entramos en la tutela de Cristo. Habiendo sido recibidos por Cristo, somos reunidos por la fe en el redil. La palabra de Dios fluye hacia los réprobos, pero echa raíces en los elegidos, y por eso se dice que la guardan.

7. Ahora han conocido. Aquí nuestro Señor expresa cuál es la parte principal de la fe, que consiste en creer en Cristo de tal manera, que la fe no se contenta con contemplar la carne, sino que percibe su poder divino. Porque cuando dice: Han conocido que todo lo que me has dado proviene de ti, quiere decir que los creyentes sienten que todo lo que poseen es celestial y divino. Y, en efecto, si no percibimos a Dios en Cristo, debemos permanecer continuamente en un estado de vacilación.

8. Y ellos las recibieron. Él expresa la manera de este conocimiento. Lo es porque han recibido la doctrina que él les enseñó. Pero para que nadie piense que su doctrina es humana o de origen terrenal, declara que Dios es el Autor de ella, cuando dice: Las palabras que me diste, yo les he dado. Habla según su costumbre ordinaria, en la persona del Mediador o siervo de Dios, cuando dice que no enseñó nada más que lo que había recibido del Padre; porque, como su propia condición era todavía mezquina mientras estaba en la carne, y como su divina majestad estaba oculta bajo la forma de siervo, bajo la persona del Padre simplemente significa Dios. Sin embargo, debemos mantenernos en la declaración que hizo Juan al comienzo de su Evangelio, que, en la medida en que Cristo era la Palabra eterna de Dios, siempre fue un solo Dios con el Padre. El significado, por tanto, es que Cristo fue un testigo fiel de Dios para los discípulos, de modo que su fe se basó exclusivamente en la verdad de Dios, ya que el Padre mismo habló en el Hijo. La recepción de la que habla surgió de haberles manifestado eficazmente el nombre de su Padre por el Espíritu Santo.

Y han conocido verdaderamente. Ahora repite en otras palabras lo que había mencionado anteriormente; porque que Cristo salió del Padre, y fue enviado por él, tiene el mismo significado que lo anterior, que todo lo que tiene proviene del Padre. El significado equivale a esto: que la fe debe poner sus ojos directamente en Cristo, sin embargo, sin formarse ningún concepto terrenal o mezquino de él, sino que debe ser llevado hacia arriba, a su poder divino, para creer firmemente que él tiene perfectamente en sí mismo a Dios, y todo lo que es de Dios.

Y han creído. Obsérvese, también, que en la cláusula anterior emplea el verbo saber y ahora emplea el verbo creer; porque así muestra que nada de lo que se refiere a Dios puede conocerse correctamente sino por la fe, pero que en la fe hay tal certeza que con justicia se llama conocimiento.

9. Ruego por ellos. Hasta ahora Cristo ha presentado lo que podría procurar a los discípulos el favor del Padre. Ahora forma la oración misma, en la que muestra que no pide nada más que lo que es agradable a la voluntad del Padre, porque suplica al Padre sólo por aquellos a quienes el Padre mismo ama voluntariamente. Declara abiertamente que no ora por el mundo, porque no tiene más preocupación que por su propio rebaño, que recibió de la mano del Padre. Pero podría pensarse que esto es absurdo; porque no se puede encontrar mejor regla de oración que seguir a Cristo como nuestro Guía y Maestro. Ahora, se nos ordena orar por todos (**1 Timoteo 2:8**) y después Cristo mismo oró indiscriminadamente por todos,

Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen (Lucas 23:34).

Respondo, las oraciones que ofrecemos por todos se limitan todavía a los elegidos de Dios. Debemos orar para que este hombre, y aquel hombre, y cada hombre, puedan ser salvos, y así incluir a toda la raza humana, porque todavía no podemos distinguir a los elegidos de los réprobos; y, sin embargo, mientras deseamos la venida del reino de Dios, también oramos para que Dios destruya a sus enemigos.

Sólo existe esta diferencia entre los dos casos, que oramos por la salvación de todos los que sabemos que han sido creados a imagen de Dios y que tienen la misma naturaleza que nosotros; y dejamos al juicio de Dios aquellos que él sabe que son reprobados. Pero en la oración que aquí se relata había alguna razón especial, que no debería presentarse como ejemplo; porque Cristo ahora no ora por el mero impulso de la fe y del amor hacia los hombres, sino que, entrando en el santuario celestial, pone ante sus ojos los juicios secretos del Padre, que nos están ocultos mientras caminamos por fe.

Además, aprendemos de estas palabras, que Dios elige del mundo a aquellos que él cree aptos para elegir como herederos de la vida, y que esta distinción no se hace según el mérito de los hombres, sino que depende de su mero beneplácito. Porque quienes piensan que la causa de la elección está en los hombres deben comenzar por la fe. Ahora bien, Cristo declara expresamente que *los que le son dados pertenecen al Padre*; y es cierto que se *dan* para creer, y que la fe brota de este acto de *dar*. Si el origen de la fe es este acto de dar, y si la elección le precede en orden y tiempo, ¿qué queda, sino que reconozcamos que aquellos a quienes Dios quiere salvar del mundo son elegidos por gracia gratuita? Ahora bien, dado que Cristo ora sólo por los elegidos, es necesario que creamos en la doctrina de la elección, si deseamos que él suplique al Padre por nuestra salvación. Un daño grave, por lo tanto, es infligido a los creyentes por aquellas personas que se esfuerzan por borrar el conocimiento de la elección de los corazones de los creyentes, porque los privan de la súplica e intercesión del Hijo de Dios. Estas palabras sirven también para exponer la torpeza de aquellos que, bajo el pretexto de la elección, se entregan a la indolencia, cuando

más bien deberían despertarnos a la sinceridad en la oración, como Cristo nos enseña con su ejemplo.

10. Y todo lo mío tuyo. El objetivo de la cláusula anterior es mostrar que el Padre seguramente lo escuchará. "No te suplico", dice él, "por nadie más que por aquellos que reconoces que son *tuyos*, porque no tengo nada separado de ti y, por lo tanto, no encontraré una negativa". En la segunda cláusula, y *lo tuyo mío*, muestra que tiene buenas razones para preocuparse por los elegidos; porque son *suyos* como consecuencia de ser de *su Padre*. Todas estas cosas se dicen para la confirmación de nuestra fe. No debemos buscar la salvación en ningún otro lugar que no sea en Cristo. Pero no estaremos satisfechos con tener a Cristo, si no sabemos que poseemos a Dios en él. Por lo tanto, debemos creer que existe tal unidad entre el Padre y el Hijo que hace imposible que tengan algo separado el uno del otro.

Y he sido glorificado en ellos. Esto está relacionado con la segunda cláusula del versículo, y *lo tuyo mío*; porque se deduce que es razonable que él, por su parte, promueva su salvación; y este es un excelente testimonio para confirmar nuestra fe, que Cristo nunca dejará de preocuparse por nuestra salvación, ya que *es glorificado en nosotros*.

11. Y ya no estoy en el mundo. Él asigna otra razón por la que ora tan fervientemente por los discípulos, a saber, porque muy pronto serán privados de su presencia corporal, bajo la cual habían reposado hasta ahora. Mientras vivió con ellos, los apreció, *como la gallina reúne a sus polluelos debajo de sus alas (Mateo 23:37)*.

Pero ahora que está a punto de partir, pide que el Padre los guarde con su protección. Y lo hace por cuenta de ellos; porque él proporciona un remedio para su temblor, para que puedan confiar en Dios mismo, a cuyas manos, por así decirlo, ahora los encomienda. Nos proporciona un consuelo no pequeño cuando aprendemos que el Hijo de Dios se vuelve mucho más serio acerca de la salvación de su pueblo, cuando los deja en cuanto a su presencia corporal; porque debemos concluir de ello que, mientras trabajamos en las dificultades del mundo, él mantiene sus ojos sobre nosotros para hacer descender, desde su gloria celestial, alivio de nuestras angustias.

Padre santo. Toda la oración está dirigida a este objetivo, que los discípulos no pierdan el valor, como si su condición empeorara por la ausencia corporal de su Maestro. Porque Cristo, habiendo sido designado por el Padre para ser su guardián por un tiempo, y habiendo cumplido ahora los deberes de ese oficio, los devuelve, por así decirlo, a las manos del Padre, para que en adelante puedan disfrutar de su protección. y puede ser sostenido por su poder. Por lo tanto, equivale a esto que, cuando los discípulos son privados

de la presencia corporal de Cristo, no sufren ninguna pérdida, porque Dios los recibe bajo su tutela, cuya eficacia nunca cesará.

Para que sean uno. Esto señala la forma en que se conservarán; porque aquellos a quienes el *Padre* Celestial ha decretado *guardar*, los reúne en una *santa* unidad de fe y del Espíritu. Pero como no basta con que los hombres estén de acuerdo de alguna manera, añade: *así como nosotros*. Entonces nuestra unidad será verdaderamente feliz, cuando lleve la imagen de Dios Padre y de Cristo, como la cera toma la forma del sello que está impreso en ella. Pero en qué manera el Padre y Jesucristo su Hijo *son uno*, lo explicaré poco después.

Juan 17:12-13

12 *Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera.*

13 *Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos.*

12. Cuando estaba con ellos en el mundo. Cristo dice que los ha guardado en el nombre de su Padre; porque se representa a sí mismo como sólo un siervo, que no hizo nada más que por el poder y bajo la protección de Dios. Quiere decir, por lo tanto, que sería muy irrazonable suponer que ahora perecerían, como si con su partida el poder de Dios se hubiera extinguido o muerto. Pero puede considerarse muy absurdo que Cristo entregue a Dios el oficio de guardarlos, como si, después de haber terminado el curso de su vida, dejara de ser el guardián de su pueblo. La respuesta es obvia. Aquí habla sólo de la tutela visible que terminó con la muerte de Cristo; porque, mientras vivió en la tierra, no necesitaba pedir prestado poder a otro para *conservar* a sus discípulos; pero todo esto se refiere a la persona del Mediador, que apareció, por un tiempo, bajo la forma de un siervo. Pero ahora invita a los discípulos, tan pronto como comiencen a verse privados de la ayuda exterior, que levanten la vista directamente hacia el cielo. De aquí inferimos que Cristo mantiene a los creyentes en la actualidad no menos que antes, pero de manera diferente, porque en él se muestra abiertamente la majestad divina.

A los que me diste. Nuevamente emplea el mismo argumento, que sería muy impropio que el Padre rechazara a aquellos a quienes su Hijo, por orden suya, ha *mantenido* hasta el final de su ministerio; como si hubiera dicho: “Lo que me encomendaste lo he ejecutado fielmente, y tuve cuidado de *que nada se perdiera* en mis manos; y cuando ahora recibas lo que me habías confiado, te corresponde a ti velar por que siga sano y salvo.

Sino el hijo de perdición. Se exceptúa a Judas, y no sin razón; porque, aunque no era uno de los elegidos y del verdadero rebaño de Dios, la dignidad de su cargo le daba la apariencia de ello; y, de hecho, nadie se habría formado una opinión diferente de él, mientras mantuviera ese exaltado rango. Probado según las reglas gramaticales, la excepción es incorrecta; pero si examinamos el asunto de cerca, era necesario que Cristo hablara así, acomodándose a la opinión ordinaria de los hombres. Pero, para que nadie piense que la elección eterna de Dios fue anulada por la condenación de Judas, añadió inmediatamente que era *el hijo de perdición*. Con estas palabras Cristo quiere decir que su ruina, que se produjo de repente ante los ojos de los hombres, había sido conocido por Dios mucho antes;

porque *el hijo de perdición*, según el modismo hebreo, denota un hombre arruinado o dedicado a la destrucción.

Para que la Escritura se cumpliera. Esto se relaciona con la cláusula anterior. Judas cayó *para que la Escritura se cumpliera*. Pero sería un argumento muy infundado, si alguien infiriera de esto que la rebelión de Judas debería atribuirse a Dios y no a él mismo; porque la predicción lo puso en una situación de necesidad. Porque no se debe atribuir el curso de los acontecimientos a las profecías, porque en ellas estaba predicho; y, de hecho, los profetas no amenazan más que con lo que habría sucedido, aunque no hubieran hablado de ello. No es, por tanto, en las profecías donde debemos acudir a buscar la causa de los acontecimientos. Reconozco, en efecto, que nada sucede sino lo que Dios ha designado; pero la única pregunta ahora es: ¿Esas cosas que ha predicho imponen a los hombres una necesidad? ya he demostrado que es falsa.

Tampoco fue el designio de Cristo transferir a las Escrituras la causa de la ruina de Judas, sino que sólo pretendía eliminar la ocasión de tropiezo que podría sacudir las mentes débiles. Ahora bien, el método para eliminarlo es mostrar que el Espíritu de Dios había testificado hace mucho tiempo que tal evento sucedería; porque comúnmente nos asustamos ante lo nuevo y repentino. Ésta es una advertencia muy útil y admite una amplia aplicación. ¿Cómo es posible que en nuestros días la mayor parte de los hombres cedan a causa de las ofensas, sino porque no recuerdan los testimonios de la Escritura, con los cuales Dios ha fortalecido abundantemente a su pueblo, habiendo predicho desde temprano todos los males y angustias? ¿Qué vendría ante sus ojos?

13. Y hablo esto en el mundo. Aquí Cristo muestra que la razón por la que oró con tanto fervor por sus discípulos no fue que estuviera ansioso por su condición futura, sino más bien para proporcionar un remedio a su ansiedad. Sabemos cuán propensa es nuestra mente a buscar ayudas externas; y si estos se presentan, los aprovechamos con entusiasmo y no permitimos que nos arranquen fácilmente de ellos. Cristo, por tanto, ora a su Padre en presencia de sus discípulos, no porque necesite palabras, sino para disipar de ellos toda duda. *Hablo esto en el mundo*, dice él; es decir, al alcance de su oído o en su presencia, para que sus mentes estén tranquilas; porque su salvación ya no corría peligro, habiendo sido puesta por Cristo en manos de Dios.

Para que tengan mi gozo cumplido. Lo llama *Su gozo*, porque era necesario que los discípulos la obtuvieran de él; o, si se prefiere expresarlo más brevemente, lo llama *suyo*, porque es Autor, Causa y Promesa de ello; porque en nosotros no hay más que angustia e inquietud, pero sólo en Cristo hay paz y gozo.

Juan 17:14-19

14 *Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.*

15 *No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.*

16 *No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.*

17 *Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad.*

18 *Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo.*

19 *Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.*

14. Yo les he dado tu palabra. Emplea un argumento diferente al suplicar al Padre en nombre de los discípulos. Lo es porque necesitan su ayuda debido *al odio del mundo*. Asimismo, declara que la causa de ese *odio* es que han abrazado la *palabra* de Dios, que el mundo no puede recibir; como si hubiera dicho: "Te corresponde a ti proteger a aquellos que, a causa de *tu palabra*, son *odiados por el mundo*". Ahora debemos recordar lo que hemos escuchado últimamente: que el fin de esta oración es que *el gozo de Cristo se cumpla en nosotros*, por lo tanto, tan a menudo como la ira del mundo se enciende contra nosotros hasta tal punto que pensamos que estamos muy cerca de la destrucción, aprendamos de repente a protegernos de ella con este escudo, que Dios nunca desampará a quienes trabajan en defensa del Evangelio.

Porque no son del mundo. Dice que sus discípulos *no son del mundo*, porque todos los que él regenera por su Espíritu están separados *del mundo*. Dios no permitirá que sus ovejas vaguen entre lobos, sin mostrarse su pastor.

15. No ruego que los quites del mundo. Muestra en qué consiste la seguridad de los creyentes; no es que estén libres de toda molestia y vivan en el lujo y a gusto, sino que, en medio de los peligros, continúan estando a salvo gracias a la ayuda de Dios. Porque él no amonesta al Padre sobre lo que conviene hacer, sino que más bien provee para su debilidad, para que, por el método que él prescribe, puedan refrenar sus deseos, que tienden a ir más allá de todos los límites. En definitiva, promete a sus discípulos la gracia del Padre; no para aliviarlos de toda ansiedad y trabajo, sino para proporcionarles una fuerza invencible contra sus enemigos, y no permitir que se vean abrumados por la pesada carga de las contiendas que tendrán que soportar. Por lo tanto, si deseamos ser *guardados* según la regla que Cristo ha establecido, no debemos desear la exención de los males ni orar a Dios para que nos lleve inmediatamente a un estado de bendito descanso, sino que debemos descansar satisfechos con la certeza de la victoria asegurada, mientras tanto, resistir con valentía todos los males de los cuales Cristo oró a su Padre para que tuviéramos una salida feliz. En definitiva, Dios no *saca* a su pueblo *del mundo*, porque no quiere que sea perezoso; pero

él *lo libra del mal*, para que no sean abrumados; porque desea que luchen, pero no permite que sean heridos de muerte.

16. No son del mundo. Para que el Padre celestial esté más favorablemente dispuesto a socorrerlos, vuelve a decir que *el mundo entero* los odia, y al mismo tiempo afirma que este odio no surge por culpa alguna de ellos, sino porque el mundo odia a Dios y Cristo.

17. Santificalos en tu verdad. Esta *santificación* incluye el reino de Dios y su justicia; es decir, cuando Dios nos renueva por su Espíritu, confirma en nosotros la gracia de la renovación y la continúa hasta el fin. Pide, por tanto, en primer lugar, que el Padre santifique a los discípulos, o, en otras palabras, que los consagre enteramente a sí mismo y los defienda como su sagrada herencia. A continuación, señala los medios de *santificación*, y no sin razón; porque hay fanáticos que se entregan a muchas charlas inútiles sobre la *santificación*, pero que descuidan *la verdad* de Dios, por la cual Él nos consagra a sí mismo. Nuevamente, como hay otros que hablan tan tontamente sobre *la verdad* y sin embargo ignoran *la palabra*, Cristo dice expresamente que *la verdad*, por la cual Dios santifica a sus hijos, no se encuentra en ningún otro lugar que no sea *la palabra*.

Tu palabra es verdad; porque *la palabra* aquí denota la doctrina del Evangelio, que los apóstoles ya habían escuchado de boca de su Maestro, y que luego debían predicar a otros. En este sentido Pablo dice que

la Iglesia ha sido limpiada con el *lavamiento del agua por la palabra de vida*,
(Efesios 5:26)

Es cierto que es sólo Dios quien *santifica*; pero como

el evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, **(Romanos 1:16)**,

Quien se aparta del Evangelio como medio debe volverse cada vez más inmundo y contaminado.

La verdad se toma aquí, a modo de eminencia, como la luz de la sabiduría celestial, en la que Dios se manifiesta a nosotros para conformarnos a su imagen. Es cierto que la predicación exterior de *la palabra* no logra esto por sí sola, porque esa predicación es perversamente profanada por los réprobos; pero recordemos que Cristo habla de los elegidos a quienes el Espíritu Santo regenera eficazmente por *la palabra*. Ahora bien, como los apóstoles no carecían del todo de esta gracia, debemos inferir de las palabras de Cristo que la *santificación* no se completa instantáneamente en nosotros el primer día, sino que

progresamos en ella a lo largo de todo el curso de nuestra vida, hasta finalmente Dios, habiéndonos quitado el manto de la carne, nos llena de su justicia.

18. Como tú me enviaste al mundo. Confirma su oración con otro argumento; es decir, porque el llamamiento de Cristo y el de los apóstoles es el mismo llamamiento y es común a ambos. “Ahora”, dice, “los nombro para un cargo que hasta ahora he desempeñado por orden tuya; y, por tanto, es necesario que estén provistos del poder de tu Espíritu, para que puedan soportar una carga tan importante”.

19. Y por ellos yo me santifico. Con estas palabras explica más claramente de qué fuente brota esa *santificación*, que se completa en nosotros con la doctrina del Evangelio. Es, porque se consagró al Padre, para que su santidad venga a nosotros; porque, así como la bendición de las primicias se extiende sobre toda la cosecha, así el Espíritu de Dios nos limpia por la santidad de Cristo y nos hace partícipes de ella. Esto no se hace sólo por imputación, porque en ese sentido se dice que se *nos ha hecho justicia*; pero también se dice que nos ha sido *hecho santificación (1 Corintios 1:30)*, porque, por así decirlo, nos ha presentado a su Padre en su propia persona, para que seamos renovados a la verdadera santidad por su Espíritu. Además, aunque esta santificación pertenece a toda la vida de Cristo, la ilustración más elevada de ella se dio en el sacrificio de su muerte; porque entonces se mostró como el verdadero Sumo Sacerdote, al consagrar el templo, el altar, todos los vasos y el pueblo, por el poder de su Espíritu.

Juan 17:20-23

20 Mas no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos,

21 para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.

22 La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno.

23 Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.

20. Mas no ruego solamente por estos. Ahora da un alcance más amplio a su oración, que hasta ahora había incluido sólo a los apóstoles; porque lo extiende a todos los discípulos del Evangelio, mientras haya alguno de ellos hasta el fin del mundo. Éste es sin duda un motivo notable de confianza; porque si creemos en Cristo a través de la doctrina del Evangelio, no debemos tener ninguna duda de que ya estamos reunidos con los apóstoles bajo su fiel protección, para que ninguno de nosotros perezca. Esta oración de Cristo es un puerto seguro, y quien se retira a él está a salvo de todo peligro de naufragio; porque es como si Cristo hubiera jurado solemnemente que dedicará su cuidado y diligencia a nuestra salvación.

Comenzó con sus apóstoles, para que su salvación, que sabemos que es cierta, nos haga más seguros de nuestra propia salvación; y, por tanto, siempre que Satanás nos ataque, aprendamos a enfrentarlo con este escudo, que no en vano el Hijo de Dios nos unió a los apóstoles, para que la salvación de todos estuviera ligada, por así decirlo, en el mismo paquete. Por lo tanto, no hay nada que deba motivarnos más poderosamente a abrazar el Evangelio; porque, así como es una bendición inestimable que seamos presentados a Dios por la mano de Cristo para ser preservados de la destrucción, así debemos amarla y cuidarla por encima de todas las cosas. En este sentido, la locura del mundo es monstruosa. Todos desean la salvación; Cristo nos instruye sobre un modo de obtenerlo, del cual, si alguno se desvía, no le queda ninguna buena esperanza; y, sin embargo, apenas una persona entre cien se digna recibir lo que tan amablemente se le ofrece.

Por los que han de creer en mí. Debemos atender a esta forma de expresión. Cristo *ora por todos los que creerán en él.* Con estas palabras nos recuerda lo que ya hemos dicho algunas veces: que nuestra fe debe dirigirse a él. La cláusula que sigue inmediatamente, *a través de su palabra,* expresa admirablemente el poder y la naturaleza de la fe, y al mismo tiempo es una confirmación familiar para nosotros que sabemos que nuestra fe está fundada en el Evangelio enseñado por los apóstoles. Entonces, que el mundo nos condene mil veces,

sólo esto debería satisfacernos, que Cristo nos reconoce como su herencia y suplica al Padre por nosotros.

Pero, ¡ay de los papistas, cuya fe está tan alejada de esta regla, que no se avergüenzan de vomitar esta horrible blasfemia, que no hay nada en las Escrituras que no sea ambiguo y que pueda modificarse de diversas maneras! La tradición de la Iglesia es, por tanto, su única guía autorizada sobre lo que deben creer. Pero recordemos que el Hijo de Dios, el único competente para juzgar, no aprueba ninguna otra fe que la que se deriva de la doctrina de los apóstoles, y no se encontrará información segura de esa doctrina en ningún otro lugar que en sus escritos.

También debemos observar esa forma de expresión, *creer por la palabra*, que significa que la fe brota del oír, porque la predicación exterior de los hombres es el instrumento por el cual Dios nos atrae a la fe. De ello se deduce que Dios es, estrictamente hablando, el Autor de la fe, y los hombres son *los ministros por quienes creemos*, como enseña Pablo (**1 Corintios 3:5**).

21. Para que todos sean uno. Nuevamente establece que el fin de nuestra felicidad consiste en la unidad y la justicia; porque la ruina del género humano es que, habiendo sido alejado de Dios, también está roto y esparcido en sí mismo. Por lo tanto, su restauración consiste en que esté propiamente unida en un solo cuerpo, como Pablo declara que la perfección de la Iglesia consiste en la unidad de los creyentes en un solo espíritu y dice que los apóstoles, profetas, evangelistas y pastores fueron dados para edificar y restaurar el cuerpo de Cristo, hasta llegar a la unidad de la fe; y por lo tanto exhorta a los creyentes a crecer en Cristo, quien es la Cabeza, de quien todo el cuerpo, unido y unido por todo vínculo de suministro, según la operación en la medida de cada parte, aumenta para edificación (**Efesios 4:3, 11-16**).

Por lo tanto, siempre que Cristo hable de unidad, recordemos cuán vil y escandalosamente, cuando se separa de él, el mundo se dispersa; y, a continuación, aprendamos que el comienzo de una vida bienaventurada es que todos seamos gobernados y que todos vivamos sólo por el Espíritu de Cristo.

Nuevamente, debe entenderse que, en cada caso en el que Cristo declara, en este capítulo, que es *uno con el Padre*, no habla simplemente de su esencia divina, sino que es llamado *uno* en cuanto a su mediación, y en la medida en que es nuestro jefe. Muchos de los padres, sin duda, interpretaron estas palabras en el sentido absoluto de que Cristo es uno con el Padre, porque él es el Dios eterno. Pero su disputa con los arrianos los llevó a aprovechar pasajes separados y a torturarlos para quitarles su significado natural, con el fin

de emplearlos contra sus antagonistas. Ahora bien, el designio de Cristo era muy diferente al de elevar nuestra mente a una mera especulación sobre su Divinidad oculta; porque razona desde el final, mostrando que debemos ser *uno*, de lo contrario la *unidad* que él tiene con el Padre sería infructuosa e inútil. Para comprender correctamente lo que se quiso decir al decir que Cristo y el Padre son *uno*, debemos tener cuidado de no privar a Cristo de su oficio de Mediador, sino más bien verlo como Cabeza de la Iglesia y unirlo con sus miembros. Así se preservará la cadena de pensamiento de que, para evitar que la *unidad* del Hijo con el Padre sea infructuosa e inútil, el poder de esa *unidad* debe difundirse por todo el cuerpo de creyentes. De aquí también inferimos que somos uno con el Hijo de Dios; no porque nos transmita su sustancia, sino porque, por el poder de su Espíritu, nos imparte su vida y todas las bendiciones que ha recibido del Padre.

Para que el mundo crea. Algunos explican que la palabra *mundo* significa los elegidos, quienes, en ese momento, todavía estaban dispersos; pero dado que la palabra *mundo*, a lo largo de todo este capítulo, denota al réprobo, me inclino más a adoptar una opinión diferente. Sucede que, inmediatamente después, hace una distinción entre todo su pueblo y el mismo *mundo* que ahora menciona.

El verbo *creer* ha sido utilizado incorrectamente por el evangelista para el verbo *saber*; es decir, cuando los incrédulos, convencidos por su propia experiencia, perciben la gloria celestial y divina de Cristo. La consecuencia es que, *creyendo, no creen*, porque esta convicción no penetra en el sentimiento interior del corazón. Y es justa venganza de Dios, que el esplendor de la gloria divina deslumbró los ojos de los réprobos porque no merecen tener una visión clara y pura de ella. Luego usa el verbo *conocer* en el mismo sentido.

22. La gloria que me diste, yo les he dado. Obsérvese aquí que, si bien en Cristo se exhibió un modelo de perfecta felicidad, él no tenía nada que le perteneciera peculiarmente, sino que era rico para enriquecer a los que creían en él. Nuestra felicidad consiste en que la imagen de Dios sea restaurada y formada de nuevo en nosotros, que fue desfigurada por el pecado. Cristo no es sólo imagen viva de Dios, en cuanto es Palabra eterna de Dios, pero también en su naturaleza humana, que tiene en común con nosotros, está grabada la semejanza de *la gloria* del Padre, para formar sus miembros a su semejanza. Pablo también nos enseña esto, que

nosotros todos, mirando a cara descubierta la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen (2 Corintios 3:18).

De aquí se sigue que nadie debe ser contado entre los discípulos de Cristo, a menos que percibamos *la gloria de Dios* impresa en él, como con un sello, por la semejanza de Cristo. Con el mismo propósito tienen las palabras que siguen inmediatamente:

23. Yo en ellos, y tú en mí; porque pretende enseñar que en él habita toda plenitud de bendiciones, y que lo que estaba oculto en Dios ahora se manifiesta en él, para impartirlo a su pueblo, como el agua que brota de la fuente por varios canales, riega el campo por todos lados.

Y que los has amado. Quiere decir que es una exhibición muy sorprendente, y una promesa muy excelente, del amor de Dios hacia los creyentes, que el mundo está obligado a sentir, lo quiera o no, cuando el Espíritu Santo mora en nosotros envía rayos de justicia y santidad. De hecho, hay innumerables otras maneras en las que Dios testifica diariamente su amor paternal hacia nosotros, pero la marca de la adopción se prefiere con justicia a todas ellas. Y añade: *Y que los has amado*: Como tú me has amado. Con estas palabras pretendía señalar la causa y origen del amor; porque la partícula *como*, significa *porque*, y las palabras, *como me has amado*, significan, *Porque me has amado*; porque sólo a Cristo pertenece el título de *amado* (**Mateo 3:17; 17:5**). Además, ese amor que el Padre celestial tiene hacia la Cabeza se extiende a todos los miembros, de modo que no ama a nadie sino en Cristo.

Sin embargo, esto da lugar a cierta apariencia de contradicción; porque Cristo, como hemos visto en otra parte, declara que *el amor inefable de Dios hacia el mundo* fue la razón por la cual *dio a su Hijo unigénito* (**Juan 3:16**). Si la causa debe ir antes que el efecto, inferimos que Dios el Padre amaba a los hombres aparte de Cristo; es decir, antes de que fuera designado Redentor. Respondo, en ese y en pasajes similares, el *amor* denota la misericordia con la que Dios fue movido hacia las personas indignas, e incluso hacia sus enemigos, antes de reconciliarlos consigo mismo. Es, en verdad, una maravillosa bondad de Dios, e inconcebible por la mente humana, que, ejerciendo benevolencia hacia los hombres a quienes no podía sino odiar, eliminó la causa del odio, para que no hubiera obstrucción a su amor. Y, en efecto, Pablo nos informa que hay dos maneras en que somos *amados* en Cristo; primero, porque el Padre

nos escogió en él antes de la fundación del mundo, (Efesios 1:4)

y, en segundo lugar, porque en Cristo Dios *nos reconcilió consigo mismo* y mostró que tiene misericordia de nosotros (**Romanos 5:10**). Así somos al mismo tiempo enemigos y amigos de Dios, hasta que, habiendo sido hecha expiación por nuestros pecados, somos restaurados al favor de Dios. Pero cuando somos justificados por la fe, es entonces cuando,

propiamente, empezamos a ser *amados* por Dios, como hijos por un padre. Ese amor por el cual Cristo fue designado para ser la persona en quien nosotros deberíamos ser elegidos ferozmente antes de nacer, y mientras aún estábamos arruinados en Adán, está escondido en el pecho de Dios y excede con creces la capacidad de la mente humana. Es cierto que ningún hombre sentirá jamás que Dios tiene misericordia de él, a menos que perciba que Dios está pacificado en Cristo. Pero como todo gusto por el amor de Dios desaparece cuando Cristo es quitado, podemos concluir con seguridad que, dado que por la fe somos injertados en su cuerpo, no hay peligro de que caigamos *del amor de Dios*; porque este fundamento de que somos amados no puede ser destruido, porque el Padre *amó* a su Hijo.

Juan 17:24-26

24 *Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.*

25 *Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste.*

26 *Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.*

24. Padre, quiero. Querer se sustituye por desear; porque no expresa una orden sino una oración. Pero puede entenderse de dos maneras; ya sea que *quiera* que los discípulos disfruten de su presencia eterna, o que Dios, por fin, pueda recibirlos en el reino celestial, al que va antes que ellos.

Para que vean mi gloria. Algunos explican que *contemplar su gloria* significa participar de *la gloria* que tiene Cristo. Otros explican que es saber por la experiencia de la fe qué es Cristo y cuán grande es su majestad. Por mi parte, después de sopesar cuidadosamente todo el asunto, creo que Cristo habla de la perfecta felicidad de los creyentes, como si hubiera dicho que su deseo no quedará satisfecho hasta que hayan sido recibidos en el cielo. De la misma manera explico la Contemplación de la *gloria*. En aquel tiempo vieron la *gloria* de Cristo, así como un hombre encerrado en la oscuridad obtiene, a través de pequeñas rendijas, una luz débil y resplandeciente. Cristo ahora desea que hagan tales progresos como para disfrutar del pleno brillo del cielo. En resumen, pide que el Padre los conduzca, mediante un progreso ininterrumpido, a la visión plena de su *gloria*.

Porque me has amado. Esto también concuerda mejor con la persona del Mediador que con la sola Divinidad de Cristo. Sería duro decir que el Padre amó su Sabiduría; y aunque tuviéramos que admitirlo, la conexión del pasaje nos lleva a una visión diferente. Cristo, sin lugar a dudas, habló como Cabeza de la Iglesia, cuando anteriormente oró para que los apóstoles pudieran unirse a él y *contemplar la gloria* de su reinado. Ahora dice que el amor del Padre es la causa de ello; y, por tanto, se sigue que fue *amado*, en cuanto fue designado Redentor del mundo. Con tal amor lo amó el Padre *antes de la creación del mundo*, para que él fuera la persona en quien el Padre amaría a sus elegidos.

25. Padre justo. Compara a sus discípulos con *el mundo* para describir más plenamente la aprobación y el favor que habían recibido *del Padre*; porque es apropiado que aquellos que son los únicos que conocen a Dios, a quienes el mundo entero rechaza, se distingan de los demás, y lo más apropiado es que Cristo interceda con calidez peculiar por aquellos a quienes la incredulidad *del mundo* no les impidió reconocer a Dios. Al llamarlo *Padre*

Justo, Cristo desafía *al mundo* y su malicia; como si hubiera dicho: “Por muy orgulloso que *el mundo* pueda despreciar o rechazar a Dios, aun así, no le quita nada y no puede impedir que el honor de su justicia permanezca intacto”. Con estas palabras declara que la fe de los piadosos debe estar fundada en Dios, de tal manera que, aunque *el mundo entero* se oponga, nunca fallará; así como, en la actualidad, debemos acusar al Papa de injusticia, para poder reivindicar para Dios la alabanza que le corresponde.

Pero yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste. Cristo no dice simplemente que Dios era *conocido* por los discípulos, sino que menciona dos pasos; primero, que *ha conocido al Padre*; y, en segundo lugar, que los discípulos *supieron que era enviado por el Padre*. Pero como añade inmediatamente después, que les ha *declarado el nombre del Padre*, los alaba, como he dicho, por el conocimiento de Dios. que los separa del resto del mundo. Sin embargo, debemos atender al orden de la fe, tal como se describe aquí. El Hijo salió del seno del Padre, y propiamente hablando, sólo él *conoce* al Padre; y, por lo tanto, todos los que deseen acercarse a Dios deben acudir a Cristo para encontrarse con ellos y dedicarse a él; y, después de haber sido conocido por los discípulos, finalmente los elevará a Dios Padre.

26. Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún. Cristo desempeñó el oficio de Maestro, pero, para dar a conocer al Padre, empleó la revelación secreta del Espíritu, y no sólo el sonido de su voz. Por lo tanto, quiere decir que enseñó a los apóstoles con eficacia. Además, siendo su fe en ese momento muy débil, les promete mayores progresos para el futuro, y así los prepara para esperar una gracia más abundante del Espíritu Santo. Aunque habla de los apóstoles, debemos sacar de esto una exhortación general a estudiar para progresar constantemente y a no pensar que hemos corrido tan bien que no nos queda todavía un largo camino por delante, mientras estemos rodeado por la carne.

Para que el amor con que me has amado, esté en ellos; es decir, que los ames en mí, o que *el amor con el que me has amado* se extienda a ellos; porque, estrictamente hablando, *el amor con el que Dios nos ama* no es otro que aquel con el que amó a su Hijo desde el principio, para hacernos también aceptables a él y capaces de ser amados en Cristo. Y, en efecto, como se dijo un poco antes, en lo que se refiere a nosotros, separados de Cristo, somos odiados por Dios, y sólo comienza a amarnos cuando estamos unidos al cuerpo de su Hijo amado. Es un privilegio invaluable de la fe saber que Cristo fue amado por el Padre por nuestra causa, para que podamos ser partícipes del mismo amor y disfrutarlo para siempre.

Y yo en ellos. Esta cláusula merece nuestra atención, porque nos enseña que la única manera en que estamos incluidos en ese amor que él menciona es que Cristo habita en nosotros; porque, así como el Padre no puede mirar a su Hijo sin tener también ante sus ojos todo el cuerpo de Cristo, *así*, si queremos ser contemplados en él, debemos ser realmente sus miembros.

Comentario al evangelio de Juan

Capítulo 18

Juan 18:1-6

1 *Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos.*

2 *Y también Judas, el que le entregaba, conocía aquel lugar, porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos.*

3 *Judas, pues, tomando una compañía de soldados, y alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allí con linternas y antorchas, y con armas.*

4 *Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis?*

5 *Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Y estaba también con ellos Judas, el que le entregaba.*

6 *Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra.*

1. Habiendo dicho Jesús estas cosas. En esta narración Juan pasa por alto muchas cosas que los otros tres evangelistas cuentan, y lo hace a propósito, porque su intención era recoger muchas cosas dignas de ser escritas, de las cuales no dicen nada; y, por tanto, que el lector vaya a los otros evangelistas para encontrar lo que falta aquí.

Al otro lado del torrente de Cedrón. En el original griego hay un artículo antepuesto a *Cedrón*, lo que parecería dar a entender que el *torrente* toma su nombre de los *cedros*; pero probablemente se trate de un error que se ha infiltrado en el texto; porque *el valle* o *torrente* de Cedrón se menciona a menudo en las Escrituras. El lugar se llamaba así por ser oscuro o sombrío, porque siendo un valle hueco era umbrío, pero en esto no discuto: sólo digo lo que es más probable.

Lo principal a considerar es la intención del evangelista al señalar el lugar; porque su objetivo era mostrar que Cristo murió voluntariamente. Llegó a un lugar que sabía que *Judas* conocía bien. ¿Por qué hizo esto sino para presentarse, por su propia voluntad, ante el traidor y ante los enemigos? Tampoco se dejó extraviar por inadvertencia, porque sabía de antemano todo lo que iba a suceder. Posteriormente, Juan menciona también que se adelantó para encontrarse con ellos. Por lo tanto, sufrió la muerte, no por obligación, sino voluntariamente, para poder ser un sacrificio voluntario; porque sin obediencia no se habría obtenido la expiación para nosotros. Además, entró en el jardín, no para buscar un lugar donde esconderse, sino para tener mejor oportunidad y mayor tiempo libre para orar. Que oró tres veces para ser librado de la muerte (**Mateo 26:44**) no es inconsistente con esa obediencia voluntaria de la que hemos hablado; porque era necesario que luchara contra las dificultades para poder salir victorioso. Ahora, habiendo dominado el temor a la muerte, avanza hacia la muerte libre y voluntariamente.

3. Judas, pues, tomando una compañía de soldados. Que Judas viniera *acompañado de soldados* y de un séquito tan numeroso, es señal de una mala conciencia, que tiembla siempre sin motivo alguno. Es cierto que la partida de soldados fue prestada por el gobernador, quien también envió un capitán al frente de mil soldados; porque, a causa de motines repentinos, se colocó una guarnición en la ciudad, y el propio gobernador mantenía una guardia dondequiera que estuviera. Los demás eran *oficiales* enviados por *los sacerdotes*; pero Juan hace mención aparte *de los fariseos*, porque estaban más enojados que todos los demás, como si se hubieran preocupado más por la religión.

4. Pero Jesús, sabiendo todas las cosas. El evangelista afirma más claramente con qué prontitud Cristo avanzó hacia la muerte, pero, al mismo tiempo, describe el gran poder que ejerció con una sola palabra, para informarnos que los hombres malvados no tenían poder sobre él, excepto hasta ahora. como él dio permiso.

5. Soy yo. Él responde suavemente que él es la persona *que buscan* y, sin embargo, como si hubieran sido abatidos por una violenta tempestad, o más bien por un rayo, los postra en el suelo. Por lo tanto, no le faltaba poder para frenar sus manos, si lo hubiera considerado apropiado; pero quiso obedecer a su Padre, por cuyo decreto sabía que estaba llamado a morir.

Podemos inferir de esto cuán terrible y alarmante para los malvados será la voz de Cristo cuando ascienda a su trono para juzgar al mundo. En aquel tiempo él estaba como un cordero listo para ser sacrificado; su majestad, en lo que a apariencia exterior se refería, había desaparecido por completo; y, sin embargo, cuando pronuncia una sola palabra, sus enemigos armados y valientes caen. ¿Y cuál fue la palabra? No lanza ninguna terrible excomunión contra ellos, sino que sólo responde: *Soy yo* el que entonces será el resultado, cuando él venga, no para ser juzgado por un hombre, sino para ser Juez de vivos y muertos; ¿No con esa apariencia mezquina y despreciable sino brillando en gloria celestial y acompañado por sus ángeles? Tenía la intención, en ese momento, de dar una prueba de esa eficacia que Isaías atribuye a su voz. Entre otros atributos gloriosos de Cristo, el Profeta relata que

herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío. (Isaías 11:4).

Es cierto que Pablo declara que el cumplimiento de esta profecía se retrasará hasta el fin del mundo (**2 Tesalonicenses 2:8**). Sin embargo, diariamente vemos a los malvados, con toda su ira y orgullo, abatidos por la voz de Cristo; y, cuando cayeron aquellos hombres

que habían venido a atar a Cristo, se exhibió una señal visible de esa alarma que los hombres malvados sienten dentro de sí mismos, lo quieran o no, cuando Cristo habla por sus ministros. Además, como esto fue en cierta medida accidental a la voz de Cristo, a quien corresponde peculiarmente levantar a hombres que yacen en estado de muerte, él sin duda mostrará hacia nosotros tal poder como para elevarnos incluso al cielo.

Juan 18:7-9

7 Volvió, pues, a preguntarles: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús nazareno.

8 Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a estos;

9 para que se cumpliese aquello que había dicho: De los que me diste, no perdí ninguno.

7. Volvió, pues a preguntarles. De aquí se desprende cuál es el poderoso efecto de esa ceguera con la que Dios golpea las mentes de los hombres malvados, y cuán terrible es su torpeza cuando, por un justo juicio de Dios, han sido hechizados por Satanás. Los bueyes y los asnos, si caen, son tocados por algún tipo de sentimiento; pero esos hombres, después de haber tenido una exhibición abierta del poder divino de Cristo, proceden tan valientemente como si no hubieran percibido en él ni siquiera la sombra de un hombre; es más, el propio Judas permanece impasible. Aprendamos, pues, a temer el juicio de Dios, por el cual los réprobos, entregados en manos de Satanás, se vuelven más torpes que las bestias brutas. Tampoco se puede dudar de que Satanás los apresuró, con furia salvaje, a una temeridad tan desesperada; porque no hay locura que impulse a un hombre a una ceguera tan violenta como esta; A los hombres malvados, después de haber sido *entregados a una mente reprobada (Romanos 1:28)*, no les importa más apresurarse contra Dios que si solo tuvieran que ver con una mosca. De hecho, sienten su poder, pero no tanto como para estar dispuestos a obedecer; porque antes serán quebrantados cien veces, que cederán. En resumen, su malicia es un velo que les impide observar la luz de Dios; su obstinación los vuelve más duros que las piedras, de modo que nunca se dejan dominar.

8. Os he dicho que yo soy. Aquí vemos cómo el Hijo de Dios no sólo se somete a la muerte por su propia voluntad, para que con su obediencia borre nuestras transgresiones, sino también cómo desempeña el oficio de buen Pastor en la protección de su rebaño. Él ve el ataque de los lobos y no espera hasta que lleguen a las ovejas que han sido encomendadas a su cuidado, sino que inmediatamente avanza para protegerlas. Por lo tanto, siempre que hombres malvados o demonios nos ataquen, no dudemos de que este buen Pastor está dispuesto a ayudarnos de la misma manera. Sin embargo, con su ejemplo, Cristo ha impuesto a los pastores una regla que deben seguir si desean desempeñar su cargo de manera correcta.

9. No perdí ninguno. Este pasaje parece estar citado de manera inapropiada, ya que se relaciona con sus almas más que con sus cuerpos; porque Cristo no mantuvo a los apóstoles a salvo hasta el final, pero logró esto: que, en medio de peligros incesantes, e incluso en medio de la muerte, aun así, estaba asegurada su salvación eterna. Respondo: el evangelista

no habla simplemente de su vida corporal, sino que más bien quiere decir que Cristo, perdonándolos por un tiempo, hizo provisión para su salvación eterna. Consideremos cuán grande era su debilidad; ¿Qué creemos que habrían hecho si los hubieran llevado a la prueba? Por lo tanto, aunque Cristo no eligió que fueran probados más allá de las fuerzas que les había dado, los rescató de la destrucción eterna. Y de aquí podemos sacar una doctrina general, que, aunque él prueba nuestra fe con muchas tentaciones, nunca permitirá que corramos peligro extremo sin darnos también fuerza para vencer. Y, de hecho, vemos cómo él continuamente soporta nuestra debilidad, cuando se propone repeler tantos ataques de Satanás y de los hombres malvados, porque ve que todavía no somos capaces ni estamos preparados para ellos. En resumen, nunca lleva a su pueblo al campo de batalla hasta que esté completamente entrenado, de modo que ni siquiera pereciendo no perezcan, porque se les proporciona ganancia tanto en la muerte como en la vida.

Juan 18:10-14

10 *Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco.*

11 *Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?*

12 *Entonces la compañía de soldados, el tribuno y los alguaciles de los judíos, prendieron a Jesús y le ataron,*

13 *y le llevaron primeramente a Anás; porque era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año.*

14 *Era Caifás el que había dado el consejo a los judíos, de que convenía que un solo hombre muriese por el pueblo.*

10. Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó. El evangelista describe ahora el celo necio *de Pedro*, que intentó defender a su Maestro de manera ilícita. De hecho, con audacia y valentía, corre un gran riesgo por cuenta de Cristo; pero como no considera lo que exige su llamado y lo que Dios permite, su acción está tan lejos de merecer elogios, que Cristo lo culpa severamente. Pero aprendamos que, en la persona de *Pedro*, Cristo condena todo lo que los hombres se atreven a intentar por propia fantasía. Esta doctrina es eminentemente digna de atención; porque nada es más común que defender, bajo el manto del celo, todo lo que hacemos, como si no importara si Dios aprueba o no lo que los hombres suponen correcto, cuya prudencia no es más que mera vanidad.

Si no vimos nada defectuoso en el celo de *Pedro*, aun así, deberíamos estar satisfechos con este único motivo: que Cristo declara que no está satisfecho con él. Pero vemos que no fue gracias a él que Cristo no se apartó de la muerte, y que su nombre no estuvo expuesto a perpetua desgracia; porque, al ofrecer violencia al capitán y a los soldados, actúa como un bandolero, porque resiste el poder que Dios ha designado. Habiendo Cristo ya sido más que suficientemente odiado por el mundo, este solo hecho podría dar verosimilitud a todas las calumnias que sus enemigos trajeron falsamente contra él. Además, fue sumamente imprudente por parte de Pedro intentar probar su fe con su espada, mientras que no podía hacerlo con su lengua. Cuando es llamado a confesarse, niega a su Maestro; y ahora, sin la autoridad de su Maestro, levanta un tumulto.

Advertidos por un ejemplo tan sorprendente, aprendamos a mantener nuestro celo dentro de los límites adecuados; y como el desenfreno de nuestra carne siempre está ansioso por intentar más de lo que Dios ordena, aprendamos que nuestro celo fracasará siempre que nos aventuremos a emprender algo contrario a la palabra de Dios. A veces sucederá que el comienzo nos haga promesas halagadoras, pero al final seremos castigados por nuestra temeridad. Por tanto, que la obediencia sea el fundamento de todo lo que

emprendamos. También se nos recuerda que aquellos que han decidido defender la causa de Cristo no siempre se comportan con tanta habilidad como para no cometer alguna falta; y, por tanto, debemos suplicar con más fervor al Señor que nos guíe en cada acción con el espíritu de prudencia.

11. Mete tu espada. Con este mandato Cristo reprende la acción de Pedro. Pero debemos atender a la razón, que es que a un particular no se le permitía oponerse a aquellos que habían sido investidos de autoridad pública; porque esto se puede inferir de los otros tres evangelistas, que relatan la declaración general de Cristo,

Todos los que tomen espada, a espada perecerán (Mateo 26:52).

También debemos tener cuidado de repeler a nuestros enemigos por la fuerza o la violencia, incluso cuando nos provoquen injustamente, excepto en la medida en que las instituciones y leyes de la comunidad lo permitan; porque quien va más allá de los límites de su llamamiento, aunque gane el aplauso del mundo entero, nunca obtendrá por su conducta la aprobación de Dios.

La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber? Esta parece ser una razón especial por la que Cristo debe guardar silencio, para ser llevado como *un cordero para ser sacrificado (Isaías 53:7)*, pero sirve como ejemplo, porque se exige la misma paciencia de todos nosotros. Las Escrituras comparan las aflicciones con las pociones medicinales; porque, como el dueño de una casa distribuye comida y bebida a sus hijos y sirvientes, así Dios tiene esta autoridad sobre nosotros, que tiene derecho a tratar a cada uno como mejor le parezca; y ya sea que nos alegre con la prosperidad o nos humille con la adversidad, se dice que nos administra un trago dulce o amargo. El proyecto designado para Cristo era sufrir la muerte en la cruz por la reconciliación del mundo. Dice, por tanto, que *debe beber la copa que su Padre midió y le entregó.*

De la misma manera nosotros también debemos estar preparados para soportar la cruz. Y, sin embargo, no debemos escuchar a los fanáticos que nos dicen que no debemos buscar remedios para las enfermedades y cualquier otra clase de angustias, no sea que rechacemos *la copa* que el Padre Celestial nos presenta. Sabiendo que *debemos morir una vez (Hebreos 9:27)*, debemos estar preparados para la muerte; pero como desconocemos el momento de nuestra muerte, el Señor nos permite defender nuestra vida con las ayudas que él mismo ha designado. Debemos soportar con paciencia las enfermedades, por muy graves que sean para nuestra carne; y aunque todavía no parecen mortales, debemos buscar alivio para ellos; sólo que debemos tener cuidado de no intentar nada más que lo permitido

por la palabra de Dios. En resumen, siempre que esto permanezca siempre fijo en nuestros corazones, *hágase la voluntad del Señor (Hechos 21:14)*, cuando buscamos liberación de los males que nos apremian, no dejamos de beber la copa que el Señor nos ha dado.

12. Entonces la compañía de soldados, el tribuno y los alguaciles. Podría parecer extraño que Cristo, que por una sola palabra postró en tierra a los soldados, ahora se deje *llevar*; porque si finalmente tenía la intención de rendirse a sus enemigos, ¿qué necesidad había de realizar tal milagro? Pero la demostración del poder divino fue ventajosa en dos aspectos; porque, primero, sirve para quitar la ofensa, para que no pensemos que Cristo cedió como si hubiera sido vencido por la debilidad; y, en segundo lugar, prueba que al morir fue totalmente voluntario. Por lo tanto, en la medida en que fue útil, afirmó su poder contra sus enemigos; pero cuando fue necesario obedecer al Padre, se contuvo para ser ofrecido en sacrificio. Pero recordemos que el cuerpo del Hijo de Dios fue atado, para que nuestras almas fueran liberadas de las ataduras del pecado y de Satanás.

13. Y le llevaron primeramente a Anás. Los otros evangelistas omiten esta circunstancia, porque no afecta mucho la sustancia de la narración; porque allí no se hizo nada que fuera digno de ser registrado. Quizás la conveniencia del lugar los indujo a encarcelar a Cristo en la casa de Anás, hasta que el sumo sacerdote reunió el concilio.

Era sumo sacerdote aquel año. No quiere decir que el oficio del sumo sacerdocio fuera anual, como muchos han imaginado erróneamente, sino que *Caifás era sumo sacerdote* en ese momento, lo que se desprende claramente de Josefo. Por mandato de la Ley, este honor era perpetuo y terminaba sólo con la muerte de quien lo poseía; pero la ambición y las disputas intestinales dieron ocasión a los gobernadores romanos de destronar a un sumo sacerdote y poner a otro en su lugar, a su gusto, ya sea por dinero o por favor. Así, Vitelio depuso a Caifás y nombró a Jonatán, hijo de Anás, como su sucesor.

14. Que había dado el consejo a los judíos. El evangelista repite la opinión de Caifás, que anteriormente llegó a nuestro conocimiento; porque Dios empleó la boca sucia de un *sumo sacerdote* malvado y traicionero para pronunciar una predicción (**Juan 11:50**), tal como guio la lengua del profeta Balaam, en contra de su deseo, de modo que se vio obligado a bendecir al pueblo, aunque deseaba maldecirlos para ganarse el favor del rey Balac (**Números 23:7-8**).

Juan 18:15-18

15 *Y seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Y este discípulo era conocido del sumo sacerdote, y entró con Jesús al patio del sumo sacerdote;*

16 *mas Pedro estaba fuera, a la puerta. Salió, pues, el discípulo que era conocido del sumo sacerdote, y habló a la portera, e hizo entrar a Pedro.*

17 *Entonces la criada portera dijo a Pedro: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Dijo él: No lo soy.*

18 *Y estaban en pie los siervos y los alguaciles que habían encendido un fuego; porque hacía frío, y se calentaban; y también con ellos estaba Pedro en pie, calentándose.*

15. Y otro discípulo. Algunos se han descarriado, por una ligera conjetura, al suponer que este *discípulo* era el evangelista Juan, porque está acostumbrado a hablar de sí mismo sin mencionar su nombre. Pero ¿qué intimidad podía tener Juan con un orgulloso *sumo sacerdote*, que era un pescador mezquino? ¿Y cómo era posible que él, siendo miembro de la casa de Cristo, tuviera la costumbre de visitar la casa del *sumo sacerdote*? Es más probable que no fuera uno de los doce, sino que se le llame discípulo, porque había abrazado la doctrina del Hijo de Dios.

Juan no es muy exacto a la hora de ordenar la narración, contentándose con redactar un breve resumen; porque, después de haber relatado que Pedro una vez negó a Cristo, entremezcla otros asuntos y luego vuelve a las otras dos negaciones. Esta circunstancia llevó a los lectores distraídos a concluir que la primera negación tuvo lugar en la casa de Anás. Las palabras, sin embargo, no transmiten tal significado, sino que afirman claramente que fue la doncella del sumo sacerdote la que obligó a Pedro a negar a Cristo. Por tanto, debemos entender que, cuando Cristo fue llevado ante el sumo sacerdote, no se concedió la admisión a quien quisiera, sino que *el discípulo conocido del sumo sacerdote* pidió, como favor personal, que Pedro fuera admitido. No hay razón para dudar de que el celo piadoso fue el motivo que los indujo a ambos a seguir a Cristo; pero como Cristo había declarado claramente que había perdonado a Pedro y a los demás, a él, que era tan débil, le habría resultado mucho mejor gemir y orar en algún rincón oscuro que ir a la presencia de los hombres. Ahora emprende, con gran seriedad, el cumplimiento de un deber del que Cristo lo había liberado; y cuando llega a la confesión de fe, en la que debería haber perseverado hasta la muerte, su valor falla. Siempre debemos considerar lo que el Señor exige de nosotros, para que los débiles no emprendan lo que no es necesario.

17. Entonces la criada portera dijo a Pedro. Pedro es introducido en la sala del sumo sacerdote; pero le costó muy caro, porque tan pronto como pone su pie dentro de él, se ve

obligado a negar a Cristo. Cuando tropieza tan vergonzosamente en el primer paso, queda al descubierto la necedad de su jactancia. Se había jactado de que demostraría ser un valiente campeón y capaz de afrontar la muerte con firmeza; y ahora, ante la voz de una *criada*, y esa voz no acompañada de amenazas, se siente confundido y arroja los brazos. Ésta es una demostración del poder del hombre. Ciertamente, toda la fuerza que parece haber en los hombres es humo, que un soplo ahuyenta inmediatamente. Cuando estamos fuera de la batalla, somos demasiado valientes; pero la experiencia demuestra que nuestras altivas palabras son tontas e infundadas; e incluso cuando Satanás no ataca, nos inventamos alarmas vanas que nos perturban antes de tiempo. La voz de una mujer débil aterrorizó a Pedro: ¿y qué nos pasa a nosotros? ¿No temblamos continuamente ante el susurro de una hoja que cae? Una falsa apariencia de peligro, aún lejana, hizo temblar a Pedro: ¿y no somos cada día alejados de Cristo por absurdos infantiles? En resumen, nuestro coraje es de tal naturaleza que, por sí solo, cede donde no hay enemigo; y así Dios venga la arrogancia de los hombres reduciendo las mentes feroces a un estado de debilidad. Un hombre, lleno no de fortaleza sino de viento, promete obtener una fácil victoria sobre el mundo entero; y, sin embargo, tan pronto como ve la sombra de un cardo, inmediatamente tiembla. Aprendamos, pues, a no ser valientes en nada más que en el Señor.

No lo soy. De hecho, esto no parece ser una negación absoluta de Cristo; pero cuando Pedro tiene miedo de reconocer que es *uno de los discípulos de Cristo*, equivale a afirmar que no tiene nada que ver con él. Esto debe observarse cuidadosamente, para que nadie pueda imaginar que ha escapado actuando como un sofista, cuando sólo de manera indirecta rehúye la confesión de su fe.

18. Y también con ellos estaba Pedro en pie. Cuando el evangelista añade que *Pedro estaba junto al fuego, junto con los demás y los sirvientes*, sirve para conectar las distintas partes de la narración, como veremos más adelante. Pero esto muestra cuán grande fue la torpeza de Pedro, cuando, sin la menor preocupación, *se calentó* junto con una multitud de malvados, después de haber negado a su Maestro; aunque es posible que se haya visto frenado por el miedo de que, al salir de la casa del sumo sacerdote, cayera en otro peligro del mismo tipo.

Juan 18:19-24

19 *Y el sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina.*

20 *Jesús le respondió: Yo públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he hablado en oculto.*

21 *¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído, qué les haya yo hablado; he aquí, ellos saben lo que yo he dicho.*

22 *Cuando Jesús hubo dicho esto, uno de los alguaciles, que estaba allí, le dio una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al sumo sacerdote?*

23 *Jesús le respondió: Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?*

24 *Anás entonces le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote.*

19. Y el sumo sacerdote preguntó a Jesús. *El sumo sacerdote* interroga a Cristo, como si hubiera sido algún sedicioso, que hubiera dividido la Iglesia en partidos reuniendo *discípulos*; y lo interroga como si hubiera sido un falso profeta, que se hubiera esforzado en corromper la pureza de la fe con *doctrinas* nuevas y perversas. Nuestro Señor Jesucristo, habiendo desempeñado completa y fielmente el oficio de maestro, no entra en nueva defensa; pero, para no abandonar la causa de la verdad, demuestra que estaba preparado para defender todo lo que *había enseñado*. Sin embargo, también reprende el descaro del sumo sacerdote, que pregunta sobre un asunto perfectamente conocido, como si fuera dudoso. No satisfechos con haber rechazado el Redentor ofrecido, junto con la salvación que se les prometía, condenan igualmente toda exposición de la Ley.

20. Yo públicamente he hablado al mundo. Es un error pueril en el que han caído algunos, que piensan que esta respuesta de Cristo condena a quienes exponen la palabra de Dios en aposentos privados, cuando la tiranía de los hombres vilipendiados no les permite exponerla públicamente; porque Cristo no discute sobre lo que es lícito y lo que no es lícito, sino que su intención era sofocar la insolente malicia de Caifás.

Este pasaje, sin embargo, parece ser inconsistente con otro dicho de Cristo, donde ordena a los apóstoles que

lo que oís al oído, proclamadlo desde las azoteas. (Mateo 10:27)

y otra vez, cuando declara que

Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; más a ellos no les es dado. (Mateo 13:11)

y que, por lo tanto, él no confiere este favor a nadie más que a los doce apóstoles. Respondo, cuando dice en el pasaje que ahora analizamos, que *no habló nada en secreto*, esto se refiere a la sustancia de la doctrina, que era siempre la misma, aunque la forma de enseñarla era variada; porque no habló diferente entre los discípulos, para instruirles en algo diferente; ni actuó con astucia, como si deliberadamente tuviera la intención de ocultar al pueblo lo que habló a un pequeño número de personas en la casa. Por lo tanto, podía testificar con buena conciencia que había declarado abiertamente y proclamado honestamente la sustancia de su doctrina.

22. Cuando Jesús hubo dicho esto. Esto se agrega para informarnos, primero, cuán grande era la ira de los enemigos de Cristo y cuán tiránico era su gobierno; y, en segundo lugar, qué tipo de disciplina existía entre esos sacerdotes. Se sientan como jueces, pero son tan crueles como bestias feroces. Se reúne un consejo en el que debería haber prevalecido la máxima gravedad; y, sin embargo, un solo *oficial* es tan atrevido y presuntuoso, que, en medio del proceso judicial, y en presencia de los jueces, golpea al acusado, que no fue declarado culpable en ningún aspecto. No debemos sorprendernos, por tanto, de que la doctrina de Cristo sea condenada por una asamblea tan bárbara, de la que no sólo están desterradas toda justicia, sino también toda humanidad y modestia.

23. Si he hablado mal. Es decir, “Si he pecado, acusadme, para que, juzgada la causa, sea castigado según la falta; porque éste no es un modo de procedimiento legal, pero en los tribunales judiciales se debe mantener un orden muy diferente y una modestia muy diferente”. Cristo se queja, por lo tanto, de que se le ha causado una herida grave, si no ha cometido ninguna ofensa, y que, incluso si ha cometido una ofensa, aun así, deben proceder de manera legal, y no con rabia y violencia.

Pero Cristo parece no observar, en el presente caso, la regla que en otros lugares impone a sus seguidores; porque

a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra (Mateo 5:39).

Respondo: en la paciencia cristiana no siempre es deber del que ha sido golpeado soportar el daño que se le ha hecho, sin decir una palabra, sino, primero, soportarlo con paciencia y, segundo, abandonar todo pensamiento de venganza y esforzarse por *vencer el mal con el bien (Romanos 12:21)*. Los hombres malvados ya están demasiado poderosamente impulsados por el espíritu de Satanás a hacer daño a otros, para que nadie pueda provocarlos. Por lo tanto, es una exposición tonta la que dan aquellos que las ven

desde una perspectiva tal, como si se nos ordenara ofrecer nuevos incentivos a aquellos que ya están demasiado dispuestos a hacer daño; porque no quiere decir nada más de que cada uno de nosotros debería estar más dispuesto a soportar una segunda herida que a vengarse de la primera; de modo que no hay nada que impida a un cristiano protestar cuando ha sido tratado injustamente, siempre que su mente esté libre de rencor y su mano de venganza.

24. Anás entonces le envió atado a Caifás. Esta frase debe leerse entre paréntesis; porque, habiendo dicho que Cristo fue llevado a la casa de Anás, y habiendo continuado su narración, como si allí se hubiera celebrado la asamblea de los sacerdotes, el evangelista ahora recuerda al lector que Cristo fue llevado de la casa de Anás a la casa del sumo sacerdote. Pero como el tiempo del verbo griego ἀπέστειλε ha llevado a mucha gente a equivocarse, he preferido traducirlo por el tiempo pluscuamperfecto, *fue enviado*.

Juan 18:25-27

25 Estaba, pues, Pedro en pie, calentándose. Y le dijeron: ¿No eres tú de sus discípulos? Él negó, y dijo: No lo soy.

26 Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él?

27 Negó Pedro otra vez; y en seguida cantó el gallo.

25. Él negó. ¡Cuán impactante es la torpeza de Pedro, quien, después de haber negado a su Maestro, no sólo no tiene ningún sentimiento de arrepentimiento, sino que se endurece por la misma indulgencia que toma al pecar! Si cada uno de ellos, a su vez, le hubiera preguntado, él no habría dudado en negar mil veces a su Maestro. Así es como Satanás apresura a los desdichados, después de haberlos degradado. También debemos prestar atención a la circunstancia que relatan los otros evangelistas (**Mateo 26:74; Marco 14:71**) de que *comenzó a maldecir y a jurar, diciendo que no conocía a Cristo*. Así les sucede a muchas personas todos los días. Al principio la culpa no será muy grande; luego se vuelve habitual, y finalmente, después de que esa conciencia se haya adormecido, el que se ha acostumbrado a despreciar a Dios no pensará que nada es ilícito para él, sino que se atreverá a cometer la mayor maldad. Por lo tanto, no hay nada mejor para nosotros que estar en guardia desde el principio, para que aquel que es tentado por Satanás, mientras aún esté incorrupto, no se permita la más mínima indulgencia.

27. Y en seguida cantó el gallo. El evangelista menciona *el canto del gallo*, para informarnos que Pedro fue advertido por Dios en ese mismo momento; y por esta razón los otros evangelistas nos dicen que *luego recordó las palabras del Señor* (**Mateo 26:75; Marco 14:72**), aunque Lucas relata que el mero *canto del gallo* no produjo ningún efecto en Pedro, hasta que *Cristo lo miró* (**Lucas 22:61**). Por lo tanto, cuando una persona ha comenzado a caer por las sugerencias de Satanás, ninguna voz, ninguna señal, ninguna advertencia lo hará regresar, hasta que el Señor mismo eche sus ojos sobre él.

Juan 18:28-32

28 *Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era de mañana, y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua.*

29 *Entonces salió Pilato a ellos, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre?*

30 *Respondieron y le dijeron: Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado.*

31 *Entonces les dijo Pilato: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Y los judíos le dijeron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie;*

32 *para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, dando a entender de qué muerte iba a morir.*

28. Llevaron a Jesús. Ese juicio, que menciona el evangelista, tuvo lugar antes del amanecer; y, sin embargo, no cabe duda de que hicieron funcionar sus fuelles por toda la ciudad para inflamar al pueblo. Así, de repente se encendió la ira del pueblo, como si todos, de común acuerdo, exigieran que Cristo fuera ejecutado. Ahora bien, el juicio lo llevaron a cabo los sacerdotes, no es que tuvieran el poder de pronunciar una sentencia, pero que, después de haber despertado un prejuicio contra él por su decisión anterior, podrían entregarlo al gobernador, como si ya hubiera sido juzgado en su totalidad. Los romanos dieron el nombre de *Pretorio* tanto a la casa o palacio del gobernador como al tribunal, donde solía decidir las causas.

Para no contaminarse. Al abstenerse de toda *contaminación*, para que, siendo purificados según el mandato de la Ley, *puedan comer la Pascua* del Señor, su religión, a este respecto, merece elogio. Pero hay dos errores, y ambos son muy atroces. La primera es que no consideran que llevan en sus corazones más contaminación de la que pueden contraer entrando en cualquier lugar, por profano que sea; y la segunda es que se preocupan excesivamente por asuntos menores y descuidan lo que es de mayor importancia.

Para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas. (Tito 1:15).

Pero estos hipócritas, aunque están tan llenos de malicia, ambición, fraude, crueldad y avaricia, que casi infectan el cielo y la tierra con su abominable olor, sólo temen las contaminaciones externas. Por tanto, es una burla intolerable que esperen agradar a Dios, siempre que no se contaminen al tocar algo inmundo, aunque hayan despreciado la verdadera pureza.

Otro defecto relacionado con la hipocresía es que, si bien es cuidadosa al realizar las ceremonias, no tiene escrúpulos en descuidar asuntos de mayor importancia; porque Dios ordenó a los judíos aquellas ceremonias contenidas en la Ley, sin otra razón que la de que pudieran habituarse al amor y la práctica de la verdadera santidad. Además, ninguna parte de la Ley les prohibía entrar en la casa de un gentil, sino que era una precaución derivada de las tradiciones de los padres, que ninguna persona, por descuido, contrajera contaminación alguna de una casa inmunda. Pero esos venerables exponentes de la Ley, mientras cuidadosamente *cuelan un mosquito, se tragan el camello* sin dudarlo (**Mateo 23:24**), y es habitual entre los hipócritas considerar que es un crimen mayor matar una pulga que matar a un hombre. Este defecto está estrechamente relacionado con el otro, el de preferir mucho las tradiciones de los hombres a los santos mandamientos de Dios. Para *poder comer la Pascua* de manera adecuada, desean mantenerse puros; pero suponen que la impureza está confinada dentro de los muros de la casa del gobernador y, sin embargo, no dudan, mientras el cielo y la tierra son testigos, en perseguir a una persona inocente hasta la muerte. En resumen, observan la sombra de la *Pascua* con una reverencia falsa y fingida y, sin embargo, no sólo violan la verdadera *Pascua* con manos sacrílegas, sino que se esfuerzan, en la medida de sus posibilidades, por enterrarla en el olvido eterno.

29. Entonces salió Pilato a ellos. Este pagano no es reacio a fomentar una superstición, que ridiculiza y desprecia; pero en el punto principal de la causa cumple con el deber de buen juez, cuando les ordena, si tienen alguna acusación, que la presenten. Los sacerdotes, en cambio, no teniendo autoridad suficiente para condenar a quien declaran culpable, no le responden más de que debe atenerse a su decisión anterior.

30. Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado. Indirectamente se quejan de Pilato de que no confía adecuadamente en su integridad. “¿Por qué, sin más preocupaciones”, dicen, “no tenéis por cierto que la persona a quien procesamos merece morir?” Así es como los hombres malvados, a quienes Dios ha elevado a un alto grado de honor, cegados como por su propia grandeza, se permiten hacer lo que quieren. Ésa también es la naturaleza embriagadora del orgullo. Quieren que Cristo sea considerado malhechor, y no por otra razón que porque lo acusan. Pero si llegamos a la verdad del asunto, ¿qué obras de *malhechor* encontraremos en él, excepto que curó toda clase de enfermedades, expulsó los demonios de los hombres, hizo caminar a paralíticos y cojos, ¿Ha devuelto la vista a los ciegos, el oído a los sordos y la vida a los muertos? Ésos eran los hechos reales, y aquellos hombres los conocían bien; pero, como dije hace poco, cuando los hombres están ebrios de orgullo, nada es más difícil que incitarlos a formarse un juicio sano y correcto.

31. Según vuestra ley. Pilato, ofendido por sus procedimientos bárbaros y violentos, sin duda les reprocha afirmando que esta forma de condena, que deseaban llevar a cabo, estaba en desacuerdo con el derecho común de todas las naciones y con los sentimientos de la humanidad; y, al mismo tiempo, los censura por jactarse de tener una *ley* dada por Dios.

Tomadle. Lo dice irónicamente; porque no les hubiera permitido pronunciar sobre un hombre una sentencia de pena capital; pero es como si hubiera dicho: “Si estuviera en tu poder, sería ejecutado instantáneamente, sin ser oído en su propia defensa; y ¿es ésta la equidad de vuestra Ley, condenar a un hombre sin delito alguno?” Así, los hombres malvados, asumiendo falsamente el nombre de Dios como excusa para su conducta, exponen su santa doctrina a los reproches de los enemigos, y el mundo la aprovecha ansiosamente como una ocasión para calumniar.

No nos está permitido. Aquellos que piensan que los judíos rechazan una oferta que les había hecho Pilato, se equivocan; sino más bien, sabiendo que les había dicho en burla: *Llévenselo*, responden: “No lo permitiréis; y ya que eres juez, desempeña tu oficio”.

32. Para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho. Finalmente, agrega el evangelista, que era necesario que esto se hiciera para que se cumpliera la predicción que Cristo había pronunciado: *El Hijo del hombre será entregado en manos de los gentiles (Mateo 20:19)*.

Y, de hecho, si deseamos leer con ventaja la historia de la muerte de Cristo, el punto principal es considerar el propósito eterno de Dios. El Hijo de Dios es presentado ante el tribunal de un hombre mortal. Si suponemos que esto se hace por capricho de los hombres y no levantamos los ojos a Dios, nuestra fe necesariamente debe ser confundida y avergonzada. Pero cuando percibimos que por la condenación de Cristo nuestra condenación ante Dios es borrada, porque ha querido al Padre Celestial adoptar este método de reconciliar consigo mismo a la humanidad, elevada a lo alto por esta sola consideración, nos gloriamos con valentía y sin vergüenza incluso en la ignominia de Cristo. Por tanto, aprendamos, en cada parte de esta narración, a volver nuestros ojos a Dios como Autor de nuestra redención.

Juan 18:33-36

33 Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: *¿Eres tú el Rey de los judíos?*

34 Jesús le respondió: *¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?*

35 Pilato le respondió: *¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?*

36 Respondió Jesús: *Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí.*

33. Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio. Es probable que se dijeran muchas cosas por ambas partes, que el evangelista pasa por alto; y esta conclusión podría extraerse fácilmente de los otros evangelistas. Pero Juan se centra principalmente en un solo punto: que Pilato hizo una laboriosa investigación sobre si Cristo fue acusado justa o injustamente. En presencia del pueblo, inflamado por la sedición, no se podía hacer nada más que desenfrenadamente. Por tanto, *vuelve a salir al pretorio*; y, en efecto, su intención es absolver a Cristo, pero el mismo Cristo, para poder obedecer a su Padre, se presenta a ser condenado; y ésta es la razón por la que es tan moderado en sus respuestas. Teniendo un juez favorable y que de buena gana le hubiera prestado oído, no le fue difícil defender su causa; pero considera para qué vino al mundo y para qué lo llama ahora el Padre. Por lo tanto, por su propia voluntad se abstiene de hablar, para no escapar de la muerte.

¿Eres tú el Rey de los judíos? A Pilato nunca se le habría ocurrido plantear esta pregunta sobre *el reino*, si los judíos no hubieran presentado esta acusación contra Cristo. Ahora Pilato retoma lo que era más ofensivo que todo lo demás, para una vez desechado, absolver al preso. La tendencia de la respuesta de Cristo es mostrar que no hay fundamento para esa acusación; y por tanto contiene una refutación indirecta; como si hubiera dicho: "Es absurdo presentar esa acusación contra mí, porque ni siquiera la más mínima sospecha puede recaer sobre mí".

Pilato parece haberse tomado a mal que Cristo le preguntara por qué sospechaba de tal crimen; y, por eso, le reprocha airadamente, que todo el mal proviene de *su propia nación*. "Estoy sentado aquí como juez", dice; "No son los extranjeros, sino vuestros propios compatriotas, quienes os acusan. Por lo tanto, no hay ninguna razón para que me involucre en tus disputas. Yo y los romanos os permitiríamos vivir en paz; pero provocáis disturbios entre vosotros y yo me veo obligado, de mala gana, a participar en ellos."

36. Mi reino no es de este mundo. Con estas palabras reconoce que es *rey*, pero, en la medida en que fue necesario para demostrar su inocencia, se absuelve de la calumnia;

porque declara que no hay desacuerdo entre su reino y el gobierno u orden político; como si hubiera dicho: “Me acusan falsamente, como si hubiera intentado provocar un disturbio o hacer una revolución en los asuntos públicos. He predicado sobre *el reino de Dios*; pero eso es espiritual y, por lo tanto, no tienes derecho a sospechar que aspire al poder real”. Esta *defensa* la hizo Cristo ante Pilato, pero la misma doctrina es útil a los creyentes hasta el fin del mundo; porque si el reino de Cristo fuera terrenal, sería frágil y mudable, porque

la apariencia de este mundo se pasa (1 Corintios 7:31),

pero ahora, dado que se declara celestial, esto nos asegura su perpetuidad. Así, si sucediera que el mundo entero fuera trastornado, siempre que nuestras conciencias estén siempre dirigidas *al reino* de Cristo, permanecerán firmes, no sólo en medio de sacudidas y convulsiones, sino incluso en medio de terribles ruinas y destrucción. Si somos tratados cruelmente por hombres malvados, nuestra salvación está asegurada por *el reino* de Cristo, que no está sujeto al capricho de los hombres. En resumen, aunque hay innumerables tormentas que continuamente agitan *al mundo*, *el reino* de Cristo, en el que debemos buscar la tranquilidad, está separado *del mundo*.

También se nos enseña cuál es la naturaleza de este reino; porque si nos hiciera felices según la carne, y nos trajera riquezas, lujos y todo lo deseable para el uso de la vida presente, olería a tierra y a mundo; pero ahora, aunque nuestra condición sea aparentemente miserable, nuestra verdadera felicidad permanece intacta. De él también aprendemos quiénes son los que pertenecen a este reino; los que, habiendo sido renovados por el Espíritu de Dios, contemplan la vida celestial en santidad y justicia. Sin embargo, también merece nuestra atención que no se diga que el reino de Cristo no está en este mundo; porque sabemos que tiene su asiento en nuestros corazones, como también Cristo dice en otra parte: El reino de Dios está entre vosotros (**Lucas 17:21**). Pero, en rigor, *el reino de Dios*, mientras habita en nosotros, es extraño al mundo, porque su condición es totalmente diferente.

Mis servidores pelearían. Él demuestra que no aspiraba a un reino terrenal, porque nadie se mueve, nadie toma las armas en su apoyo; porque si un particular reclama la autoridad real, debe obtener el poder por medio de hombres sediciosos. Nada de esto se ve en Cristo; y, por tanto, se sigue que no es un rey terrenal.

Pero aquí surge una pregunta: ¿No es lícito defender el reino de Cristo con las armas? Porque cuando a los reyes y príncipes se les ordena besar al Hijo de Dios (**Salmo 2:10-12**), no sólo se les ordena someterse a su autoridad en su capacidad privada, sino

también emplear todo el poder que poseen para defender la Iglesia y mantener la piedad. Respondo, primero, aquellos que llegan a esta conclusión de que la doctrina del Evangelio y el culto puro a Dios no deben defenderse con armas, son razonadores torpes e ignorantes; porque Cristo argumenta sólo a partir de los hechos del caso en cuestión, cuán frívolas eran las calumnias que los judíos habían presentado contra él. En segundo lugar, aunque los reyes piadosos defienden el reino de Cristo con la espada, aun así, lo hacen de una manera diferente a como se suelen defender los reinos mundanos; porque el reino de Cristo, siendo espiritual, debe estar fundado en la doctrina y el poder del Espíritu. De la misma manera también se promueve su edificación; porque ni las leyes y edictos de los hombres, ni los castigos que ellos infligen, entran en las conciencias. Sin embargo, esto no impide que los príncipes defiendan accidentalmente el reino de Cristo; en parte, nombrando disciplina externa, y en parte, prestando su protección a la Iglesia contra los hombres malvados. Sin embargo, de la depravación del mundo resulta que el reino de Cristo se fortalece más con la sangre de los mártires que con la ayuda de las armas.

Juan 18:37-40

37 *Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz.*

38 *Le dijo Pilato: ¿Qué es la verdad? Y cuando hubo dicho esto, salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito.*

39 *Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte uno en la pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?*

40 *Entonces todos dieron voces de nuevo, diciendo: No a este, sino a Barrabás. Y Barrabás era ladrón.*

37. Tú dices que yo soy rey. Aunque Pilato ya había aprendido, por la respuesta anterior, que Cristo reclama para sí algún tipo de reino, ahora Cristo afirma lo mismo con más firmeza; y, no satisfecho con esto, hace una declaración adicional, que sirve como un sello para ratificar lo que había dicho. De ahí inferimos que la doctrina relativa al reino de Cristo no tiene una importancia ordinaria, ya que él la ha considerado digna de una afirmación tan solemne.

Para esto he nacido, para dar testimonio a la verdad. Éste es, sin duda, un sentimiento general; pero debe verse en relación con el lugar que ocupa en el presente pasaje. Las palabras significan que es natural que Cristo diga *la verdad*; y, además, que *fue enviado para este propósito* por el Padre; y, en consecuencia, que éste es su oficio peculiar. No hay peligro, por tanto, de que seamos engañados al confiar en él, ya que es imposible que aquel que ha sido comisionado por Dios, y cuya disposición natural lo lleva a mantener *la verdad*, enseñe algo que no sea *verdad*.

Todo aquel que es de la verdad. Cristo añadió esto, no tanto con el propósito de exhortar a Pilato (porque sabía que no ganaría nada al hacerlo) como para defender su doctrina contra los viles reproches que se le habían lanzado; como si hubiera dicho: “Se me imputa como delito haber afirmado que *soy rey*; y, sin embargo, ésta es una verdad incuestionable, que es recibida con reverencia y sin vacilación por todos los que tienen un juicio correcto y un buen entendimiento”. Cuando dice que son *de la verdad*, no quiere decir que naturalmente conocen la verdad, sino que son dirigidos por el Espíritu de Dios.

38. ¿Qué es la verdad? Algunos piensan que Pilato plantea esta pregunta por curiosidad, ya que los hombres irreligiosos a veces están acostumbrados a desear ardientemente aprender algo que es nuevo para ellos, y sin embargo no saben por qué lo desean; porque no pretenden nada más que complacer sus oídos. Por mi parte, creo más bien que es una expresión de desdén; porque Pilato se sintió muy insultado cuando Cristo lo presentó como

desprovisto de todo conocimiento de *la verdad*. Aquí vemos en Pilato una enfermedad común entre los hombres. Aunque todos somos conscientes de nuestra ignorancia, son pocos los que están dispuestos a confesarla; y la consecuencia es que la mayor parte de los hombres rechazan la verdadera doctrina. Después, el Señor, que es Maestro de los humildes, ciega a los soberbios y así les inflige el castigo que merecen. Del mismo orgullo surge tal desdén, que no optan por someterse a aprender, porque todos pretenden sagacidad y agudeza mental. Se cree que la *verdad* es algo común; pero Dios declara, por el contrario, que excede con creces la capacidad del entendimiento humano.

Lo mismo ocurre en otros asuntos. Los principales artículos de la teología son: la maldición pronunciada sobre el género humano, la corrupción de la naturaleza, la mortificación de la carne, la renovación de la vida, la reconciliación *efectuada* por la gracia gratuita mediante el único sacrificio, la imputación de justicia, por medio del cual el pecador es aceptado por Dios, y la iluminación del Espíritu Santo. Éstas, al ser paradojas, son rechazadas con desdén por el entendimiento común de los hombres. Pocos, pues, progresan en la escuela de Dios, porque apenas encontramos una persona de cada diez que atiende a las primeras y elementales instrucciones; ¿Y por qué, sino porque miden la sabiduría secreta de Dios con su propio entendimiento?

Que Pilato habló en burla se desprende de esta circunstancia, que inmediatamente sale. En resumen, está enojado con Cristo por jactarse de presentar *la verdad*, que antes estaba escondida en las tinieblas. Sin embargo, esta indignación de Pilato muestra que los hombres malvados nunca rechazan la doctrina del Evangelio con tanto rencor como para no sentirse conmovidos por su eficacia; porque, aunque Pilato no llegó tan lejos como para volverse humilde y enseñable, se ve obligado a sentir algún remordimiento interior.

39. Pero vosotros tenéis la costumbre. Pilato estuvo todo el tiempo reflexionando de qué manera podría salvar la vida de Cristo; pero como el pueblo estaba tan furioso, intentó tomar un camino intermedio para calmar su furia; porque pensó que sería suficiente si Cristo, siendo descartado *como malhechor*, fuera marcado con perpetua ignominia. Por lo tanto, selecciona a *Barrabás* por encima de todos los demás, para que, en comparación con ese hombre, se suavice el odio que tenían hacia Cristo; porque Barrabás era universal y fuertemente detestado a causa de sus atroces crímenes. Y, en efecto, ¿hay algo más detestable que un *ladrón*? Pero Lucas (**Lucas 23:19**) relata que, además de esto, era culpable de otros delitos.

Que los judíos lo prefirieran en lugar que, a Cristo, no sucedió sin una interposición singular de la providencia de Dios; porque hubiera sido muy impropio que el Hijo de Dios

fuera rescatado de la muerte por un precio tan deshonroso. Sin embargo, con su muerte fue arrojado a la más profunda ignominia, de modo que, como consecuencia de la liberación de *Barrabás*, fue crucificado entre dos ladrones; porque había tomado sobre sí los pecados de todos, que no podían ser expiados de otra manera; y la gloria de su resurrección, que fue seguida rápidamente, hizo que su muerte misma fuera un triunfo espléndido.

Esta *costumbre*, por la cual el gobernador romano entregaba a los judíos, cada año, en la Pascua, algún criminal, implicaba un crimen vil y atroz. Se hizo, sin duda, para honrar el carácter sagrado del día, pero, en realidad, no fue más que una vergonzosa profanación del mismo; porque la Escritura declara que

El que justifica al impío, es abominación a Jehová (Proverbios 17:15)

y por lo tanto está lejos de deleitarse en ese tipo impropio de perdón. Aprendamos con este ejemplo que nada es más ridículo que intentar servir a Dios con nuestros inventos; porque, tan pronto como los hombres comiencen a seguir su propia imaginación, no habrá fin hasta que, al caer en algunas de las tonterías más absurdas, insulten abiertamente a Dios. La regla para el culto a Dios, por lo tanto, no debe tomarse de otra cosa que de su propio nombramiento.

Comentario al evangelio de Juan

Capítulo 19

Juan 19:1-6

- 1 *Así que, entonces tomó Pilato a Jesús, y le azotó.*
- 2 *Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura;*
- 3 *y le decían: ¡Salve, Rey de los judíos! y le daban de bofetadas.*
- 4 *Entonces Pilato salió otra vez, y les dijo: Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él.*
- 5 *Y salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: ¡He aquí el hombre!*
- 6 *Cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces, diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo delito en él.*

1. Entonces tomó Pilato a Jesús. Pilato se adhiere a su intención original; pero a la primera ignominia añade una segunda, esperando que, cuando Cristo haya sido azotado, los judíos quedarán satisfechos con este ligero castigo. Cuando trabaja con tanto fervor y sin éxito, debemos reconocer en esto el decreto del Cielo, por el cual Cristo fue condenado a muerte. Sin embargo, su inocencia es frecuentemente atestiguada por el testimonio del juez, para asegurarnos que estaba libre de todo pecado, y que fue sustituido como culpable en lugar de otros, y soportó el castigo debido a los pecados de otros. Vemos también en Pilato un ejemplo notable de conciencia temblorosa. Absuelve a Cristo con su boca, reconoce que *no hay culpa en él* y, sin embargo, le inflige castigo, como si fuera culpable. Por lo tanto, aquellos que no tienen tanto coraje como para defender, con constancia inquebrantable, lo que es correcto, deben ser llevados de aquí para allá y llevados a adoptar opiniones opuestas y contradictorias.

Todos condenamos a *Pilato*; y, sin embargo, es vergonzoso contar que hay tantos *Pilatos* en el mundo, que *azotan a Cristo*, no sólo en sus miembros, sino también en su doctrina. Hay muchos que, con el fin de salvar la vida de aquellos que son perseguidos por causa del Evangelio, los obligan perversamente a negar a Cristo. ¿Qué es esto sino exponer a Cristo al ridículo, para que pueda llevar una vida deshonrosa? Otros seleccionan y aprueban ciertas partes del Evangelio y, sin embargo, destrozan todo el Evangelio. Piensan que lo han hecho muy bien si han corregido algunos abusos graves. Sería mejor que la doctrina fuera enterrada por un tiempo, que ser *flagelada* de esta manera, porque volvería a surgir a pesar del diablo y de los tiranos; pero nada es más difícil que restaurarlo a su pureza después de haber sido corrompido.

2. Y los soldados entretejieron una corona de espinas. Esto fue hecho sin duda por la autoridad de Pilato, para poner una marca de infamia al Hijo de Dios, por *haberse hecho*

rey; y eso para satisfacer la ira de los judíos, como si estuviera convencido de que las acusaciones que presentaban contra Cristo estaban bien fundadas. Sin embargo, la maldad y la insolencia de los soldados se permiten con más libertad de lo que había ordenado el juez; mientras los hombres impíos aprovechan con entusiasmo la oportunidad de hacer el mal cada vez que se les ofrece. Pero vemos aquí la asombrosa crueldad de la nación judía, cuyas mentes no se sienten movidas a la compasión por un espectáculo tan lamentable; pero todo esto está dirigido por Dios, para reconciliar al mundo consigo mismo por la muerte de su Hijo.

6. Tomadle vosotros. No quería entregar a Cristo en sus manos ni abandonarlo a su furia; sólo él declara que no será su verdugo. Esto se desprende claramente de la razón que se añade inmediatamente, cuando dice que *no hallo delito en él*; como si hubiera dicho que nunca se dejará convencer de derramar sangre inocente para su satisfacción. Que sólo los sacerdotes y oficiales exigen que sea crucificado, se desprende de la circunstancia de que la locura del pueblo no fue tan grande, excepto en la medida en que aquellos fuelles contribuyeron después a encenderla.

Juan 19:7-11

7 Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios.

8 Cuando Pilato oyó decir esto, tuvo más miedo. 9 Y entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dio respuesta.

10 Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?

11 Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene.

7. Tenemos una ley. Quieren decir que, al proceder contra Cristo, hacen lo correcto y no están impulsados por el odio o la pasión pecaminosa; porque percibieron que Pilato los había reprendido indirectamente. Ahora, hablan como en presencia de un hombre que ignoraba *la ley*; como si hubieran dicho: "Se nos permite vivir a nuestra manera, y nuestra religión no permite que ningún hombre se jacte de ser *el Hijo de Dios*". Además, esta acusación no estaba del todo desprovista de verosimilitud, pero se equivocaron gravemente en su aplicación. La doctrina general era indudablemente cierta: que no era lícito a los hombres asumir ningún honor debido a Dios, y que aquellos que reclamaban para sí mismos lo que es peculiar sólo de Dios *merecían ser ejecutados*. Pero la fuente de su error estaba relacionada con la persona de Cristo, porque no consideraron cuáles son los títulos dados por las Escrituras al Mesías, de los cuales fácilmente podrían haber aprendido que era el *Hijo de Dios*, y ni siquiera se dignaron a Pregunte si Jesús era o no el Mesías que Dios había prometido anteriormente.

Vemos, pues, cómo sacaron una conclusión falsa de un principio verdadero, porque razonan mal. Este ejemplo nos advierte que distingamos cuidadosamente entre una doctrina general y su aplicación, porque hay muchas personas ignorantes e inestables que rechazan los principios mismos de las Escrituras, si alguna vez han sido engañadas por la apariencia de la verdad; y ese libertinaje hace demasiados progresos en el mundo cada día. Por lo tanto, recordemos que debemos guardarnos de la imposición, para que los principios que son verdaderos permanezcan en toda su fuerza y para que la autoridad de las Escrituras no disminuya.

Por otro lado, podemos encontrar fácilmente una respuesta a los hombres malvados que alegan falsa e inadecuadamente el testimonio de las Escrituras y los principios que extraen de ellas para respaldar sus malos designios; así como los papistas, cuando ensalzan en términos elevados la autoridad de la Iglesia, no presentan nada en lo que no estén de acuerdo todos los hijos de Dios. Sostienen que la Iglesia es madre de los creyentes, que es

columna de la verdad, que debe ser escuchada, que es guiada por el Espíritu Santo. Todo esto deberíamos admitirlo, pero cuando quieren apropiarse de toda la autoridad que se debe a la Iglesia, malvadamente y con presunción sacrílega se apoderan de lo que no les pertenece en absoluto. Porque debemos investigar los fundamentos de lo que asumen como verdadero, que merecen el título de La Iglesia; y aquí fracasan por completo. De la misma manera, cuando ejercen una crueldad furiosa contra todos los piadosos, lo hacen con el pretexto de que han sido ordenados para defender la fe y la paz de la Iglesia. Pero cuando examinamos el asunto más de cerca, vemos claramente que no hay nada que les importe menos que la defensa de la verdadera doctrina, que nada les afecta menos que la preocupación por la paz y la armonía, sino que sólo luchan por defender sus derechos. propia tiranía. Aquellos que están satisfechos con los principios generales y no prestan atención a las *circunstancias*, imaginan que los papistas hacen bien al atacarnos; pero la investigación del asunto disipa rápidamente ese humo con que engañan a los simples.

8. Tuvo más miedo. Estas palabras pueden explicarse de dos maneras. La primera es que Pilato temía que se le imputara alguna culpa, si surgía un tumulto, porque no había condenado a Cristo. La segunda es que, después de haber oído el nombre *del Hijo de Dios*, su mente fue movida por la religión. Esta segunda opinión se ve confirmada por lo que sigue inmediatamente:

9. Y entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? De esto se desprende que estaba en un estado de perplejidad y angustia, porque temía ser castigado por sacrilegio, si ponía su mano sobre *el Hijo de Dios*. Es necesario observar que, cuando pregunta *de dónde era Cristo*, Es decir, no pregunta sobre su país, pero el significado es, como si hubiera dicho: "¿Eres un hombre nacido en la tierra o eres un dios?" La interpretación que doy a este pasaje, por tanto, es que Pilato, golpeado por el temor de Dios, estaba perplejo y dudando sobre lo que debía hacer; porque vio, por un lado, la excitación de un motín y, por otro lado, la conciencia lo obligaba a no ofender a Dios para evitar el peligro.

Este ejemplo es muy digno de observación. Aunque el rostro de Cristo estaba tan desfigurado, tan pronto como Pilato escucha el nombre de Dios, le invade el *temor* de violar la majestad de Dios en un hombre que era completamente mezquino y despreciable. Si la reverencia a Dios tuvo tanta influencia en un hombre irreligioso, ¿no deben ser peores que réprobos los que ahora juzgan las cosas divinas con juego y broma, descuidadamente y sin *temor* alguno? porque, en verdad, Pilato es una prueba de que los hombres tienen naturalmente un sentimiento de religión, que no les permite correr sin miedo en cualquier dirección que elijan, cuando la cuestión se refiere a cosas divinas. Esta es la razón por la

que dije que aquellos que, al manejar la doctrina de la Escritura, no están más impresionados con la majestad de Dios que si hubieran estado discutiendo sobre la sombra de un asno, *están entregados a una mente reprobada (Romanos 1:28)*. Sin embargo, un día sentirán para su destrucción la veneración que se debe al nombre de Dios, al que ahora tratan con burla tan desdeñosa y escandalosa. Es impactante relatar con qué altivez condenan los papistas la verdad clara y comprobada de Dios, y con qué crueldad derraman sangre inocente. ¿De dónde, os lo ruego, viene esa torpeza de los borrachos, sino porque no recuerdan que tienen algo que ver con Dios?

Mas Jesús no le dio respuesta. No deberíamos considerar extraño que Jesús no responda; al menos, si tenemos presente lo que antes he mencionado, que no se presentó ante Pilato para defender su propia causa, como es costumbre entre los acusados que desean ser absueltos, sino más bien para sufrir la condenación; porque era apropiado que fuera condenado cuando apareció en nuestra habitación. Ésta es la razón por la que no se defiende; y, sin embargo, el silencio de Cristo no es incompatible con lo que dice Pablo:

Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, (1 Timoteo 6:13)

porque allí mantuvo la fe del Evangelio, hasta donde fue necesario, y su muerte no fue otra cosa que el sellado de la doctrina entregada por él. Cristo no dejó nada sin hacer de lo que era necesario para hacer una confesión legal, pero guardó silencio en cuanto a pedir la absolución. Además, existía cierto peligro de que Pilato absolviera a Cristo como uno de los pretendidos dioses, ya que Tiberio deseaba incluirlo entre los dioses de los romanos. Con razón, por lo tanto, Cristo, por su silencio, desaprueba esta tonta superstición.

10. ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte? Esto muestra que el temor que de repente se apoderó de Pilato era transitorio y no tenía una raíz sólida; por ahora, olvidando todo temor, estalla en un altivo y monstruoso desprecio de Dios. Amenaza a Cristo, como si no hubiera habido Juez en el cielo; pero esto siempre debe suceder con los hombres irreligiosos, que, sacudiéndose el temor de Dios, rápidamente regresan a su carácter natural. Por lo tanto, también inferimos que no es sin razón que *el corazón del hombre es llamado engañoso (Jeremías 17:9)*, porque, aunque en él habita algo de temor a Dios, también proviene de él la mera impiedad. Quien, entonces, no sea regenerado por el Espíritu de Dios, aunque pretenda por un tiempo reverenciar la majestad de Dios, rápidamente demostrará, con hechos opuestos, que este temor era hipócrita.

Nuevamente vemos en Pilato la imagen de un hombre orgulloso, llevado a la locura por su ambición; porque, cuando desea exaltar su poder, se priva de toda alabanza y reputación de justicia. ¡Reconoce que Cristo es inocente y, por lo tanto, no se hace mejor que un ladrón cuando se jacta de tener poder para degollarlo! Así, las conciencias malas, en las que no reinan la fe y el verdadero conocimiento de Dios, deben necesariamente estar agitadas, y debe haber en ellas diversos sentimientos de la carne, que compiten entre sí; y de esta manera Dios se venga del orgullo de los hombres, cuando van más allá de sus límites para reclamar para sí mismos un poder infinito. Al condenarse a sí mismos por la injusticia, se imponen el mayor reproche y la mayor vergüenza. Por tanto, ninguna ceguera es mayor que la del orgullo; y no debemos sorprendernos, ya que el orgullo siente que la mano de Dios, contra la cual golpea, está armada de venganza. Por lo tanto, recordemos que no debemos permitirnos precipitadamente jactancias tontas, para no exponernos al ridículo; y especialmente que los que ocupan un alto rango deben comportarse con modestia y no avergonzarse de estar sujetos a Dios y a sus leyes.

11. Ninguna autoridad tendrías. Algunos explican esto en un sentido general, que nada se hace en el mundo sin el permiso de Dios; como si Cristo hubiera dicho que Pilato, aunque piensa que puede hacer todas las cosas, no hará nada más de lo que Dios permite. La afirmación es, sin duda, cierta, que este mundo está regulado por la disposición de Dios, y que, cualesquiera que sean los esfuerzos de los hombres malvados, aun así, no pueden ni siquiera mover un dedo excepto según lo indique el poder secreto de Dios. Pero prefiero la opinión de quienes limitan este pasaje al oficio de magistrado; porque con estas palabras Cristo reprende la necia jactancia de Pilato, al ensalzarse a sí mismo, como si su poder no hubiera sido de Dios; como si hubiera dicho: «Tú lo reclamas todo para ti», como si no tuvieras que rendir cuentas un día a Dios; pero no fue sin su providencia que fuiste hecho juez. Considera, entonces, que su trono celestial es mucho más alto que tu tribunal. Es imposible encontrar una amonestación mejor adaptada para reprimir la insolencia de quienes gobiernan a otros, para que no abusen de su autoridad. El padre imagina que puede hacer lo que quiera con sus hijos, el marido con su mujer, el amo con sus siervos, el príncipe con su pueblo, a menos que cuando ellos miren a Dios, quien ha determinado que su autoridad estará limitada por una regla fija.

Por tanto, el que a ti me ha entregado. Algunos piensan que esto declara a los judíos más culpables que Pilato, porque, con odio malvado y traición maliciosa, se enfurecen contra un hombre inocente, es decir, aquellos que eran particulares y no estaban revestidos de autoridad legal. Pero creo que esta circunstancia hace que su culpa sea más atroz y menos excusable por otro motivo: que obligan a un gobierno divinamente designado a cumplir con sus deseos anárquicos; porque es un monstruoso sacrilegio pervertir una santa

ordenanza de Dios para promover cualquier maldad. El ladrón que, con su propia mano, degolla a un desdichado pasajero, es justamente aborrecido; pero quien, bajo la forma de un proceso judicial, da muerte a un inocente, es mucho más malvado. Sin embargo, Cristo no agrava su culpa con el fin de atenuar la de Pilato; porque no establece una comparación entre él y ellos, sino que los incluye a todos en la misma condenación, porque igualmente contaminan un poder santo. Sólo existe esta diferencia: ataca directamente a los judíos, pero indirectamente censura a Pilato, quien cumple con sus malvados deseos.

Juan 19:12-16

12 Desde entonces procuraba Pilato soltarle; pero los judíos daban voces, diciendo: Si a este sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone.

13 Entonces Pilato, oyendo esto, llevó fuera a Jesús, y se sentó en el tribunal en el lugar llamado el Enlosado, y en hebreo Gabata.

14 Era la preparación de la pascua, y como la hora sexta. Entonces dijo a los judíos: ¡He aquí vuestro Rey!

15 Pero ellos gritaron: ¡Fuera, fuera, crucifícale! Pilato les dijo: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que César.

16 Así que entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado. Tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron.

12. Desde entonces procuraba Pilato soltarle. Aunque *Pilato* no se comporta concienzudamente y se mueve más por la ambición que por la justicia y, por esa razón, es lamentablemente indeciso, su modestia es encomiable por el motivo de que, cuando es severamente reprendido por Cristo, no se enoja, sino que, por el contrario, está aún más dispuesto a liberarlo. Es juez y, sin embargo, permite dócilmente que el acusado sea su reprensor; y, de hecho, apenas se encontrará una persona entre cien que sufra tan levemente una reprensión, incluso de alguien que sea su igual.

No eres amigo de César. Mediante amenazas logran que Pilato condene a Cristo; porque no podían hacer nada más odioso o más adecuado para producir terror que considerarlo sospechoso de deslealtad a César. "Demuestras", dicen, "que no te importa la autoridad de César, si absuelvas a quien se ha esforzado en confundir todo". Esta maldad finalmente derribó la resolución de Pilato, quien, hasta ahora, sólo había sido sacudido por sus furiosos clamores. No es sin razón que el evangelista examina y detalla tan laboriosamente esas circunstancias; porque es de gran importancia para nosotros saber que Pilato no condenó a Cristo, antes de haberlo absuelto varias veces con su propia boca, para que podamos aprender de ello que fue por nuestros pecados que fue condenado. y no por cuenta propia. También podemos aprender de él cuán voluntariamente se ofreció a morir, cuando desdeñó aprovechar la disposición favorable del juez hacia él; y, de hecho, fue esta obediencia la que hizo que su muerte fuera *un sacrificio en olor fragante (Efesios 5:2)* para borrar todos los pecados.

13. Y se sentó en el tribunal. De ahí vemos qué opiniones contradictorias pasaban por la mente de Pilato, como si hubiera sido un actor de teatro que representaba dos personajes. Ascende *al tribunal* para pronunciar la sentencia de muerte sobre Cristo solemnemente y

en la forma habitual; y, sin embargo, declara abiertamente que lo hace de mala gana y en contra de su conciencia. Cuando llama a Cristo *rey*, habla irónicamente, queriendo decir que era una acusación trivial que los judíos presentaron contra él; o más bien, con el fin de calmar su furia, les advierte que traería vergüenza a toda la nación si se difundiera en el extranjero un informe de que una persona de esa nación había sido condenada a morir por aspirar al poder real.

En el lugar llamado el Enlosado, y en hebreo Gabata. Cuando el evangelista dice que גבתא (*Gabbatha*) era el nombre del lugar *en* Hebreo, se refería al idioma caldeo o siríaco, que entonces era de uso común; porque en Hebreo, גבה (*Gabach*) significa ser *elevado*. Era apropiado, por lo tanto, que Cristo fuera condenado desde un *lugar elevado*, que él, viniendo del cielo como Juez supremo, nos absolviera en el último día.

14. Como la hora sexta. Los evangelistas parecen diferir, e incluso contradecirse, en el cómputo del tiempo. Los otros tres evangelistas dicen que *la oscuridad llegó alrededor de la hora sexta*, mientras Cristo estaba colgado en la cruz (**Mateo 27:45; Marcos 15:33; Lucas 23:44**). Marcos también dice expresamente que era *la hora tercera* en que se pronunció la sentencia sobre él (**Marco 15:25**). Pero esto puede explicarse fácilmente. De otros pasajes se desprende claramente que en aquel momento el día estaba dividido en cuatro partes, así como la noche también contenía cuatro vigiliás; a consecuencia de lo cual, los evangelistas a veces no asignan más de cuatro horas a cada día, y extienden cada hora a tres, y, al mismo tiempo, cuentan el espacio de una hora que llega a su fin como perteneciente al siguiente parte. Según este cálculo, *Juan* relata que Cristo fue condenado *alrededor de la hora sexta*, porque el tiempo del día se acercaba a *la hora sexta*, o hacia la segunda parte del día. De aquí inferimos que Cristo fue crucificado alrededor de *la hora sexta*; porque, como menciona más tarde el evangelista (**Juan 19:20**), *el lugar estaba cerca de la ciudad*. La oscuridad comenzó entre la hora sexta y novena, y duró hasta la hora novena, en cuyo momento Cristo murió.

15. No tenemos más rey que César. Esta es una muestra de locura espantosa, que los sacerdotes, que deberían haber estado bien familiarizados con la Ley, rechacen a Cristo, en quien estaba totalmente contenida la salvación del pueblo, de quien dependían todas las promesas, y de quien toda la vida. su religión fue fundada; y, de hecho, al rechazar a Cristo, se privan de la gracia de Dios y de toda bendición. Vemos entonces qué locura se había apoderado de ellos. Supongamos que Jesucristo no fuera el Cristo; todavía no tienen excusa para no reconocer *a ningún otro rey más que César*. Porque, primero, se rebelan contra el reino espiritual de Dios; y, en segundo lugar, prefieren la tiranía del Imperio Romano, que aborrecían mucho, a un gobierno justo, tal como Dios les había prometido. *Así*, los hombres

malvados, para huir de Cristo, no sólo se privan de la vida eterna, sino que atraen sobre sus cabezas toda clase de miserias. Por otra parte, la única felicidad de los piadosos es estar sujetos a la autoridad real de Cristo, ya sea que, según la carne, estén colocados bajo un gobierno justo y legal, bajo la opresión de los tiranos.

16. Entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado. Pilato, sin duda, se vio obligado por su importunidad a entregar a Cristo; y sin embargo esto no se hizo de manera tumultuosa, sino que fue condenado solemnemente en la forma ordinaria, porque también había dos ladrones que, después de haber sido juzgados, fueron al mismo tiempo condenados a ser crucificados. Pero Juan emplea esta expresión para hacer más evidente que Cristo, aunque no había sido condenado por ningún delito, fue entregado a la crueldad insaciable del pueblo.

Juan 19:17-22

17 *Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota;*

18 *y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio.*

19 *Escribió también Pilato un título, que puso sobre la cruz, el cual decía: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS.*

20 *Y muchos de los judíos leyeron este título; porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad, y el título estaba escrito en hebreo, en griego y en latín.*

21 *Dijeron a Pilato los principales sacerdotes de los judíos: No escribas: Rey de los judíos; sino, que él dijo: Soy Rey de los judíos.*

22 *Respondió Pilato: Lo que he escrito, he escrito.*

17. Salió al lugar. Las circunstancias que aquí se relatan contribuyen en gran medida, no sólo a mostrar la verdad de la narración, sino también a fortalecer nuestra fe. Debemos buscar la justicia a través de la satisfacción hecha por Cristo. Para demostrar que él es el sacrificio por nuestros pecados, quiso ser sacado de la ciudad y colgado de un madero; porque la costumbre era, de conformidad con el mandato de la Ley, que los sacrificios, cuya sangre era derramada por el pecado, se llevaran a cabo fuera del campamento (**Levítico 6:30; 16:27**), y la misma Ley declara eso

maldito por Dios es el colgado (Deuteronomio 21:23).

Ambos se cumplieron en Cristo, para que estemos plenamente convencidos de que se ha hecho expiación por nuestros pecados mediante el sacrificio de su muerte;

Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (Gálatas 3:13),

que

él fue hecho pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él, (2 Corintios 5:21;)

que fue sacado de la ciudad, para poder llevar consigo y quitar nuestras impurezas que le fueron impuestas (**Hebreos 12:12**). Con el mismo propósito es la declaración sobre los ladrones, que inmediatamente sigue:

18. Y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio. Como si la severidad del castigo no hubiera sido suficiente por sí sola, lo cuelgan *en medio* de dos

ladrones, como si no sólo hubiera merecido ser clasificado con otros ladrones, sino que hubiera sido el más malvado y el más detestable de ellos. Siempre debemos recordar que los malvados verdugos de Cristo no hicieron nada más que lo que había sido determinado por la mano y el propósito de Dios; porque Dios no entregó a su Hijo a sus pasiones desaforadas, sino que determinó que, según su propia voluntad y beneplácito, fuera ofrecido en sacrificio. Y si existieran las mejores razones para el propósito de Dios en todas aquellas cosas que determinó que su Hijo padeciera, deberíamos considerar, por un lado, el peso terrible de su ira contra el pecado, y, por otro lado, su infinita bondad para con nosotros. Nuestra culpa no podría ser eliminada de otra manera que si el Hijo de Dios se convirtiera en maldición por nosotros. Lo vemos expulsado a un lugar maldito, como si hubiera sido contaminado por una masa de todo tipo de crímenes, para que allí pudiera parecer maldito ante Dios y los hombres. Seguramente somos prodigiosamente torpes si no vemos claramente en este espejo con qué aborrecimiento Dios considera el pecado; y somos más duros que las piedras, si no temblamos ante un juicio como este.

Cuando, por otra parte, Dios declara que nuestra salvación era tan querida para él, que no perdonó a su Hijo unigénito, ¡qué bondad tan abundante y qué gracia asombrosa contemplamos aquí! Quien, entonces, considere justamente las causas de la muerte de Cristo, junto con el beneficio que nos reporta, no considerará, como *los griegos, la doctrina de la cruz una locura*, ni, como los judíos, lo considerará *una ofensa (1 Corintios 1:23)*, sino más bien una muestra y una garantía invaluable del poder, la sabiduría, la justicia y la bondad de Dios.

Cuando Juan dice que el nombre del lugar era *Gólgota*, quiere decir que, en el idioma caldeo o siríaco, se llamaba גלגלתא, (*Gulgaltha*). El nombre se deriva de גלגל, (*Gilgel*), que significa *rodar*; porque una *calavera* es redonda como una pelota o globo.

19. Escribió también Pilato un título. El evangelista relata una acción memorable de Pilato, después de haber pronunciado la sentencia. Quizás sea cierto que era costumbre colocar *títulos* cuando se ejecutaba a los malhechores, para que la causa del castigo fuera conocida por todos y pudiera servir como ejemplo. Pero en Cristo existe esta circunstancia extraordinaria: el *título* que se le atribuye no implica deshonor; porque la intención de Pilato era vengarse indirectamente de los judíos (quienes, por su obstinación, le habían arrancado una injusta sentencia de muerte a un hombre inocente) y, en la persona de Cristo, echar la culpa a toda la nación. Por tanto, no acusa a Cristo de haber cometido ningún delito.

Pero la providencia de Dios, que guio la pluma de Pilato, tenía a la vista un objetivo más elevado. De hecho, a Pilato no se le ocurrió celebrar a Cristo como el Autor de la salvación, el Nazareno de Dios y el Rey de un pueblo elegido; pero Dios le dictó esta recomendación del Evangelio, aunque él no sabía el significado de lo que escribió. Fue la misma guía secreta del Espíritu la que hizo que el título se publicara en tres idiomas; porque no es probable que ésta fuera una práctica ordinaria, pero el Señor mostró, mediante este arreglo preparatorio, que ya había llegado el momento en que el nombre de su Hijo debería darse a conocer en toda la tierra.

21. Dijeron a Pilato los principales sacerdotes de los judíos. Sienten que han sido duramente reprendidos; y, por lo tanto, desearían que se cambiara *el título*, para no involucrar a la nación en la desgracia, sino para echarle toda la culpa a Cristo. Pero, sin embargo, no ocultan su profundo odio hacia la verdad, ya que la más mínima chispa de ella es más de lo que son capaces de soportar. Así, Satanás siempre insta a sus siervos a esforzarse en extinguir, o al menos ahogar, con sus propias tinieblas, la luz de Dios, tan pronto como aparece el más débil rayo de ella.

22. Lo que he escrito, he escrito. La firmeza de Pilato debe atribuirse a la providencia de Dios; porque no puede haber duda de que intentaron, de diversas maneras, cambiar su resolución. Sepamos, por tanto, que fue sostenido por una mano divina, de modo que permaneció impasible. Pilato no cedió a las oraciones de los sacerdotes ni se dejó corromper por ellos; pero Dios testificó, por su boca, la firmeza y estabilidad del reino de su Hijo. Y si en los escritos de Pilato el reino de Cristo se muestra tan firme que no puede ser sacudido por todos los ataques de sus enemigos, ¿qué valor debemos atribuir a los testimonios de los Profetas, cuyas lenguas y manos ¿Dios consagrado a su servicio?

El ejemplo de *Pilato* nos recuerda también que es nuestro deber permanecer firmes en la defensa de la verdad. Un pagano se niega a retractarse de lo que justa y apropiadamente ha escrito acerca de Cristo, aunque no entendió ni consideró lo que estaba haciendo. ¡Cuán grande, entonces, será nuestra deshonra si, aterrorizados por las amenazas o peligros, nos retiramos de la profesión de su doctrina, que Dios ha sellado en nuestros corazones por su Espíritu! Además, debe observarse cuán detestable es la tiranía de los papistas, que prohíbe la lectura del Evangelio y de toda la Escritura al pueblo común. Pilato, aunque era un hombre reprobado y, en otros aspectos, un instrumento de Satanás, fue designado, por guía secreta, para ser heraldo del Evangelio, a fin de publicar un breve resumen del mismo en tres idiomas. ¿Qué rango, entonces, asignaremos a aquellos que hacen todo lo posible para suprimir el conocimiento de ello, ya que demuestran que son peores que Pilato?

Juan 19:23-24

23 Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo.

24 Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será. Esto fue para que se cumpliese la Escritura.:

23. Cuando los soldados. Los otros evangelistas también mencionan el *partimiento* de las vestiduras de Cristo entre los soldados (**Mateo 27:35; Marcos 15:24; Lucas 23:34**). Había cuatro soldados que se repartieron todas sus vestiduras, excepto la túnica, que, siendo sin costura no se podía dividir, y por eso *echaron suertes* sobre él. Para fijar nuestra mente en la contemplación del propósito de Dios, los evangelistas nos recuerdan que, también en este acontecimiento, hubo un cumplimiento de la Escritura. Sin embargo, se puede pensar que el pasaje que citan del **Salmo 22:18** se aplica de manera inapropiada al tema que nos ocupa; porque, aunque David se queja en él de que fue expuesto como presa de sus enemigos, hace uso de la palabra *vestidos* para denotar metafóricamente toda su propiedad; como si hubiera dicho, en una sola palabra, que "hombres malvados lo habían desnudado"; y, cuando los evangelistas ignoran la figura, se apartan del significado natural del pasaje. Pero debemos recordar, en primer lugar, que el salmo no debe limitarse a David, como se desprende de muchas partes de él, y especialmente de una cláusula en la que está escrito: *Anunciaré tu nombre a mis hermanos*, (**Salmo 22:22**) que debe explicarse como una referencia a Cristo. No debemos preguntarnos, por lo tanto, si lo que en David quedó levemente ensombrecido se contempla en Cristo con toda esa claridad superior que la verdad debería tener, en comparación con la representación figurativa de la misma.

Aprendamos eso también. Cristo fue despojado de sus *vestiduras*, para revestirnos de justicia; que su cuerpo desnudo fue expuesto a los insultos de los hombres, para que podamos comparecer en gloria ante el tribunal de Dios. En cuanto al significado alegórico con el que algunos hombres han torturado este pasaje, al hacer que signifique que los herejes destrozan las Escrituras, es demasiado inverosímil; aunque no me opondría a una comparación como esta: que, así como las *vestiduras* de Cristo fueron divididas una vez por *soldados* impíos, así, en la actualidad, hay hombres perversos que, con invenciones extranjeras, desgarran toda la Escritura, con el que Cristo se reviste, para que pueda manifestarse a nosotros. Pero la maldad de los papistas, acompañada de una escandalosa blasfemia contra Dios, es intolerable. Nos dicen que la Escritura es destrozada por los herejes, pero que *el manto*, es, la Iglesia, permanece entera; y así se esfuerzan por demostrar que, sin prestar atención alguna a la autoridad de las Escrituras, la unidad de la fe consiste en el mero título de la Iglesia; como si la unidad de la Iglesia estuviera basada en algo más

que la autoridad de las Escrituras. Por lo tanto, cuando separan la fe de las Escrituras, para que pueda continuar unida únicamente a la Iglesia, con tal divorcio no sólo despojan a Cristo de sus *vestiduras*, sino que desgarran su cuerpo mediante un sacrilegio espantoso. Y aunque admitamos lo que sostienen, que *la túnica sin costura* es una figura de la Iglesia, estarán muy lejos de entender su punto: porque aún quedará por demostrar que la Iglesia está puesta bajo su autoridad, por supuesto. de los cuales no muestran señal alguna.

Juan 19:25-27

25 Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena.

26 Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo.

27 Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.

25. Estaban junto a la cruz de Jesús. El evangelista menciona aquí incidentalmente que, si bien Cristo obedeció a Dios Padre, no dejó de cumplir con el deber que debía, como hijo, hacia *su madre*. Es cierto que se olvidó de sí mismo y olvidó todo lo necesario para cumplir con la obediencia a su Padre, pero, después de haber cumplido con ese deber, no descuidó lo que debía a *su madre*. De ahí que aprendamos de qué manera debemos cumplir con nuestro deber hacia Dios y hacia los hombres. Sucede a menudo que, cuando Dios nos llama a realizar cualquier cosa, nuestros padres, o nuestra esposa, o nuestros hijos, nos arrastran en dirección contraria, de modo que no podemos dar igual satisfacción a todos. Si colocamos a los hombres en el mismo rango que Dios, juzgamos mal. Por tanto, debemos dar preferencia al mandamiento, la adoración y el servicio de Dios; después de lo cual, en la medida de nuestras posibilidades, debemos dar a los hombres lo que les corresponde.

Y, sin embargo, los mandamientos de la primera y segunda tabla de la Ley nunca chocan entre sí, aunque a primera vista parezcan hacerlo; pero debemos comenzar con la adoración de Dios, y luego asignar a los hombres un lugar inferior. Tal es el significado de las siguientes declaraciones:

El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí (Mateo 10:37),

y,

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. (Lucas 14:26).

Por lo tanto, debemos dedicarnos a los intereses de los hombres, para no interferir en ningún grado con la adoración y obediencia que debemos a Dios. Cuando hayamos obedecido a Dios, será el momento adecuado para pensar en los padres, la esposa y los hijos; como Cristo atiende a *su madre*, pero es después que está en la cruz, a la que ha sido llamado por decreto de su Padre.

Sin embargo, si atendemos al momento y lugar en que sucedieron estas cosas, el afecto de Cristo por su madre era digno de admiración. No digo nada de las severas torturas de su cuerpo; No digo nada de los reproches que sufrió; pero, aunque las horribles blasfemias contra Dios llenaron su mente de un dolor inconcebible, y aunque sostuvo una lucha terrible con la muerte eterna y con el diablo, ninguna de estas cosas le impide estar ansioso por *su madre*. También podemos aprender de este pasaje cuál es el honor que Dios, por la Ley, nos ordena rendir a los padres (**Éxodo 20:12**). Cristo nombra *al discípulo* como su sustituto y le encarga que sostenga y cuide de *su madre*; y de aquí se sigue que el honor que se debe a los padres no consiste en una fría ceremonia, sino en el cumplimiento de todos los deberes necesarios.

Por otra parte, debemos considerar la fe de aquellas santas mujeres. Es cierto que, al seguir a Cristo hasta la cruz, demostraron un afecto más que ordinario; pero, si no hubieran sido sostenidos por la fe, nunca podrían haber estado presentes en esta exposición. En cuanto al propio Juan, inferimos que, aunque su fe fue ahogada por un corto tiempo, no se extinguió por completo. ¡Cuán vergonzoso será si el temor a la cruz nos disuade de seguir a Cristo, cuando la gloria de su resurrección se presenta ante nuestros ojos, mientras que las mujeres no vieron en ella más que deshonra y maldición!

María mujer de Cleofás, y María Magdalena. La llama esposa o hija *de Cleofás*; pero prefiero la última interpretación. Dice que ella era *hermana de la madre de Jesús* y, al decirlo, adopta la fraseología del idioma hebreo, que incluye primos y otros parientes bajo el término *hermanos*. Vemos que no fue en vano que *María Magdalena* fue liberada de *siete demonios* (**Marcos 16:9; Lucas 8:2**), ya que ella demostró, hasta el final, ser una discípula tan fiel a Cristo.

26. Mujer, he ahí tu hijo. Como si hubiera dicho: “De ahora en adelante no seré habitante de la tierra, para tener en mi poder cumplir contigo los deberes de *un hijo*; y, por tanto, pongo a este hombre en mi habitación, para que pueda desempeñar mi oficio”. Lo mismo quiere decir cuando le dice a Juan:

He ahí tu madre. Porque con estas palabras le encarga que la trate como a una *madre* y que la cuide tanto como si hubiera sido su propia *madre*.

¡Al abstenerse de mencionar el nombre de *su madre* y al llamarla simplemente Mujer! algunos piensan que lo hizo para no traspasar su corazón con una herida más profunda. No me opongo a esta opinión; pero hay otra conjetura que es igualmente probable: que Cristo pretendía mostrar que, después de haber completado el curso de la

vida humana, deja la condición en la que había vivido y entra en el reino celestial, donde ejercerá dominio sobre ángeles y hombres; porque sabemos que Cristo siempre estuvo acostumbrado a proteger a los creyentes de mirar la carne, y era especialmente necesario que esto se hiciera en su muerte.

27. El discípulo la recibió en su casa. Es una muestra de la reverencia que un *discípulo* debe a su maestro, que Juan obedezca tan fácilmente el mandato de Cristo. De ahí también es evidente que los Apóstoles tenían sus familias; porque Juan no podría haber ejercido hospitalidad hacia la madre de Cristo, ni haberla *acogido en su propia casa*, si no hubiera tenido una casa y un modo de vida regular. Son, por tanto, tontos aquellos hombres que piensan que los Apóstoles renunciaron a sus propiedades y vinieron a Cristo desnudos y vacíos; pero son peores que los necios los que hacen que la perfección consista en la mendicidad.

Juan 19:28-30

28 Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed.

29 Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca.

30 Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu.

28. Sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado. Juan deliberadamente pasa por alto muchas cosas que relatan los otros tres evangelistas. Ahora describe el último acto, que fue un evento de mayor importancia. Cuando Juan dice que allí *se colocó una vasija*, habla de ello como algo que era costumbre. Ha habido mucha controversia sobre este tema; pero estoy de acuerdo con quienes piensan (y, de hecho, la costumbre está probada por la historia) que era una especie de bebida administrada generalmente con el propósito de acelerar la muerte de los desdichados malhechores, cuando habían sufrido suficientes torturas. Cabe señalar que Cristo no pide nada de *beber* hasta que *todo se haya consumado*; y así testificó su infinito amor hacia nosotros y la inconcebible seriedad de su deseo de promover nuestra salvación. No hay palabras que puedan expresar plenamente la amargura de los dolores que soportó; y, sin embargo, no desea ser liberado de ellos hasta que la justicia de Dios haya sido satisfecha y hasta que haya hecho una expiación perfecta.

Pero ¿cómo dice que todo se cumplió, mientras aún quedaba por cumplir la parte más importante, es decir, su muerte? Además, ¿no contribuye su resurrección a la *realización* de nuestra salvación? Respondo: Juan incluye las cosas que iban a seguir inmediatamente. Cristo aún no había muerto y aún no había resucitado; pero vio que ya no quedaba nada que le impidiera avanzar hacia la muerte y la resurrección. De esta manera nos instruye, con su propio ejemplo, a rendir perfecta obediencia, para que no nos resulte difícil vivir según su buena voluntad, aunque debamos languidecer en medio de los dolores más insoportables.

Para que la Escritura se cumpliera. De lo declarado por los otros evangelistas (**Mateo 27:48; Marco 15:23, 36; Lucas 23:36**), se puede concluir fácilmente que el pasaje al que se hace referencia es **Salmo 69:21**,

Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre.

Es, sin duda, una expresión metafórica, y David quiere decir con ella, no sólo que le negaron la ayuda que necesitaba, sino que agravaron cruelmente sus angustias. Pero no

hay inconsecuencia al decir que lo que había sido vagamente ensombrecido en David se exhibió más claramente en Cristo: porque así podemos percibir más plenamente la diferencia entre la verdad y las figuras, cuando las cosas que David sufrió, sólo en forma figurada, se manifiestan clara y perfectamente en Cristo. Para mostrar que él era la persona que David representaba, Cristo escogió beber *vinagre*; y lo hizo con el propósito de fortalecer nuestra fe.

Tengo sed. Aquellos que inventan un significado metafórico para la palabra *sed*, como si quisiera decir que, en lugar de una bebida placentera y agradable, le dieron amargura, como si quisieran desollarle la garganta, están más deseosos de ser considerados ingeniosos que de promover la verdadera edificación; y, en efecto, son expresamente refutadas por el evangelista, quien dice que Cristo pidió vinagre cuando estaba al borde de la muerte; de lo cual se desprende que no deseaba ningún lujo.

29. Empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo. Cuando dice que *pusieron la esponja sobre hisopo*, el significado es que la sujetaron al extremo de un manojo de *hisopo*, para que pudiera llevarse a la boca de Cristo; porque en ese país los *hisopos* crecen tan grandes como pequeños arbustos.

30. Consumado es. Repite la misma palabra que había empleado últimamente. Ahora bien, esta palabra que emplea Cristo bien merece nuestra atención; porque muestra que todo el logro de nuestra salvación, y todas sus partes, están contenidos en su muerte. Ya hemos dicho que su resurrección no está separada de su muerte, pero Cristo sólo pretende mantener nuestra fe fijada sólo en él mismo, y no permitir que se desvíe en ninguna dirección. El significado, por tanto, es que todo lo que contribuye a la salvación de los hombres se encuentra en Cristo y no debe buscarse en ningún otro lugar; o (lo que viene a ser lo mismo) que la perfección de la salvación está contenida en él.

También hay un contraste implícito; porque Cristo contrasta su muerte con los antiguos sacrificios y con todas las figuras; como si hubiera dicho: “De todo lo que se practicaba bajo la *Ley*, no había nada que tuviera poder en sí mismo para hacer expiación por los pecados, apaciguar la ira de Dios y obtener la justificación; pero ahora la verdadera salvación se exhibe y se manifiesta al mundo”. De esta doctrina depende la abolición de todas las ceremonias de la *Ley*; porque sería absurdo seguir las sombras, ya que tenemos el cuerpo en Cristo.

Si damos nuestro consentimiento a esta palabra que Cristo pronunció, deberíamos estar satisfechos sólo con su muerte para salvación, y no tenemos la libertad de solicitar

ayuda en ningún otro lugar; porque aquel que fue enviado por el Padre Celestial para obtener para nosotros la absolución total y realizar nuestra redención, sabía bien lo que le correspondía a su oficio y no falló en lo que sabía que se le exigía. Fue principalmente con el propósito de dar paz y tranquilidad a nuestras conciencias que pronunció esta palabra: *Consumado es*. Detengámonos aquí, por tanto, si no queremos ser privados de la salvación que él nos ha procurado.

Pero toda la religión del Papado tiende a llevar a los hombres a idear innumerables métodos para buscar la salvación; y de ahí inferimos que está lleno hasta rebosar de abominables sacrilegios. Más especialmente, esta palabra de Cristo condena la abominación de la Misa. Todos los sacrificios de la Ley deben haber cesado, porque la salvación de los hombres se ha completado con el único sacrificio de la muerte de Cristo. ¿Qué derecho tienen entonces los papistas, o qué excusa plausible pueden dar para decir que están autorizados a preparar un nuevo sacrificio para reconciliar a Dios con los hombres? Responden que no es un nuevo sacrificio, sino el mismo sacrificio que Cristo ofreció. Pero esto es fácilmente refutable; porque, en primer lugar, no tienen mandato para ofrecerlo; y, en segundo lugar, Cristo, habiendo cumplido una vez, con una sola oblación, todo lo que era necesario hacer, declara, desde la cruz, que todo *está consumado*. Por lo tanto, son peores que los falsificadores, porque perversamente corrompen y falsifican el testamento sellado con la preciosa sangre del Hijo de Dios.

Entregó el espíritu. Todos los evangelistas tienen mucho cuidado en mencionar la muerte de Cristo, y de la manera más apropiada; porque de ella obtenemos nuestra confiada esperanza de vida, y también obtenemos de ella un triunfo valiente sobre la muerte, porque el Hijo de Dios la ha soportado en nuestra habitación y, en su contienda con ella, ha salido victorioso. Pero debemos prestar atención a la fraseología que emplea Juan, y que nos enseña, que todos los creyentes, que mueren con Cristo, encomiendan pacíficamente sus almas a la tutela de Dios, quien es fiel y no permitirá que perezca lo que se ha comprometido a preservar. Los hijos de Dios, así como los réprobos, mueren; pero hay entre ellos esta diferencia, que el réprobo entrega el alma, sin saber adónde va, ni qué pasa con ella; mientras que los hijos de Dios lo encomiendan, como un encargo precioso, a la protección de Dios, quien lo guardará fielmente hasta el día de la resurrección. La palabra *espíritu* se usa aquí manifiestamente para denotar el alma inmortal.

Juan 19:31-37

31 *Entonces los judíos, por cuanto era la preparación de la pascua, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el día de reposo (pues aquel día de reposo era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados de allí.*

32 *Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y asimismo al otro que había sido crucificado con él.*

33 *Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas.*

34 *Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua.*

35 *Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis.*

36 *Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo.*

37 *Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron.*

31. Por cuanto era la preparación. Esta narrativa tiende también a la edificación de nuestra fe; primero, porque muestra que lo predicho en las Escrituras se cumple en la persona de Cristo; y, en segundo lugar, porque encierra un misterio de valor extraordinario. El evangelista dice que *los judíos rogaron* que los cuerpos fueran bajados de las cruces. Sin duda, esto había sido ordenado por la Ley de Dios; pero los judíos, como suele ocurrir con los hipócritas, dirigen toda su atención a los asuntos pequeños y, sin embargo, pasan por alto los crímenes más grandes sin dudarlos; porque, para observar estrictamente su sábado, tienen cuidado de evitar la contaminación exterior; y, sin embargo, no consideran cuán espantoso es el crimen de quitarle la vida a un hombre inocente. Así vimos un poco antes, que

no entraron en el pretorio por no ser contaminados (Juan 18:28)

mientras toda la nación estaba contaminada por su maldad. Sin embargo, por medio de ellos, el Señor lleva a cabo lo que era de la mayor importancia para nuestra salvación: que, por un arreglo maravilloso, el cuerpo de Cristo permanece ileso y *sangre y agua brotan de su costado*.

Pues aquel día de reposo era de gran solemnidad. Otra lectura más generalmente aprobada es, *y ese sábado fue grande*; pero la lectura que he adoptado está respaldada por muchos manuscritos antiguos y de gran autoridad. Dejemos que el lector elija por sí mismo. Si leemos ἐκείνου en el caso genitivo, (ἐκείνου τοῦ σαββάτου de ese sábado) debe

entenderse que la palabra sábado denota la semana; como si el evangelista hubiera dicho que la fiesta de esa semana era muy solemne a causa de la Pascua. Nótese que el evangelista habla del día siguiente, que comenzó al atardecer. Pero, si elegimos leer ἐκείνη, en el caso nominativo, ἦν γὰρ μεγάλη ἡ ἡμέρα ἐκείνη τοῦ σαββάτου, y *aquel día de reposo era de gran solemnidad*, el significado será casi el mismo en sustancia; sólo habría esta diferencia en las palabras, que la Pascua, que tendría lugar al día siguiente, haría que ese sábado fuera más solemne.

33. Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto. Que rompan las piernas de los dos ladrones, y después de haberlo hecho, descubran que Cristo ya está muerto, y por tanto no toquen su cuerpo, parece ser una obra muy extraordinaria de la providencia de Dios. Los hombres impíos, sin duda, dirán que sucede naturalmente que un hombre muere antes que otro; pero, si examinamos cuidadosamente todo el curso de la narración, nos veremos obligados a atribuirlo al propósito secreto de Dios, que la muerte de Cristo se produjo mucho más rápidamente de lo que los hombres podrían haber esperado, y que esto evitó sus piernas de ser rotas.

34. Pero uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza. Cuando *el soldado atravesó el costado de Cristo con su lanza*, lo hizo con el fin de comprobar si estaba muerto; pero Dios tenía un objetivo más elevado a la vista, como veremos inmediatamente. Fue una invención infantil de los papistas cuando, a partir de la palabra griega λόγχε, que significa lanza, inventaron el nombre propio de un hombre, y llamaron a este soldado Longino y, para darle un aire de plausibilidad a su historia, Neciamente alegó que antes había sido ciego y que, después de haber recibido la vista, se convirtió a la fe. Así lo han colocado en el catálogo de los santos. Dado que sus oraciones, siempre que invocan a Dios, descansan en tales intercesores, ¿qué podrán obtener alguna vez? Pero los que desprecian a Cristo y buscan la intercesión de los muertos, merecen que el diablo los conduzca a fantasmas y espectros.

Y al instante salió sangre y agua. Algunos hombres se han engañado imaginando que esto era un milagro; porque es natural que la sangre, cuando se congela, pierda su color rojo y llegue a parecerse al agua. Es bien sabido también que el agua está contenida en la membrana que linda inmediatamente con los intestinos. Lo que los ha descarriado es que el evangelista se esfuerza tanto en explicar que la sangre fluyó junto con el agua, como si estuviera relatando algo inusual y contrario al orden de la naturaleza. Pero él tenía una intención completamente diferente; es decir, para acomodar su narrativa a los pasajes de las Escrituras que inmediatamente adjunta, y más especialmente para que los creyentes puedan inferir de ella lo que afirma en otra parte, que Cristo vino con agua y sangre (1

Juan 5:6) significa que Cristo trajo la verdadera expiación y el verdadero lavamiento; porque, por una parte, el perdón de los pecados y la justificación, y, por otra, la santificación del alma, estaban prefigurados en la Ley por esos dos símbolos, los sacrificios y los lavamientos. En los sacrificios, la sangre expía los pecados y era el rescate para apaciguar la ira de Dios. Los lavamientos eran las señales de la verdadera santidad y los remedios para eliminar la impureza y las contaminaciones de la carne.

Para que la fe ya no se base en estos elementos, Juan declara que el cumplimiento de ambas gracias es en Cristo; y aquí nos presenta una muestra visible del mismo hecho. Los sacramentos que Cristo ha dejado a su Iglesia tienen el mismo diseño; porque la purificación y santificación del alma, que consiste en la novedad de vida (**Romanos 6:4**), se nos indica en el bautismo, y la Cena del Señor es la prenda de una expiación perfecta. Pero difieren mucho de las antiguas figuras de la Ley; porque exhiben a Cristo como presente, mientras que las figuras de la Ley señalaban que todavía estaba lejos. Por esta razón no me opongo a lo que dice Agustín, que nuestros sacramentos han brotado del costado de Cristo; porque, cuando el bautismo y la Cena del Señor nos llevan al costado de Cristo, para que por la fe podamos sacar de él, como de una fuente, lo que representan, entonces somos verdaderamente lavados de nuestras contaminaciones y renovados a una vida santa, y luego ¿Vivimos verdaderamente ante Dios, redimidos de la muerte y liberados de la condenación?

36. No será quebrado hueso suyo. Esta cita está hecha de **Éxodo 12:46** y **Números 9:12**, donde Moisés trata del cordero pascual. Tenga en cuenta que Moisés da por sentado que ese cordero era una figura del verdadero y único sacrificio por el cual la Iglesia debía ser redimida. Esto tampoco es incompatible con el hecho de que fue sacrificado como memorial de una redención que ya se había realizado; porque, si bien Dios tenía la intención de que celebrara el favor anterior, también tenía la intención de que exhibiera la liberación espiritual de la Iglesia, que aún estaba en el futuro. Por eso Pablo, sin dudar, aplica a Cristo la regla que Moisés establece sobre comer el cordero:

porque incluso Cristo, nuestra Pascua, es sagrado para nosotros. Por tanto, celebremos la fiesta, no con levadura vieja, ni con levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura de sinceridad y de verdad (1 Corintios 5:7-8).

De esta analogía o semejanza, la fe no obtiene ninguna ventaja ordinaria, porque, en todas las ceremonias de la Ley, contempla la salvación que ha sido manifestada en Cristo. Tal es también el designio del evangelista Juan, cuando dice que Cristo no sólo fue la prenda de nuestra redención, sino también el precio de ella, porque en él vemos cumplido

lo que antiguamente se exhibía al pueblo antiguo bajo la figura del Pasqua. Así también se recuerda a los judíos que deben buscar en Cristo la sustancia de todas aquellas cosas que la Ley prefiguró, pero que en realidad no cumplió.

37. Mirarán al que traspasaron. Este pasaje es violentamente torturado por aquellos que se esfuerzan por explicarlo literalmente como una referencia a Cristo. El evangelista muestra que Cristo es ese Dios que anteriormente se quejó, por Zacarías, de que los judíos le *traspasaron* el corazón (**Zacarías 12:10**). Ahora, Dios habla allí a la manera de los hombres, declarando que está herido por los pecados de su pueblo, y especialmente por su obstinado desprecio de su palabra, de la misma manera que un hombre mortal recibe una herida mortal cuando su corazón es traspasado; como dice, en otra parte, que *su Espíritu estaba profundamente entristecido*. Ahora, como Cristo es *Dios manifestado en la carne* (**1 Timoteo 3:16**), Juan dice que en su carne visible se cumplió claramente lo que su Divina Majestad había soportado de los judíos, en la medida en que fuera capaz de resistir; no es que Dios pueda verse afectado en absoluto por los ultrajes de los hombres, o que los reproches que le lanzan desde la tierra alguna vez le lleguen, sino porque con este modo de expresión pretendía declarar con qué enorme sacrilegio es la maldad de los hombres, cuando se levantan en rebelión contra el cielo. Lo que fue hecho por la mano de un soldado romano, el evangelista Juan justamente lo imputa a los judíos; como se dice en otros lugares *que crucificaron al Hijo de Dios* (**Hechos 2:36**), aunque no pusieron un dedo sobre su cuerpo.

Ahora surge una pregunta en cuanto a este pasaje tomado del profeta: ¿Promete Dios a los judíos arrepentimiento para salvación, o amenaza con venir como vengador? Por mi parte, cuando examino de cerca el pasaje, creo que incluye ambos; a saber, que de una nación inútil y sin principios Dios reunirá un remanente para salvación, y que, mediante su terrible venganza, mostrará a los despreciadores con quién tienen que tratar; porque sabemos que solían tratar a los profetas con tanta insolencia como si los profetas no hubieran contado nada más que fábulas y no hubieran recibido ninguna comisión de Dios. Dios declara que no quedarán impunes, porque finalmente mantendrá su causa.

Juan 19:38-42

38 Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos, rogó a Pilato que le permitiese llevarse el cuerpo de Jesús; y Pilato se lo concedió. Entonces vino, y se llevó el cuerpo de Jesús.

39 También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras.

40 Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos.

41 Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno.

42 Allí, pues, por causa de la preparación de la pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús.

38. José de Arimatea rogó a Pilato. Juan ahora relata por quién, en qué lugar y con qué magnificencia Cristo fue sepultado. Menciona dos personas que enterraron a Cristo; a saber, *José* y *Nicodemo*, el primero de los cuales pidió a Pilato que le entregara el cadáver, que de otro modo habría estado expuesto a la violencia ilegal de los soldados. Mateo (**Mateo 27:57**) dice que era un *hombre rico*, y Lucas (**Lucas 23:50**) dice que era *miembro del concilio*; es decir, tenía el rango de senador. En cuanto a *Nicodemo*, hemos visto, en el Capítulo Tercero de este Evangelio, que ocupaba un rango honorable entre sus propios compatriotas; y que también era *rico*, se puede inferir fácilmente del gran gasto que hizo para conseguir este *compuesto*.

Por lo tanto, hasta ahora las *riquezas* les habían impedido profesar ser discípulos de Cristo, y después podrían tener no menos influencia para impedirles hacer una profesión tan odiada y aborrecida. El evangelista dice expresamente que *José* anteriormente, por este *miedo*, se había visto impedido de aventurarse a declarar abiertamente que era un *discípulo* de Cristo; y en cuanto a *Nicodemo*, repite lo que ya hemos visto, que vino a Jesús en secreto y *de noche* (**Juan 3:2** y **Juan 7:50**). ¿De dónde, por tanto, derivan una magnanimidad tan heroica que, cuando los asuntos están en su punto más bajo, salen sin miedo a la vista del público? No digo nada del gran y evidente peligro en que debieron correr; pero lo más importante es que no tuvieron escrúpulos en ponerse en un estado de guerra perpetua con su propia nación. Por lo tanto, es cierto que esto fue realizado por un impulso celestial, de modo que aquellos que, *por miedo*, no le rindieron el honor debido mientras estaba vivo, ahora corren hacia su cadáver, como si se hubieran convertido en hombres nuevos.

Traen sus especias para embalsamar el cuerpo de Cristo; pero nunca lo habrían hecho si hubieran estado perfumados con el dulce aroma de su muerte. Esto muestra la verdad de lo que Cristo había dicho.

Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto (Juan 12:24).

Porque aquí tenemos una prueba sorprendente de que su muerte fue más vivificante que su vida; y tan grande fue la eficacia de ese dulce dicho que la muerte de Cristo transmitió a las mentes de aquellos dos hombres, que rápidamente extinguió todas las pasiones pertenecientes a la carne. Mientras reinaron en ellos la ambición y el amor al dinero, la gracia de Cristo no tuvo encanto para ellos; pero ahora empiezan a despreciar al mundo entero.

Además, aprendamos que su ejemplo nos muestra lo que le debemos a Cristo. Esos dos hombres, como testimonio de su fe, no sólo bajaron a Cristo de la cruz con gran riesgo, sino que con valentía lo llevaron a la tumba. Nuestra pereza será vil y vergonzosa si, ahora que él reina en la gloria celestial, le negamos la confesión de nuestra fe. Tanto menos excusable es la maldad de aquellos que, aunque ahora niegan a Cristo con vil hipocresía, abogan en su nombre por el ejemplo de Nicodemo. En una cosa, admito, se parecen a él: se esfuerzan, en la medida de sus posibilidades, por enterrar a Cristo; pero el tiempo de la sepultura ha pasado, ya que ha ascendido a la diestra del Padre, para reinar gloriosamente sobre los ángeles y los hombres, y toda lengua proclame su dominio (**Filipenses 2:9, 10**).

Que era discípulo de Jesús. Cuando percibimos que el evangelista concede a *José* el honorable título de *discípulo*, en un momento en que era excesivamente tímido y no se atrevía a profesar su fe ante el mundo, aprendemos de él con qué gracia actúa Dios hacia su pueblo, y con qué paternal bondad perdona sus ofensas. Y, sin embargo, no tienen derecho a jactarse los falsos *Nicodemitas*, que no sólo mantienen oculta su fe en su propio pecho, sino que, pretendiendo dar su consentimiento a supersticiones perversas, hacen todo lo que está a su alcance para negar que son *discípulos* de Cristo.

Pero secretamente por miedo de los judíos. Al contrastar este temor con la santa valentía que el Espíritu del Señor obró en el corazón de *José*, hay razones para creer que no estaba libre de culpa. No es que todo temor con el que los creyentes se protegen contra los tiranos y enemigos de la Iglesia sea defectuoso, sino porque la debilidad de la fe se manifiesta siempre que la confesión de fe se retiene *por temor*. Siempre debemos considerar lo que el Señor manda y hasta dónde nos pide avanzar. El que se detiene a mitad del curso demuestra

que no confía en Dios, y el que valora más su propia vida que el mandato de Dios no tiene excusa.

40. Según es costumbre sepultar entre los judíos. Cuando Cristo sufrió una ignominia extrema en la cruz, Dios determinó que su entierro fuera honorable, a fin de que sirviera de preparación para la gloria de su resurrección. El dinero gastado en ello por *Nicodemo* y *José* es muy grande, y algunos pueden pensar que es superfluo; pero debemos considerar el diseño de Dios, quien incluso los guio, por su Espíritu, a rendir este honor a su propio Hijo, para que, con el dulce olor de su tumba, pudiera quitar nuestro temor a la cruz. Pero aquellas cosas que se excluyen del curso ordinario no deben considerarse como un ejemplo.

Además, el evangelista afirma expresamente que fue enterrado según *la costumbre de los judíos*. Con estas palabras nos informa que esta era una de las ceremonias de la Ley; porque los antiguos, que no recibieron una declaración tan clara de la resurrección, y que no tenían tal demostración y promesa de ella como la que tenemos en Cristo, necesitaban tales ayudas para sostenerse, para poder creer firmemente y esperar la venida del Mediador. Debemos, por tanto, prestar atención a la distinción entre nosotros, que hemos sido iluminados por el brillo del Evangelio, y aquellos, a quienes las figuras suplieron la ausencia de Cristo. Esta es la razón por la cual se podría entonces tener en cuenta una mayor pompa de ceremonias, que, en la *actualidad*, no estarían libres de censura; porque aquellos que ahora entierran a los muertos con un gasto tan grande, no entierran propiamente a los muertos, sino que, en la medida de sus posibilidades, hacen descender del cielo al mismo Cristo, Rey de la vida, y lo ponen en la tumba, porque su gloriosa resurrección abolió aquellas antiguas ceremonias.

También entre los paganos había gran ansiedad y ceremonia al enterrar a los muertos, lo que sin duda tenía su origen en los antiguos Padres de los judíos, de la misma manera que los sacrificios; pero, como no existía entre ellos ninguna esperanza de resurrección, no eran imitadores de los Padres, sino simios de ellos; porque la promesa y la palabra de Dios es, por así decirlo, el alma que da vida a las ceremonias. Si se quita la palabra, todas las ceremonias que los hombres observan, aunque exteriormente puedan parecerse a la adoración de personas piadosas, no son más que supersticiones tontas o locas. Por nuestra parte, como hemos dicho, debemos ahora mantener sobriedad y moderación en este asunto, porque el gasto desmesurado apaga el dulce olor de la resurrección de Cristo.

41. Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto. Este es el tercer punto, como he dicho, que debe observarse en la historia del entierro. El evangelista lo relata por varias razones. En primer lugar, no sucedió por casualidad, sino por una indudable

providencia de Dios, que el cuerpo de Cristo fuera sepultado *en un sepulcro nuevo*; porque, aunque murió como mueren todos los demás hombres, aun así, como él iba a ser *el primogénito de entre los muertos (Colosenses 1:18)* y *las primicias de los que resucitan, (1 Corintios 15:20)* él tenía *un sepulcro nuevo, en el que nunca se había puesto a ninguna persona*. Es cierto que *Nicodemo* y *José* tenían un objetivo diferente en vista; porque, a consecuencia del poco tiempo que quedaba hasta la puesta del sol, que era el comienzo del sábado, consideraron la conveniencia del lugar, pero, contrariamente a su intención, Dios preparó para su propio Hijo un *sepulcro* que aún no había sido usado. Los hombres buenos simplemente se sienten satisfechos porque *el lugar está cerca*, para no violar el sábado; pero Dios les ofrece lo que no buscaron, para que el entierro de su Hijo tenga alguna señal que lo distinga del rango de otros hombres. La situación local sirvió también para probar la verdad de su resurrección y para arrojar no poca luz sobre la narración que figura en el siguiente capítulo.

Comentario al evangelio de Juan

Capítulo 20

Juan 20:1-9

- 1 *El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro.*
- 2 *Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto.*
- 3 *Y salieron Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro.*
- 4 *Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro.*
- 5 *Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos allí, pero no entró.*
- 6 *Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí,*
- 7 *y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte.*
- 8 *Entonces entró también el otro discípulo, que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó.*
- 9 *Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos.*

1. El primer día de la semana. Como la resurrección de Cristo es el artículo más importante de nuestra fe, y sin ella la esperanza de la vida eterna se extingue, por eso los evangelistas son tanto más cuidadosos en probarla, como Juan aquí recoge muchas pruebas, para asegurarnos que Cristo ha resucitado de entre los muertos. Puede parecer extraño, sin embargo, que no presente testigos más competentes; porque comienza con una mujer; pero así se cumple la palabra de que

lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte (1 Corintios 1:27).

Ciertamente no había nada más grandeza terrenal en los discípulos que en las mujeres que seguían a Cristo; pero como a Cristo le agradó considerarlos como los principales testigos de su resurrección, por este solo motivo su testimonio merece la mayor deferencia y no está sujeto a ninguna objeción. En cuanto a los sacerdotes, y los escribas, y todo el pueblo, e incluso Pilato, nada más que una ceguera grave y voluntaria les impedía creer firmemente que Cristo había resucitado. Todos ellos, pues, merecían que *viendo no vieran*; sin embargo, Cristo se reveló al pequeño rebaño.

Sin embargo, antes de continuar, es necesario mostrar cómo los evangelistas están de acuerdo entre sí; porque, a primera vista, parece haber cierta contradicción en sus palabras. Juan menciona sólo una mujer, *María Magdalena*; **Mateo 28:1** menciona dos,

María Magdalena y la otra María; **Marcos 16:1** menciona tres, *María Magdalena, María* (la madre) *de Santiago y Salomé*; **Lucas 24:10, 22** no fija el número, sino que sólo relata que *vinieron mujeres* que habían seguido a Cristo desde Galilea. Pero la dificultad se resuelve fácilmente de esta manera. Así como Mateo inserta los nombres de dos mujeres que eran más conocidas y tenían la mayor reputación entre los discípulos, Juan se contenta con mencionar solo el nombre de *María Magdalena*, pero sin excluir a los demás; y, de hecho, es evidente, al ver sus palabras en conexión con ellas, que ella no estaba sola, porque, poco después, *María Magdalena* dice, en plural, *No sabemos dónde lo han puesto*. Por lo tanto, aunque Juan no dice nada sobre sus compañeros, los otros evangelistas, que relatan que había muchos con ella, no dicen nada que contradiga la narración de Juan.

La discrepancia en cuanto al *tiempo* puede solucionarse fácilmente. Cuando Juan dice que llegaron antes del amanecer, debemos entender que habían emprendido su viaje durante la oscuridad de la noche; que, antes de llegar al sepulcro, ya había amanecido; y que, al atardecer, después de la puesta del sol, cuando terminó el sábado, habían comprado las especias; y así debe reconciliarse la narrativa de los otros evangelistas.

Se puede pensar que hay otra apariencia de contradicción en lo dicho por Juan, que *María* no habló más que a sí misma y a *Pedro*, mientras que **Lucas 24:10-11** relata que ella vino a los once Apóstoles, y que *sus palabras les parecían locura*. Pero esto se explica fácilmente, porque Juan intencionalmente pasó por alto al resto de los Apóstoles, porque solo él y Pedro fueron al sepulcro. En cuanto a que Lucas mencione sólo a Pedro, es por la misma razón que acabamos de señalar en referencia a *María Magdalena* y el resto de las mujeres. También es probable que los otros nueve discípulos estuvieran restringidos por el miedo, para que no fueran fácilmente observados si iban en grupo. Esto tampoco es incompatible con lo que Lucas parece sugerir, que despreciaron las palabras de María; porque inmediatamente después agrega que *Pedro corrió* (**Lucas 24:12**). Por lo tanto, quiere decir simplemente que, cuando lo escucharon por primera vez, parecieron asombrarse, pero que finalmente *Pedro* se animó y la siguió con el propósito de ver.

Cuando Lucas relata que Cristo se apareció a María antes de que ella hubiera informado a los discípulos que la tumba estaba vacía, el orden de la narración se invierte. Esto es evidente por el contexto, porque agrega lo que, según nos dice Juan, sucedió antes de que ella viera a Jesús; Tampoco hay nada extraño en esto, porque los escritores hebreos frecuentemente relatan primero lo que está después en el orden del tiempo.

El primer día de la semana; o, literalmente, *en el primer día de los sábados*. Los evangelistas no relatan cuándo ni cómo resucitó Cristo; porque les bastó explicar en qué

momento y a qué personas se dio a conocer su resurrección. Por lo tanto, Juan dice que María vino *el primer día de los sábados*. Literalmente, las palabras pueden traducirse en Un (μῑ) *día de los sábados*; pero es costumbre entre los hebreos usar la palabra עֶהָד (*ehad*) *uno*, en lugar de *primero*, porque al calcular comenzamos con *uno*. Ahora bien, como cada séptimo día estaba dedicado al *reposo*, llamaron *sábado* a toda la semana, dando este honor a la santidad del día, que de él tomaba nombre el resto del tiempo. Por tanto, las mujeres vinieron al sepulcro el día después del sábado, habiendo comprado ese mismo día (pero después de la puesta del sol) *especias aromáticas*; y después salió de la ciudad en secreto y en la oscuridad de la noche, como suele hacer la gente cuando tiene miedo. Ahora bien, era *el primer día de los sábados*, con respecto al *sábado* siguiente, porque era el comienzo de la semana, de la cual *el sábado* era el final.

3. Y salieron Pedro. Siendo tan poca fe, o más bien casi nula, tanto en los discípulos como en las mujeres, es asombroso que tuvieran tanto celo; y, de hecho, no es posible que los sentimientos religiosos los llevaran a buscar a Cristo. Por tanto, alguna semilla de fe permaneció en sus corazones, pero se apagó por un tiempo, de modo que no se dieron cuenta de que tenían lo que tenían. Así, el Espíritu de Dios a menudo obra en los elegidos de manera secreta. En resumen, debemos creer que había alguna raíz oculta, de la cual vemos producir fruto. Aunque este sentimiento de piedad que poseían era confuso y estaba acompañado de mucha superstición, todavía le doy, aunque de manera inexacta, el nombre de *fe*, porque fue sólo por la doctrina del Evangelio que fue producido, y no tenía otra tendencia que la de Cristo. De esta semilla brotó finalmente una *fe* verdadera y sincera, que, saliendo del sepulcro, ascendió a la gloria celestial de Cristo.

Cuando la Escritura habla de los débiles comienzos de la fe, dice que Cristo nace en nosotros, y que nosotros, en cambio, nacemos en él; pero los discípulos deben ser colocados casi por debajo de la infancia, porque ignoran la resurrección de Cristo, pero sin embargo el Señor los alimenta como una madre alimenta al niño que está contenido en su vientre. Antes parecían niños y habían progresado un poco, pero la muerte de Cristo los había debilitado tanto que debían ser engendrados *y formados* de nuevo, como dice Pablo: *Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros, (Gálatas 4:19).*

Cuando encontramos que Pedro, aunque se apresuró menos, es el primero en entrar en el sepulcro, aprendamos de ello que muchas personas al final han dado más de lo que parece al principio. Y, de hecho, a veces vemos a muchos, que estaban llenos de fervor al comienzo, ceder cuando llegan al conflicto; mientras que otros, que parecían lentos e indolentes, adquieren un nuevo coraje cuando el peligro se acerca.

5. Vio los lienzos puestos allí. *Los lienzos* podrían considerarse como el botín, destinado a llevar a la creencia en la resurrección de Cristo; porque no era probable que su cuerpo hubiera sido desnudado para trasladarlo a otro lugar. Esto no lo habría hecho ni un amigo, ni siquiera un enemigo.

7. Y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús. Cuando el evangelista dice que le envolvieron *la cabeza* con un *sudario*, refuta la falsedad de los papistas, que pretenden que todo el cuerpo estaba cosido en una sola prenda de lino, que ofrecen al desdichado populacho, llamándola "el santo sudario". No digo nada sobre su gran ignorancia de la lengua latina, que los llevó a suponer que la palabra *sudario* -que *denota* lo que se usa para secar el sudor de la cara, como un *pañuelo*- *significaba* una cubierta para todo el cuerpo; Tampoco digo nada sobre su descaro al jactarse de tener este mismo *sudario* en cinco o seis lugares diferentes. Pero esta flagrante falsedad es intolerable, porque contradice abiertamente la historia evangélica. A esto se añade un milagro fabuloso, que han ideado, a tal efecto, que la semejanza del cuerpo de Cristo continuase siendo visible en el lienzo. Os ruego que, si se hubiera producido tal milagro, ¿no habría dicho nada el evangelista, que tiene tanto cuidado en relatar hechos que no eran de tanta importancia? Quedémonos satisfechos con esta simple visión del asunto: que Cristo, al dejar a un lado las señales de la muerte, tenía la intención de testificar que se había revestido de una vida bendita e inmortal.

8. Y vio y creyó. Es una mala exposición la que algunos dan de estas palabras, que Juan creyó lo que había oído decir a María, es decir, que el cuerpo de Cristo había sido llevado; porque no hay ningún pasaje en el que la palabra *creer* tenga este significado, especialmente cuando se usa simplemente y sin adición alguna. Esto tampoco es incompatible con el hecho de que *Pedro y Juan* regresan a casa, mientras todavía están en duda y perplejidad; porque en algunos pasajes Juan había empleado esta fraseología, cuando pretendía describir el aumento de la fe. Además, **Lucas 24:12** relata que *Pedro se maravilló* al ver el sepulcro en tan buen estado; queriendo decir con esto que Pedro pensó en algo más grande y más elevado que lo que María le había dicho.

9. Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos. Muchas veces habían oído de la boca de Cristo lo que ahora veían con sus ojos, pero esto brotaba de su corazón. Advertidos ahora por la visión de un espectáculo extraño, comienzan a pensar que Cristo tiene algo Divino, aunque todavía están lejos de tener un conocimiento claro y exacto de él. Juan, por tanto, se acusa a sí mismo cuando reconoce que la primera vez que *creyó* fue cuando vio las pruebas de la resurrección de Cristo.

Además, representa con más fuerza su propia culpa y la de sus hermanos, al agregar que no solo habían olvidado las palabras de Cristo, sino que no creían en *las Escrituras*; porque a esta ignorancia atribuye la deficiencia de su fe. De aquí, también, podemos sacar una instrucción útil, que debemos atribuirle a nuestro descuido, cuando ignoramos lo que deberíamos saber acerca de Cristo, porque no hemos aprovechado *las Escrituras* como deberíamos haberlo hecho, ya que revelan claramente la excelencia de Cristo.

Sin ir más lejos para ver un ejemplo de esto, se puede pensar que la resurrección de Cristo se enseña en ellos de manera oscura y sólo bajo figuras; pero el lector atento encontrará testimonios sobradamente claros. Pablo prueba (**Hechos 13:34**) que Cristo debe haber resucitado de entre los muertos, porque Dios declara por el profeta Isaías (**Isaías 55:3**) que, bajo su reinado, *la misericordia prometida a David sería segura*. Una persona poco hábil podría imaginar que lo que Pablo cita no sirve en absoluto para su propósito; pero aquellos que creen en los principios de la fe y conocen bien *las Escrituras*, no tienen dificultad en percibir la fuerza de este argumento; porque, para que el robo, Cristo pueda asegurarnos para siempre la gracia de Dios, Cristo mismo; debe vivir para siempre.

Hay muchos pasajes del mismo tipo que ahora no es necesario recopilar. Por tanto, quedémonos satisfechos con los tres escritos siguientes,

No permitirás que tu Santo vea corrupción (Salmo 16:10).

Pedro y Pablo explican esta predicción como refiriéndose a Cristo (**Hechos 2:27** y **Hechos 13:35**), y con justicia; porque no hay uno entre todos los hijos de Adán que no sea por sí mismo sujeto a corrupción. En consecuencia, allí se declara la inmortalidad de Cristo. Asimismo, está fuera de toda duda que el siguiente pasaje se refiere a Cristo,

Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. (Salmo 110:1).

Ahora bien, la muerte no será destruida hasta el último día. El reino es un titán dado a Cristo hasta el fin del mundo, y este reino no puede existir sin su vida. Pero Isaías habla más claramente que todos los demás cuando, después de haber predicho la muerte de Cristo, inmediatamente agrega que *es imposible declarar su edad (Isaías 53:8)*. En resumen, debemos creer que la doctrina de las Escrituras es tan plena y completa en todos los aspectos que cualquier defecto en nuestra fe debe atribuirse con justicia a la ignorancia de *las Escrituras*.

Juan 20:10-15

10 *Y volvieron los discípulos a los suyos.*

11 *Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro;*

12 *y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto.*

13 *Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.*

14 *Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús.*

15 *Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré.*

10. Y volvieron los discípulos a los suyos. Es posible que sus mentes estuvieran todavía en un estado de duda e incertidumbre cuando regresaron a casa; porque, aunque Juan dice que *creyeron*, su fe no era fuerte, sino que era sólo un recuerdo confuso del milagro y parecía un trance, hasta que se confirmó más plenamente; y, de hecho, no se podía producir una fe fuerte simplemente por lo que habían contemplado. Además, Cristo no se presentó a su vista hasta que hubieron sido más plenamente despertados de su torpeza carnal. De hecho, habían dado una demostración digna de alabanza de su celo al apresurarse al sepulcro; sin embargo, Cristo se escondió de ellos porque lo buscaban con demasiada superstición.

11. Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro. El evangelista comienza ahora a describir la manera en que Cristo se apareció tanto a las mujeres como a los discípulos, para testificar su resurrección. Aunque menciona solo a una mujer, *María*, creo que es probable que las otras mujeres también estuvieran con ella; porque no es razonable suponer, como algunos han hecho, que las mujeres se desmayaron de miedo. Esos escritores desean evitar una contradicción, pero ya he demostrado que tal contradicción no existe.

En cuanto a las mujeres que permanecen en *el sepulcro*, mientras los discípulos regresan a la ciudad, no tienen derecho a gran alojamiento por este motivo; porque los discípulos llevan consigo consuelo y alegría, pero las mujeres se atormentan con llantos vanos e *inútiles*. En una palabra, es sólo la superstición, acompañada de sentimientos carnales, la que los mantiene *cerca del sepulcro*.

12. Y vio dos ángeles. ¡Qué asombrosa paciencia mostró nuestro Señor al soportar tantas faltas de María y sus compañeras! Porque no es pequeño honor el que les confiere enviando a sus *ángeles* y, finalmente, dándose a conocer a ellos, lo que no había hecho a los apóstoles. Aunque los apóstoles y las mujeres padecían la misma enfermedad, la torpeza de los apóstoles era menos excusable, porque se habían beneficiado muy poco de la valiosa y cuidadosa instrucción que habían recibido. Un propósito, ciertamente, que Cristo tenía en mente al seleccionar a las mujeres, para hacerles la primera manifestación de sí mismo, era llenar de vergüenza a los apóstoles.

Con vestiduras blancas. No se sabe si *María* sabía que eran *ángeles* o pensó que eran hombres. Sabemos que las *vestiduras blancas* eran emblema de la gloria celestial; como encontramos que Cristo estaba vestido de *vestiduras blancas*, cuando se transfiguró en la montaña, y mostró su gloriosa majestad a sus tres apóstoles, (**Mateo 17:2**). Lucas relata que el ángel que se apareció a Cornelio *se paró ante él* en Ropa brillante (**Hechos 10:30**). Tampoco niego que los habitantes de los países orientales usaran comúnmente prendas de lino; pero por la vestimenta de los *ángeles*, Dios señaló algo notable y poco común, y les puso marcas, por así decirlo, para que pudieran distinguirse de los hombres. Además, **Mateo 28:3** compara el rostro del ángel, que conversaba con las mujeres, con un *relámpago*. Y, sin embargo, es posible que su miedo surgiera únicamente de que sus mentes estaban llenas de admiración, porque parece que se *quedaron* asombrados.

Además, siempre que leemos que los *ángeles* aparecieron en forma visible de hombres y con *vestiduras*, fue por ignorancia de los hombres. Por mi parte, no tengo ninguna duda de que a veces iban vestidos con cuerpos reales; pero si esos *dos ángeles* tenían o no simplemente la apariencia de cuerpos, sería una investigación inútil y, por lo tanto, la dejaré sin determinar. A mí me basta que el Señor les haya dado forma humana, para que las mujeres pudieran verlos y oírlos, mientras que el vestido magnífico y poco común que vestían los distinguía del rango ordinario de los hombres y señalaba algo divino y celestial.

Uno a la cabecera, y el otro a los pies. Mateo solo menciona un ángel (**Mateo 28:2**). Sin embargo, esto no contradice la narrativa de Juan; porque no se dirigieron ambos ángeles a María al mismo tiempo, sino sólo uno de ellos que tenía el encargo de hablar. No hay buen fundamento para la alegoría de Agustín de que la posición de los ángeles (*uno a la cabecera, y el otro a los pies*) *señalaba* que el Evangelio sería predicado de Oriente a Occidente. Es más digno de observación que Cristo, mediante arreglos preparatorios de esta naturaleza, dio comienzo a la gloria de su reino; porque, por el honor que los ángeles

rinden al sepulcro, no sólo se quita la ignominia de la cruz, sino que resplandece la majestad celestial de Cristo.

13. Mujer, ¿por qué lloras? De las declaraciones de los evangelistas se puede concluir fácilmente que el ángel mantuvo una larga conversación; pero Juan da un breve resumen de lo dicho, porque esto fue suficiente para probar la resurrección de Cristo. La conversación consiste en reprensión mezclada con consuelo. El ángel reprende a María por su *llanto* excesivo, pero, al mismo tiempo, mezcla alegría, cuando dice que no hay razón para llorar, ya que Cristo ha resucitado.

14. Y vio a Jesús que estaba allí. Cabe preguntarse: ¿De dónde surgió este error de que María no reconozca a Jesús, a quien debía haber conocido íntimamente? Algunos piensan que apareció en otra forma, pero creo que la culpa fue más bien en los ojos de las mujeres, como dice Lucas (**Lucas 24:16**) de los dos discípulos, *sus ojos estaban privados de conocerlo*. No diremos, por lo tanto, que Cristo iba asumiendo continuamente nuevas formas, como *Proteo*, pero que está en el poder de Dios, que dio los ojos a los hombres, disminuir su agudeza de visión cuando lo crea conveniente, para que *viendo no vean*.

En María tenemos un ejemplo de los errores en los que frecuentemente cae la mente humana. Aunque Cristo se presenta a nuestra vista, imaginamos que asume varias formas, de modo que nuestros sentidos conciben cualquier cosa en lugar del verdadero Cristo; porque no sólo nuestras facultades de entendimiento están sujetas a ser engañadas, sino que también están hechizadas por el mundo y por Satanás, para que no puedan percibir la verdad.

15. Señor, si tú lo has llevado. Ella lo llama *Señor*, según la costumbre de su nación; porque los hebreos emplean la misma denominación, *Señor* (Κύριε), para dirigirse a los trabajadores y otras personas de baja condición. Vemos que María no tiene otra visión de este asunto que la terrenal. Ella sólo desea obtener el cuerpo muerto de Cristo, para guardarlo escondido en el sepulcro; pero deja de lado el asunto más importante: la elevación de su mente al poder divino de su resurrección. Por lo tanto, no debemos sorprendernos si tales opiniones humillantes colocan un velo ante sus ojos.

Juan 20:16-18

16 Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro).

17 Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; más ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.

18 Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas.

16. Jesús le dijo: ¡María! Que Cristo permitió que María, por poco tiempo, cayera en un error, fue útil para confirmar su fe; pero ahora, con una sola palabra, corrige su error. Se había dirigido a ella anteriormente, pero su discurso parecía el de un desconocido; ahora asume el carácter del Maestro y se dirige a su discípula por su nombre, como hemos visto anteriormente que

el pastor a sus ovejas llama por nombre (Juan 10:3).

Esa voz del pastor, por tanto, entra en el corazón de María, le abre los ojos, despierta todos sus sentidos y la afecta de tal manera, que inmediatamente se entrega a Cristo.

Así, en María tenemos una imagen viva de nuestra vocación; porque la única manera en que somos admitidos al verdadero conocimiento de Cristo es cuando Él nos conoce por primera vez y luego nos invita familiarmente a sí mismo, no por esa voz ordinaria que suena indiscriminadamente en los oídos de todos, sino por esa voz con la que llama especialmente las ovejas que el Padre le ha dado. Así dice Pablo,

más ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios, (Gálatas 4:9).

Ella le dijo: ¡Raboni! La eficacia del discurso se desprende de esta circunstancia, que María inmediatamente rinde a Cristo el honor que le corresponde; porque la palabra *Raboni* no sólo es respetuosa, sino que implica una profesión de obediencia. María, por tanto, declara que es discípula de Cristo y se somete a él como a su *Maestro*. Este es un cambio secreto y maravilloso que se produce en el entendimiento humano, cuando Dios, iluminándola con su Espíritu, la vuelve lúcida, a quien antes era lenta de aprehensión y, de hecho, completamente ciega. Además, el ejemplo de María debe servir como exhortación, para que todos los que Cristo invita a sí puedan responderle sin demora.

La palabra *Raboni* es caldea, aunque los caldeos la pronuncian *Ribboni*; pero es costumbre hacer cambios en las palabras cuando se transfieren a una lengua extranjera. El

significado es el mismo que si dijéramos *¡Mi Señor!* o *¡Mi Maestro!* Pero en la época de Cristo se había generalizado este modo de expresión, el de utilizar *Rabino* y *Raboni* en lugar de *Maestro*.

17. No me toques. Esto parece no estar de acuerdo con la narración de Mateo; porque dice expresamente que las mujeres *lo sujetaron* por los pies y *lo adoraron* (**Mateo 28:9**). Ahora bien, si se dejó *tocar* por sus discípulos, ¿qué razón había para prohibir a María que *lo tocara*? La respuesta es fácil, siempre que recordemos que las mujeres no se sintieron repelidas de *tocar* a Cristo, hasta que su afán por *tocarlo* fue llevado al exceso; porque, en la medida en que era necesario para disipar la duda, ciertamente no les prohibía que le *tocaran*, pero, viendo que su atención estaba demasiado ocupada en abrazar *sus pies*, refrenó y corrigió aquel celo desmesurado. Fijaron su atención en su presencia corporal y no entendieron otra forma de disfrutar de su compañía que conversando con él en la tierra. Por lo tanto, debemos concluir que no se les prohibió tocarlo, hasta que Cristo vio que, por su deseo tonto e irrazonable, deseaban mantenerlo en el mundo.

Porque aún no he subido a mi Padre. Debemos prestar atención a esta razón que agrega; porque con estas palabras ordena a las mujeres que refrenen sus sentimientos hasta que él sea recibido en la gloria celestial. En resumen, señaló el designio de su resurrección; no como lo habían imaginado, que, después de haber regresado a la vida, triunfaría en el mundo, sino que, por su *ascensión* al cielo, entraría en posesión del reino que le había sido prometido, y, sentado a la diestra del Padre, debe gobernar la Iglesia por el poder de su Espíritu. Por lo tanto, el significado de las palabras es que su estado de resurrección no sería pleno y completo, hasta que se sentara en el cielo a la diestra *del Padre*; y, por tanto, que las mujeres hicieron mal al contentarse con no tener más que la mitad de su resurrección, y desear disfrutar de su presencia en el mundo. Esta doctrina produce dos ventajas. La primera es que aquellos que desean tener éxito en la búsqueda de Cristo deben elevar su mente hacia arriba; y el segundo es que todos los que se esfuerzan por ir a él deben deshacerse de los afectos terrenales de la carne, como exhorta Pablo,

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. (Colosenses 3:1).

Mas ve a mis hermanos. Algunos limitan la palabra *hermanos* a los primos y parientes de Cristo, pero, en mi opinión, de manera inadecuada; porque ¿por qué debería haberles enviado a ellos en lugar de a los discípulos? Ellos responden: Porque Juan testifica en otro lugar que *sus hermanos no creían en él* (**Juan 7:5**).

Pero no creo que sea probable que Cristo confiriera un honor tan grande a los que allí se mencionan. También hay que admitir que María Magdalena obedeció plenamente los mandatos de Cristo. Ahora, se sigue inmediatamente que ella fue *a los discípulos*; de lo cual concluimos que Cristo había hablado de ellos.

Además, Cristo sabía que *los discípulos*, a quienes aquellos hombres, según su opinión, tratan como separados, estaban reunidos en un solo lugar; y hubiera sido sumamente absurdo que prestara atención a no sé qué clase de personas y desatendiera a *los discípulos*, quienes, habiendo sido reunidos en un solo lugar, estaban sujetos a un violento conflicto entre la esperanza y el miedo. A esto se puede agregar que Cristo parece haber tomado prestada esta expresión del **Salmo 22:22**, donde nosotros y estas palabras: *Anunciaré tu nombre a mis hermanos*; porque está más allá de toda controversia que este pasaje contiene el cumplimiento de esa predicción.

Concluyo, por tanto, que María fue enviada a los discípulos en general; y considero que esto fue hecho a modo de reproche, porque habían tardado en creer. Y, en efecto, ellos merecen no sólo tener *mujeres* como maestras, sino también bueyes y asnos; ya que el Hijo de Dios había estado tanto tiempo y laboriosamente empleado en la enseñanza y, sin embargo, habían hecho tan poco o casi ningún progreso. Sin embargo, este es un castigo suave y gentil, cuando Cristo envía así a sus discípulos a la escuela de las mujeres, para que, por medio de ellas, pueda traerlos de regreso a sí mismo. Aquí contemplamos también la bondad inconcebible de Cristo, al elegir y nombrar *mujeres* para que fueran testigos de su resurrección ante los Apóstoles; porque la comisión que se les da es el único fundamento de nuestra salvación y contiene el punto principal de la sabiduría celestial.

Sin embargo, también hay que señalar que este acontecimiento fue extraordinario y, casi podríamos decir, accidental. Se les ordena dar a conocer a los Apóstoles lo que ellos después, en el ejercicio del oficio que se les había encomendado, proclamaron al mundo entero. Pero, al ejecutar este mandato, no actúan como si hubieran sido Apóstoles; y, por lo tanto, es incorrecto formular una ley a partir de este mandato de Cristo y permitir que las mujeres realicen el oficio de bautizar. Contentémonos con saber que Cristo mostró en ellos los tesoros ilimitados de su gracia, cuando una vez los nombró maestras de los Apóstoles, y sin embargo no quiso que lo hecho por un privilegio singular fuera visto como un ejemplo. Esto es particularmente evidente en *María Magdalena, quien anteriormente había sido poseída por siete demonios (Marco 16:9; Lucas 8:2;)* porque equivalía a esto, que Cristo la había sacado del infierno más bajo, para poder elevarla por encima del cielo.

Si se objeta que no había razón para que Cristo prefiriera a las mujeres sobre los Apóstoles, ya que no eran menos carnales y torpes, respondo que no nos corresponde a nosotros, sino al Juez, estimar la diferencia entre los apóstoles y las mujeres. Pero voy más allá y digo que los Apóstoles merecieron ser censurados más severamente, porque no sólo habían sido mejor instruidos que todos los demás, sino que, después de haber sido nombrados maestros del mundo entero, y después de haber sido llamados *la luz del mundo* (**Mateo 5:14**) y *la sal de la tierra* (**Mateo 5:13**) apostataron tan vilmente. Sin embargo, le agradó al Señor, por medio de esos vasos débiles y despreciables, dar una demostración de su poder.

Subo a mi Padre. Al usar la palabra *ascender*, confirma la doctrina que he explicado últimamente; que resucitó de entre los muertos, no con el propósito de permanecer más tiempo en la tierra, sino para poder entrar en la vida celestial y así atraer a los creyentes al cielo junto con él. En resumen, con este término prohíbe a los Apóstoles fijar toda su atención en su resurrección vista simplemente en sí misma, pero los exhorta a seguir adelante, hasta llegar al reino espiritual, a la gloria celestial, a Dios mismo. Por lo tanto, hay gran énfasis en esta palabra *ascender*; porque Cristo extiende su mano a sus discípulos para que no busquen su felicidad en otro lugar que en el cielo;

Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. (**Mateo 6:21**).

Ahora, Cristo declara que *asciende* a lo alto; y, por tanto, debemos *ascender*, si no queremos separarnos de él.

Cuando agrega que *asciende* a Dios, rápidamente disipa el dolor y la ansiedad que los Apóstoles podrían sentir por su partida; porque su significado es que siempre estará presente con sus discípulos por el poder divino. Es cierto que la palabra *ascender* denota la distancia de lugares; pero, aunque Cristo esté ausente en cuerpo, como está con Dios, su poder, que se siente en todas partes, muestra claramente su presencia espiritual; ¿Por qué ascendió a Dios, sino para estar sentado a la diestra de Dios y reinar en el cielo y en la tierra? En resumen, con esta expresión pretendía grabar en la mente de sus discípulos el poder divino de su reino, para que no se sintieran afligidos por su ausencia corporal.

A mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. El beneficio y la eficacia de esa unión fraternal, que se ha mencionado últimamente, se expresa cuando Cristo declara que tenemos esto en común con él, que el que es su Dios y *su Padre es también nuestro Dios y nuestro Padre*. *Subo, dice, a mi Padre, que es también vuestro Padre*. En otros

pasajes aprendemos que somos hechos partícipes de todas las bendiciones de Cristo; pero este es el fundamento del privilegio: que él nos imparta la fuente misma de bendiciones. Es, sin duda, una bendición invaluable que los creyentes puedan creer con seguridad y firmeza que Aquel que es el Dios de Cristo es *su Dios*, y que Aquel que es el Padre de Cristo es *su Padre*. Tampoco tenemos por qué temer que esta confianza sea acusada de temeridad, ya que está fundada en Cristo, o que sea jactancia orgullosa, ya que Cristo mismo nos la ha dictado con su propia boca.

Cristo le llama *su Dios*, en la medida en que,

se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filipenses 2:7).

Esto es, por tanto, propio de su naturaleza humana, pero se aplica a toda su persona, a causa de la unidad, porque es Dios y Hombre. En cuanto a la segunda cláusula, en la que dice que *asciende a su Padre y Padre nuestro*, también hay diversidad entre él y nosotros; porque él es Hijo de Dios por naturaleza, mientras que nosotros somos hijos de Dios sólo por adopción; pero la gracia que obtenemos por él está tan firmemente establecida, que no puede ser sacudida por ningún esfuerzo del diablo, como para impedirnos llamar siempre nuestro Padre, que nos adoptó por su Hijo Unigénito.

Juan 20:19-23

19 Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros.

20 Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor.

21 Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío.

22 Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.

23 A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos.

19. Cuando llegó la noche de aquel mismo día. El evangelista ahora relata que la resurrección de Cristo fue probada a los discípulos por su presencia. No sucedió sin la providencia de Dios, que todos se reunieron en un solo lugar, para que el acontecimiento fuera más cierto y más manifiesto. Es digno de notarse cuán gentilmente actuó Cristo hacia ellos, al no mantenerlos en suspenso más que hasta la noche. Además, los iluminó, trayendo la promesa de una nueva vida, mientras las tinieblas cubrían el mundo.

Donde los discípulos estaban reunidos. En cuanto a que se hubieran *reunido*, era una indicación de fe o, al menos, de sentimientos religiosos. En cuanto a la circunstancia de mantenerse ocultos tras *puertas cerradas*, percibimos en ello alguna prueba de su debilidad; porque, aunque las mentes más fuertes y audaces a veces se sienten presa del miedo, se puede inferir fácilmente que los apóstoles, en ese momento, temblaron de tal manera que manifestaron la deficiencia de su fe. Este ejemplo es digno de mención; porque, aunque son menos valientes de lo que deberían haber sido, aun así, no ceden ante su debilidad. Es cierto que buscan ocultarse para evitar el peligro, pero reúnen valor para permanecer juntos; de lo contrario, se habrían esparcido de aquí para allá y ningún hombre se habría atrevido a mirar a su prójimo. De esta manera debemos luchar contra la debilidad de nuestra carne y no permitirnos el miedo que nos tienta a la apostasía. Cristo también bendice su celo, cuando se les aparece mientras están reunidos; y Tomás es justamente privado del favor otorgado a todos sus hermanos, porque, como un soldado errante, se había apartado del estandarte de unión. He aquí, pues, una lección para los excesivamente tímidos, para que se agudicen y se animen a corregir su miedo carnal; y especialmente deben tener cuidado de que el miedo no los haga dispersarse.

Estando las puertas cerradas. Esta circunstancia fue expresamente añadida, porque contiene una prueba manifiesta del poder Divino de Cristo; pero esto está completamente en desacuerdo con el significado del evangelista. Por tanto, debemos creer que Cristo no

entró sin un milagro, para dar una demostración de su Divinidad, mediante la cual podría estimular la atención de sus discípulos; y, sin embargo, estoy lejos de admitir la verdad de lo que afirman los papistas, de que el cuerpo de Cristo pasó por *las puertas cerradas*. Su razón para mantener esto es el propósito de probar no sólo que el cuerpo glorioso de Cristo se parecía a un espíritu, sino que era infinito y no podía limitarse a ningún lugar. Pero las palabras no transmiten tal significado; porque el evangelista no dice que entró por *las puertas cerradas*, sino que de repente se *presentó en medio* de sus discípulos, aunque *las puertas* estaban *cerradas* y no le habían sido abiertas por mano de hombre. Sabemos que Pedro (**Hechos 10:10**) salió de una prisión que estaba cerrada; ¿Y debemos, por tanto, decir que pasó por en medio del hierro y de las tablas? ¡Fuera, pues, esa trivialidad infantil, que no contiene nada sólido y trae consigo muchos absurdos! Contentémonos con saber que Cristo pretendía, mediante un milagro notable, confirmar a sus discípulos en la creencia de su resurrección.

Paz a vosotros. Ésta es la forma ordinaria de saludo entre los hebreos; y con la palabra *paz* denotan toda esa alegría y prosperidad que normalmente se desea para una vida feliz. Por lo tanto, la frase significa: "¡Que estés bien y próspero!" Menciono esto, porque hay algunos que, al explicar estas palabras, entran en discusiones innecesarias sobre la paz y la armonía, aunque Cristo no pretendía otra cosa que desear que sus discípulos fueran felices y prósperos.

20. Les mostró las manos y el costado. Era necesario agregar esta confirmación, para que por todos estos métodos pudieran estar plenamente seguros de que Cristo había resucitado. Si alguna persona piensa que es extraño e inconsistente con la gloria de Cristo el llevar las marcas de sus heridas incluso después de su resurrección, considere, primero, que Cristo resucitó no tanto para sí mismo como para nosotros; y, en segundo lugar, que todo lo que contribuya a nuestra salvación es glorioso para Cristo; porque cuando se humilló por un tiempo, esto no le quitó nada a su majestad, y ahora, como esas *heridas* de que hablamos sirven para confirmar la creencia de su resurrección, no disminuyen su gloria. Pero si alguien infiriera de esto que Cristo todavía tiene el *costado* herido y las *manos* traspasadas, sería absurdo; porque es cierto que el uso de las *heridas* fue temporal, hasta que los Apóstoles estuvieron plenamente convencidos de que había resucitado de entre los muertos.

Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Esto significa que todo el dolor que les había causado la muerte de Cristo fue disipado por su nueva vida.

21. Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Este segundo saludo me parece que no tiene otro objeto que el de que el Señor recibiera tanta atención como se debía a la grandeza e importancia de los temas que iba a hablar.

Como me envió el Padre. Con estas palabras, Cristo, por así decirlo, los instala en el *oficio* para el que previamente los había designado. Es cierto que ya habían sido enviados por toda Judea, pero sólo como heraldos, para dar la orden de que se escuchara al Maestro supremo, y no como Apóstoles, para ejecutar un oficio perpetuo de enseñanza. Pero ahora el Señor los ordena para que sean sus embajadores, para establecer su reino en el mundo. Por lo tanto, consideremos como una verdad comprobada que los Apóstoles fueron ahora, por primera vez, nombrados ministros ordinarios del Evangelio.

Sus palabras equivalen a una declaración de que hasta ahora ha desempeñado el *oficio* de Maestro y que, habiendo terminado su carrera, ahora les confiere el mismo cargo; porque quiere decir que el Padre lo nombró *Maestro* con esta condición, que debería dedicarse, por un tiempo, a señalar el camino a los demás, y luego debería poner a esas personas en su habitación para suplir su ausencia, por eso Pablo dice que *constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros*, para gobernar la Iglesia hasta el fin del mundo (**Efesios 4:11**). Por lo tanto, Cristo testifica, en primer lugar, que, aunque ocupó un cargo temporal de enseñanza, la predicación del Evangelio no es por un corto tiempo, pero será perpetuo. Nuevamente, para que su doctrina no tenga menos autoridad en boca de los Apóstoles, les ordena suceder en el oficio que ha *recibido de su Padre*, los coloca en su lugar y les concede la misma autoridad; y era conveniente que así se ratificara su ministerio, porque eran personas desconocidas y de condición humilde. Además, aunque tenían el mayor esplendor y dignidad, sabemos que todo lo que pertenece a los hombres no se acerca a la excelencia de la fe.

No en vano, por tanto, Cristo comunica a sus Apóstoles la autoridad que *recibió del Padre*, para que así puedan declarar que la predicación del Evangelio le ha sido encomendada, no por autoridad humana, sino por mandato de Dios. Pero no los sustituye en su habitación, de manera que les renuncie a la suprema autoridad de maestro, que el Padre quería que le fuera conferida únicamente a él. Él, por tanto, continúa y seguirá siendo eternamente el único Maestro de la Iglesia; pero sólo hay esta diferencia: él habló con su boca mientras estuvo en la tierra, pero ahora habla por los Apóstoles. La sucesión o sustitución, por tanto, es de tal naturaleza que no quita nada a Cristo, sino que su autoridad permanece plena e íntegra, y su honor intacto; Para ese decreto por el cual se nos ordena escucharlo a él, y no a otros, no se puede dejar de lado:

Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd (Mateo 17:5).

En resumen, Cristo pretendía aquí adornar la doctrina del Evangelio y no los hombres.

Asimismo, debe observarse que el único tema que se trata en este pasaje es la predicación del Evangelio; porque Cristo no envía a sus Apóstoles para expiar los pecados y procurar la justificación, como *él fue enviado por el Padre*. Por consiguiente, en este pasaje no hace alusión a nada que le sea peculiar, sino que sólo nombra ministros y pastores para gobernar la Iglesia; y con la condición de que sólo él mantenga la posesión de todo el poder, mientras que ellos no reclaman para sí nada más que el ministerio.

22. Sopló. Ninguno de los hijos de los hombres está calificado para desempeñar un oficio tan difícil y, por lo tanto, Cristo prepara a los Apóstoles para ello por la gracia de su Espíritu. Y, en verdad, gobernar la Iglesia de Dios, llevar la embajada de la salvación eterna, erigir el reino de Dios en la tierra y elevar a los hombres al cielo, es una tarea que está mucho más allá de la capacidad humana. Por lo tanto, no debemos sorprendernos de que ningún hombre sea calificado a menos que sea inspirado por el Espíritu Santo; porque ningún hombre puede hablar una palabra acerca de Cristo a menos que el Espíritu guíe su lengua (**1 Corintios 12:3**), tan lejos está de ser cierto que hay algún hombre que sea competente para cumplir fiel y honestamente todos los deberes de tan excelente oficio. Nuevamente, es sólo la gloria de Cristo formar a aquellos a quienes él nombra maestros de su Iglesia; porque la razón por la cual la plenitud del Espíritu ha sido derramada sobre él es para que pueda otorgarla a cada persona según una cierta medida.

Recibid el Espíritu Santo. Aunque continúa siendo el único Pastor de su Iglesia, necesariamente debe mostrar el poder de su Espíritu en los ministros cuya agencia emplea; y esto también testificó mediante el símbolo exterior, cuando *sopló sobre* los Apóstoles; porque esto no sería aplicable si el Espíritu no procediera de él. Tanto más detestable es el sacrilegio de los papistas, que se apoderan y reclaman para sí el honor que pertenece al Hijo de Dios, porque sus obispos mitrados, cuando hacen sacerdotes, tienen el descaro de jactarse de infundir el Espíritu Santo sobre ellos. Pero el hecho muestra claramente cuán diferente es su aliento apestoso del *aliento* Divino de Cristo; ¿Qué otra cosa hacen sino convertir caballos en asnos? Además, Cristo no sólo comunica a sus *discípulos el Espíritu* que ha recibido, sino que lo otorga como suyo, como Espíritu que tiene en común con el Padre. En consecuencia, todos aquellos que se jactan de dar *el Espíritu* al *soplar*, reclaman la gloria de la Divinidad.

Debe observarse que aquellos a quienes Cristo llama al oficio pastoral, también los adorna con los dones necesarios para que estén calificados para desempeñar el oficio o, al menos, no lo hagan vacíos y desprovistos. Y si esto es cierto, no hay dificultad en refutar la tonta jactancia de los papistas, quienes, si bien emplean elevados términos de elogio para ensalzar su jerarquía, no pueden mostrar una sola chispa del Espíritu Santo en sus obispos. Quieren que creamos que son los pastores legítimos de la Iglesia y, de la misma manera, que son los apóstoles y vicarios de Cristo, mientras que es evidente que están completamente desprovistos de la gracia del Espíritu Santo. Aquí se establece un criterio seguro para juzgar el llamado de quienes gobiernan la Iglesia de Dios; y ese criterio es, si vemos que han *recibido el Espíritu Santo*.

Sin embargo, lo que Cristo pretendía principalmente con esto era mantener la dignidad del rango de los Apóstoles; porque era razonable que aquellos que habían sido elegidos para ser los primeros y más distinguidos predicadores del Evangelio poseyeran una autoridad extraordinaria. Pero si Cristo, en aquel tiempo, confirió el Espíritu a los Apóstoles mediante el *soplo*, se puede pensar que fue superfluo enviar después el Espíritu Santo. Respondo, el Espíritu fue dado a los Apóstoles en esta ocasión de tal manera, que sólo fueron rociados por su gracia, pero no llenos de pleno poder; porque, cuando el Espíritu apareció sobre ellos en *lenguas de fuego (Hechos 2:3)*, fueron completamente renovados. Y, en verdad, no los nombró heraldos de su evangelio, para enviarlos inmediatamente a la obra, sino que les ordenó que descansaran, como leemos en otra parte:

Permaneced en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de poder desde lo alto (Lucas 24:49).

Y si tomamos todas las cosas en consideración adecuadamente, concluiremos, no que Él les proporciona los dones necesarios para el uso presente, sino que los nombra como órganos de su Espíritu para el futuro; y, por lo tanto, debe entenderse que este *soplo* se refiere principalmente a ese magnífico acto de enviar el Espíritu que tantas veces había prometido.

Aunque Cristo pudo haber concedido gracia a sus Apóstoles mediante una inspiración secreta, optó por añadir un *soplo* visible para confirmarlos más plenamente. Cristo tomó este emblema externo de la manera ordinaria de hablar en las Escrituras, que muy frecuentemente comparan al Espíritu con el *viento*; comparación que explicamos brevemente en la exposición del Tercer Capítulo de este Evangelio. Pero observe el lector que con el signo visible y externo la palabra también se une; porque ésta es la fuente de la que los sacramentos derivan su eficacia; no porque la eficacia del Espíritu Santo esté

contenida en la palabra que suena en nuestros oídos, sino porque el efecto de todas las cosas que los creyentes reciben de los sacramentos depende del testimonio de la palabra. Cristo *sopla* sobre los Apóstoles: ellos reciben no sólo el *soplo*, sino también *el Espíritu*. ¿Y por qué, sino porque Cristo les promete?

De la misma manera, en el bautismo *nos vestimos de Cristo (Gálatas 3:27)*, somos *lavados con su sangre (Apocalipsis 1:5)*, *nuestro viejo hombre es crucificado (Romanos 6:6)* para que la justicia de Dios reine en nosotros. En la Santa Cena somos alimentados espiritualmente con la carne y la sangre de Cristo. ¿De dónde obtienen tanta eficacia sino de la promesa de Cristo, que hace y cumple por su Espíritu Santo lo que declara por su palabra? Aprendamos, pues, que todos los sacramentos que los hombres han inventado no son más que burlas absolutas o diversiones frívolas, porque los signos no pueden tener verdad a menos que vayan acompañados de la palabra del Señor. Ahora bien, dado que nunca nos divertimos de esta manera con las cosas sagradas, sin despreciar perversamente a Dios y arruinar las almas, debemos estar muy cuidadosamente en guardia contra esas estratagemas de Satanás.

Si se objeta que no debemos culpar a los obispos papistas cuando con el *soplo* consagran a sus sacerdotes, porque en esos casos la palabra de Cristo acompaña al signo, la respuesta es obvia. En primer lugar, Cristo no habló a los Apóstoles para nombrar un sacramento perpetuo en la Iglesia, sino que quiso declarar una vez lo que hemos dicho hace poco, que *el Espíritu* no procede de otro que de sí mismo. En segundo lugar, nunca nombra hombres para un cargo sin al mismo tiempo comunicar fuerza a sus ministros y proporcionarles capacidad. No menciono que en el Papado los sacerdotes son ordenados para un propósito totalmente diferente, o más bien contrario; es decir, asesinar a Cristo diariamente, mientras que los discípulos fueron hechos Apóstoles para matar a los hombres con la espada del Evangelio. Sin embargo, también debemos creer que es sólo Cristo quien da todas las bendiciones que representa y promete mediante señales externas; porque no pide a los Apóstoles que *reciban el Espíritu Santo* mediante la *exhalación*, sino desde sí mismo.

23. A quienes remitiereis los pecados. Aquí, sin duda, nuestro Señor ha abrazado, en pocas palabras, la suma del Evangelio; porque no debemos separar este poder de perdonar pecados del oficio de enseñar, con el que está estrechamente *relacionado* en este pasaje. Cristo había dicho un poco antes: *Como el Padre me envió, así también yo os envío*. Ahora hace una declaración de lo que se pretende y lo que se quiere decir con esta embajada, solo que entrelazó con esa declaración lo necesario, que dio. a ellos su Espíritu Santo, para que nada tuvieran de sí mismos.

El diseño principal de la predicación del Evangelio es que los hombres puedan reconciliarse con Dios, y esto se logra mediante el perdón incondicional de los pecados; como también nos informa Pablo, cuando llama al Evangelio, por este motivo, *el ministerio de la reconciliación*, (**2 Corintios 5:18**). Muchas otras cosas, sin duda, están contenidas en el Evangelio, pero el objetivo principal que Dios pretende lograr por ello es, recibir el favor de los hombres al no imputarles sus pecados. Por lo tanto, si queremos demostrar que somos fieles ministros del Evangelio, debemos prestar nuestra más seria atención a este tema; porque el principal punto de diferencia entre el Evangelio y la filosofía pagana radica en esto: el Evangelio hace que la salvación de los hombres consista en el perdón de los pecados mediante la gracia gratuita. Esta es la fuente de las otras bendiciones que Dios otorga, como que Dios nos ilumina y regenera por su Espíritu, que nos forma de nuevo a su imagen, que nos arma con firmeza inquebrantable contra el mundo y Satanás. Así, toda la doctrina de la piedad y la edificación espiritual de la Iglesia se basa en este fundamento: que Dios, habiéndose absuelto de todos los pecados, nos adopta para ser sus hijos por gracia gratuita.

Si bien Cristo ordena a los Apóstoles *perdonar los pecados*, no les transmite lo que es peculiar de él. A él le corresponde *perdonar los pecados*. Este honor, en la medida en que le pertenece específicamente a él, no lo entrega a los Apóstoles, sino que les ordena, en su nombre, proclamar *el perdón de los pecados*, para que por medio de ellos pueda reconciliar a los hombres con Dios. En una palabra, propiamente hablando, es sólo él quien *perdona los pecados* a través de sus apóstoles y ministros.

Pero se puede preguntar: dado que los nombra sólo testigos o heraldos de esta bendición, y no sus autores, ¿por qué ensalza su poder en términos tan elevados? Respondo que lo hizo para confirmar su fe. Nada es más importante para nosotros, que poder creer firmemente, que nuestros pecados no vienen a la memoria delante de Dios. Zacarías, en su canción, lo llama *conocimiento de salvación* (**Lucas 1:77**), y, dado que Dios emplea el testimonio de los hombres para probarlo, las conciencias nunca cederán ante él, a menos que perciban a Dios mismo hablando en su persona. En consecuencia, Pablo dice:

como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios., (2 Corintios 5:20).

Ahora vemos la razón por la cual Cristo emplea términos tan magníficos para elogiar y adornar ese ministerio que otorga y ordena a los Apóstoles. Es para que los creyentes estén plenamente convencidos de que lo que escuchan sobre el perdón de los pecados es ratificado y no valoren menos la reconciliación que se ofrece por la voz de los hombres,

que si Dios mismo extendiera su mano desde el cielo. Y la Iglesia recibe diariamente el beneficio más abundante de esta doctrina, cuando percibe que sus pastores están divinamente ordenados para ser fiadores de la salvación eterna, y que no debe alejarse para buscar el perdón de los pecados, que está encomendado a su confianza.

Tampoco debemos estimar menos este tesoro invaluable, porque se exhibe en vasijas de barro; pero tenemos motivo de acción de gracias a Dios, que ha conferido a los hombres un honor tan alto como para convertirlos en embajadores y diputados de Dios y de su Hijo, al declarar el perdón de los pecados. Hay fanáticos que desprecian esta embajada; pero háganos saber que, al hacerlo, pisotean la sangre de Cristo.

Por otro lado, es muy absurdo que los papistas torturan este pasaje para apoyar sus absoluciones mágicas. Si una persona no confiesa sus pecados al oído del sacerdote, no tiene derecho, en su opinión, a esperar el perdón; porque Cristo quiso que los pecados fueran perdonados por medio de los Apóstoles, y ellos no pueden absolver sin haber examinado el asunto; por tanto, la confesión es *necesaria*. Éste es su hermoso argumento. Pero caen en un extraño error cuando pasan por alto el punto más importante del asunto; es decir, que este derecho fue concedido a los Apóstoles, para mantener el crédito del Evangelio que se les había encomendado predicar. Porque Cristo no nombra aquí confesores para investigar minuciosamente cada pecado mediante murmuraciones bajas, sino predicadores de su Evangelio, que harán oír su voz y sellarán en los corazones de los creyentes la gracia de la expiación obtenida a través de Cristo. Por tanto, debemos observar la manera de *perdonar los pecados*, para saber cuál es ese poder que ha sido concedido a los apóstoles.

Y a quienes se los retuviereis. Cristo agrega esta segunda cláusula, para aterrorizar a los que desprecian su Evangelio, para que sepan que no escaparán del castigo por este orgullo. Así como la embajada de la salvación y de la vida eterna ha sido confiada a los apóstoles, así, por otra parte, han sido armados de *venganza* contra todos los impíos que rechazan la salvación que se les ofrece, como enseña Pablo (**2 Corintios 10:6**). Pero esto se coloca al final en orden, porque era apropiado que primero se exhibiera el diseño verdadero y real de la predicación del Evangelio. Que estemos reconciliados con Dios pertenece a la naturaleza del Evangelio; Se puede decir que el hecho de que los creyentes sean juzgados para la vida eterna está relacionado accidentalmente con ella. Por esta razón, Pablo, en el pasaje que cité hace poco, cuando amenaza con vengarse de los incrédulos, añade inmediatamente:

cuando vuestra obediencia sea perfecta (2 Corintios 10:6),

porque quiere decir que pertenece peculiarmente al Evangelio invitar a todos a la salvación, pero que es accidental que traiga destrucción a cualquiera.

Sin embargo, debe observarse que todo aquel que escucha la voz del Evangelio, si no abraza el perdón de los pecados que allí se le promete, está expuesto a la condenación eterna; porque, como es un *salvador viviente* para los hijos de Dios, así para los que perecen *es olor de muerte para muerte (2 Corintios 2:16)*. No es que la predicación del Evangelio sea necesaria para condenar a los reprobados, porque por naturaleza todos estamos perdidos, y, además de la maldición hereditaria, cada uno atrae sobre sí causas adicionales de muerte, sino porque la obstinación de aquellos que a sabiendas y voluntariamente desprecian al Hijo de Dios merece un castigo mucho más severo.

Juan 20:24-29

24 Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino.

25 Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. Él les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.

26 Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros.

27 Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

28 Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!

29 Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.

24. Pero Tomás, uno de los doce. Aquí se relata la incredulidad de *Tomás*, para que por medio de ella la fe de los piadosos pueda confirmarse más plenamente. No sólo era lento y reacio a creer, sino incluso obstinado. Su embotamiento de aprehensión fue la razón por la cual Cristo nuevamente les permitió verlo y sentirlo, de la misma manera que antes. De esta manera, se le dio una nueva adición a la prueba de la resurrección de Cristo, no sólo a *Tomás*, sino también a nosotros. Además, la obstinación de *Tomás* es un ejemplo para mostrar que esta maldad es casi natural en todos los hombres, retrasarse por sí mismos, cuando se les abre la entrada a la fe.

25. Si no viere en sus manos la señal de los clavos. Esto señala el origen del vicio del ser, que cada uno quiere ser sabio según su propio entendimiento y se lisonjea sin medida. *Si no viere*, dice, “y si no toco, *no creeré*”. Estas palabras no tienen nada que ver con la fe, pero es lo que se puede llamar un juicio sensual, es decir, un juicio que se funda en la percepción de los sentidos. Lo mismo les sucede a todos los que están tan dedicados a sí mismos que no dejéis lugar a la palabra de Dios. No importa si lees *el lugar, la forma o la señal de los clavos*; porque los transcritores pueden haber cambiado τύπον (*señal*) por τόπον, (*lugar*) o τόπον (*lugar*) por τύπον, (*señal*), pero el significado no se altera por ese motivo. Dejemos, pues, al lector elegir cuál de ellos preferirá.

27. Pon aquí tu dedo. Ya hemos hablado una vez de la entrada de Cristo y de la forma de saludo que empleó. Cuando Cristo cede tan fácilmente a la petición inapropiada de *Tomás* y, por su propia voluntad, lo invita a *sentir sus manos y tocar la herida de su costado*, aprendemos de esto cuán fervientemente deseaba promover nuestra fe y la de *Tomás*;

porque no sólo miró a *Tomás*, sino también a nosotros, para que no faltara nada de lo necesario para confirmar nuestra fe.

La torpeza de Tomás fue asombrosa y monstruosa; porque no se contentaba con simplemente contemplar a Cristo, sino que deseaba tener también sus manos como testigos de la resurrección de Cristo. Por lo tanto, no sólo fue obstinado, sino también orgulloso y despectivo en su trato hacia Cristo. Ahora, al menos, cuando vio a Cristo, debería haberse sentido abrumado por la vergüenza y el asombro; pero, por el contrario, extiende la mano con valentía y sin miedo, como si no fuera consciente de culpa alguna; porque se puede inferir fácilmente de las palabras del evangelista que no se arrepintió antes de haberse convencido a sí mismo tocando. Así sucede que, cuando damos a la Palabra de Dios menos honor del que se le debe, se apodera de nosotros, sin que lo sepamos, una ardiente obstinación, que trae consigo un desprecio de la Palabra de Dios y nos hace perder toda reverencia por ello. Tanto más seriamente debemos esforzarnos por refrenar el libertinaje de nuestra mente, que ninguno de nosotros, al permitirnos indebidamente la contradicción y extinguir, por así decirlo, el sentimiento de piedad, pueda bloquear contra nosotros mismos la puerta de la fe.

28. ¡Señor mío, y Dios mío! Tomás se despierta por fin, aunque tarde, y como suelen hacer las personas que han sufrido un trastorno mental cuando vuelven en sí, exclama asombrado: *¡Señor mío y Dios mío!* Porque la brusquedad del lenguaje tiene gran vehemencia; Tampoco se puede dudar de que la vergüenza lo obligó a estallar en esta expresión para condenar su propia torpeza. Además, una exclamación tan repentina muestra que la fe no se extinguió del todo en él, aunque sí se había ahogado; porque en el costado o manos de Cristo no toca la Divinidad de Cristo, pero de esos signos infiere mucho más de lo que exhibían. ¿De dónde viene esto, sino porque, después del olvido y del sueño profundo, vuelve repentinamente en sí? Esto muestra, por tanto, la verdad de lo que dije hace poco, que la fe que parecía destruida estaba, por así decirlo, escondida y enterrada en su corazón.

Lo mismo sucede a veces con muchas personas; porque se vuelven desenfrenados por un tiempo, como si hubieran desechado todo temor de Dios, de modo que parece que ya no hay fe en ellos; pero tan pronto como Dios los castiga con vara, la rebelión de su carne es dominada y vuelven a la normalidad. Es cierto que la enfermedad, por sí sola, no sería suficiente para enseñar la piedad; y de ahí inferimos que, cuando se han eliminado las obstrucciones, brota la buena semilla, que había estado oculta y aplastada. Tenemos un ejemplo sorprendente de esto en David; porque, mientras se le permite satisfacer su lujuria, vemos cómo se complace sin restricciones. Todo el mundo habría pensado que, en aquel momento, la fe había sido completamente desterrada de su mente; y, sin embargo, por una

breve exhortación del Profeta, es tan repentinamente devuelto a la vida, que se puede inferir fácilmente que alguna chispa, aunque había sido sofocada, todavía permanecía en su mente y rápidamente estalló en llamas. En lo que se refiere a los hombres mismos, son tan culpables como si hubieran renunciado a la fe y a toda la gracia del Espíritu Santo; pero la infinita bondad de Dios impide que los elegidos caigan tan bajo como para estar completamente alejados de Dios. Por lo tanto, debemos estar muy celosamente en guardia para no caer de la fe; y, sin embargo, debemos creer que Dios restringe a sus elegidos con un freno secreto, para que no caigan en su destrucción, y que siempre atesora milagrosamente en sus corazones algunas chispas de fe, que luego, en el momento adecuado, enciende de nuevo con el soplo de su Espíritu.

Hay dos cláusulas en esta confesión. *Tomás* reconoce que Cristo es *su Señor*, y luego, en las segundas cláusulas, asciende más alto y lo llama también su Dios. Sabemos en qué sentido la Escritura le da a Cristo el nombre de *Señor*. Es porque más bien lo ha designado gobernador supremo, para que pueda mantener todas las cosas bajo su dominio, *para que toda rodilla se doble ante él (Filipenses 2:10)* y, en resumen, para que pueda ser el vicegerente del Padre en el gobierno del mundo. Por tanto, el nombre de *Señor* le pertenece propiamente, en la medida en que es el Mediador manifestado en la carne y la Cabeza de la Iglesia. Pero *Tomás*, habiéndole reconocido *Señor*, es inmediatamente llevado hacia arriba, y con justicia, hacia su Divinidad eterna; porque la razón por la cual Cristo descendió a nosotros, y primero fue humillado, y después fue puesto a la diestra del Padre, y obtuvo dominio sobre el cielo y la tierra, fue para exaltarnos a su divina gloria, y a la gloria del Padre. Para que nuestra fe llegue a la Divinidad eterna de Cristo, debemos comenzar con ese conocimiento que es más cercano y más fácil de adquirir. Así, con razón, algunos han dicho que por Cristo Hombre somos conducidos a Cristo Dios, porque nuestra fe progresa de manera tan gradual que, percibiendo a Cristo en la tierra, nacido en un establo y colgado en una cruz, se eleva a la gloria. de su resurrección y, avanzando, llega finalmente a su vida y poder eternos, en los que se muestra gloriosamente su Divina Majestad.

Sin embargo, debemos creer que no podemos conocer a Cristo como *nuestro Señor* de manera adecuada, sin obtener inmediatamente también un conocimiento de su Divinidad. Tampoco hay lugar para dudar de que esta debe ser una confesión común a todos los creyentes, cuando percibimos que es aprobada por Cristo. Ciertamente nunca habría soportado que al Padre se le privara del honor que le corresponde, y que este honor se le transmitiera falsa e infundadamente a él mismo. Pero ratifica claramente lo que dijo *Tomás*; y, por tanto, este pasaje es abundantemente suficiente para refutar la locura de *Arrio*; porque no es lícito imaginar dos dioses. Aquí también se declara la unidad de la

persona en Cristo; porque el mismo Jesucristo es llamado *Dios* y *Señor*. ¡Enfáticamente, él dos veces lo llama *suyo, mi Señor y mi Dios!* declarando que habla con seriedad y con un vivo sentimiento de fe.

29. Porque me has visto, Tomás. Cristo no reprocha nada a Tomás, sino que fue tan lento para creer, que necesitaba ser atraído violentamente a la fe por la experiencia de los sentidos; lo cual está totalmente en desacuerdo con la naturaleza de la fe. Si se objeta que nada es más inadecuado que decir que *esa fe* es una convicción que se obtiene al *tocar y ver*, la respuesta se puede obtener fácilmente de lo que ya he dicho; porque no fue con solo *tocar o ver* que Tomás llegó a creer que Cristo es Dios, sino que, al despertarse del sueño, recordó la doctrina que antes casi había olvidado. La fe no puede surgir de un conocimiento meramente experimental de los acontecimientos, sino que debe tener su origen en la palabra de Dios. Cristo, por lo tanto, reprocha a Tomás haber dado menos honor a la palabra de Dios del que debería haber hecho, y haber considerado la fe, que surge del oído y debe estar enteramente fijada en la palabra, como ligada a los demás sentidos.

Bienaventurados los que no vieron, y creyeron. Aquí Cristo elogia la fe sobre la base de que acepta la simple palabra y no depende de puntos de vista carnales o de la razón humana. Por lo tanto, incluye, en una breve definición, el poder y la naturaleza de fe; es decir, que no se contenta con el ejercicio inmediato de la vista, sino que penetra hasta el cielo, para creer aquellas cosas que están ocultas a los sentidos humanos. Y, de hecho, debemos dar a Dios este honor, que debemos ver su verdad como (*αὐτόπιστος*) más allá de toda duda, sin ninguna otra prueba. La fe tiene, de hecho, su propia *vista*, pero una que no limita su visión al mundo. y a los objetos terrenales. Por esta razón se llama

La certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. (Hebreos 11:1),

y Pablo lo contrasta con la vista, (**2 Corintios 5:7**), es decir, que no se contenta con mirar la condición del objeto presente, y no mira en todas direcciones a *aquellas cosas que son visibles* en el mundo, pero depende de la boca de Dios y, confiando en su palabra, se eleva por encima del mundo entero, para fijar su ancla en el cielo. Esto equivale a esto, que la fe no es correcta, a menos que esté fundada en la palabra de Dios y se eleve al reino invisible de Dios, de modo que vaya más allá de toda capacidad humana.

Si se objeta que este dicho de Cristo es inconsistente con otro de sus dichos, en el que declara que *los ojos que lo miran son bienaventurados (Mateo 13:16)*, respondo que Cristo no habla allí simplemente de la vista corporal, como lo hace en este pasaje, sino de revelación, que es común a todos los creyentes, ya que apareció al mundo como Redentor.

Hace una comparación entre los Apóstoles y *los santos reyes y profetas* (**Mateo 13:17**) que habían sido mantenidos bajo las sombras oscuras de la Ley Mosaica. Dice que ahora la condición de los creyentes es mucho más deseable, porque una luz más brillante brilla a su alrededor, o, mejor dicho, porque se les ha dado a conocer la sustancia y la verdad de las cifras. Hubo muchos incrédulos que, en ese momento, *contemplaron* a Cristo con *los ojos* de la carne, y sin embargo no fueron más *bendecidos* por eso; pero nosotros, que nunca hemos visto a Cristo con los ojos, disfrutamos de esa *bienaventuranza* de la que Cristo habla con elogio. De ahí se sigue que llama bienaventurados aquellos ojos que contemplan espiritualmente en él lo que es celestial y divino; porque ahora contemplamos a Cristo en el Evangelio de la misma manera como si estuviera visiblemente ante nosotros. En este sentido, Pablo les dice a los Gálatas (**Gálatas 3:1**) que *Cristo fue crucificado ante sus ojos*; y, por tanto, si deseamos ver en Cristo lo que puede hacernos *felices y bendecidos*, aprendamos a *creer* cuando *no vemos*. A estas palabras de Cristo corresponde lo que se dice en otro pasaje, en el que el Apóstol elogia a los creyentes, que

a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso (**1 Pedro 1:8**).

La manera en que los papistas torturan estas palabras, para probar su doctrina de la transustanciación, es sumamente absurda. Para que seamos *bendecidos*, nos piden que creamos que Cristo está presente bajo la apariencia del pan. Pero sabemos que nada estaba más alejado de la intención de Cristo que someter la fe a las invenciones de los hombres; y tan pronto como pasa, en lo más mínimo, más allá de los límites de la palabra, deja de ser fe. Si debemos creer sin reservas en todo lo que no vemos, entonces cada monstruo que los hombres quieran formar, cada fábula que puedan idear, mantendrá nuestra fe en esclavitud. Para que este dicho de Cristo pueda aplicarse al caso que nos ocupa, primero debemos probar con la palabra de Dios el punto en cuestión. De hecho, presentan la palabra de Dios en apoyo de su doctrina de la transustanciación; pero cuando la palabra se expone adecuadamente, no respalda su tonta noción.

Juan 20:30-31

30 *Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro.*

31 *Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.*

30. Hizo además Jesús muchas otras señales. Si el evangelista no hubiera advertido a sus lectores con esta observación, podrían haber supuesto que no había omitido ninguno de los milagros que Cristo había realizado y que había dado un relato completo y completo de todo lo sucedido. Juan, por lo tanto, testifica, primero, que sólo ha contado algunas cosas entre un gran número; no es que los demás fueran indignos de ser registrados, sino porque eran suficientes para edificar la fe. Y, sin embargo, no se sigue que se hayan realizado en vano, porque aprovecharon esa época. En segundo lugar, aunque en la actualidad no tenemos ni un mínimo conocimiento de ellos, no debemos suponer que sea de poca importancia para nosotros saber que el Evangelio fue sellado por una gran cantidad de milagros.

31. Pero estas se han escrito para que creáis. Con estas palabras quiere decir que puso por escrito lo que debería satisfacernos, porque es abundantemente suficiente para confirmar nuestra fe; porque pretendía responder a la vana curiosidad de los hombres, que es insaciable y se permite una indulgencia excesiva. Además, Juan conocía muy bien lo que habían escrito los demás evangelistas; y, como nada estaba más alejado de su intención que dejar de lado sus escritos, incuestionablemente no separa su narrativa de la suya.

Puede parecer extraño, sin embargo, que la fe se base en milagros, cuando debería descansar exclusivamente en las promesas y la palabra de Dios. Respondo: aquí no se asigna a los milagros ningún otro uso que el de ser ayudas y apoyos de la fe; porque sirven para preparar las mentes de los hombres, para que puedan apreciar una mayor reverencia por la palabra de Dios, y sabemos cuán fría y lenta es nuestra atención, si no nos excita otra cosa. Además, añade no poca autoridad a la doctrina ya recibida, cuando, con el fin de sostenerla, extiende su mano poderosa desde el cielo; como Marcos dice que los Apóstoles enseñaron,

ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían
(Marco 16:20).

Aunque, por lo tanto, estrictamente hablando, la fe se basa en la palabra de Dios y considera la palabra como su único fin, aun así, la adición de milagros no es superflua,

siempre que se consideren también relacionados con la palabra y dirijan la fe hacia él. Por qué los milagros se llaman *señales* ya lo hemos explicado. Es porque, por medio de ellos, el Señor despierta a los hombres a contemplar su poder, cuando exhibe algo extraño e inusual.

Que Jesús es el Cristo. Se refiere *al Cristo*, tal como se le había prometido en la Ley y los Profetas, como Mediador entre Dios y los hombres, el máximo Embajador del Padre, el único Restaurador del mundo y el Autor de la perfecta felicidad. Porque Juan no se aprovechó de un título vacío y sin significado para adornar al Hijo de Dios, sino que incluyó, bajo el nombre de *Cristo*, todos los oficios que los profetas le atribuyen. Por tanto, debemos contemplarlo tal como se describe allí. Esto muestra más plenamente lo dicho hace poco, que la fe no se limita a los milagros, sino que nos lleva directamente a la palabra; porque es como si Juan hubiera dicho que lo que los profetas anteriormente enseñaban con la palabra ha sido probado por milagros. Y, de hecho, vemos que los evangelistas mismos no ocupan toda su atención en relatar milagros, sino que se concentran más en la doctrina, porque los milagros por sí solos no producirían más que una confusa admiración. Por lo tanto, el significado de las palabras es que *estas cosas han sido escritas para que podamos creer*, en la medida en que la fe pueda ser ayudada por *señales*.

El Hijo de Dios. El evangelista añade esto, porque no se habría podido encontrar uno solo del rango ordinario de hombres que fuera competente para realizar tan grandes empresas; es decir, reconciliar al Padre con nosotros, expiar los pecados del mundo, abolir la muerte, destruir el reino de Satanás, traernos la verdadera justicia y salvación. Además, como el nombre *Hijo de Dios* pertenece sólo a Cristo, se sigue que él es *Hijo*, no por adopción, sino por naturaleza; y, por tanto, bajo este nombre se comprende la Divinidad eterna de Cristo. Y, en efecto, aquel que, después de haber recibido esas pruebas sorprendentes que se encuentran en el Evangelio, no percibe a Cristo como Dios, no merece mirar ni siquiera al sol y a la tierra, porque está ciego en medio de la luz. brillo del mediodía.

Y para que creyendo, tengáis vida. Este efecto de la fe también se añadió para frenar los necios anhelos de los hombres, para que no deseen saber más de lo suficiente para obtener la vida. ¿Pues qué obstinación era no contentarse con la salvación eterna y desear ir más allá de los límites del reino celestial? Aquí Juan repite el punto más importante de su doctrina, que obtenemos la *vida* eterna por la *fe*, porque, mientras estamos fuera de Cristo, estamos muertos y somos restaurados a la vida sólo por su gracia. Sobre este tema hemos hablado bastante en nuestra exposición de los Capítulos Tercero y Quinto de este Evangelio.

En su nombre. En cuanto a su dicho, *por el nombre de Cristo*, más que *por Cristo*, la razón de esta forma de expresión la hemos asignado nosotros en nuestra exposición del versículo doce del Capítulo Primero de este Evangelio. El lector puede consultar ese pasaje, si lo cree conveniente, para que no me moleste repetir las mismas cosas con frecuencia.

Comentario al evangelio de Juan

Capítulo 21

Juan 21:1-14

- 1 Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias; y se manifestó de esta manera:
- 2 Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos.
- 3 Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada.
- 4 Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús.
- 5 Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No.
- 6 Él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces.
- 7 Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar.
- 8 Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos.
- 9 Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan.
- 10 Jesús les dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar.
- 11 Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió.
- 12 Les dijo Jesús: Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor.
- 13 Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado.
- 14 Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos.

1. Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos. El evangelista todavía se esfuerza por demostrar la resurrección de Cristo, y relata que se apareció a siete discípulos, entre los cuales menciona a *Tomás*, no por respeto hacia él, sino porque su testimonio debería ser más creído en proporción a la obstinación de su incredulidad. El evangelista entra suficientemente en detalles; porque recoge cuidadosamente todas las circunstancias que contribuyen a probar la verdad de la historia. Hemos mencionado anteriormente que *el lago de Tiberias*, según la costumbre hebrea, se llama *Mar de Tiberias*.

3. Voy a pescar. El hecho de que Pedro dedicara su atención a la *pesca* no debe considerarse incompatible con su cargo. Al *soplar* sobre él, Jesús lo había ordenado Apóstol, como vimos un poco antes; pero se abstuvo del ejercicio del apostolado por un corto tiempo, hasta que fuera revestido de nuevo poder. Porque aún no se le había ordenado

aparecer en público para el desempeño de su cargo de maestro, sino que sólo se le había recordado su futura vocación, para que él y los demás pudieran comprender que no habían sido elegidos en vano desde el principio. Mientras tanto, hacen lo que estaban acostumbrados a hacer y lo que era propio de los hombres en la vida privada. Es cierto que Pablo, en medio de su empleo como predicador, obtuvo el sustento de su vida con sus propias manos, pero fue por una razón diferente; porque su tiempo estaba dispuesto de tal manera que el trabajo de sus manos no lo apartó de la enseñanza. Pedro y sus compañeros, en cambio, se dedican por completo a la *pescas*, porque ningún empleo público se lo impide.

Y aquella noche no pescaron nada. Dios les permitió trabajar inútilmente durante toda la *noche*, para probar la verdad del milagro; porque si *hubieran pescado algo*, lo que siguió inmediatamente después no habría manifestado tan claramente el poder de Cristo, pero cuando, después de haber trabajado inútilmente durante toda la noche, de repente se ven favorecidos con una gran captura de peces, tienen buenas razones para reconocer la bondad del Señor. De la misma manera, también, Dios prueba a menudo a los creyentes, para poder llevarlos a valorar más su bendición. Si siempre fuéramos prósperos, cada vez que pusiéramos nuestra mano en el trabajo, casi ningún hombre atribuiría a la bendición de Dios el éxito de sus esfuerzos, todos se jactarían de su laboriosidad y se besarían las manos. Pero cuando a veces trabajan y se atormentan sin ningún beneficio, si luego obtienen mejores resultados, se ven obligados a reconocer algo fuera de lo normal; y la consecuencia es que comienzan a atribuir a la bondad de Dios la alabanza de su prosperidad y éxito.

6. Echad la red a la derecha de la barca. Cristo no manda con autoridad y poder como *Maestro y Señor*, sino que da consejos como uno más del pueblo; y los discípulos, no sabiendo qué hacer, le obedecieron de buena gana, aunque no sabían quién era. Si antes del primer *lanzamiento de la red* se les hubiera dicho algo así, no habrían obedecido tan rápidamente. Digo esto para que nadie se sorprenda de que fueran tan sumisos, pues ya estaban agotados por un largo e inútil trabajo. Sin embargo, no fue una pequeña prueba de paciencia y perseverancia el que, aunque habían trabajado sin éxito durante toda la noche, continuaran con su trabajo después de que regresara la luz del día. Y, de hecho, si deseamos permitir que la bendición de Dios descienda sobre nosotros, debemos esperarla constantemente; porque nada puede ser más irrazonable que retirar la mano inmediatamente del trabajo, si ello no promete éxito.

El hecho de que *Simón Pedro* estuviera desnudo es una prueba de que los discípulos habían trabajado con fervor; y, sin embargo, no dudan en volver a *echar la red* para hacer otra prueba, para no desaprovechar ninguna oportunidad. Su obediencia al mandato de Cristo no puede atribuirse a la fe; porque lo oyen hablar como a una persona que les era

desconocida. Ahora bien, si no nos gusta nuestro llamado, porque el trabajo que emprendemos parece improductivo, sin embargo, cuando el Señor nos exhorta a la constancia y la perseverancia, debemos animarnos; Al final obtendremos un resultado feliz, pero será en el momento adecuado.

Y ya no la podían sacar. Cristo aquí exhibió dos pruebas de su poder Divino. La primera consistía en coger tan gran calada de peces; y el segundo fue cuando, por su poder oculto, conservó la *red* entera, que de otro modo inevitablemente se habría roto en pedazos. Se mencionan otras circunstancias, a saber, que los discípulos encuentran carbones encendidos en la orilla, que ponen peces sobre ellos y que también preparan pan. En cuanto al número de *peces*, no debemos buscar en él ningún misterio profundo. Agustín entra en ingeniosos razonamientos sobre la declaración del número y dice que denota la Ley y el Evangelio; pero si examinamos el asunto detenidamente, descubriremos que se trata de una nimiedad infantil.

7. Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro. El evangelista muestra, con su ejemplo, que es nuestro deber elevar nuestro corazón a Dios cada vez que logramos algo que supere nuestras expectativas; porque debemos recordar instantáneamente que este acto de bondad ha surgido del favor de Aquel que es el Autor de toda bendición. Ese santo reconocimiento de la gracia de Dios, que habitaba en el corazón de Juan, lo llevó también al conocimiento de Cristo; porque no percibe a Cristo con sus ojos, pero, convencido de que la gran multitud de peces le ha sido traída por la mano de Dios, concluye que fue Cristo quien había guiado sus manos. Pero, así como Juan va delante de Pedro en fe, así Pedro lo supera en celo cuando, sin tener en cuenta el peligro personal, se arroja al lago. El resto sigue en el barco. Es cierto que todos vienen a Cristo por mucho tiempo, pero Pedro está impulsado por un celo peculiar en comparación con los demás. No se sabe si cruzó hasta la orilla caminando o nadando; pero quedémonos satisfechos con saber que el acto de abandonar el barco y bajar a tierra no fue resultado de necedad y temeridad, sino que avanzó más allá de los demás en proporción a su celo.

10. Traed de los peces que acabáis de pescar. Aunque la red se llenó en un momento, sin gran trabajo de su parte, Cristo no atribuye a los discípulos tomarla, por eso llamamos al pan que comemos diariamente, nuestro *pan*, y, sin embargo, al pedirlo se nos puede *dar*, reconocemos que procede de la bendición de Dios (**Mateo 6:11**).

12. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle. Cabe preguntarse: ¿Qué les impidió? ¿Fue vergüenza derivada de la reverencia o fue cualquier otra cosa? Pero si Cristo veía que estaban en un estado de incertidumbre, debía disipar sus dudas, como lo había

hecho en muchas otras ocasiones. Respondo: no había otra razón para avergonzarse, sino porque no estaban suficientemente seguros de que él era el Cristo; porque no es habitual entre nosotros preguntar sobre asuntos dudosos y oscuros. El evangelista, por tanto, quiere decir que los discípulos *no preguntaron* a Cristo, porque tenían miedo de hacerle un mal; tan claras y manifiestas eran las señales por las que se había dado a conocer a ellos.

14. Esta era ya la tercera vez. El número *tres* se refiere a la distancia del tiempo. Cristo ya se había aparecido a sus discípulos más de *siete* veces, pero todo lo ocurrido en un día está incluido en una sola manifestación. El evangelista, por tanto, quiere decir que Cristo había sido visto por los discípulos a intervalos, para confirmar su creencia en su resurrección.

Juan 21:15-19

15 Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos.

16 Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas.

17 Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas.

18 De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras.

19 Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme.

15. Cuando hubieron comido, el evangelista relata cómo Pedro fue restituido a la dignidad de la que había caído. La traidora negación que hemos descrito antes lo había hecho indigno del apostolado, pues ¿cómo podría instruir a otros en la fe, si se habían rebelado vilmente contra ella? Había sido nombrado apóstol, pero junto con Judas, y desde que abandonó su puesto, también había sido privado del honor del apostolado. Ahora, por tanto, se le restituyó la libertad y la autoridad de enseñar, que había perdido por su propia culpa. Y para que la vergüenza de su apostasía no le impidiera hacerlo, Cristo borra y destruye el recuerdo de ella. Tal restauración era necesaria, tanto para Pedro como para sus oyentes: para que Pedro pudiera ejercer su oficio con más valentía, estando seguro de la vocación con la que Cristo lo había revestido; para sus oyentes, para que la mancha que se había adherido a su persona no fuera ocasión de despreciar el Evangelio. También para nosotros, en el tiempo presente, es de suma importancia que Pedro se presente como un hombre nuevo, del cual se ha quitado la desgracia que podría haber disminuido su autoridad.

Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos? Con estas palabras Cristo quiere decir que nadie puede servir fielmente a la Iglesia y emplearse *en apacentar* el rebaño, si no mira más alto que a los hombres. En primer lugar, el oficio de *apacentar* es en sí mismo laborioso y molesto; porque nada es más difícil que mantener a los hombres bajo el yugo de Dios, entre los cuales hay muchos que son débiles, otros que son libertinos e inestables, otros que son torpes e indolentes, y otros que son lentos e indoctables. Satanás ahora presenta tantas causas de ofensa como puede, para destruir o debilitar el coraje de un buen pastor. Además de esto, debemos tener en cuenta la ingratitud de muchos y otras causas de disgusto. Ningún hombre, por tanto, perseverará firmemente en el desempeño de este oficio

si el amor de Cristo no reina en su corazón de tal manera que, olvidándose de sí mismo y dedicándose enteramente a Cristo, supere todos los obstáculos. Así, Pablo declara que éste era el estado de sus propios sentimientos, cuando dice:

Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron (2 Corintios 5:14).

Pues, aunque se refiere al *amor* con el que Cristo nos ha *amado*, y del cual nos ha dado una prueba con su muerte, sin embargo, conecta con nosotros ese *amor* mutuo que brota de la convicción de haber recibido tan gran bendición. Por otra parte, a los maestros impíos y falsos los señala en otro pasaje con esta señal: que *no aman al Señor Jesús (1 Corintios 16:22)*.

Por tanto, los que están llamados a gobernar la Iglesia deben recordar que, si desean desempeñar su oficio apropiada y fielmente, deben comenzar con el amor de Cristo. Mientras tanto, Cristo testifica abiertamente cuán altamente estima nuestra salvación, cuando emplea un lenguaje tan ferviente y contundente al recomendarla a los pastores, y cuando declara que, si la salvación de su rebaño es el objeto de su ferviente solicitud, lo considerará una prueba del fervor de su amor hacia él. Y, en verdad, nada podría haber dicho que fuera más apropiado para alentar a los ministros del Evangelio, que informarles que ningún servicio puede ser más agradable a Cristo que el que se otorga al *apacientar a su rebaño*. Todos los creyentes deben sacar de esto un consuelo extraordinario, cuando se les enseña que son tan queridos y preciosos a la vista del Hijo de Dios, que los sustituye, por así decirlo, en su propio lugar. Pero la misma doctrina debe alarmar mucho a los falsos maestros, que corrompen y trastornan el gobierno de la Iglesia; porque Cristo, que declara que es insultado por ellos, les infligirá un castigo terrible.

Apacienta mis corderos. La palabra *apacienta* se aplica metafóricamente en las Escrituras a cualquier tipo de gobierno; Pero como el tema que nos ocupa es el gobierno espiritual de la Iglesia, es importante observar cuáles son las partes de las que consta el oficio de *pastor*. No se nos describe aquí un cargo ocioso, ni Cristo concede a un hombre mortal ningún gobierno para que lo ejerza de manera confusa según su propio placer. Al exponer el capítulo décimo, hemos visto que Cristo es el único *Pastor* de la Iglesia. Hemos visto también por qué toma este nombre para sí mismo. Si, es porque *apacienta*, es decir, *gobierna* a sus ovejas, porque es el único alimento verdadero del alma. Pero porque emplea la agencia de los hombres para predicar la doctrina, les comunica también su propio nombre, o, al menos, lo comparte con ellos. Por lo tanto, son considerados *pastores* a la vista de Dios aquellos hombres que gobiernan la Iglesia por el ministerio de la palabra bajo

Cristo, que es su Cabeza. De aquí podemos inferir fácilmente cuál es la carga que Cristo pone sobre Pedro, y con qué condición lo nombra para gobernar su rebaño.

Esto nos permite refutar claramente a los malvados partidarios de la Iglesia de Roma, que torturan este pasaje para apoyar la tiranía de su papado. “A Pedro”, nos dicen, “con preferencia a los demás, se le dijo: *Apacienta mis ovejas*”. Ya hemos explicado la razón por la que se le dijo a él en lugar de a los otros; a saber, para que, estando libre de toda mancha vergonzosa, pudiera predicar con valentía el Evangelio; y la razón por la que Cristo lo designa tres veces como pastor es para que las tres negaciones, por las cuales Pedro había atraído sobre sí la vergüenza eterna, puedan ser dejadas de lado, y así no formen barrera para su apostolado, como ha sido observado juiciosamente por Crisóstomo, Agustín y Cirilo, y la mayoría de los otros comentaristas. Además, nada se le dio a Pedro con estas palabras, que no se les dé también a todos los ministros del Evangelio.

En vano, por lo tanto, los papistas sostienen que él tiene el rango más alto, porque solo a él se dirige especialmente; Y, admitiendo que se le concedió algún honor especial, pregunto, ¿Cómo probarán de esto que ha sido elevado al primado? Aunque fue el principal entre los apóstoles, ¿se sigue de ello que fue el obispo universal de todo el mundo? A esto hay que añadir que todo lo que Pedro recibió no pertenece al Papa más que a Mahoma; porque ¿con qué fundamento pretende ser el heredero de Pedro, y qué hombre de sano entendimiento admitirá que Cristo le confiere aquí algún derecho hereditario? Sin embargo, desea ser considerado sucesor de Pedro: yo quisiera que así fuera. Ninguno de nosotros le impide *amar* a Cristo y cuidar de *apacentar a su rebaño*; pero no preocuparse por *amar* a Cristo y dejar de lado el oficio de *apacentar*, y luego jactarse de ser el sucesor de Pedro, es excesivamente tonto y absurdo. Ahora bien, como Cristo, al asignar a Pedro el oficio de enseñar, no quiso erigir un trono para un ídolo o para un asesino de almas, para por medio de él oprimir miserablemente a la Iglesia, así también declaró en pocas palabras qué clase de gobierno de la Iglesia aprueba. Esto quita la máscara a todos los obispos mitrados, quienes, satisfechos con una mera exhibición teatral y un título vacío, reivindicán para sí mismos la autoridad de obispos.

16. Pastorea mis ovejas. Cristo no da a Pedro ni a otros el oficio de *apacentar* toda clase de personas, sino sólo a *sus ovejas* o a *sus corderos*. En otro lugar describe quiénes son los que él considera que pertenecen a su rebaño.

Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen; porque no conocen la voz de los extraños (Juan 10:5, 27).

Es cierto que los maestros fieles deben esforzarse por reunir a todos para Cristo; y como no pueden distinguir entre *ovejas* y bestias salvajes, deben tratar por todos los medios de domar a quienes se parecen más a lobos que a *ovejas*. Pero después de haber hecho todo lo posible, su trabajo no será de utilidad para nadie más que para las *ovejas* elegidas; porque la docilidad y la fe surgen de esto: que el Padre celestial entrega a su Hijo, para que le obedezcan, a aquellos a quienes eligió antes de la creación del mundo. Además, este pasaje nos enseña que nadie puede *ser alimentado* a la salvación por la doctrina del Evangelio, excepto aquellos que son mansos y dóciles; porque no es sin razón que Cristo compara a sus discípulos con *corderos* y *ovejas*; pero también debe observarse que el Espíritu de Dios doma a aquellos que por naturaleza eran osos o leones.

17. Pedro se entristeció. Sin duda, Pedro no percibió el objeto que Cristo tenía en mente al plantearle la misma pregunta con tanta frecuencia; por eso piensa que se le acusa directamente, como si no hubiera respondido con sinceridad. Pero ya hemos demostrado que la repetición no era superflua. Además, Pedro no era aun suficientemente consciente de cuán profundamente debe estar grabado el amor de Cristo en los corazones de quienes tienen que luchar contra innumerables dificultades. Después aprendió por larga experiencia que tal prueba no había sido en vano. A los que han de asumir el cargo de gobernar la Iglesia también se les enseña, en su persona, a no examinarse a la ligera, sino a examinar minuciosamente qué celo poseen, para no acobardarse ni desmayar en medio de su camino. Asimismo, se nos enseña que debemos someternos con paciencia y mansedumbre, si en alguna ocasión el Señor nos somete a una prueba severa, porque tiene buenas razones para hacerlo, aunque generalmente nos sean desconocidas.

18. De cierto, de cierto te digo. Después de haber exhortado a Pedro a *apacentar sus ovejas*, Cristo le arma también para mantener la batalla que se avecinaba. Así, no sólo le exige fidelidad y diligencia, sino también valor invencible en medio de los peligros y firmeza para llevar la cruz. En resumen, le pide que esté preparado para soportar la muerte cuando sea necesario. Ahora bien, aunque la condición de todos los pastores no es la misma, sin embargo, esta admonición se aplica a todos en algún grado. El Señor perdona a muchos y se abstiene de derramar su sangre, satisfecho con esto solo, que se entreguen a él sinceramente y sin reservas mientras vivan. Pero como Satanás lanza continuamente nuevos y diversos ataques, todos los que asumen el oficio de *apacentar* deben estar preparados para la muerte, ya que ciertamente tienen que tratar no sólo con *ovejas*, sino también con lobos. En lo que se refiere a Pedro, Cristo quiso advertirle de su muerte, para que en todo momento pudiera reflexionar sobre el pensamiento de que la doctrina de la que era ministro debía ser ratificada finalmente por su propia sangre. Sin embargo, parece que en estas palabras Cristo no habló sólo en vista de Pedro, sino que lo adornó con el honorable

título de Mártir en presencia de los demás, como si hubiera dicho que Pedro sería un campeón muy diferente de lo que antes había demostrado ser.

Cuando eras más joven. La vejez parece estar reservada para la tranquilidad y el reposo; y, por ello, los ancianos suelen ser despedidos de los empleos públicos y los soldados son despedidos del servicio. Por eso Pedro podría haberse prometido a sí mismo a esa edad una vida pacífica. Cristo, por otra parte, declara que el orden de la naturaleza se invertirá, de modo que quien había vivido a sus anchas cuando era joven será gobernado por la voluntad de otro cuando sea viejo, e incluso soportará una sujeción violenta.

En Pedro tenemos un espejo sorprendente de nuestra condición ordinaria. Muchos tienen una vida fácil y agradable antes de que Cristo los llame; pero tan pronto como han hecho profesión de su nombre y han sido recibidos como sus discípulos, o, al menos, algún tiempo después, son llevados a luchas angustiosas, a una vida problemática, a grandes peligros y, a veces, a la muerte misma. Esta condición, aunque dura, debe soportarse con paciencia. Sin embargo, el Señor modera la cruz con la que se complace en probar a sus siervos, de modo que los perdona por un poco de tiempo, hasta que sus fuerzas maduren; porque conoce bien su debilidad y no los presiona más allá de lo que es posible. Así, pues, tuvo paciencia con Pedro, mientras lo vio tierno y débil. Aprendamos, pues, a dedicarnos a él hasta el último aliento, con tal de que nos dé fuerzas.

En este sentido, vemos en muchas personas una vil ingratitud; pues cuanto más nos trata el Señor con suavidad, más nos acostumbramos a la suavidad y al afeminamiento. Así, apenas encontramos una persona entre cien que no murmure si, después de haber experimentado una larga paciencia, se le trata con cierta medida de severidad. Pero más bien debemos considerar la bondad de Dios al perdonarnos por un tiempo. Así, Cristo dice que, mientras vivió en la tierra, conversaba alegremente con sus discípulos, como si hubiera asistido a una boda, pero que después les esperaban ayunos y lágrimas (**Mateo 9:15**).

Te ceñirá otro. Muchos piensan que esto denota la manera en que Pedro iba a morir, es decir, que fue ahorcado con los brazos extendidos; pero yo considero que la palabra ceñirá simplemente denota todas las acciones externas por las que un hombre se regula a sí mismo y a toda su vida. *Te ceñiste a ti mismo*; es decir, “estabas acostumbrado a usar la vestimenta que elegías, pero esta libertad de elegir tu vestido te será quitada”. En cuanto a la manera en que Pedro fue ejecutado, es mejor ignorarlo que confiar en fábulas dudosas.

Y te llevará adonde no quieras. El significado es que Pedro no murió de muerte natural, sino por la violencia y por la espada. Puede parecer extraño que Cristo dijera que la muerte

de Pedro no será voluntaria; porque, cuando uno es apresurado a morir contra su voluntad, no hay firmeza ni alabanza del martirio. Pero esto debe entenderse como una referencia a la lucha entre la carne y el Espíritu, que los creyentes sienten dentro de sí mismos; porque nunca obedecemos a Dios de una manera tan libre y desenfrenada como para no ser arrastrados, por así decirlo, por cuerdas, en una dirección opuesta, por el mundo y la carne. De ahí esa queja de Pablo:

No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. (Romanos 7:19).

Además, debe observarse que el temor a la muerte está naturalmente implantado en nosotros, porque desear separarse del cuerpo es repugnante a la naturaleza. Por eso, Cristo, aunque estaba dispuesto a obedecer a Dios con todo su corazón, ruega que le libren de la muerte. Además, Pedro temía la cruz a causa de la crueldad de los hombres; por eso no debemos extrañarnos de que, en cierta medida, se alejara de la muerte. Pero esto muestra más claramente la obediencia que rindió a Dios, ya que hubiera evitado voluntariamente la muerte por sí misma, y, sin embargo, la soportó voluntariamente, porque sabía que tal era la voluntad de Dios; porque si no hubiera habido una lucha de la mente, no habría sido necesaria la paciencia.

Esta doctrina es muy útil para ser conocida, porque nos impulsa a la oración, porque nunca seríamos capaces, sin la extraordinaria ayuda de Dios, de vencer el miedo a la muerte; y, por lo tanto, no nos queda más que presentarnos humildemente a Dios y someternos a su gobierno. Sirve también para sostener nuestras mentes, para que no desfallezcan del todo, si sucede en algún momento que las persecuciones nos hacen temblar. Quienes piensan que los mártires no tenían ningún temor, hacen de su propio temor un motivo de desesperación. Pero no hay razón para que nuestra debilidad nos impida seguir su ejemplo, ya que ellos experimentaron un temor similar al nuestro, de modo que no pudieron vencer a los enemigos de la verdad sino luchando consigo mismos.

19. Dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Esta circunlocución es sumamente enfática, pues, aunque el fin que se les ofrece a todos los creyentes debe glorificar a Dios tanto con su vida como con su muerte, sin embargo, Juan quiso emplear una notable recomendación para adornar la muerte de aquellos que, con su sangre, sellan el Evangelio de Cristo y glorifican su nombre, como nos enseña Pablo (**Filipenses 1:20**). Ahora es nuestro deber cosechar el fruto que la muerte de Pedro ha producido; porque debe imputarse a nuestra indolencia, si nuestra fe no es confirmada por ella, y si no mantenemos en vista el mismo objetivo, que la gloria de Dios sea manifestada por nosotros. Si los papistas hubieran considerado este fin en la muerte de los mártires, esa invención sacrílega

y detestable nunca habría entrado en sus mentes, que su muerte contribuye a apaciguar la ira de Dios y a pagar el rescate por nuestros pecados.

Y dicho esto, Cristo explica aquí cuál era el propósito de esa predicción de una muerte violenta. Era para que Pedro estuviera dispuesto a soportarla; como si hubiera dicho: "Ya que debes sufrir la muerte por mi ejemplo, sigue a tu guía". Además, para que Pedro obedezca con más gusto a Dios que lo llama a la cruz, Cristo se ofrece a sí mismo como guía; porque no se trata de una exhortación general con la que lo invita a imitarse a sí mismo, sino que habla sólo de esa clase de muerte. Ahora bien, está sola consideración alivia mucho toda la amargura que hay en la muerte, cuando el Hijo de Dios se presenta ante nuestros ojos con su bendita resurrección, que es nuestro triunfo sobre la muerte.

Juan 21:20-25

20 *Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?*

21 *Cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de este?*

22 *Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú.*

23 *Este dicho se extendió entonces entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?*

24 *Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero.*

25 *Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir. Amén.*

20. Volviéndose Pedro. En Pedro tenemos un ejemplo de nuestra curiosidad, que no sólo es superflua, sino incluso dañina, cuando nos apartamos de nuestro deber al mirar a los demás; pues es casi natural para nosotros examinar la forma de vida de los demás, en lugar de examinar la nuestra, y tratar de encontrar en ellos excusas vanas. Nos engañamos voluntariamente con esta apariencia de disculpa, de que los demás no son mejores que nosotros, como si su indolencia nos librara de la culpa. Apenas una persona entre cien considera el significado de estas palabras de Pablo:

“Porque cada uno llevará su propia carga.” (Gálatas 6:5).

En la persona de un hombre, por lo tanto, hay una reprensión general de todos los que miran a su alrededor en todas direcciones, para ver cómo actúan los demás hombres, y no prestan atención a los deberes que Dios les ha impuesto. Sobre todo, se equivocan gravemente en este respecto, ya que descuidan y pasan por alto lo que exige la vocación especial de cada hombre.

Puede suceder que Dios escoja a uno de diez para probarlo con grandes calamidades o con grandes trabajos, y que permita que los otros nueve permanezcan tranquilos o, al menos, los pruebe con ligereza. Además, Dios no trata a todos de la misma manera, sino que prueba a cada uno como le parece conveniente. Como hay diversas clases de guerra cristiana, que cada uno aprenda a mantenerse en su propio puesto, y no hagamos averiguaciones como entrometidos sobre esta o aquella persona, cuando el Capitán celestial se dirige a cada uno de nosotros, a cuya autoridad debemos ser tan sumisos que olvidemos todo lo demás.

A quién amaba Jesús. Este circunloquio se insertó para informarnos cuál fue la razón por la que Pedro se vio inducido a hacer la pregunta que aquí se relata; porque pensó que era extraño que solo él fuera llamado, y que se pasara por alto a Juan, a quien Cristo siempre había amado tan cálidamente. Por lo tanto, Pedro tenía alguna razón aparentemente buena para preguntar por qué no se mencionaba a Juan, como si la disposición de Cristo hacia él hubiera sufrido un cambio. Sin embargo, Cristo interrumpe su curiosidad diciéndole que debe obedecer el llamado de Dios y que no tiene derecho a preguntar lo que hacen otras personas.

22. Si quiero que él quede. Se ha acostumbrado a tomar esta oración como separada, y leer la cláusula anterior afirmativamente, *quiero que él permanezca hasta que yo venga*; pero esto se ha hecho por ignorancia de los transcritores, no por error del traductor, pues no podría haberse equivocado acerca de la palabra griega, pero una sola letra podría fácilmente colarse en la versión latina, de modo que alterara todo el significado. La oración entera, por lo tanto, es una pregunta, y debe leerse en conexión inmediata; porque Cristo quiso poner su mano sobre su discípulo, para mantenerlo dentro de los límites de su llamado. “No es asunto tuyo”, dice, “y no tienes derecho a preguntar qué sucede con tu compañero; déjalo a mi disposición; piensa sólo en ti mismo, y prepárate para seguir a donde seas llamado”. No es que toda ansiedad por los hermanos sea innecesaria, pero debe tener algún límite, de modo que sea la ansiedad, y no la curiosidad, lo que ocupe nuestra atención.

23. Este dicho se extendió. El evangelista refiere que, por no entender las palabras de Cristo, surgió entre los discípulos el error de que Juan *no moriría jamás*. Se refiere a los que estuvieron presentes en aquella conversación, es decir, los apóstoles; no que el nombre de *hermanos* pertenezca sólo a ellos, sino que eran como las primicias de aquella santa unión. También es posible que, además de los once, se refiera a otros que en aquel tiempo estaban en compañía de ellos; y con la expresión "*se extendió*", quiere decir que este error se difundió por todas partes; pero probablemente no duró mucho, sino que subsistió entre ellos, hasta que, iluminados por el Espíritu Santo, formaron conceptos más puros y correctos sobre el reino de Cristo, habiendo dejado de lado las imaginaciones carnales y necias.

Lo que Juan relata acerca de los apóstoles sucede todos los días, y no debemos extrañarnos de ello; Si los discípulos de Cristo, que pertenecían a su familia y lo conocían íntimamente, se equivocaron tan gravemente, ¿cuánto más los que no han sido instruidos tan familiarmente en la escuela de Cristo? Pero observemos también de dónde proviene esta falta. La enseñanza de Cristo es útil y edificante, es decir, es clara; pero nosotros

oscurecemos la luz con nuestras invenciones malvadas, que aportamos a ella desde nuestras propias opiniones. Cristo no tenía intención de pronunciar nada cierto o definitivo sobre Juan, sino sólo afirmar que tenía pleno poder para decidir sobre su vida y muerte; de modo que la doctrina es sencilla y útil en sí misma, pero los discípulos imaginan e idean más de lo que se les había dicho. Por lo tanto, para que podamos estar a salvo de este peligro, aprendamos a ser sabios y a pensar con sobriedad. Pero es tal la ligereza del entendimiento humano, que se precipita con todas sus fuerzas en la necesidad. La consecuencia fue que este mismo error, contra el cual el evangelista les había advertido expresamente que debían estar en guardia, continuó a pesar de todo ganando terreno en el mundo, pues se inventó una fábula según la cual mandó cavar un foso para él, y descendió a él, y que al día siguiente lo encontraron vacío. Vemos, por tanto, que nunca dejaremos de errar, a menos que aceptemos sin reservas lo que el Señor nos ha enseñado y rechacemos todas las invenciones de los hombres.

24. Éste es aquel discípulo. Habiéndose mencionado hasta ahora en tercera persona, Juan declara ahora que se trata de él mismo, para que se pueda dar mayor peso a las declaraciones de uno que fue testigo ocular y que conocía plenamente todo lo que él relata.

25. Hay también muchas otras cosas que Jesús hizo. Para que nadie vea su relato con sospecha, como si hubiera sido escrito por parcialidad, porque *Jesús lo amaba*, él anticipa esta objeción diciendo que ha pasado por alto más de lo que ha escrito. No habla de las acciones de Cristo de todo tipo, sino de las que se relacionan con su cargo público; tampoco debemos pensar que la hipérbole es absurda, cuando toleramos muchas figuras retóricas del mismo tipo en autores paganos. No sólo debemos tener en cuenta el número de las obras de Cristo, sino también debemos considerar su importancia y magnitud. La majestad de Cristo, que por su infinitud absorbió, si se me permite decirlo así, no sólo los sentidos de los hombres, sino también el cielo y la tierra, dio una demostración milagrosa de su propio esplendor en aquellas obras. Si el Evangelista, al contemplar aquella claridad, exclama con asombro que ni siquiera el mundo entero podría contener una narración completa, ¿debemos maravillarnos de ello? Tampoco hay que reprocharle en absoluto si emplea una figura retórica frecuente y ordinaria para elogiar la excelencia de las obras de Cristo. Porque sabemos cómo Dios se adapta a la manera ordinaria de hablar, a causa de nuestra ignorancia, y a veces incluso, si se me permite la expresión, tartamudea.

Sin embargo, debemos recordar lo que dijimos anteriormente, que el resumen que los Evangelistas han puesto por escrito es suficiente tanto para regular la fe como para obtener la salvación. El hombre que se haya beneficiado debidamente de tales maestros será verdaderamente sabio. Y, de hecho, puesto que fueron designados por Dios para ser

nuestros testigos, ya que cumplieron fielmente su deber, Por otra parte, es nuestro deber depender totalmente de su testimonio y no desear nada más que lo que nos han transmitido; y especialmente porque sus plumas fueron guiadas por la segura providencia de Dios, para que no nos oprimieran con una masa ilimitada de narraciones, y, sin embargo, al hacer una selección, pudieran darnos a conocer todo lo que Dios sabía que era necesario para nosotros, quien es el único sabio y la única fuente de sabiduría; a quien sean la alabanza y la gloria por los siglos. Amén.

FIN DE LOS COMENTARIOS AL EVANGELIO DE JUAN VOL. 2.

TRADUCCIÓN DE LA VERSIÓN DE CALVINO AL
EVANGELIO DE JUAN VOL. 2

Deseamos que esta edición sea de profundo beneficio espiritual.

Soli Deo gloria